

P. C. Doherty

MUCHOS CADÁVERES Y UN ATAÚD VACÍO



de

Lectulandia

En la segunda entrega de la serie de los peregrinos de Canterbury, asistimos al relato del magistrado, una historia en la que se entremezclan la alta política, el crimen organizado (liderado por un misterioso Guardián de las Puertas) y una bella historia de amor homosexual.

Una trágica y sangrienta narración que nos invita a recorrer el Londres medieval, de los silenciosos claustros a los bulliciosos y fétidos callejones de los barrios bajos, siempre de sorpresa en sorpresa.

Lectulandia

Paul Doherty

Muchos cadáveres y un ataúd vacío

El relato del Magistrado en su peregrinación de Londres a Canterbury

Peregrinos de Canterbury - 2

ePub r1.1

FLeCos 11.08.16

Título original: *A Tapestry of Murder*
Paul Doherty, 1994
Traducción: Gemma Rovira Ortega

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Peter Randall, funcionario de educación, como muestra de agradecimiento por su ayuda y los buenos ratos que hemos compartido en los doce últimos años.

Nota del autor

En 1308 Eduardo II se casó con Isabel, hija de Felipe IV de Francia. Eduardo II resultó ser un rey incompetente que se hizo famoso por su desastrosa política de guerra y su pasión por las ocupaciones rurales, como cavar zanjas y cubrir tejados con paja.

En 1322 Roger Mortimer, conde de March, encabezó una rebelión contra Eduardo y sus favoritos, los Spencer. Mortimer fue encarcelado y luego huyó al extranjero. En 1325 la esposa de Eduardo, Isabel, consiguió huir a Francia y reunirse con Mortimer en el exilio. En 1326 Isabel y Mortimer regresaron a Inglaterra.

Prólogo

Durante toda la noche unas nubes grises y amenazadoras habían barrido la verde campiña del condado de Kent, sin que parara de llover. El aguacero fue tan persistente que los peregrinos tuvieron que quedarse en una gran taberna de tres pisos de yeso y madera, cerca del monasterio dominico de Dartford. Como es lógico, se estaban poniendo nerviosos. Desde su partida de El Tabardo, en Southwark, habían disfrutado de las frescas brisas primaverales, del alegre canto de los pájaros y de la tranquilidad del campo. Era primavera, y los árboles estaban en flor. Hasta los labradores más pobres cantaban mientras trabajaban en sus estrechas parcelas, con la esperanza de obtener una buena cosecha, bajo un sol cada vez más intenso.

Harry el tabernero, sentado al amor de la lumbre de la taberna, recorrió con mirada inquieta al grupo de peregrinos. «Por los cuernos de Satanás —pensó—. Qué grupo tan variopinto, y qué difícil de complacer.» El caballero, por ejemplo, con su melena plateada y su curtido rostro, no le quitaba los ojos de encima al monje. Harry se frotó el grueso labio inferior. Entre aquellos dos hombres había una fuerte hostilidad. Al parecer, el caballero y el monje se conocían, y cada vez que el monje se acercaba a *sir* Godfrey, éste se llevaba la mano a la empuñadura de marfil de la daga que llevaba al cinto. El joven hijo del caballero, el escudero de rostro tierno, también estaba alerta.

—¿Creéis que tiene algo que ver con el relato del caballero? —le había preguntado Harry al párroco, un hombre pobre y bonachón.

—¡Alabado sea Dios! —replicó el cura—. ¿Qué va a saber un monje sobre la antigua Tebas, sobre el glorioso rey Teseo o sus primos Arcite y Palamón y su rivalidad por la bella Emilia?

—No, no; no me refería a eso —dijo Harry volviéndose para que no le oyeran los demás—. Me refiero a la otra historia que contó el caballero, la de los *strigoi*, esos vampiros que infestaron la ciudad de Oxford^[1].

El párroco se santiguó y se marchó sin responder. Sin embargo, Harry siguió especulando. El monje, con su rostro reluciente, su coronilla calva y sus astutos y alegres ojos, parecía un individuo afable; era buen jinete y hábil cazador, o eso decían. Harry miró al monje, que estaba inmerso en una conversación con el terrateniente de barba cana. Ni una sola vez había visto al monje santiguándose, rezando o haciendo alguna referencia a su noble Salvador, Jesucristo.

Harry se volvió, carraspeó y escupió en las blancas cenizas del fuego. Otras tensiones acechaban a los peregrinos. En un rincón de la cervecería, el molinero, un individuo con barba y rostro rubicundo, se había despertado y buscaba su gaita.

—¡Duérmete otra vez, borracho! —murmuró Harry.

Junto al molinero, el cocinero, con la pierna ulcerada asomando bajo la capa, discutía acaloradamente con el desabrido administrador. La hermosa pero remilgada

priora no paraba de suspirar, y, con su apuesto capellán pisándole los talones, se paseaba por la cervecería, de un grupo de peregrinos a otro, como si nadie fuera digno de su atención. Harry examinó a la priora con desprecio; llevaba un vestido de una tela excelente, y sus zapatos, unos borceguíes de piel suave, estaban decorados con perlas de imitación. La priora toqueteaba el broche con aquella ridícula inscripción, *Amor vincit omnia* que llevaba colgado del cuello, y acariciaba a su perro, al que alimentaba con pan blanco mojado en leche.

—Menuda pandilla —murmuró Harry frotándose la cara.

—¿Estáis bien, señor?

Harry levantó la cabeza.

—No me puedo quejar, maese Chaucer.

Harry se puso en guardia. Aquel individuo le caía bien, pero no se fiaba del todo de él, pues había oído comentar al magistrado la influencia que Chaucer tenía en la corte. Diplomático, poeta y vigilante de las costumbres, Chaucer parecía un hombre alegre, con sus relucientes ojos, su pronta sonrisa, su rostro rubicundo y su barba y su bigote bien cuidados. «Astuto como un zorro», pensó Harry. A Chaucer, un hombre inteligente y astuto, le gustaba poner en evidencia las debilidades de la gente con una discreta burla.

Chaucer se sentó en un taburete junto al tabernero.

—Vuestra posada es mucho mejor que ésta —murmuró con diplomacia.

Harry esbozó una sonrisa y replicó:

—Gracias, señor. ¡Tenéis toda la razón! —Recorrió la cervecería con su crítica mirada—. Los juncos están limpios, al igual que las mesas, pero los pasteles estaban rancios y demasiado picantes. —Arrugó la nariz y dio unos golpecitos a Chaucer en la rodilla—. ¡Gracias a Dios, ya llega la primavera! Pronto podremos comer capón, cordero y cerdo.

—Pero eso no será hasta que hayamos estado en Canterbury.

—Sí. —Harry suspiró y se quedó mirando las cenizas—. Estoy deseando llegar, subir de rodillas los escalones de la capilla y rendir homenaje a los huesos del mártir.

—¿Por qué? —preguntó Chaucer.

Harry sonrió, pero sacudió la cabeza.

—No seáis ingenuo, maese Chaucer. ¡Eso es un secreto!

—Cuántos secretos —suspiró el poeta al tiempo que estiraba las piernas—. ¿Habéis observado, Harry, que muchos de los peregrinos ya se conocían?

—Sí, maese Chaucer, y también me he fijado en que vos conocéis a muchos.

Ahora fue el poeta cortesano el que esbozó una enigmática sonrisa. Señaló la ventana de la taberna, por la que corrían gotas de lluvia.

—Si sigue lloviendo así, vamos a necesitar un barco para llegar a Canterbury.

—Si sigue lloviendo así —dijo Harry con sarcasmo—, jamás llegaremos al santuario. —Señaló a los peregrinos y prosiguió—: Se van a matar unos a otros antes de que anochezca.

—Decidme, Harry, ¿qué hay de vuestra propuesta?

El tabernero frunció los labios y dijo:

—¿Creéis que es buen momento?

Chaucer se estremeció y echó un vistazo a la oscura cervecería, donde oscilaba la luz de las velas.

—Sí, es buen momento —afirmó Chaucer—. Pero no para contar una de esas bonitas historias, sino para algo terrorífico, una misteriosa historia de sangre y pasión.

—Le ha llegado el turno a la comadre de Bath —dijo Harry, y miró a la viuda de rostro redondo y ojos alegres, que abrumaba al aburrido intendente con el relato de sus peregrinajes a Santiago de Compostela y a Colonia.

—Empecemos —murmuró Chaucer.

Harry no se lo pensó dos veces. Se puso en pie y dio unas palmadas hasta que obtuvo silencio.

—Amigos —dijo con el rostro iluminado por una sonrisa—. Nos dirigimos a Canterbury para rendir homenaje a los huesos del mártir bendito. ¡Eso si no nos ahogamos antes!

Los peregrinos rieron educadamente, pero no dejaron de observar al tabernero con atención. Consideraban a Harry el líder del grupo, y todos estaban de acuerdo en que había llegado el momento de aliviar su aburrimiento. —¿Qué os parece si contamos una historia? —prosiguió Harry. Apuntó con un rechoncho dedo hacia las vigas, ennegrecidas por el humo—. Como recordaréis, cada uno de nosotros tiene que contar dos historias, una alegre durante el día para distraernos y alegrarnos el viaje. Y la otra por la noche, misteriosa y siniestra, para helarnos la sangre.

—Pero esa historia teníamos que contarla por la noche —protestó el vendedor de indulgencias con su aguda voz, rascándose la cabeza.

—Lo cierto es que ya podríamos estar en la cama —comentó la viuda de Bath.

—¿Podríamos? —murmuró el marino.

—No era una invitación. —La comadre de Bath revolvió el enorme trasero en el taburete y agitó las enaguas descubriendo las botas de piel con cordones.

—Es como un puente levadizo —murmuró el ujier esbozando una sonrisa burlona. Se rascó la bulbosa nariz, cubierta de verrugas.

—¿Quién es un puente levadizo? —preguntó la comadre de Bath.

—Algunas mujeres —contestó el ujier—. Se bajan ante el primero que encuentran.

La comadre de Bath lo miró fijamente. Luego soltó un grito de rabia y se lanzó sobre él, y el sombrero de ala ancha se le fue hacia atrás mientras con los puños aporreaba al divertido alguacil.

Harry el tabernero tuvo que intervenir. Sujetó a la mujer por los gruesos brazos, la apartó del borracho alguacil y la sentó con suavidad en su taburete.

—No le hagáis caso, señora —le aconsejó.

Harry hizo una pausa, atrapado por la clara mirada de los azules ojos de la mujer,

y parpadeó. Siempre había visto a la comadre de Bath como un espantajo vestido con exageración, con su lujoso chal con bordados de púrpura, su immaculado griñón y su enorme sombrero negro. Una cerda vestida de seda, había concluido en una ocasión: tenía la cara redonda, las mejillas sonrojadas; pero ahora, de cerca, vio sus azules ojos empañados por las lágrimas a causa de la burla de uno de los peregrinos, y de pronto, la encontró inocente y desvalida.

Harry le cogió los rechonchos dedos, llenos de anillos.

—Debisteis de ser una mujer muy hermosa en vuestra juventud —susurró.

La comadre de Bath suspiró y se puso en guardia.

—Cuando era joven —declaró para que la oyeran todos—, yo era una fortaleza espléndida. Muchos hombres querían tomarla por asalto, pero muy pocos pudieron traspasar mis puertas. Sin embargo, una vez dentro —se llevó una mano a los labios en un gesto de falsa inocencia—, encontraban un paraíso. —Miró airadamente al ujier, y agregó—: En cuanto a vos, maldito cerdo, no sabríais reconocer a una dama aunque la tuvierais a un palmo de vuestras narices.

—Y ese no es el caso ahora.

Harry se acercó al ujier y le dio un pisotón con su pesada bota, apretando fuerte hasta que el hombre gimió de dolor.

—¡Cállate! —le amenazó el tabernero—. ¡Y que no se te ocurra tocar la bolsa del terrateniente!

La disputa habría continuado de no ser porque el molinero, que ahora roncaba en un rincón abrazado a su gaita como si fuera un niño, se tiró un fuerte pedo y cayó del taburete. La sorpresa causada por el grosero despertar del molinero, seguido de más ruidos procedentes de su trasero, hizo que los peregrinos rieran a carcajadas o contuvieran discretamente una risita, hasta que incluso el caballero esbozó una sonrisa.

Harry, satisfecho al ver que la tensión se aliviaba, volvió a batir palmas.

—¡Recordad nuestra promesa! —bramó—. Cada peregrino contará dos historias. Habrá un premio para cada clase de historia. El día es oscuro y estamos aquí riendo. Así que escuchemos un relato de maldades y atrocidades.

—Y ¿quién va a contar la historia? —preguntó el labrador—. ¡No podemos pasarnos toda la noche aquí discutiendo!

—Yo os cantaré una misteriosa canción, —propuso el ujier desde un rincón.

Todos los peregrinos lo miraron. El magistrado se puso en pie sujetándose la suntuosa toga con su orla de lana de cordero, con los pulgares metidos en el cinturón de piel que llevaba sujeto a su esbelta cintura. Harry lo observó y juzgó que era un hombre tranquilo. El magistrado solía hablar con cinismo, y cuando alguien le preguntaba acerca de las leyes, él citaba sin dificultad desde los primeros estatutos del rey Enrique III hasta las más recientes leyes del Parlamento. Harry frunció los labios.

—Será lo mejor —prosiguió el magistrado, suavizando el severo y sarcástico

rostro con una sonrisa—. Si no, seguiremos discutiendo hasta el segundo Advenimiento.

Harry vio que el magistrado miraba a la priora, que estaba remilgadamente sentada, dándole sorbos de leche a su perro faldero. «Qué grupo tan extraño», se dijo el tabernero. La priora, la madre Eglantine, levantó la vista, se ruborizó y agachó la cabeza, como si las palabras del magistrado la hubieran avergonzado. Otros también se mostraron un poco nerviosos, y al perspicaz Harry no se le escaparon sus rápidos movimientos. El intendente fue a levantarse, con expresión de sorpresa, pero se lo pensó mejor y volvió a sentarse. El ujier, borracho como una cuba, dejó su pesada jarra en la mesa.

—El magistrado tiene razón —intervino el caballero—. Oigamos su historia.

Hubo un murmullo de aprobación, y Harry indicó al magistrado que se sentara en una pesada silla labrada que había en la cabecera de la mesa de la cervecería.

—Por favor, maese magistrado. Contadnos una historia de maldades y asesinos.

El magistrado esbozó una sonrisa. Se ciñó el cinturón, se sentó y cogió el vaso de vino que Harry le colocó delante.

—Así lo haré —declaró—. Os contaré una historia de intriga, sobre la sutilidad de los príncipes y las ansias de poder. Os hablaré de sangrientos hechos perpetrados al amparo de la noche, pero no lejos de la mirada de Dios.

Prólogo del Magistrado

En una cámara del castillo de Rising, que se alzaba amenazador sobre las llanuras de Norfolk, la reina Isabel, madre de Eduardo III, se preparaba para morir, o eso decían los rumores que circulaban por los pasillos y las galerías de aquel laberíntico y desolado castillo. La anciana reina estaba a punto de exhalar el último suspiro, y como estaba muriendo de la peste, todo el mundo se alejaba de ella. Isabel, con la legendaria melena ahora gris y enmarañada, se recostó en los travesaños y se quedó mirando a su amado escudero, Vallence. El joven le recordaba en muchos sentidos a Mortimer, el gran amor de su vida, el barón galés con quien había compartido su exilio antes de regresar a Inglaterra, como una venganza divina, para destronar a su débil marido, Eduardo II, y a sus poderosos hombres de confianza, los Spencer.

—Ha llegado la hora —susurró—. ¿Está todo preparado, Vallence?

El joven escudero asintió con la cabeza y despegó los labios para decir algo, pero la reina levantó una mano, con considerable vigor para tratarse de una moribunda. La reina le tapó los labios apretando con fuerza.

—¡Basta! ¡Basta! —susurró Isabel—. ¿Está listo el ataúd?

Vallence asintió.

—Un ataúd de plomo. —El escudero intentó disimular la emoción que sentía—. Lo meterán en un ataúd de roble. El rey ha accedido a que el cortejo fúnebre recorra Mile End Road y a que os entierren en Greyfriars.

Isabel sonrió y asintió con la cabeza.

—¿No va a venir él aquí? —preguntó nervioso el escudero.

—¿Por qué iba a hacerlo? —murmuró Isabel—. ¿Qué tenemos en común? —añadió con desprecio—. Que haga su maldita guerra y que convierta los campos de Francia en un mar de sangre. ¡Dios se vengará, y yo también! Vallence, ¿seguro que está todo preparado?

El joven escudero asintió.

—Entonces, dejadme sola. Ya va siendo hora de que me muera.

Diálogo entre peregrinos

El magistrado interrumpió su relato. La comadre de Bath batió palmas.

—Vuestra historia versa sobre Isabel —dijo—. ¡Esa Jezabel, la loba de Francia!

—Una mujer malvada —terció el médico—. Dicen que de joven fue hermosa. Se casó con el rey Eduardo, el abuelo de nuestro rey actual, pero le hizo vivir un calvario.

—Lo que hizo fue ponerle los cuernos —dijo el vendedor de indulgencias apartándose el rubio cabello teñido de la cara—. Eduardo tenía un amante, Hugo de Spencer, así que Isabel se buscó también uno, Roger Mortimer. —Estiró el cuello como una gallina vieja y miró a la concurrencia—. Sí, sé lo que digo. Isabel conoció a Mortimer en la Torre, y se hicieron amantes. Huyeron a Francia y regresaron con todo un ejército.

—Entonces yo era un niño y vivía en Londres —dijo el administrador, ansioso por hacer alarde de sus conocimientos—. Cuando el pueblo se levantó contra él, el rey huyó al oeste con los Spencer. Yo estaba en los mercados de Cheapside. Atraparon a unos cuantos ministros de los Spencer en el cementerio de San Pablo. Los derribaron de sus caballos y los apuñalaron, dejando sus cadáveres destripados y sangrando como piezas de carne en la tienda de un carnicero.

—Yo no era más que una niña —dijo la comadre de Bath—, pero recuerdo muy bien la agitación que hubo. Ejecutaron a Spencer en Hereford. Un pariente mío lo vio morir. Construyeron una horca especial para él. —Redujo la voz a un susurro y añadió—: Lo colgaron y lo destriparon. —Hizo un gesto con la mano y dijo—: ¡Le cortaron las gónadas!

—Y ¿qué fue de su marido, el rey? —preguntó el labrador.

—Lo llevaron al castillo de Berkeley —contestó la viuda de Bath—, y lo arrojaron a una fosa llena de cadáveres de animales podridos. Su intención era dejarlo morir allí...

—¿Pero?

La comadre de Bath se arregló el griñón. Se inclinó hacia delante, feliz de ser el centro de atención de todos.

—Una noche, unos asesinos entraron en la celda del rey. Tiraron al desgraciado príncipe al suelo, le pusieron una mesa sobre la espalda y le metieron un atizador al rojo en las entrañas, para que en el cadáver no quedaran señales. Mi pariente —añadió con orgullo— vio el cadáver en el ataúd antes de que lo enterraran en la iglesia de la abadía de Gloucester.

—¿Y qué le pasó a Isabel? —preguntó el labrador.

—Mortimer y ella siguieron reinando durante tres años —dijo la viuda de Bath—, con su hijo, nuestro noble Eduardo, como marioneta. Luego Eduardo se impuso. Una noche arrestó a Mortimer en el castillo de Nottingham y lo envió al Tyburn para que

lo colgaran, acusado del asesinato de su padre.

—¿Y qué fue de Isabel?

—La desterraron al castillo de Rising hasta su muerte.

—Yo fui miembro de la guardia de honor en el funeral —terció el caballero. Entrecerró los ojos y miró al magistrado—. El día que enterraron a la reina hubo cierta agitación, ¿no es así?

El magistrado estaba mirando a la priora.

—Sí, ya lo creo —contestó por fin, saliendo de su ensimismamiento—. Pero escuchadme, porque el entierro de la reina desencadenó más sangrientos asesinatos.

Parte I

CAPÍTULO I

Un jueves a media tarde, dos hombres, Juan Waters, herrero de profesión, y Guillermo Bramwell, panadero, cruzaban el desolado yermo que había al pie de Primrose Hill, de camino hacia la taberna Caballo Blanco, cerca del bosque de San Juan. Hacía un día frío y gris, y ambos suspiraban por un buen plato de comida caliente y una jarra de cerveza. Cuando empezaban a vislumbrar, a lo lejos, las luces de la taberna, Bramwell se paró bruscamente. Sujetó a su compañero por el brazo y señaló hacia la enorme charca llena de juncos y con dos negros y pelados árboles. Cerca de la charca discurría una profunda acequia llena de matorrales y zarzas, y entre ellos vieron un largo bastón con el extremo plateado, un par de guantes y una vaina de espada vacía. Los hombres corrieron hacia allí. Bramwell se agachó para coger los guantes, y al hacerlo vio que había algo en el fondo de la acequia.

—¡Dios mío! —exclamó retrocediendo—. ¡Ahí dentro hay un muerto!

Retiraron los matorrales y descubrieron, tendido boca abajo en el fondo de la acequia, el cadáver de un hombre alto y delgado, vestido de negro. Su terror aumentó cuando vieron la punta de una espada que sobresalía de la espalda del hombre, por debajo del omoplato izquierdo. Se miraron y luego ambos miraron el cadáver, que yacía un poco torcido, ligeramente vuelto hacia la orilla izquierda de la acequia. Tenía el brazo izquierdo doblado debajo de la cabeza y el otro extendido. A primera vista, podría parecer que aquel hombre sólo dormía. Bramwell se le acercó un poco más y examinó el pálido rostro, metido en el pliegue del codo. Al ver la piel azulada e hinchada y los ojos inyectados en sangre tuvo que contener las náuseas.

—¿Quién es? —preguntó Waters.

—No lo sé —respondió Bramwell—. Pero va bien vestido y tiene su espada atravesada. ¿Será un suicidio o un asesinato? —Volvió a examinar el cadáver y añadió—: Creo que lo conozco —susurró con voz ronca—. ¡Dios nos proteja! ¡Pero si es el juez, lord Esteban Berisford!

En la taberna El Corazón Cerrado en Pig Alley, cerca de Chick Lane, Wormwood, un asesino profesional, estaba sentado tranquilamente en un asqueroso rincón de la cervecería, donde el suelo estaba empapado de orines de rata. Un mendigo, sucio y vestido con harapos, se acercó a su mesa con gestos aduladores y reverencias. Wormwood le dio una patada, y el individuo se escabulló, refugiándose en el otro extremo de la larga y oscura taberna. «¿Estaría a salvo allí? —se preguntó Wormwood—. ¿Cumpliría el Guardián de las Puertas su parte del trato?» Eran más de las nueve de la noche y la taberna todavía estaba abarrotada de clientes. El alboroto era espantoso. Wormwood miró a través del humo. La mayor parte del ruido procedía de otra estancia que había abajo, a la que se accedía por unos escalones situados al fondo de la cervecería. Wormwood pidió más cerveza, pero cuando se la

llevaron la rechazó, quejándose de que estaba turbia, y pidió un vaso de vino seco. Luego se levantó y bajó por la escalera que conducía al sucio y abarrotado reñidero, donde se apiñaba la gente. Señores, galanes, clérigos y aprendices se codeaban con los maleantes de todo tipo, de alta y de baja cuna, que circulaban por la ciudad. Estaban todos de pie alrededor del reñidero de serrín, gritando y apostando. Dentro del reñidero, dos enormes gallos, con el plumaje negro y sedoso manchado de polvo y sangre, luchaban como salvajes gladiadores. Describían círculos y se arañaban hasta que uno se derrumbó en el polvo, reducido a una masa de plumas ensangrentadas, mientras su vencedor estiraba el cuello y cacareaba triunfante.

Wormwood se estremeció y miró alrededor. «¿Cuándo llegaría el mensajero?», se preguntó. Una moza, exuberante y atractiva, con una lustrosa cabellera que le llegaba hasta los blancos hombros desnudos, lo observaba. La pintura negra de los ojos contrastaba con la palidez de su cutis. Sonrió a Wormwood y movió el cuerpo sugestivamente, estirándose con languidez sin quitarle los ojos de encima. Wormwood, al que el vino calentaba el estómago y encendía la sangre, le sonrió. ¿Por qué no? Había hecho lo que el Guardián quería. El trabajador merecía su salario. Wormwood notó un estremecimiento. ¿Qué mal podía haber en un poco de placer? Se acercó a la mujer.

—¿Puedo invitaros a beber algo, señora?

El asesino se sintió orgulloso de sus cortesías modales. Sabía tratar a las mujeres, aunque se tratara de mujeres de la noche. La mujer le dio las gracias con la mirada y regresaron juntos al asiento que Wormwood había estado ocupando en el alféizar de una ventana.

—Sois escocés. Vuestro acento os delata.

La mujer tenía una voz suave y gutural. Se sentó cerca de Wormwood. Él sintió el empalagoso perfume de la mujer y el calor de su muslo pegado al de él. Como les ocurre a todos los hombres en presencia de una mujer hermosa, Wormwood pensó que tenía que hablar. Pidió más vino, entretuvo a la muchacha con relatos acerca de su importancia y su arte, le lanzó indirectas sobre su riqueza y sonrió afectadamente ante los comentarios de ella, según los cuales los escoceses eran fieros bebedores y grandes amantes. Las horas fueron pasando, y la taberna empezó a vaciarse. La mujer cogió a Wormwood por la muñeca, como si no estuviera dispuesta a aceptar una negativa.

—Tengo una habitación aquí —dijo—. Caliente y cómoda. Mucho mejor que el frío de las calles.

Wormwood no se hizo rogar. La siguió por las desvencijadas escaleras, admirando el movimiento de sus caderas, sus bien torneados tobillos y sus zapatos de tacón alto con rosas de oro en el empeine. La mujer abrió una puerta al llegar al piso superior, y Wormwood la siguió al interior de la cámara.

—Y ahora, ¿qué? —murmuró.

La mujer soltó una risita. Wormwood oyó el ruido de una yesca y una larga vela

se encendió. La mujer caminó hacia Wormwood, con la vela iluminando su rostro.

—Tomad, sostened esto —dijo.

Wormwood cogió la vela.

—¡Ven aquí, moza libertina!

La mujer sonrió, y sus ojos chispearon mientras colocaba una larga y hermosa mano sobre el hombro de Wormwood. Sus azules y felinos ojos le sostuvieron la mirada, y, por un momento, el asesino intuyó que algo iba mal. La sonrisa desapareció del rostro de la joven, y sus ojos se entrecerraron. Wormwood abrió la boca para gritar e intentó retroceder, pero demasiado tarde. El cuchillo que la mujer tenía en la mano se le clavó bajo el corazón. Wormwood notó que la habitación se balanceaba. Quiso gritar del dolor que lo atravesaba.

—El Guardián te manda saludos —susurró la mujer—. ¡Y se despide de ti!

Diálogo entre peregrinos

El magistrado hizo una pausa para pedir algo de comer en la cocina de la taberna.

—Tengo hambre —se disculpó—, y cuando narras una historia, te das cuenta de que aunque tengas la cabeza y la boca llenas, tienes el estómago vacío.

—¡Pues llenáoslo a vuestro antojo! —exclamó Harry—. Porque la vuestra es una siniestra historia, magistrado.

—Todavía hay sombras más oscuras.

El magistrado se volvió al ver que un criado, atraído por los gritos de Harry, se acercaba para saber qué quería. Cuando el criado acababa de cerrar la puerta tras él, el vendedor de indulgencias gritó:

—¡Que el Señor se apiade de nosotros!

Todas las miradas se posaron sobre él.

—¡Que el Señor se apiade de nosotros! —repitió el hulero—. He oído hablar de ese malvado.

—¿Del Guardián de las Puertas? —preguntó Harry.

—Sí, señor, así es.

—¿Quién es?

—No creo que lo conozcáis —contestó el bulero—. Vos vivís en Southwark, lejos de la ley de la ciudad, pero al otro lado del río manda el Guardián de las Puertas. O al menos, solía hacerlo. —El vendedor de indulgencias entrecerró sus parduzcos ojos—. ¡Viene y va, como el viento! Nadie lo ve, pero su presencia siempre se percibe.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el escudero.

—En Londres viven muchos picaros y vagabundos —le interrumpió el monje—. ¡Y son una auténtica legión, por los cuernos de Satanás! Tienen un príncipe, el rey de los mendigos, el hombre que se hace llamar el Guardián de las Puertas, porque nadie puede entrar en el hampa de Londres sin su permiso.

—¡Tonterías! —dijo el baile de Norfolk.

—¿Tonterías? —gritó el bulero.

—No son tonterías —dijo el magistrado apartando la vista de la madre Eglantine. Hizo una pausa al ver que el criado regresaba con un trozo de pescado asado, servido sobre una hogaza de pan con mantequilla y cubierto con salsa de perejil.

El magistrado le dio las gracias.

—Y ahora, escuchadme todos —dijo mientras daba un pequeño bocado—, y sabréis la verdad sobre el Guardián de las Puertas.

Parte II

CAPÍTULO I

Nicolás Chirke se despertó gruñendo.

—¡Demasiado vino tinto! —murmuró. Todavía notaba el sabor del clarete en la boca y la garganta.

Se levantó, tambaleándose ligeramente, y miró la colcha de la cama, contemplando el dibujo de negros montados en elefantes. Le pareció que los elefantes caminaban por la cama como si tuvieran vida. Nicolás se quitó la camisa de dormir y metió la cara en la jofaina de agua fría. Se secó con un paño y volvió a tumbarse en la cama. Los restos de vino que quedaban en su sangre le aturdían los sentidos. Estaba muerto de frío, así que se puso la bata de damasco negro y el gorro de dormir, con ribete de encajes dorados, ambos regalo de su hermana. Se cruzó de brazos y echó un vistazo a la cámara que llamaba su «paraíso privado».

—Acumula tesoros en el cielo —murmuró, riendo por lo bajo. Confiaba en que en el cielo hubiera tesoros, para compensar la escasez que padecía aquí, en la tierra. Nicolás consideraba que estaba un peldaño por debajo de aquellos pobres engreídos que desfilaban por San Pablo, con las bolsas vacías y cargados de responsabilidades. Él tenía muy pocas cosas: dos baúles (y sólo uno era suyo), tres banquetas (una rota), un lavabo, dos mudas de ropa interior, media alfombra de lana y un tapiz desteñido que mostraba a David persiguiendo a Betsabé, regalo de un cliente agradecido que no había podido pagar sus honorarios.

Chirke miró hacia donde estaba su arcón. Dentro había un candelabro de plata y un apagavelas de oro que en realidad debería vender, pues él sólo tenía una vela de sebo. Se tumbó en la cama y se quedó contemplando el techo de yeso. ¿Estaba resentido? No, su hermana y su cuñado, Juan Gawdy, eran generosos en exceso. Chirke detestaba la idea de aceptar sus regalos, y eso incluía la fiesta que Juan había organizado la noche anterior. Era en honor de los compañeros de gremio de Juan, pero Nicolás también había sido invitado. Se pasó el día anterior rondando por San Pablo, intentando captar clientes, soñando con unos buenos honorarios y con casos complicados que implicaran manos muertas o autos de *quo warranto*. Pero no consiguió nada, claro, y Chirke regresó por las húmedas y sucias calles, hambriento como un lobo. Se comió su buena ración de lucio con salsa caliente de carne picada, su mirlo asado y sus tartas de membrillo, y se bebió sus buenas copas de la gran jarra de vino tinto que Juan había servido. Nicolás cerró los ojos; allí estaba, un estudiante de la Norwich Grammar School, Trinity College Cambridge, y del Inner Temple, un abogado de sólo veintiocho años que vivía de la generosidad de su hermana.

Chirke se levantó y se tragó su autocompasión. Ese día las cosas iban a cambiar. Sir Amyas Petrie, miembro del Parlamento y gobernador de Londres, había levantado un dedo para ayudar a su pariente lejano por segunda vez. Había sido gracias a la influencia de *sir* Amyas que Chirke había conseguido una codiciada plaza en el Inner

Temple, pero cuando Nicolás intentó darle las gracias a *sir Amyas*, este ignoró su carta. Ahora *sir Amyas*, desde su elevada posición, había vuelto a citar a Nicolás, «su amado pariente», en sus cámaras privadas cerca de Chancery Lane. Nicolás suspiró y se puso en pie. Estaban citados a mediodía. Miró por la ventana con vidrios de asta, pero había niebla, y casi todo Poultry y Walbrook habían quedado ocultos bajo un frío manto. Nicolás oyó las campanas de Sainte Mary le Bow y las de San Pablo, más graves, y calculó que debían de ser las diez de la mañana. Se frotó los dientes con una mezcla de miel y vinagre hasta que le dolieron los dedos, y se puso su mejor jubón, el menos desteñido, sobre una camisa de batista llena de agujeros. Sin embargo, sus pantalones y sus calzas eran nuevos, pues se los habían regalado Juan y Catalina la Noche de Reyes. Nicolás se acordó del penetrante frío del día anterior y se puso tres pares de calcetines de lana antes de meter a la fuerza sus reacios pies en un par de ceñidas botas de piel. Se peinó el negro cabello y ocultó sus gastadas prendas bajo la pesada toga a rayas de abogado.

Chirke se aseguró de que la vela de junco estuviera apagada, salió al frío y estrecho pasillo y subió las escaleras que conducían a la buhardilla de Scathelocke, bajo el alero. Abrió la puerta; la pequeña cámara estaba vacía, y el jergón cubierto con la colcha. La habitación estaba limpia y ordenada, como siempre, y los objetos personales de su criado ordenadamente dispuestos en los dos estantes de la cámara, o guardados en los enormes baúles forrados de hierro que Scathelocke siempre cerraba con llave. Chirke se sintió intrigado y avergonzado. Fisgoneaba porque, como todo abogado, sentía curiosidad, y Scathelocke era un enigma. Chirke se apoyó en la jamba de la puerta. ¿Cuánto hacía que lo conocía? ¿Un año? Sí, casi un año. Chirke estaba en San Pablo, esperando con los demás, buscando clientes. Vio a Scathelocke caminando arriba y abajo por el *Mediterranean*, el pasillo principal de la nave de la catedral. Le pareció que el individuo hablaba solo, y Chirke se le acercó y llegó a la conclusión de que o estaba loco o estaba entonando algún conjuro. Al día siguiente, Nicolás, satisfecho tras haber ganado un caso (una lucrativa disputa sobre el testamento de un anciano), fue abordado por Scathelocke cuando salía de la taberna La Cabeza del Obispo, delante de San Pablo.

—¿Necesitáis un criado? —le preguntó el individuo—. Me llamo Enrique Scathelocke. No tengo referencias, pero soy honrado y capaz. Sé coser, leer y soy ahorrativo.

—¿En serio? —dijo Chirke, más contento que unas pascuas gracias a los efectos del clarete. Chirke examinó al individuo y se fijó en sus limpias ropas de fustán, en sus ojos azul claro y en su cara de niño, pese a la barba y el bigote pelirrojos, pulcramente recortados—. Sí, necesito un criado —dijo Nicolás en un arrebatado de ebria generosidad. ¿Por qué no? Su cuñado necesitaba ayuda en la casa, y Chirke estaba seguro de que su suerte empezaba a mejorar. Y tenía razón, en cierto sentido. Scathelocke era un buen criado; era ahorrativo en todo salvo en su apetito. Pero la suerte de Chirke no había mejorado. Sin embargo, no podía despedir a aquel hombre.

Juan y Catalina estaban contentos con él; Scathelocke era mañoso y sabía entretener a los gemelos. Con todo, aquel hombre era un misterio. No tenía pasado, amigos ni familia. «¿Sería un fugitivo?», se preguntaba Chirke. Hablaba en voz baja y con educación, y sabía francés y español. En una ocasión en que ambos bebieron mucho, le demostró que también dominaba el latín y el italiano. ¿Dónde había recibido semejante educación?

—¡Nicolás!

Oyó a su hermana llamándolo desde el piso de abajo. Chirke echó un último vistazo a la habitación. La cámara olía a limpio, a hierbas, cera y quizás algo más. ¿Incienso? ¿Sería Scathelocke un adorador del diablo? Chirke sonrió. Lo dudaba: cantaba con él en el coro del padre Thompkins en Sainte Mary le Bow, donde su voz, un bajo profundo, hacía resaltar la de tenor de Chirke. El abogado se encogió de hombros y bajó a la cocina. El fuego ardía en la chimenea, y el aire olía a pan recién hecho. Los gemelos, de seis años y tan parecidos como dos gotas de agua, estaban sentados con los ojos como platos, como dos pequeños búhos, a ambos lados de Scathelocke, que les estaba contando una de sus historias fantásticas. El criado, concentrado y con los ojos cerrados, recitó solemnemente:

—En Etiopía hay dragones, no como las serpientes del Amazonas, donde viven los hombres sin cabeza. No. —Hizo una pausa y levantó una mano para contener los gritos de emoción de los niños—. No, esa es otra historia. Éstos tienen los ojos amarillos y la piel púrpura.

Scathelocke abrió los ojos y le lanzó un guiño a Nicolás, que lo saludó con un movimiento de la cabeza y se quedó mirando con curiosidad a la desaseada mujer que hacía girar el espetón y rociaba un asado de cordero con sus propios chisporroteantes jugos, y al parecer sin importarle el tremendo calor.

—Buenos días, Nicolás.

Catalina entró por la puerta de la cocina, con una expresión alegre bajo la pelambrea de cabello negro. Nicolás la abrazó como hacía cuando eran niños y ella era una princesa y él un gigante. Catalina, que tenía los ojos castaños y la piel oscura y desde niña había querido ser rubia y con ojos azules, siempre estaba contenta.

—¡Nicolás! —gritó sin aliento.

Su hermano la soltó.

—Había olvidado la fuerza que tengo —se disculpó.

Ella hizo una mueca, se alisó el vestido verde de tafetán y fue a poner la mesa. De pronto Nicolás soltó una maldición y subió a toda prisa la escalera, ignorando la reprimenda de su hermana instándole a no emplear aquel lenguaje delante de los niños; él no se hacía ilusiones sobre sus sobrinos, dos diablillos que lo veían como su víctima perfecta. Nicolás encontró el cinturón, la bolsa y el zurrón de cuero que había olvidado donde los había dejado la noche anterior. Los cogió y bajó de nuevo a toda prisa. Catalina acababa de poner la mesa. Colocó dos jarras de cerveza, dos platos y dos botellas de cerveza alemana con el severo rostro barbudo de un comerciante

hanseático. También sirvió unos cuencos de humeante caldo. Scathelocke, requerido por su exigente audiencia, se sentó junto a Chirke y cogió su cuchara de palo. Nicolás miró a su hermana, miró hacia el techo, admirándose del insaciable apetito de su criado, y lo imitó. Partió las hogazas de pan caliente y mojó los pedazos en el caldo de carne. Luego levantó la cabeza, nervioso. Su hermana no se había movido, y lo miraba fijamente. A Chirke le dio un vuelco el corazón; sabía lo que iba a pasar.

—¿Dónde está Juan? —preguntó a su hermana.

Catalina, que no se dejaba distraer fácilmente, señaló hacia la parte delantera de la casa, donde Juan y sus aprendices habían montado el puesto de artículos de tela y piel. Chirke empezó a comer, pero Catalina no se movió de donde estaba.

—He recibido una carta de Roberto —dijo.

Nicolás entrecerró los ojos.

—No me interesa —murmuró—. Ya lo sabes.

Miró a Scathelocke, que a su vez lo miraba a él con curiosidad, y bajó la cabeza. Catalina se le acercó, preocupada como una madre. ¿Por qué Nicolás no podía hacer las paces con su hermano? ¿Por qué no podía volver a la mansión familiar de las afueras de Norwich y curar las heridas? Pero ella sabía las respuestas a sus propias preguntas. La culpa de todo la tenía aquella bruja, Beatriz, con su hermoso rostro y sus apasionadas miradas, que había sido el único amor de Nicolás hasta que una mañana de primavera él la sorprendió con su hermano. El mundo de Catalina se vino abajo entre gritos, maldiciones y los golpes del acero mientras los dos hombres que ella más amaba, después de su marido, luchaban por una mujer a la que ella odiaba. Nicolás se marchó. Fue seis años atrás, poco después del comienzo de las fiestas de santa Hilaria, y desde entonces no había regresado a casa. Ahora miró a su hermana con expresión porfiada, y los extraños ojos —uno verde, el otro azul— entrecerrados por la ira. Nicolás tenía los labios, normalmente sonrientes, fuertemente apretados, y las arrugas de la risa alrededor de sus ojos habían desaparecido. Catalina disimuló su preocupación y su rabia y le sonrió.

—Estoy segura de que tu cita con *sir* Amyas Petrie te traerá suerte —dijo—. Nuestra madre siempre decía que él nos ayudaría. —Acarició suavemente la negra barba y el bigote de su hermano con el paño que tenía en la mano—. Pero antes deberías pasar por el barbero.

Luego se dio la vuelta y salió de la cocina antes de que Nicolás pudiera ver las lágrimas que empañaban sus ojos. Él se metió el último trozo de pan en la boca y se terminó la seca y fuerte cerveza.

—Tenemos que irnos —murmuró.

Le gritó a su hermana que se iban, pero al no obtener respuesta, cogió su capa y salió de la cocina. Scathelocke cogió también su capa, prometió a los niños que terminaría la historia a su regreso y siguió a su amo. Juan Gawdy, atareado detrás de los puestos, delante de la casa, los vio salir, sonrió y gritó:

—¡Buena suerte, Nicolás!

Nicolás le devolvió la sonrisa. Juan Gawdy, con su rostro abierto y sincero, su robusta silueta, su rebelde cabello pelirrojo y sus ojos azul claro, era un hombre sencillo que vivía para su esposa, sus hijos y su amado gremio. Ahora les gritaba a sus aprendices, que corrían de un lado para otro trajinando fardos de tela y cinturones, portamonedas, serones y jubones de piel, y apilándolos en los puestos. Nicolás estrechó la mano a Juan y, titubeando, le dijo que creía haber disgustado a Catalina. Juan arqueó las cejas y sonrió. Estaba al corriente de las ocasionales disputas entre los hermanos, y había decidido hacía tiempo no tomar partido en ellas.

—Catalina no es rencorosa —murmuró sin quitarle la vista de encima a uno de los aprendices, que iba demasiado cargado—. Pero ten cuidado, Nicolás. Si andas con tiento, la buena suerte podría sonreírte.

En cuanto salieron a la calle y echaron a andar por el Cheapside, bajo los puntiagudos aguilones de las casas, Nicolás y Scathelocke notaron el azote del frío viento. El suelo, una mezcla de basura, fango y vertidos de orinal, estaba helado, duro como la piedra. Se protegieron con el embozo y agacharon la cabeza al pasar por el callejón escaldado, la vieja judería y la sastrería real. El ruido iba aumentando hasta convertirse en un clamor ensordecedor. Por todo Cheapside resonaban los trueques y las peleas.

—¡Pescado! ¿Quién me compra pescado?

—¡Vinagre blanco como la nieve! ¡Vinagre blanco como la nieve!

Siguieron andando, pasando por delante de puestos de fruta podrida y salchichas horrendas y buhoneros vendiendo caballa y romero. Un calderero aporreaba su tambor.

—¿Alguien tiene cazos de cobre, cacerolas o sartenes para arreglar? —bramaba.

Al pasar, los carros resbalaban y crujían sobre los irregulares adoquines. En una iglesia cercana tocaron a difuntos, y el tañido quedó casi ahogado por el estridente sonido del cuerno de un matarife. Las tabernas y las casas de comidas estaban abiertas, y el olor a cerveza, pan recién hecho y comida rancia camuflada con sabrosas especias impregnaba el aire. Nicolás notó que Scathelocke se ponía en tensión, como siempre hacía cuando entraban en un lugar concurrido. Nicolás se detuvo y cogió a su criado por el hombro.

—¿Qué pasa, Enrique? ¿Qué tienes? —preguntó, como había hecho otras veces. Escrutó el pálido rostro de Scathelocke y añadió—: ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas alguna medicina?

Scathelocke negó con la cabeza.

Un alguacil pasó arrastrando a una mujer condenada por prostitución. La mujer llevaba un collar de hierro y el alguacil tiraba de ella como si fuera un perro. Nicolás se apartó. Scathelocke se dio la vuelta, y Nicolás tuvo la certeza de que su criado intentaba ocultar la cara, aunque no consiguió disimular el miedo que expresaban sus ojos. Nicolás suspiró. ¿Había hecho bien metiendo a aquel hombre en casa de su hermana?

—Enrique —susurró—. ¿De qué tienes miedo? ¿Quién eres?

—¿Y vos, amo? —replicó Enrique—. ¿Qué me decís de vos? ¿Quién es Roberto? ¿Quién es Beatriz? ¿Por qué no regresáis a Norwich? Vuestra hermana habla de ello tan a menudo como vos en sueños, cuando estáis borracho.

Nicolás esbozó una sonrisa amarga.

—Algún día te lo contaré, Enrique.

—Sí, amo. Algún día. Pero de momento, que cada uno conserve sus secretos. Tenemos asuntos de que ocuparnos.

Nicolás lo cogió por el codo y pasaron por delante de la impresionante mole de la prisión de Newgate y los cadalsos, que ya estaban llenos de delincuentes: un buhonero, un criado acusado de lascivia, un par de rateros. Nicolás pensó en Scathelocke. ¿Sería un libertino? ¿Habría abandonado a su esposa y su familia? ¿Adonde iba por las noches? ¿A los burdeles y los lupanares de Southwark o Whitefriars? Se le acercó un poco.

—El padre Thompkins me ha dicho que tiene un madrigal francés nuevo y que esta noche nos dejará cantarlo en la nave.

Scathelocke asintió con la cabeza, y se pusieron a hablar de las alegrías de un coro de cinco voces y de los méritos del canto llano. Nicolás y Scathelocke llegaron a Holborn y siguieron por Chancery Lane, cerca de Staple Inn; aquí las casas eran más suntuosas y estaban rodeadas de jardines, aunque bajo el manto de hielo nada crecía en ellos. La casa de *sir Amyas Petrie* era la mayor. Tenía jardín propio, y estaba construida con enormes vigas negras, gruesas y anchas vigas de roble, barnizadas y con complicados relieves. Entre las vigas, el yeso blanco relucía como la nieve. Cada uno de los cuatro pisos sobresalía ligeramente por encima del inferior, y todas las ventanas eran de vidrio con parteluces, con revestimiento de plomo. Nicolás levantó el enorme aldabón de bronce, con forma de casco de caballero, y lo dejó caer con fuerza.

Un criado los condujo a un recibidor con paneles de madera y gruesas alfombras de lana, y con exquisitos murales en las paredes en los que Nicolás reconoció la influencia de los pintores holandeses y alemanes. Los condujeron por una escalera de roble hasta una larga galería, tan oscura que ya habían encendido las velas de cera en sus soportes de plata. El criado dio unos golpes en una puerta, al fondo de la galería.

—¡Pasad! —respondió una voz suave y educada. La cámara del gobernador estaba forrada de paneles de roble. El suelo estaba cubierto de alfombras. Como las ventanas eran pequeñas, la habitación estaba oscura, pero las velas iluminaban la zona alrededor del escritorio de roble. *Sir Amyas* estaba sentado a la mesa, tamborileando con una mano llena de anillos mientras con la otra hojeaba unos documentos. Levantó la cabeza y sonrió, y bajo la gorra plana su rostro moreno y barbudo perdió parte de su aspereza, aunque los ojos, hundidos, mantenían una expresión severa al contemplar a su pariente lejano. Se ciñó la bata y se inclinó hacia delante sobre el escritorio.

—Buenos días, Nicolás.

Invitó a Nicolás a sentarse en la silla de respaldo alto que había delante del escritorio. A Scathelocke ni lo miró, como si el criado no existiera. Nicolás se puso cómodo mientras el gobernador miraba al hombre de mediana edad que estaba sentado en silencio a su derecha.

—Maese Chirke, te presento a *sir* Roger Hobbedon, alcalde de la ciudad.

Nicolás saludó al hombre que le sonreía. A primera vista Hobbedon parecía bastante agradable, aunque su mirada era impenetrable.

—*Sir* Roger está aquí sólo como testigo —añadió *sir* Amyas—. ¿Quieres un poco de vino?

Nicolás asintió, y el gobernador se dirigió a una pequeña mesa y volvió con una copa de pie alto de cristal veneciano. A Scathelocke no le ofrecieron nada, y el criado se quedó de pie en silencio detrás de su amo.

—Maese Chirke —dijo *sir* Amyas—, eres un buen abogado con tristes perspectivas, ¿no es así?

Nicolás dio un sorbo de vino y se quedó mirando a *sir* Amyas. Conocía las reglas: «Si no estás seguro, no digas nada».

—Y tienes fama de honrado.

—¿Quién os lo ha dicho?

—De Guysers.

Nicolás sonrió. De Guysers era un pobre comerciante extranjero que se había presentado ante los jueces de Westminster por infringir las normas de comercio de la ciudad. Nicolás había defendido su causa, pero como no ganó, no cobró nada. Ahora lamentaba no haberlo hecho. Al principio su honradez había sido alabada por todo San Pablo, pero no consiguió más causas, y las alabanzas se habían convertido en burlas.

—Me han dicho que ya nunca vais a Norwich —dijo de pronto *sir* Amyas—. Que no habéis vuelto a visitar la escuela de la catedral. Pero sin duda recordaréis los paseos alrededor de la Torre Blanca.

Nicolás sabía que le estaba provocando. Recordaba perfectamente la escuela de la catedral, con su desangelada aula donde maese Timmons, con su largo y negro bastón, les reveló los misterios del latín, el griego, la gramática y la lógica. Como todos los pupilos, Chirke pasaba gran parte de su tiempo contemplando por la ventana, abierta incluso en lo más crudo del invierno, la gran torre cuadrada que los Bigod habían construido sobre una colina que dominaba la ciudad. Beatriz y él solían pasear por sus hermosos jardines, que se extendían hasta Mousehole Heath.

—¿Recuerdos dolorosos? —preguntó el gobernador con astucia—. Pero de Cambridge no, seguro. Tengo entendido que estudiasteis allí. Medicina, con el gran doctor Fabianus, el cirujano que abría cuerpos, ¿no es así?

—¡El doctor Fabianus tenía licencia para hacerlo! —protestó Chirke.

Petrie sonrió, como si acabara de ganar un tanto, y Chirke se puso en tensión. El

gobernador, como buen abogado, estaba removiendo su pasado, dejando hablar a su víctima, temerosa de las ominosas pausas entre las sencillas pero bruscas preguntas. Por supuesto, Chirke recordaba las habitaciones encaladas y las mesas empapadas de sangre de Cambridge donde el doctor Fabianus abría y examinaba los cadáveres de hombres y mujeres que habían muerto ahorcados; recordaba la carne blanca y sucia, el hedor de las entrañas azuladas y de otros órganos amontonados en sucias bandejas. No pudo soportarlo, y decidió estudiar derecho. *Sir Amyas Petrie*, allí sentado, sonriendo como un bufón, sabía todo aquello.

—Después de Cambridge, al igual que vos, *sir Amyas*, fui a Pegasus —dijo Chirke, empleando el término de jerga para denominar el Inner Temple—. Estudié en la Round Church, inspeccioné las tumbas de los templarios, me desmandé en Fleet Street y compré los libros de leyes de Richard Pople. Todo eso lo hice gracias a vuestra influencia. Os envié una carta de agradecimiento. Ignoro si la recibisteis, porque no obtuve respuesta.

Sir Amyas se limitó a reír y chascó los dedos. Le pusieron a Chirke otra copa de vino en la mano, pero él ya había bebido bastante y la dejó sobre el escritorio. Ya iba siendo hora de que *Petrie* dejara de jugar con él y fuera al grano. Pero *sir Amyas* preguntó:

—¿Cómo está tu madre, mi parienta? Nicolás pensó en ella, una mujer menuda y delgada, con el rostro lleno de arrugas provocadas por las preocupaciones. ¡Ojalá no hubiera tomado partido por Roberto!

—Mi madre está bien. —Nicolás echó la silla hacia atrás, como si fuera a levantarse. Estaba deseando decirle un par de cosas al gobernador, pero se contuvo—. Decidme, *sir Amyas*, ¿para qué queríais verme?

El gobernador frunció los labios y asintió.

—Una pregunta sincera merece una respuesta sincera. Quiero ofrecerte un empleo.

Nicolás se quedó callado.

—No pareces muy contento. ¿Tienes alguna oferta mejor?

—No, *sir Amyas*, pero ni siquiera un idiota compraría un caballo sin haberlo visto.

Sir Amyas forzó una sonrisa.

—Me gustaría que trabajaras para mí.

Nicolás le sostuvo la mirada.

—¿De qué? ¿De criado?

—No. —El buen humor de *Petrie* se esfumó—. Como miembro de mi gabinete, como mi asistente.

—¿Queréis decir perseguidor de ladrones?

—¡No! —replicó *Petrie*—. No necesito matones. Necesito a alguien que conozca la ley tan bien como la oscuridad del corazón humano, alguien que me ayude a asegurar que se hace justicia y que el mal es perseguido.

Nicolás pensó que, por lo que él había visto, la ley tenía poco que ver con la justicia, pero quizá no fuera el mejor momento para decirlo.

—¡Asistente! —insistió Amyas—. Un hombre encargado de desenmascarar los hechos, la verdad. Un abogado que realmente me ayude —el gobernador enfatizó la palabra— a preparar mis expedientes y a presentar pruebas admisibles ante los jueces. Cinco chelines semanales, derecho a comer en mi mesa una vez al día o a llevarse el equivalente de mis despensas. Traje nuevo por Navidad y el día de San Juan, y todos los gastos razonables, siempre que mi mayordomo encuentre la factura exacta y aceptable.

Nicolás se apoyó en el respaldo y miró el techo pintado. ¿Debía aceptar aquel excelente ascenso? Ya no sería un agente libre, sino el chico de los recados del gobernador. Un aprendiz con ropa buena.

—Lo que hagas cuando yo no te necesite —añadió Petrie, como si le hubiera leído los pensamientos— es asunto tuyo.

Nicolás pensó en la generosidad de Catalina y Juan, en cómo su hermana se preocupaba por lo que sería de él, en lo mucho que le gustaría enviar noticias a Norwich comunicando que ahora Nicolás trabajaba nada menos que para el gobernador de la ciudad.

—¿Y mi criado? —preguntó.

—Tu criado —dijo *sir* Amyas con desprecio— no tiene nada que ver conmigo.

Nicolás miró por la ventana y vio que empezaba a llover. *Sir* Amyas se dio la vuelta y por primera vez se fijó en Scathelocke, con una mirada de profundo disgusto en la cara. Enrique estaba sentado en tensión, con los hombros caídos. Nicolás estaba seguro de que el gobernador iba a decir algo.

—Acepto —dijo.

—¡Excelente! —*Sir* Amyas suspiró y se apoyó en el respaldo—. Te hemos preparado un contrato. —Se inclinó sobre la mesa—. También tenemos una misión. —Sonrió—. Ése es el verdadero motivo de esta reunión. Se trata de una misión importante, y que podría resultar peligrosa.

Sir Amyas carraspeó y dio una palmada. Se recostó en la silla y se quedó mirando el techo. Nicolás miró rápidamente a Hobbedon, que estaba sentado, quieto como una estatua. Nicolás comprendió de pronto que en realidad Hobbedon estaba allí como testigo de *sir* Amyas; para garantizar que el gobernador no pudiera ser acusado más tarde de traición.

Se le revolvió el estómago. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué terribles secretos iban a revelarle? *Sir* Amyas no le necesitaba como asistente, sino para llevar a cabo alguna tarea especial que no podía encargarle a nadie más.

—Y ahora, pariente, escúchame con atención —dijo Petrie—. El pasado 22 de agosto, Isabel, la madre de nuestro noble señor Eduardo III, murió de peste en el castillo de Rising, en Norfolk. —Miró rápidamente a Chirke con los ojos entrecerrados—. La vida de la reina es de todos conocida. Se enfrentó a su marido, el

rey Eduardo II. —Petrie hizo una pausa—. Huyó del reino y se reunió con Roger Mortimer en Francia. Ambos decían ser exiliados de la corte de Inglaterra, expulsados por la perniciosa influencia de Hugo de Spencer, el protegido de Eduardo II.

Chirke se daba cuenta de que el abogado estaba eligiendo las palabras con mucho cuidado; y ciertamente, estaba tratando de asuntos muy serios y delicados. *Sir Amyas* tosió y se aclaró la garganta antes de proseguir.

—Pues bien, Eduardo e Isabel disfrutaron de un matrimonio que proporcionó a las cortes de Europa numerosos y succulentos escándalos. Con todo, hay que ser prudente cuando se habla de los padres de nuestro rey actual, que todavía hace su maldita guerra contra Francia. —Petrie sonrió, como si le leyera la mente a Chirke—. Una breve lección de historia, ¿no?

Sir Amyas se inclinó bruscamente sobre la mesa. Su voz se redujo a un ronco susurro, y Chirke se preguntó si Scathelocke, que seguía de pie detrás de su amo, alcanzaría a oír al gobernador.

—Al rey Eduardo II le gustaba lo mejor de ambos mundos —continuó Petrie—, el masculino y el femenino. —Se pasó la lengua por los labios—. Pero eso se debía a la siniestra influencia de Spencer. Pues bien, en septiembre de 1326, la reina y Mortimer llegaron a Essex, y el reino se les adhirió. Eduardo y su protegido, Hugo de Spencer, fueron apresados en el sur de Gales. Spencer sufrió todos los rigores de la ley, y fue ejecutado por traidor. Al rey lo enviaron al castillo de Berkeley, donde más tarde murió. El rey actual, que entonces era un mozalbete de catorce años, fue coronado, pero el verdadero poder lo tenían la reina Isabel y su hombre de confianza, Mortimer. Bueno, al menos hasta el invierno de 1330, cuando nuestro señor actual hizo valer sus derechos. Apresó a Mortimer y lo envió a la horca. A su querida madre la echó de la corte, e Isabel se fue al castillo de Rising. —Petrie torció ligeramente la cabeza y miró fingiendo inocencia a Nicolás—. ¿Me explico, maese Chirke?

A Nicolás le costaba trabajo mantener la compostura. Todo el mundo sabía que a Eduardo lo mataron en Berkeley unos asesinos contratados por Isabel, que le metieron un atizador al rojo en las entrañas. También era de todos conocido que Mortimer fue apresado en el castillo de Nottingham, en el propio dormitorio de la reina. Nicolás miró hacia el fuego que ardía en la chimenea.

—¿No tienes ninguna pregunta que hacerme, pariente?

Nicolás sonrió. *Sir Amyas* suspiró aliviado.

—Muy bien, maese Chirke —dijo—. Es mejor no rumorear sobre los asuntos de los poderosos.

—Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Nicolás.

—Te lo diré. Pero antes, el contrato.

CAPÍTULO II

Sir Amyas se levantó y se dirigió a un cofre que había en el rincón de la cámara. Sacó de él un rollo de papel vitela blanco que extendió sobre una mesilla, junto a una bandeja de escribir. A continuación cogió el tintero, que había estado calentándose en el rincón de la chimenea, y le hizo señas a Nicolás para que se le acercara y examinara el documento, en el que, con letra elegante, estaba escrito: «Contrato firmado hoy, 25 de noviembre, del trigésimo quinto año del reinado del rey Eduardo III, entre el señor Nicolás Chirke y *sir Amyas Petrie*». Chirke sonrió con amargura. Disimuló su resentimiento por el hecho de que *Petrie* hubiera dado por hecho que él aceptaría el empleo. Se sentía como un conejo atrapado en el heno: corriera hacia donde corriera, lo atraparían. Se encogió de hombros. ¿Qué importaba? Cogió la pluma, la mojó en la tinta verde azulada y escribió su nombre con una rúbrica. El documento incluía todos los términos que *Petrie* había enumerado: el salario, la ropa, la comida y las provisiones.

Sir Amyas sonrió y guardó el contrato.

—Isabel murió el pasado 22 de agosto —continuó—. Como había contraído la peste, su cadáver fue rápidamente conducido por Mile End Road, y el 26 de agosto fue enterrado en Greyfriars, en Londres, a la sombra de la catedral de San Pablo. —*Petrie* sonrió tímidamente—. La vieja reina, quizá consciente del mal que había hecho, quiso que la vistieran con el hábito de la orden franciscana de las clarisas y la enterraran en la iglesia franciscana. —*Sir Amyas* sonrió—. Que, casualmente, albergaba también los restos de su amante, Mortimer. El funeral fue rápido. La misa de réquiem se cantó por la mañana y enterraron el cadáver. —*Sir Amyas* hizo una pausa—. Aquella misma tarde, el leal escudero de la reina, Vallence, intentó embarcar en una galera veneciana que zarpaba hacia Dieppe.

—Pero Vallence era francés, ¿no? —preguntó Nicolás.

—Sí. Había entrado al servicio de la reina diez años atrás.

—Y su dueña estaba muerta.

—Sí, sé lo que quieres decir. ¿Por qué no regresaba Vallence a Francia? Pero, querido pariente, no todo acaba aquí. —El gobernador se pasó los dedos por los labios y miró por encima del hombro a Scathelocke—. Sin embargo, antes que nada debo pedirte que tu criado salga de la habitación. *Sir Roger* lo acompañará.

Chirke se dio la vuelta y le hizo una seña a Scathelocke, que, sin pensárselo dos veces, siguió al alcalde y salió silenciosamente de la habitación.

El gobernador esperó a que la puerta se hubiera cerrado tras ellos.

—*Sir Roger* tenía que quedarse hasta que hubieras firmado el contrato. Lo que voy a decir ahora sólo nos concierne a ti y a mí. —El gobernador dio un sorbo de su copa de vino—. Vallence estaba siendo vigilado. Creemos que la reina le confió un secreto, quizás un documento que podría perjudicar a Inglaterra y más concretamente

a nuestro rey. Durante su exilio en el castillo de Rising, Isabel había solicitado permiso para viajar a Francia en varias ocasiones, alegando que sus parientes requerían su presencia. —Petrie jugueteó con una pluma que había sobre el escritorio—. Su hijo, el rey, siempre le negó ese permiso. La tarde del funeral de la reina, Vallence fue detenido en el muelle de Queenshithe por unos soldados de la casa real. En lugar de entregarse, Vallence desenfundó la espada y la daga. Resultó gravemente herido en la refriega, y lo llevaron al hospital de San Bartolomé, en Smithfield.

—¿Y la galera veneciana?

Sir Amyas se encogió de hombros.

—Venecia es una ciudad poderosa. El rey recurre con frecuencia a sus banqueros, y los venecianos adoran nuestra lana inglesa. No tenemos disputas con Venecia ni con sus barcos. De todos modos, aunque las tuviéramos, la galera, alertada por la refriega que se había producido en el muelle, soltó amarras y zarpó por el Támesis.

Chirke asintió con la cabeza y miró el tapiz que colgaba de la pared de la cámara. Intentó dominar su nerviosismo. Petrie lo estaba llevando hacia aguas profundas y traicioneras. Todo el mundo estaba al corriente de los escándalos que rodeaban la vida de Isabel, y su deseo de regresar a su país natal era comprensible, aunque tal vez una molestia. Su hijo, Eduardo III, libraba ahora una feroz guerra contra Francia, reclamando la corona de ese reino en virtud de su madre.

—¿Chirke?

Chirke miró a Petrie y preguntó:

—¿Qué fue de Vallence?

—Como he dicho, lo llevaron a San Bartolomé, donde lo visité y lo interrogué personalmente acompañado de dos destacados concejales de la ciudad, *sir Ambrosio Venner* y *sir Oswald Cooper*. También citamos allí a un juez, lord Esteban Berisford.

—Ya, el que desapareció recientemente, ¿no? Encontraron su cadáver en Primrose Hill.

—El mismo. Tenía que estar allí porque la refriega de Vallence se produjo en su distrito. Pero escucha, yo interrogué a Vallence. No confesó ser cómplice de ningún secreto, pero reconoció a Berisford, que, casualmente, había vendido provisiones a la reina. Vallence lo llamó, lo cogió por el brazo y le susurró con voz ronca: «¡San Denis! ¡San Denis lo sabe todo!»

—¿Qué quería decir con eso? —le interrumpió Chirke.

—No lo sé. Vallence murió unos minutos más tarde. —Petrie se quedó mirando la vacilante llama de la vela—. Pasado un tiempo —prosiguió—, el rey Eduardo ordenó a lord Esteban Berisford que investigara las circunstancias que habían rodeado la muerte de Vallence. Después de todo, Vallence había resultado herido de muerte en el distrito de Berisford, y éste lo conocía, aunque poco.

—¿Explicó Berisford por qué Vallence lo llamó y le dijo esas palabras sobre san Denis?

—Sí, lo hizo. Al parecer, Berisford vendía provisiones a Vallence para la reina

Isabel. De vez en cuando hablaban sobre temas intrascendentes. Pero dijo que no podía explicar lo que Vallence había querido decir; creía que no eran más que delirios.

—¿Y el secreto que presuntamente guardaba Vallence?

—No sabemos si era un documento o un mensaje verbal. Sea lo que fuere, a principios de noviembre Berisford recibió el encargo de averiguarlo.

Chirke miró de reojo al gobernador.

—¿Dos meses después de la muerte de Vallence?

Sir Amyas esbozó una sonrisa.

—Verás, primero intentamos otros medios, pero como resultaron infructuosos, recurrimos a Berisford.

—¿Y ahora han asesinado a Berisford! —exclamó Nicolás—. Llevaba varios días desaparecido cuando encontraron su cadáver en un bosquecillo de las afueras de Londres, ¿no es así?

—Exacto —replicó Petrie—. Deja que te lo explique. Berisford era un tipo extraño. Vendía carbón y lana y vivía en una gran casa junto al Támesis, cerca de Westminster. Vivía allí con su viejo escribano, Mawsby. —Petrie hizo una pausa y miró a Chirke—. ¿Conocías a Berisford?

—No, pero había oído hablar de él.

—Sí, era famoso en los círculos legales. Un hombre alto y solitario, que siempre vestía de negro y llevaba un sombrero de ala ancha, y que se secaba continuamente la boca con un pañuelo. —Petrie acarició su copa de vino—. Era un buen juez, de origen escocés, y el rey le confió la investigación de este asunto. Puede que Berisford fuera un hombre melancólico, pero se esforzó mucho en esa investigación. Interrogó a *sir* Ambrosio Venner y a *sir* Oswald Cooper. Sin embargo, pocos días antes de su desaparición, el pasado sábado, el día de San Lucas, empezó a profetizar su propia muerte. Estaba jugando al chito cuando de pronto se levantó y exclamó: «No puedo seguir aquí. Me van a colgar». En otra ocasión, su escribano, Mawsby, lo encontró llorando mientras tomaba un cuenco de leche con pan moreno. Mawsby le preguntó qué pasaba, y Berisford contestó: «¡Van a colgarme! ¡Van a quemarme!».

Petrie levantó la cabeza y miró fijamente a Chirke.

—Nicolás —dijo en voz baja—, he hecho salir al alcalde porque no quería que oyera lo que tengo que decirte. —Hizo una pausa al oír un ruido en el piso de abajo—. Pronto, amigo mío —prosiguió—, conocerás a nuestros invitados. Pero... ¿qué te estaba diciendo?

—Hablabais del estado en que se encontraba Berisford.

—Ah, sí. El pasado viernes, el día antes de su desaparición, estaba sentado junto al fuego en su salón cuando un mensajero encapuchado llegó con una carta para él. El mensajero se negó a entrar en el salón, y se quedó fuera, en el pasillo, esperando una respuesta. Berisford abrió la carta y la leyó rápidamente. Se puso muy nervioso y empezó a pasear por el salón, y le dijo a Mawsby que despachara al mensajero,

gritando: «¡Haré lo que dice! ¡Haré lo que dice!». Aquel mismo día asistió a una reunión de los miembros de la junta parroquial en la iglesia de Saint Martin-in-the-Fields, de donde era guardián de los libros. Liquidó todas sus cuentas y, cuando le preguntaron por qué estaba tan apenado, respondió: «Cualquiera se pondría melancólico si supiera que lo iban a quemar».

Chirke sacudió la cabeza, desconcertado.

—¿Por qué iba a temer un juez implicado en asuntos reales que lo ejecutaran como a un villano? —preguntó—. ¿Había algo más entre él y Vallence que unas simples provisiones?

—No —se apresuró a contestar Petrie. Se humedeció los labios con la lengua y prosiguió—: El pasado sábado por la mañana, Berisford se levantó temprano. Mawsby le oyó revolver en los cofres y cajas de su estudio, donde quemó un montón de papeles en la chimenea. Después se lavó y se vistió: pantalones, calzas y botas de piel negros. Llevaba una ancha bufanda blanca de lino alrededor del cuello. Pidió su anillo y su espada de plata y cogió una gran cantidad de dinero en monedas de plata. Pidió a Mawsby que le llevara su capa de camelote, pero luego cambió de opinión y dijo: «¡Me pondré la vieja! ¡Es lo más apropiado!». Luego cogió sus guantes y salió de la casa. Cuando llegó al final del camino, se dio la vuelta. Mawsby lo vio mirar con tristeza hacia la casa, como si supiera que jamás volvería a verla. Aquella noche no regresó. Mawsby lo buscó, pero no averiguó nada.

—¿Vio alguien a Berisford después de que saliera de su casa?

—Sí, el sábado por la tarde, cerca de la iglesia del Santo Sepulcro, delante de Newgate; y más tarde, cerca de la una, no lejos de allí, en la entrada del callejón del Cerdo Negro, en el Vintry, cerca del Támesis. En ambas ocasiones los ciudadanos que lo vieron lo describieron como extraviado y aturdido. —*Sir Amyas* se encogió de hombros y agregó—: No volvieron a verlo con vida. —Le pasó un pequeño rollo de pergamino a Chirke—. El informe del juez sobre el cadáver. La muerte de Berisford está rodeada de misterio. Para empezar, podría no tratarse de un asesinato.

—¿Qué queréis decir?

—Bueno, dado el melancólico estado de Berisford y el hecho de que, al parecer, cayó sobre su propia espada, mucha gente dice que fue un suicidio. —Petrie sonrió afectadamente—. Por razones de Estado, no debemos hablar públicamente de esos rumores.

—Pero ¿cómo es posible —preguntó Nicolás— que el cadáver de un hombre yaciera en una acequia durante cinco días sin que nadie lo vea?

Petrie sonrió.

—¿Lo ves? ¡Es un misterio! Durante la investigación, varios testigos dijeron que habían pasado cerca de la acequia el lunes, el martes, el miércoles e incluso el jueves por la mañana, y que no había rastro del bastón ni de los guantes. De hecho, hay pruebas de que la acequia estaba vacía hasta la una del jueves, cuando encontraron el cadáver de Berisford. Además, había hecho mal tiempo; el miércoles hubo una fuerte

tormenta, y sin embargo la ropa de Berisford estaba relativamente seca.

—Entonces alguien debió de poner el cadáver allí entre la una y...

—Las cinco del jueves.

—Pero ¿quién pudo hacerlo? No puedes cruzar Londres a caballo con un cadáver atravesado en la silla y arrojarlo a una acequia sin que nadie te vea.

—Exacto —replicó Petrie—. Pero el informe del juez demuestra que Berisford llevaba varios días muerto cuando lo encontraron.

—¿Hay algún sospechoso? Suponiendo que sea un asesinato...

—Sí, desde luego —dijo Petrie—. Incluso hay un detenido.

Chirke se enderezó.

—Entonces, ¿para qué me necesitáis?

—¡No te precipites, amigo mío! Sebastián Fromlich, un curtidor de Leathercote Lane, ha sido detenido. Lo juzgarán el próximo viernes. Fromlich, un curtidor de origen flamenco, compraba lana y carbón a Berisford.

Sus ventas bajaron y no pudo saldar sus deudas con Berisford, así que pasó tres días en la prisión de Marshalsea. Cuando salió, le oyeron en varias ocasiones, en las cervecerías y las tabernas de toda la ciudad, jurando su odio eterno hacia Berisford y su deseo de venganza. Fromlich no puede, o no quiere, explicar lo que hizo el jueves por la tarde ni el sábado. Y la Corona tiene valiosas pruebas contra él.

—¿Cómo cuáles?

—¡Vamos, Nicolás! El fiscal, *sir* Joseph Janneux, asegura que la negativa de Fromlich a dar cuenta de sus movimientos lo enviará a la horca.

Chirke soltó un gruñido y miró hacia otro lado. Conocía a Joseph «Bull» Janneux. Calvo, con cara de pugilista, Janneux era más aterrador que el verdugo, y había desmontado a más de un demandante. También conocía los métodos del fiscal; Londres estaba lleno de testigos profesionales dispuestos a acusar a cualquiera por una miserable moneda, y Fromlich, que era forastero, debía de tener pocos amigos.

—Fromlich está en Newgate —continuó Petrie—. Al parecer la única persona que lo puede defender es una parienta lejana.

—¿Y los jueces? —preguntó Chirke.

Petrie entrecerró los ojos.

—El juez Popham, asesorado por los jueces Dolpen y Scroggs.

—¡Que Dios nos asista! —exclamó Chirke—. ¡Fromlich puede considerarse afortunado si llegan a escucharle!

—¡Ya lo creo que le escucharán! ¡Tú, Nicolás, serás su abogado! Según las normas, el acusado debe defenderse él mismo, pero nada impide que tú le asesores.

Chirke clavó la vista en el suelo. Tenía la impresión de que le estaban metiendo poco a poco en una trampa.

—¿Por qué? —exclamó—. ¿Por qué esta farsa, esta hipocresía? ¡Colgarán a Fromlich, eso lo sabéis!

—El rey me ha pedido que intervenga en esto, pero sin dar la cara. —Petrie se

inclinó sobre la mesa—. Claro que colgarán a Fromlich. Pero él es inocente; el verdadero asesino es otro.

—¿Quién?

—Podría ser Blueskin, por ejemplo.

—¿Quién demonios es Blueskin?

—Verás, Berisford era un juez muy severo. Hace un año, durante una epidemia de peste, un famoso ladrón de tumbas apodado Blueskin empezó a rondar por los cementerios, y, como canalla que era, desenterró cientos de cadáveres para robarles la mortaja. Las guardaba en una casa de apestados, y se las vendía a las familias de los difuntos para que pudieran enterrarlos dignamente. Tras perseguirlo durante varios meses, Berisford atrapó a Blueskin e hizo que lo desnudaran hasta la cintura y lo azotaran en uno de los cementerios que había profanado. Una noche, varios días después, Blueskin atacó a Berisford; pero el juez, que era un gran espadachín, hizo que lo arrestaran, que lo azotaran de nuevo y que lo metieran en la cárcel. Blueskin salió del Fleet dos semanas antes de la misteriosa desaparición de Berisford. No hemos conseguido encontrarlo.

Chirke escudriñó el astuto rostro de gobernador.

—Pero vos no creéis que Blueskin sea el asesino, ¿verdad, *sir Amyas*?

—No, Nicolás, no lo creo. Berisford no era ningún cobarde, y un tipo como Blueskin no lo asustaría. Pero hay alguien más en el hampa de Londres —el gobernador tosió—, al que hasta yo temería. Una figura misteriosa, siniestra y anónima que se hace llamar el Capitán del Hampa de Londres. Da órdenes, condena a muerte y controla a los indeseables que roban a la gente, a los estafadores y a los bandoleros. Recibe y vende artículos robados. Nadie lo conoce; su identidad es uno de los secretos mejor guardados de la ciudad. Dice ser el Guardián de las Puertas. Todo agente de la ley que se cruza con él sufre. Todo villano que desobedece sus órdenes aparece con el cuello cortado o acaba en la horca de Tyburn. —La voz del gobernador se redujo a un susurro—. A través de mis espías he sabido que el Guardián de las Puertas también anda buscando el secreto de Vallence. Y hay otros interesados, quizás incluso los franceses...

—Y por supuesto, también están los concejales que estaban presentes cuando murió Vallence.

—Ah, sí. —*Sir Amyas* sonrió—. Antes he oído que se abría la puerta de abajo. *Sir Ambrosio* y *sir Oswald* deben de haber llegado. Bajemos a reunimos con ellos.

—¿Qué creéis que pasó, *sir Amyas*? —preguntó Nicolás.

El gobernador se encogió de hombros.

—Creo que las investigaciones llevadas a cabo por lord Berisford abrieron viejas heridas. Alguien con poder lo amenazó, y luego lo mató. Y Fromlich cargará con las culpas.

—Y ¿qué es lo que queréis, *sir Amyas*? ¿El secreto de Vallence?

El gobernador rió y le dio una palmada en el hombro a su pariente.

—¡Por supuesto! Pero tú tienes que defender a Fromlich. Quizá puedas salvarle la vida. Quizás encontremos al verdadero asesino. Quizás encuentres el secreto de la reina y, al hacerlo, te ganes la amistad eterna de su majestad el rey, y la mía, por supuesto. Y...

—Y quizá, *sir* Amyas —se apresuró a interrumpirle Chirke—, muera en el intento.

—Sí, Nicolás, podrían asesinarte.

Bajaron al salón. Un fuego de troncos de pino ardía en la chimenea. Scathelocke estaba sentado en un taburete junto al fuego, y Hobbedon estaba apoyado en una mesa cuadrada, observando un colorido tapiz que representaba a Marte persiguiendo a Venus. Los dos hombres que había a ambos lados de Hobbedon no estaban tan tranquilos, y apenas podían disimular su enojo por haber sido citados y tener que esperar. Al ver entrar a Petrie y a Chirke, se pusieron en pie. Al igual que Hobbedon, llevaban las largas y oscuras túnicas de los concejales, aunque las suyas eran de costoso tafetán, y bordeadas con gruesas tiras de armiño: alrededor del cuello relucían pesadas cadenas de plata. Petrie se adelantó, con las manos extendidas.

—*Sir* Roger, gracias por esperar con nuestros invitados. ¿Les habéis ofrecido vino?

—Sí, pero ellos lo han rechazado educadamente —contestó Hobbedon.

Los dos concejales recibieron con frialdad el apretón de manos de *sir* Amyas y saludaron a Chirke con la cabeza cuando el gobernador los presentó. *Sir* Ambrosio Venner era alto y de facciones angulosas, con una tez cetrina y malsana; tenía los ojos casi ocultos en la carne, blanca e hinchada, de la cara. Lucía una barba negra y escasa que contrastaba con su cabello gris y grasiento. *Sir* Oswald Cooper era bajito y achaparrado, y completamente calvo. Tenía las mejillas carnosas y bien afeitadas, y con su nariz chata y respingona, sus recatados labios y el mechón de pelo que le salía de las protuberantes orejas, a Nicolás le recordó a un cochinito. Todos ignoraron a Scathelocke cuando Petrie los invitó a sentarse, chascando los dedos para que Chirke se les acercara.

Sir Amyas interrogó a los dos concejales sobre su visita a San Bartolomé, pero sus declaraciones concordaban con exactitud —con demasiada exactitud, pensó Nicolás— con la versión que había dado el gobernador.

—Todo esto —protestó Venner— ya se lo dijimos a Berisford.

A continuación, *sir* Amyas les preguntó dónde habían estado el día que Berisford desapareció y el jueves que descubrieron su cadáver. Los concejales, vanidosos y ofendidos, contestaron a regañadientes y luego guardaron silencio, con los labios apretados. *Sir* Amyas suspiró y les dio permiso para marcharse. Ambos lanzaron una mirada de desprecio a Chirke y salieron de la habitación a grandes zancadas. *Sir* Roger mostró las palmas de las manos, se encogió de hombros y los siguió. Petrie oyó sus pasos alejándose por el pasillo y luego la puerta principal que se abría y se cerraba.

—¿Qué opinas, Nicolás?

—La muerte de Vallenge es un misterio, pero la de Berisford es la que hay que resolver. ¿Estáis seguro del paradero de los concejales el sábado que Berisford desapareció y el jueves que lo descubrieron?

Petrie se enderezó y dijo:

—Sí, Nicolás, estoy seguro, así como del paradero de *sir* Roger Hobbedon. El sábado y el jueves estaban los tres en casa, en sus grandes mansiones del Strand. Todos tienen un ejército de criados dispuestos a jurarlo. Nadie los vio fuera de sus casas; ningún criado les llevó las botas, los sombreros ni las capas, ni les ensillaron los caballos.

—Podrían estar los tres implicados en una conspiración para obtener el secreto de Vallenge.

—Lo dudo —dijo *sir* Amyas—. Puede que *sir* Roger sea amigo de los concejales pero él no sabía nada de Vallenge, y no conocía a Berisford. —*Sir* Amyas jugueteó con un anillo que llevaba en el dedo—. Y ¿qué podían conseguir con semejante conspiración? Ellos me acompañaron a San Bartolomé como testigos. Cierto, puede que estuvieran asociados, pero cualquier relación con Berisford habría salido a la luz. En todas las grandes mansiones hay algún criado dispuesto a vender a su amo por treinta monedas de plata. No, estoy seguro de que ni Venner ni Cooper ni *sir* Roger, y a él lo incluyo únicamente porque estaba aquí hoy, tuvieron nada que ver con el asesinato de lord Berisford.

Sir Amyas se volvió de pronto hacia Scathelocke, que seguía agachado junto al fuego.

—¿Estás bien, maese Scathelocke?

El criado apenas levantó la cabeza.

—¡Estupendo! —dijo *sir* Amyas con sarcasmo—. Si ves a Christopher Ratolier, ¿le darás recuerdos de mi parte?

Scathelocke escondía la cara, pero Nicolás se dio cuenta de que estaba tenso como si acabara de recibir un golpe. *Sir* Amyas miró de nuevo a Nicolás.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Defenderás a Fromlich y procurarás resolver estos misterios. —De pronto rió y añadió—: Aunque no sé por dónde vas a empezar.

—Quizá Fromlich pueda proporcionarnos las piezas que faltan para resolver este rompecabezas.

Petrie se encogió de hombros y golpeó el suelo con la bota. Nicolás comprendió que ya habían abusado bastante de su hospitalidad. Cogió su capa, indicó a Scathelocke que hiciera otro tanto y se marcharon. Fuera empezaba a oscurecer. Los niños correteaban con farolillos en la mano, como luciérnagas. Un grupo de hombres escandalosos que acababan de salir de alguna taberna cantaba una canción obscena, ignorando las furiosas miradas de la gente que pasaba por la calle. Nicolás esperó a que Scathelocke contratara a un chiquillo en la puerta de una taberna para que los acompañara por el Strand hasta Fleet Street. Poco antes de llegar a su casa, en

Poultry, Nicolás le dijo al niño que se marchara y se volvió hacia su criado.

—Estás muy callado, Enrique.

Scathelocke apartó la vista.

—He estado pensando, igual que vos, amo, en lo que he visto y oído, que por cierto no es mucho. —Scathelocke se rascó la barba—. Es una historia muy retorcida —murmuró.

Nicolás lo cogió por el brazo.

—Pues todavía no lo sabes todo, Enrique. ¡Al infierno con el secretismo de *sir Amyas*! Escucha este siniestro relato...

En su pequeña buhardilla de una vieja casa de Red Ferret Alley, en Clerkenwell, el astuto Crabtree pensaba en ratas. Estaba de pie, haciendo sus necesidades en la chimenea vacía, pues consideraba que hacía demasiado frío para bajar cuatro pisos de escaleras para aliviarse en la calle. Soltó una maldición al oír otro chillido, y al volverse vio dos cuerpecillos negros en la mesa, mordisqueando un trozo de pan que se había quedado allí la noche anterior. Crabtree se lavó las manos en un cuenco, abrió una bolsa de cuero y desayunó un trozo de pan y una jarra de vino de Canarias que había robado de una taberna del mercado de Smithfield.

Crabtree, sentado en su sucia cama, enojado, masticaba el pan sin quitarles los ojos de encima a las dos ratas, que ahora correteaban por la mesa en busca de más comida. La noche anterior, recordó, había sido agradable, un merecido alivio tras los rigores y el hedor de la prisión de Marshalsea, donde había pasado una semana porque un tendero aseguró que Crabtree le había robado algo de su puesto. Crabtree se miró la andrajosa ropa, ahora sucia tras la estancia en prisión.

—No estás a la altura de mi posición de caballero —dijo dirigiéndose a la ropa—, y eres indigna de mi estatus.

Las ratas, sin atender al breve discurso de Crabtree, bajaron por la pata de la mesa para hurgar entre los juncos del suelo.

—Aunque he de reconocer —murmuró Crabtree— que la situación ha mejorado.

Miró con cariño el jubón rojizo que había dejado en el único taburete de la habitación. La prenda había llegado a manos de Crabtree por suerte. Cuando regresaba a su alojamiento se había parado en Turner Street para hablar con un panadero al que habían puesto en el cepo, y al ver que el pobre tipo estaba muy afligido, se sentó y le dio unos consejos. Fingía ser amable, uno de esos dechados de humildad como el padre de Crabtree, pero en realidad no era más que un hipócrita.

—Decidme, buen hombre, ¿por qué os han puesto aquí? —le preguntó al panadero.

El panadero, con la cabeza tesa entre las maderas, puso los ojos en blanco.

—Los guardias —gimió—. Entraron en mi tienda y encontraron un cazo lleno de orina humeante que yo había bajado de mi excusado. Juro por Dios, como le dije al gremio, que pensaba arrojarlo fuera.

—¡Qué asqueroso! —gritó Crabtree—. ¡Vuestro castigo no es bastante severo!

Dicho eso se puso en pie, le quitó al panadero el jubón y las botas y lo dejó en el cepo para que siguiera arrepintiéndose de sus pecados.

Crabtree suspiró y miró alrededor.

—Aquí no hago nada —murmuró. Se puso rápidamente la ropa nueva, salió de casa y echó a andar por las calles, saludando con la cabeza, civilizadamente, a cualquiera que creyera capaz de favorecer sus intereses. Pensó en buscar a Nicolás Chirke, pero sacudió la cabeza. El abogado le caía bien, pero la insistencia de Chirke en la higiene personal y sus constantes críticas a la picaresca habían acabado por convencer a Crabtree de que lo que le interesaba era ocuparse de sus asuntos.

Crabtree pronto se cansó de caminar. La ciudad era ruidosa y sucia, las calles estaban heladas y los albañales llenos de porquería y excrementos. Pese al frío que hacía, el pestazo procedente de los estercoleros y los excusados se le metía en la nariz. Crabtree se había criado en el campo. Había pasado gran parte de su vida cazando furtivamente en los campos y los bosques de Essex, y jamás se acostumbraría al hedor de Londres. Volvió a pensar en Chirke y se preguntó dónde se alojaría su antiguo protector. Se detuvo y se apoyó en la pared de una casa, intentando ignorar el estruendo de los carros y los incesantes gritos de los vendedores ambulantes: «¡Pasteles calientes! ¡Comida caliente!». Desde las ventanas abiertas las mujeres y los niños hablaban a gritos con conocidos que pasaban por la calle. Crabtree se metió por un estrecho callejón, que apenas tenía un metro de ancho; ni siquiera había espacio para unos dolientes que tenían que sacar un ataúd y tuvieron que inclinarlo y llevarlo ladeado hasta el carro que los esperaba en la esquina.

Crabtree siguió andando y llegó cerca de San Pablo, así que se acercó a los vendedores de impresos y buscó información entre los escritores de baladas y los amanuenses. Había pocas noticias, salvo el hallazgo del cadáver de lord Berisford en Primrose Hill, así que Crabtree decidió dirigirse a Westminster. Robó un pastel de carne de venado del puesto de un panadero, pero olía muy mal, y tras darle un bocado tuvo que tirarlo. El estómago se le retorció de hambre. Entró en una iglesia y se agazapó junto a la base de una columna, escuchando a un fraile camandulero que lanzaba furiosas invectivas contra los placeres de la carne, hasta que se fijó en una joven hermosa y de aspecto modesto. La muchacha estaba de pie al otro lado de la columna, y Crabtree pasó el resto del sermón intentando cogerla de la mano. Al principio la joven sonrió, pero cuando Crabtree empezó a ponerse más impertinente, ella sacó una larga aguja de su bolsa y le amenazó con pincharlo si volvía a intentarlo. Así que Crabtree soltó un fuerte eructo y salió de la iglesia. En el porche cogió una capa que estaba colgada en una percha, pero maldijo su mezquindad, pues estaba refrescando y el viento helado le recordó el hambre que tenía.

Crabtree decidió regresar a casa. Iba alerta por si veía a algún malvado de los que salían de sus ratoneras cuando oscurecía para robar a los desprevenidos; aunque a él no le habrían robado gran cosa. Al final de Red Ferret Alleyway, un mendigo que

descansaba sobre un nudoso garrote lo saludó con la mano.

—Mis heridas —berreó el individuo—. ¡Me las hicieron en las guerras del rey!
¡En Crecy y en Sluys!

Estiró un brazo; debajo de los harapos tenía la piel llena de ampollas y en carne viva. Crabtree se paró y miró al hombre con severidad.

—¡Eres un maldito mentiroso! —gritó—. Eres un canalla, un falso héroe con falsas heridas. ¿Cómo te has hecho esas heridas? ¡Es increíble lo que la cal viva y el jabón pueden hacer con la piel!

Crabtree golpeó al hombre en el hombro, y vio que de pronto sus azules ojos se ponían en guardia y que el rostro, bien alimentado bajo el polvo de tiza, se volvía insensible y decidido.

—¡Date un buen baño! —rió Crabtree—. Y ponte un trozo de papel de estraza con mantequilla sobre las heridas, y ya verás cómo se te curan. El viejo Crabtree sabe distinguir a los estafadores.

Siguió caminando por el oscuro callejón. Oyó al exsoldado saltando detrás de él, pidiendo limosna. Al poner la mano sobre el picaporte de la puerta de su casa, notó el frío del acero en la nuca y se quedó inmóvil.

—¡Date la vuelta, maese Crabtree! —dijo una voz.

Crabtree se volvió lentamente. El «soldado» estaba de pie con las piernas separadas, con el garrote en una mano y en la otra un largo estilete con el que le pinchaba el cuello a Crabtree.

Crabtree esbozó una sonrisa.

—Muy astuto. Un falso soldado que se hace pasar por lisiado, y que en realidad es un asesino.

—¡Eso no importa! —dijo el individuo—. ¡Nada de trucos, maese Crabtree!

Crabtree contempló a su adversario, pero este tenía la cara oculta bajo una capucha. Crabtree se relajó y mostró las palmas de las manos.

—¿Qué quieres?

—No quiero nada —contestó el individuo—. Traigo un mensaje del Guardián de las Puertas. ¿Has oído hablar de él?

A Crabtree se le heló la sangre en las venas.

—¿Quién no ha oído hablar del Guardián de las Puertas? —balbuceó.

Crabtree se consideraba un ladrón de primera fila y un buen falsificador, pero el Guardián de las Puertas estaba en otra categoría; era un verdadero jefe militar entre los delincuentes del hampa de Londres.

—¿Qué quiere de mí el Guardián de las Puertas? —preguntó Crabtree.

El individuo apretó la punta de la daga un poco más en el cuello de su víctima.

—El Guardián no quiere nada de ti, salvo que si tu amigo, maese Chirke, te visita y te hace preguntas, no le cuentes nada.

—Preguntas ¿sobre qué?

—Sobre Blueskin.

Crabtree sonrió aliviado.

—Yo no tengo nada que ver con ese ladrón de tumbas.

—¡Estupendo! —dijo el hombre en voz baja—. Y tampoco tendrás nada que ver con Chirke. Y ahora, date la vuelta, maese Crabtree, y cierra los ojos.

Crabtree hizo lo que le ordenaban, intentando controlar el temblor de las piernas y el miedo que le encogía el estómago.

—¡He hecho lo que me has pedido! —susurró—. ¡He hecho lo que me has pedido! —repitió un poco más fuerte.

Al no oír respuesta, se dio la vuelta, vio la calle vacía, y sólo oyó una larga y burlona risa que procedía de la oscuridad, al fondo del callejón.

CAPÍTULO III

Al llegar a casa, Chirke y Scathelocke vieron que Juan ya había recogido los puestos, había cerrado los postigos y había dado por acabada la jornada. El comerciante estaba ahora repasando las cuentas en su gabinete, sentado a una mesa cubierta de hojas de pergamino y montones de monedas. Juan les sonrió y les saludó con la mano. Los gemelos habían convertido la cálida cocina en una improvisada bolera, y al ver aparecer a Scathelocke se pusieron a gritar de alegría. Lo arrastraron hasta una banqueta, exigiéndole que terminara la historia que había empezado a contarles aquella mañana. Nicolás encontró a Catalina en la despensa preparando mermelada, tarros de membrillo y otras conservas. Su hermana sonrió, le besó en la mejilla y le explicó por encima cómo le había ido el día.

—¿Y a ti? ¿Te ha ido bien? —preguntó.

—He conseguido un buen empleo —dijo Chirke sonriente.

Catalina se secó las manos en el delantal y se puso a batir palmas. Llevó a su hermano a la cocina y le hizo repetir una y otra vez las condiciones que *sir* Amyas Petrie le había ofrecido. El ruido fue aumentando en la cocina cuando Catalina insistió en que Scathelocke corroborara todo lo que su hermano había dicho. Nicolás avisó a su criado con la mirada para que no mencionara nada sobre la tarea que le habían encomendado. Catalina, con las mejillas sonrojadas de emoción, se apresuró a servirles a Nicolás y a Scathelocke unos cuencos de vino antes de ir corriendo a contarle a Juan la buena noticia. Una criada puso la mesa para la cena; limpiaron y restregaron los cubiertos, doblaron las servilletas y colocaron el gran salero de plata. Juan entró en la cocina y pidió a sus dos hijos que guardaran silencio mientras, una vez más, Nicolás les contaba su entrevista con *sir* Amyas Petrie. Luego, reunidos todos alrededor de la larga mesa para cenar, Juan explicó una vez más a los aprendices y criados la suerte que había tenido Nicolás. Nicolás disimuló su inquietud y aceptó sonriente sus cumplidos y sus buenos deseos. Nicolás observó a Scathelocke, que comía con buen apetito el buey, el lomo de ternera y los pasteles de carne calientes.

—Oh —dijo Catalina levantando la cabeza, con el rostro acalorado tras servir la comida caliente—. El padre Thompkins te ha dejado un mensaje. Está resfriado y no se encuentra bien. La reunión de cantores ha sido aplazada hasta la semana que viene. —Vio la decepción en los ojos de su hermano y añadió—: No importa. Ya cantarás la semana próxima. Y siempre queda el domingo.

Nicolás sonrió a su hermana. Tenía muchas ganas de cantar. La música lo habría tranquilizado, y además le habría proporcionado una rara oportunidad de ver a Priscilla Prudhomme. Scathelocke sonrió y se encogió de hombros. Juan Gawdy terminó su comida, satisfecho de que todos hubieran comido y bebido bien. Los gemelos leyeron sus abecedarios, y su habilidad fue recibida por un coro de

aprobación. Chirke lanzó una mirada furiosa a las inmaculadas caras de sus sobrinos, a los que consideraba unos diablillos. Rezaron el salmo 149, y a continuación, a requerimiento de Juan, Scathelocke leyó un pasaje del Eclesiastés sobre las virtudes del trabajo. Nicolás seguía pensando en las curvas y las coquetas miradas de Priscilla. Terminadas las plegarias, Juan llevó a los gemelos a su cámara del ático. Catalina llamó a la criada para que le llevara la lista de especias. Scathelocke murmuró algo sobre una cita y se puso la capa.

—Venga, Enrique —dijo Nicolás cogiendo a su criado por el brazo—. Podríamos ir a beber algo.

Cogió su capa y, antes de que Catalina pudiera impedirselo, habían salido ambos por la puerta. Caminaron con cautela por las oscuras calles hasta La Pluma del Bufón. La taberna estaba abarrotada, todavía llena de comerciantes y de hombres lo bastante temerarios para no haber regresado a sus casas. Nicolás y Enrique se sentaron cerca del fuego y esperaron hasta que el camarero les sirvió unas enormes y espumeantes jarras de cerveza.

—¿Creéis que hay mala intención en este asunto? —preguntó de pronto Enrique.

—¿En qué asunto?

—En la muerte de Berisford.

—Por supuesto, ya lo he dicho. Pero la verdad sólo Dios la sabe.

—Lo que quiero decir —continuó Scathelocke, prevenido por la enojada mirada de Nicolás— es que el gobernador pretende utilizarnos como perros para oler la presa que se esconde entre la maleza. No creo que nos suelte hasta que la hayamos desenterrado.

—¿Y si no la desenterramos?

Scathelocke sonrió.

—Entonces tendremos que volver a San Pablo, a pasear por el Mediterranean y a buscar trabajo.

Nicolás sonrió.

—Mañana, Enrique, ve a las casas de *sir* Amyas, Hobbedon y el concejal. Sé prudente e intenta sonsacar algo a los criados.

—¿Sobre qué?

—Bueno, averigua si vieron algo sospechoso la semana pasada, sobre todo el sábado que Berisford desapareció, o el jueves que hallaron su cadáver.

Scathelocke vació su jarra y empezó a levantarse.

—Tengo que irme —murmuró.

Nicolás lo sujetó por la muñeca.

—¿Adonde, Enrique? ¿Adonde vas? Vamos, dímelo.

Y ¿de dónde vienes? ¿Quién es Christopher Ratolier?

Y ¿qué haces en tu habitación cuando estás a solas? ¿Por qué te asustó lo que dijo el gobernador?

Scathelocke se soltó.

—No me sujetéis así —dijo—. Siempre me estáis haciendo preguntas. Puede que sea vuestro criado, pero mi vida me pertenece. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Aquí no tengo amo. Soy tan honrado como vos, Nicolás Chirke.

—¿Seguro, Enrique? —Nicolás notó que empezaba a perder los estribos—. ¿De verdad? Entonces, ¿por qué no me lo cuentas todo?

Scathelocke lo miró con furia, con los ojos llenos de rabia.

—Puede que no os gustara oírlo. Si vos me hablarais de vuestros asuntos, puede que a mí no me gustara oírlo. ¡Recordadlo, amo! ¡Buenas noches!

Scathelocke abandonó la taberna y Nicolás lo siguió con la mirada. Echó un vistazo alrededor, ahora más relajado, y sonrió para sí. Quizá su criado tuviera razón: cuanto más conocías a alguien, menos te gustaba esa persona. Y ¿conocía Scathelocke los vicios secretos de su amo: las copas de clarete, la atracción que sentía por una mujer mayor que él, y sobre todo, el placer del juego, la embriagadora emoción del azar, aunque supieras que tu adversario era un fullero, que las cartas estaban marcadas y que no tenías la suerte de tu parte? Nicolás miró alrededor, pero esta noche no había oportunidad para pecar, no había partidas de cartas, sólo el solaz de un cuenco de clarete. Nicolás llamó al camarero y pidió otro cuenco. Bebió con avidez. ¿Qué iba a hacer respecto a la muerte de Berisford? ¿Qué iba a averiguar? Bostezó y, al darse cuenta de lo cansado que estaba, dejó el cuenco sin acabar y salió a la calle. Un grupo de centinelas pasaba en aquel momento con bastones y faroles en las manos. Hacía frío, y no parecía que el tiempo fuera a mejorar. Encontró la casa en silencio; Juan y Catalina se habían retirado a su habitación y los niños se habían acostado. La cocina estaba limpia, el fuego ardía y los aprendices dormían en sus jergones. Nicolás subió a su habitación. Catalina le había puesto dos velas nuevas. Las encendió y miró alrededor, deleitándose con aquella intimidad: la habitación recién barrida y el calentador de cama de plata debajo de las sábanas.

Se sentó a su mesa y desenrolló el informe del juez sobre la muerte de lord Berisford. Primero venía la descripción: Berisford era soltero, tenía cincuenta y cinco años, los ojos oscuros y con párpados gruesos, una gran nariz aguileña y la tez cetrina. A continuación estaban los informes que *sir* Amyas había mencionado sobre la agitación que había manifestado Berisford el viernes anterior a su desaparición y las declaraciones de los testigos que lo habían visto cerca del Santo Sepulcro, en el Vintry. Nicolás se fijó en la coincidencia: estaba muy cerca de la zona donde vivía Fromlich. También se fijó en que la acequia estaba vacía antes de la una del jueves, aunque el cadáver, con la ropa seca, fue hallado allí cuatro horas más tarde.

Le impresionó ver la cantidad de gente (granjeros, campesinos, caldereros y buhoneros) que había jurado que no había visto a ningún forastero, y mucho menos un carro misterioso, en la localidad. Por tanto, se preguntó: «¿cuándo habían trasladado el cadáver de Berisford y lo habían colocado en la acequia simulando un suicidio?».

Después estaba el testimonio de un escribano, Pedro Cranfield, que el martes

antes de que descubrieran el cadáver de Berisford había estado en la casa de un barbero. Alguien entró y gritó: «¡Han encontrado a *sir* Berisford!», «¿Dónde?», preguntaron Cranfield y el barbero. «¡Se ha matado en Primrose Hill!», contestó el hombre. Un clérigo, Odo Lightfoot, cura de Saint Dunstan's in the West, atestiguó que había ido con un amigo a visitar a un vendedor de pergamino instalado en el patio de la iglesia de San Pablo. Lightfoot se quedó delante de la tienda leyendo mientras su amigo entraba. De pronto, un joven con el sombrero encasquetado dio una palmada en el hombro a Lightfoot y le preguntó: «¿Te has enterado?» «¿De qué?», preguntó Lightfoot. «Han encontrado a *sir* Berisford». «¿Dónde?» «En Leicester Fields, en Dead Wall, con su propia espada clavada.» Después de eso, el misterioso mensajero desapareció.

Nicolás prestó especial atención a las conclusiones de Jonathan Skillard, el cirujano que había examinado el cadáver.

Primo: No había manchas de sangre en la ropa de Berisford. «¿Habían desnudado a Berisford, lo habían matado y habían vuelto a vestir el cadáver? —se preguntó Nicolás—. Y si así era, ¿por qué?». *Secundo*: Berisford tenía una hinchazón debajo de la oreja izquierda, como si le hubieran puesto una soga al cuello. *Tertio*: Berisford tenía cardenales en la cara, en el pecho y en el estómago, lo cual demostraba que antes de asesinarlo le habían desnudado y golpeado. *Quarto*: Berisford llevaba varios días muerto cuando lo encontraron. «Porque el cadáver ya presentaba signos de descomposición», especificaba Skillard. Entonces, ¿dónde habían escondido el cadáver? Y ¿cómo habían podido trasladarlo hasta Primrose Hill y colocarlo tan cuidadosamente en una zanja sin que nadie lo viera? *Quinto*: Tenía el cuello roto y tan deformado que el cirujano pudo coger la barbilla y colocarla sobre cada uno de los hombros. *Sexto*: En el pecho había dos heridas de espada. Una llegaba hasta una costilla, y la otra atravesaba todo el cuerpo, como si el asesino hubiera golpeado dos veces, y el primer golpe le hubiera bloqueado el hueso. Además, la ausencia de sangre demostraba que Berisford ya estaba muerto cuando le clavaron la espada. *Séptimo*: Berisford había sido estrangulado; de ahí que tuviera la cara enrojecida y que los vasos sanguíneos de los ojos estuvieran llenos y a punto de estallar. *Octavo*: La bufanda de lino que Berisford llevaba al cuello no había aparecido. *Nono*: Exceptuando la bufanda, Berisford llevaba encima todos sus objetos personales, incluidas las monedas de plata, así que el móvil del asesinato no había sido el robo.

Nicolás dejó el informe del juez sobre la mesa.

«¿Qué fue lo que asustó tanto a *sir* Berisford? —se preguntó—. ¿Dónde había estado entre el sábado y el jueves, cuando encontraron su cadáver?». Se quedó mirando la llama de la vela, y de pronto recordó algo. Volvió a coger el pergamino del juez y buscó la descripción de las calzas negras de Berisford. Sí, allí estaba. Cera de vela. Habían encontrado gotas de cera de abeja de una vela en la ropa del muerto. Nicolás sacudió la cabeza. «Un hombre como Fromlich —caviló—, difícilmente podría permitirse el lujo de comprar velas tan caras. Un curtidor tendría que

contentarse con las grasientas velas de sebo». Sonrió débilmente; aquella observación no lograría salvar a Fromlich de la horca.

Tamborileó con los dedos en la mesa y reflexionó sobre los otros misterios que planteaba el informe del juez. «¿Quiénes eran esos forasteros que tanto sabían sobre el paradero de lord Berisford? Ambos habían informado de que Berisford se había suicidado, pero ¿por qué uno había mencionado su localización correcta, mientras que el otro había mencionado Leicester Fields?» Y los datos aportados por el cirujano resultaban desconcertantes. «¿Qué eran aquellos cardenales que cubrían el pecho y el abdomen de Berisford? ¿Qué significaba la magulladura que tenía debajo de la oreja izquierda? ¿Lo habían colgado o estrangulado?» Nicolás repasó de nuevo el informe del juez, pero éste, en lugar de aclarar los hechos, los complicaba; Nicolás se fijó en otros detalles, como el estado de las botas de Berisford, limpias y pulidas, lo que demostraba que Berisford no había caminado por los fangosos campos de Primrose Hill. Por lo tanto, debían de haberlo llevado hasta allí en carro o a caballo. «Pero alguien debería haberlo visto, ¿no? —A Nicolás le daba vueltas la cabeza—. ¿Y el asesino? —Chirke esbozó una sonrisa—. La lista de sospechosos —pensó—, como la de los demonios del Evangelio, era larguísima. ¿Sería el concejal? ¿Sería un ajuste de cuentas de Blueskin? ¿O de algún otro delincuente del hampa de Londres? ¿O el misterioso Guardián de las Puertas?» —Y ¿por qué te detienes ahí, Nicolás?— murmuró Chirke para sí. —¿Y los poderosos? ¿Quería verdaderamente el rey que Berisford averiguara algo? ¿O tenía algo que ver el gobernador en ello? ¿O el alcalde? Y ¿por qué era tan importante que colgaran a Fromlich?

Nicolás cerró los ojos. Decidió visitar a Fromlich en su celda de Newgate. De pronto abrió los ojos y echó un vistazo a la oscura habitación. «Y ¿qué había de Isabel, la difunta reina madre? —se preguntó—. ¿Había comunicado algún gran secreto a Vallence, por escrito o de forma oral? Si lo había hecho por escrito, ¿dónde podía encontrarse el mensaje? ¿Por qué había llamado el francés a Berisford antes de morir? ¿Qué significaba aquella referencia a san Denis? ¿Estaba Berisford relacionado con el secreto de la difunta reina? Y ¿por qué insistía tanto el rey en descubrir aquel secreto?».

Nicolás se quedó mirando la oscuridad.

—*Primo* —susurró—: Vallence no quería que lo capturaran con vida. Conservaba en la memoria el secreto que le habían confiado, y por eso opuso resistencia, por temor a que lo torturaran. *Secundo*: el rey, o mejor dicho, *sir* Amyas en su nombre, intentó descubrir ese secreto, pero no lo consiguió. *Tertio*: recordaron las súplicas de Vallence a Berisford, y por eso le encargaron a él que continuara la investigación. ¿O acaso sólo pretendían asustarlo? *Quarto*: ¿qué era eso que tanto aterrorizaba a Berisford? —Nicolás se rascó la cabeza—. ¿Qué más? Ah, *Quinto*, ¿quién visitó a Berisford la noche antes de su desaparición? ¿Qué mensaje le llevó? *Sexto*: Fromlich es un cabeza de turco, pero ¿por qué? *Séptimo*: ¿qué tiene que ver con todo esto un delincuente como el Guardián de las Puertas? —Nicolás sintió un escalofrío. Tenía la

impresión de que estaba a punto de entrar en las sombras del Valle de la Muerte.

A la mañana siguiente, Nicolás Chirke se levantó de la cama, miró por la pequeña ventana y emitió un gruñido. La niebla era tan densa como el vapor de una casa de baños. Encendió una vela y empezó a vestirse lentamente. La casa todavía estaba en silencio. Abrió la puerta de su cámara y escuchó; agradeció al cielo que los gemelos todavía estuvieran acostados. Había oído regresar a Scathelocke entrada la noche, así que decidió dejarlo dormir y reconciliarse con él más tarde. Se ciñó un ancho talabarte, asegurándose de que tanto el espadín como la daga se deslizaran suavemente en sus vainas, y bajó al piso de abajo. El fuego de la cocina todavía ardía. Una criada adormilada estaba poniendo la mesa. Nicolás cogió un poco de pan y carne seca de la trascocina y salió apresuradamente. Hacía frío, y las calles y los callejones de Cheapside estaban tranquilos; todavía había farolillos encendidos, y alguna que otra antorcha chisporroteaba en vano en la penumbra.

Las personas con las que se cruzó eran como espectros; pasaban de largo silenciosamente, arrebujadas en sus capas y con la capucha puesta. La mayoría eran funcionarios o miembros de los tribunales, y había también alguna prostituta que revoloteaba como un murciélago hacia su nido antes del amanecer. Los carros que pasaban traqueteando adquirían un aire siniestro con los caballos dirigidos por unas figuras oscuras y embozadas. Chirke se deslizó por el helado camino entre las casas hasta donde Newgate se alzaba tenebrosamente en la niebla, delante de la iglesia del Santo Sepulcro.

Newgate era una cárcel ruidosa y apestosa. La imponente puerta almenada, flanqueada por torres, se alzaba sobre Snow Hill, donde las vísceras y la sangre de los puestos de los carniceros bajaban por pasillos llenos de desperdicios hasta Fleet Street. Nicolás se detuvo y miró el ruidoso molinillo que había sobre la puerta, que giraba débilmente para proporcionar aire fresco; Newgate era un edificio tan estrecho que el aire apenas circulaba. Incluso a plena luz del día, sus pasillos estaban iluminados por antorchas. Nicolás hizo sonar la campana y, tras una acalorada discusión con un centinela, le abrieron un portillo. Nicolás entró en la sala del centinela, una gran cámara con suelo de losas iluminada por velas de sebo y que olía peor que una pocilga. El carcelero mayor, un individuo enjuto de rostro amarillento, vestido de blanco de pies a cabeza, con ojos insondables y facciones esqueléticas, sometió a Nicolás a un breve interrogatorio. Nicolás había oído hablar de él y recordaba su apodo: «El Cura». Los ojos de lagarto del carcelero apenas parpadeaban en una cara inexpresiva mientras Nicolás le explicaba su misión. El Cura examinó las autorizaciones firmadas por *sir* Amyas, asintió con la cabeza, hizo crujir los dedos y guió a Nicolás por pasillos iluminados con antorchas. Cruzaron el Patio de la Prensa, donde los delincuentes que se negaban a defenderse eran aplastados hasta la muerte bajo una enorme puerta con repujados metálicos. A Nicolás se le revolvió el estómago al ver las oscuras manchas de sangre que cubrían uno de los lados de la

gran plancha de madera.

Pasaron por la celda común, donde los delincuentes, hombres y mujeres, aguardaban juicio. La pestilencia era insoportable, una mezcla de sudor, velas de sebo y el más espantoso de los olores: el del miedo y la desesperación ante la inminente muerte. Finalmente torcieron por un pasillo, y unos guardias con la cara sucia y unos uniformes que consistían en una variopinta colección de harapos, abrieron unas gruesas puertas. El Cura condujo a Nicolás por un oscuro túnel donde había una hilera de puertas de barrotes. Se detuvo ante una de las puertas, cogió una llave de su cinturón, abrió la puerta e invitó a Nicolás a entrar en una celda que en realidad no era más que una cueva. El aire apestaba. No había ventanas, y junto a la puerta había dos cubos llenos de excrementos humanos. Un hombre cargado de cadenas alrededor de los tobillos y las muñecas avanzó tambaleándose. Nicolás vislumbró en la penumbra los ojos asustados y hundidos, el cabello y la barba despeinados y una cara macilenta y extraviada.

—¿Quién sois? —preguntó el recluso.

—Nicolás Chirke, abogado. ¿Y vos?

—Sebastián Fromlich.

Chirke se volvió hacia el Cura.

—Como os he dicho —explicó—, me envían personas que pueden hacer valer su influencia. Exijo que me traigáis velas y el mejor vino que podáis conseguir, y que retiréis esos cubos inmediatamente.

El esquelético rostro del carcelero no se inmutó.

—¡Estoy esperando! —insistió Chirke.

El carcelero le sostuvo la mirada.

Nicolás metió la mano en su bolsa y sacó dos monedas. Algo parecido a una sonrisa surgió en el rostro del carcelero. Las monedas desaparecieron; el Cura gritó unas órdenes y unos cuantos criados limpiaron la celda. Llevaron una jarra de vino y dos cuencos, junto con gruesas y pesadas velas de sebo en soportes de latón. Nicolás manifestó su satisfacción. Después dijo:

—También necesitaré una silla.

Le llevaron la silla, aunque Nicolás miró con desconfianza sus resquebrajadas patas y la astillada madera. Con todo, consciente del creciente nerviosismo de Fromlich, estaba deseando librarse del carcelero, así que no se quejó. Finalmente la celda se vació, y el carcelero cerró la puerta con llave al salir, aunque Nicolás, a través de los barrotes, vio que se quedaba de pie fuera. Nicolás pidió a Fromlich que se sentara mientras él colocaba la silla a su lado, tan cerca de él que si alguien los hubiera visto pensaría que era un sacerdote dispuesto a oír la última confesión del reo.

—He venido a ayudaros —dijo Chirke. Vio cómo la esperanza relucía en los ojos del prisionero—. Y creedme —se apresuró a añadir—, ¡vais a necesitar toda la ayuda que podáis conseguir! Os acusan del asesinato de lord Esteban Berisford.

El hombre asintió con la cabeza, agitado.

—¡Soy inocente! —exclamó Fromlich.

Nicolás captó un leve acento extranjero en la voz de su interlocutor.

—¿Proferisteis amenazas contra lord Berisford? —preguntó, acercándose tanto a Fromlich que sólo unos centímetros separaban su cara de la del prisionero—. Quiero la verdad —añadió con voz áspera—. Mentidme una sola vez y saldré de esta celda y os dejaré en manos del verdugo.

—Sí, lo amenacé —contestó Fromlich con pesar—. Puede que Berisford fuera un hombre justo, pero era muy severo.

—¿Amenazasteis con matarlo?

—Sí.

—¿Lo matasteis?

—No, no lo maté.

—¿Sabéis algo de un hombre llamado Varence?

Fromlich movió la cabeza con expresión de desconcierto. Nicolás lo observó atentamente. Tenía la impresión de que el prisionero decía la verdad.

—¿Dónde estabais la noche del sábado?

—¿Qué sábado?

—El sábado pasado.

Fromlich miró hacia otro lado y dijo:

—No puedo decíroslo —balbuceó.

—¿Por qué no? —preguntó Nicolás.

—No me acuerdo.

—¿Dónde estabais el pasado jueves, a última hora de la tarde?

El hombre volvió a mover la cabeza.

—No lo sé. No me acuerdo.

Nicolás se puso en pie.

—En ese caso, maese Fromlich, os colgarán; y ni vos ni yo ni vuestra parienta ni el buen Dios podremos hacer nada para salvaros.

—¡Esperad!

Nicolás se volvió.

—Os lo diré. Pero mi parienta no debe saberlo —suplicó Fromlich—. En ambos casos, el sábado y el jueves, estaba en mi tienda, pero con la puerta cerrada.

—¿Podéis presentar algún testigo que lo confirme?

—Sí y no.

—¿Qué queréis decir?

Fromlich se tapó la cara con las manos y se puso a sollozar. Cuando levantó la cabeza tenía el rostro lleno de lágrimas.

—Prometédme —suplicó—. Prometedme que no se lo contaréis a nadie.

—Por el amor de Dios, buen hombre. ¿Qué es eso tan espantoso?

—Recuerdo muy bien lo que hice esos dos días —dijo Fromlich, vacilante—. El

sábado estaba en mi taller cuando vi a una hermosa muchacha en la calle. Parecía un ángel, maese Chirke; llevaba la capucha caída y vi unos rizos dorados. Llevaba un vestido verde con el cuello de hilo blanco. Sus movimientos eran delicados y hermosos. —Fromlich se pasó la lengua por los labios—. Me di cuenta de que no se trataba de una vulgar buscona. Salí y le pregunté qué quería. La muchacha me contestó, con una dulce voz, que le interesaba comprar unas correas de cuero. Hacía frío y la calle estaba desierta, y aunque vivo en una casita en Budge Row, tengo alojamiento detrás del taller. —El hombre suspiró—. Resumiendo, la muchacha, que dijo llamarse Lucy, dudó y se puso coqueta. —Se encogió de hombros—. Ya sabéis cómo son esas cosas, maese abogado. Una caricia conduce a un beso, y un beso a otras cosas. —Fromlich miró alrededor con aire extraviado—. Jamás había visto nada parecido. Su vestido, sus medias, sus ligas... todo era de pura seda.

Nicolás lo miró, incrédulo.

—Maese Fromlich, ¿esperáis que me crea que una cortesana de clase alta se presentó en vuestro taller y que, sin que mediara oro ni plata, os regaló sus encantos?

—Eso no es todo, maese Chirke —replicó Fromlich con amargura—. Le supliqué que volviera otro día, y ella me dijo que lo haría, pero que tendríamos que ser muy discretos porque ella era la amante de un viejo mercader que vivía en una gran casa de West Cheapside.

—Y ¿regresó?

Fromlich asintió.

—El jueves, hacia mediodía. Envié a mi aprendiz al mercado de Aldgate Street.

Nicolás emitió un gruñido y se levantó, apartando la silla de una patada.

—Maese Chirke —dijo Fromlich—, ¡estoy seguro de que podemos encontrar a la muchacha!

Nicolás se frotó la mejilla, se volvió y se inclinó sobre el desconsolado prisionero.

—Por el amor de Dios, Fromlich, ¿acaso no os dais cuenta? Os tendieron una trampa. Esa tal Lucy no existe. Y tampoco ese viejo mercader de Cheapside. Seguramente la joven era una prostituta de lujo. Decís que el día de la desaparición de Berisford estabais con una joven hermosa tras los postigos cerrados de vuestro taller. El jueves por la tarde, el día que, como la Corona demostrará, el cadáver de Berisford fue arrojado a una zanja de Primrose Hill, estabais otra vez encerrado en vuestro taller con esa misteriosa prostituta. Por el amor de Dios, buen hombre, ¿quién os va a creer? ¿Qué pruebas podéis presentar? Además —continuó Nicolás—, si no habláis de la muchacha y decís que estabais en vuestro taller, la acusación presentará testigos, maese Fromlich, que declararán que fueron a vuestro taller y lo encontraron vacío.

Fromlich se inclinó sobre las rodillas, con las manos juntas.

—Maese Chirke, os ruego que me ayudéis. Hiciera lo que hiciera, y dijera lo que dijera, yo no maté al juez Berisford.

Nicolás volvió a sentarse en la silla.

—Incorporaos, Fromlich —ordenó al prisionero—. Por todos los santos, incorporaos. Miradme.

Fromlich levantó la cabeza y Nicolás vio el afligido rostro del hombre surcado de lágrimas.

—¿Tenéis un carro? —preguntó Nicolás con cautela.

—¡Sí, claro que sí!

Nicolás, desanimado, se quedó mirando el techo de piedra negra. Fromlich tenía motivo y medios para matar a Berisford. El idiota había anunciado sus intenciones, y no podía presentar pruebas fehacientes de su paradero ni el día de la desaparición de Berisford ni la tarde que encontraron su cadáver.

—¿Podéis ayudarme? —gimió Fromlich.

—Sí, sí —mintió Nicolás, y le dio unas palmadas en el hombro—. Volveré. —Esbozó una sonrisa y añadió—: Dejadme hacer mis propias indagaciones.

Nicolás dio unos golpes en la puerta. El Cura le abrió y lo llevó en silencio por los repugnantes pasillos hasta un portillo de la puerta principal, que cerró de un golpe cuando el abogado hubo salido.

—Maese Chirke, ¿sois el abogado Chirke?

Nicolás se apoyó en el muro de ladrillos. La mujer que le hablaba era menuda; tenía la piel blanca como la nieve, y unos ojos grandes y dulces, casi insolentes. Se le acercó más, y Nicolás se olvidó de sus preocupaciones al oler su intenso y almizcleño perfume. La mujer iba envuelta en una capa que la cubría desde el cuello hasta la punta de sus relucientes botas de piel. Nicolás vislumbró una rosa dorada en el empuje y el blanco de sus enaguas.

—¿Quién sois? —preguntó Chirke.

—Me llamo Elena Fromlich.

La mujer, inquieta, miró alrededor, hacia la muchedumbre que rodeaba Newgate: ladronzuelos, granujas y otras gentes de mala reputación, así como familias enteras de mendigos, que intentaban entrar en la cárcel para visitar a sus seres queridos.

—Me gustaría hablar con vos sobre mi marido —murmuró—. Pero no aquí.

Chirke miró también alrededor. Comprendía la intranquilidad de la mujer, y se dio cuenta de que no se debía únicamente a los indeseables que tenían a su alrededor. Estaba convencido de que alguien los observaba. Miró hacia el otro lado de la calle.

—Allí. —Señaló con la cabeza la sucia taberna La Caldera del Diablo, situada en una esquina, delante de la iglesia del Santo Sepulcro.

La ayudó a cruzar la fangosa calle, esquivando los carros y los caballos que circulaban hacia Smithfield. Delante de la taberna un buhonero subido a un pequeño plinto de piedra gritaba que tenía remedios para los callos, ojos de vidrio para ciegos y dientes de marfil. Un grupo de jóvenes ataviados con ropas llamativas, con las mangas de los jubones hinchadas, estaban de pie rodeándolo, con las pequeñas capas colgando descuidadamente de uno de los hombros, mientras insultaban al pobre individuo. Cuando Nicolás intentó abrirse paso entre ellos, los jóvenes se volvieron, y

hubo murmullos, piropos y silbidos de aprobación hacia la señora Fromlich. Uno de los galanes se volvió, haciendo movimientos obscenos con las caderas. Otros lanzaron besos con sus labios pintados de carmín. Nicolás puso la mano sobre la empuñadura de su espada, pero una alcahueta se interpuso entre él y el grupo. La mujer llevaba el cabello teñido de rojo y atado en lo alto de la cabeza, y un pequeño mono cubierto de cascabeles sentado en el hombro, manchando de excrementos el colgante corpiño de la mujer. Los jóvenes se volvieron hacia ella. Nicolás suspiró aliviado y entró en la cálida y oscura cervecería, con la jadeante señora Fromlich pisándole los talones. Buscaron una mesa vacía en un rincón. La señora Fromlich pidió un vaso de cordial, pero Nicolás pidió vino, pues todavía estaba un poco mareado por la visita a Newgate.

—¿Sois la parienta de Fromlich?

Ella asintió.

—¿Para qué queríais verme, señora?

Observó atentamente a la mujer mientras ella se quitaba la capucha para revelar una indomable melena de rizos pelirrojos. La señora Fromlich, con su elegante vestido y el rostro cuidadosamente maquillado, era una apetitosa moza. Nicolás sintió un estremecimiento de excitación al contemplarla, y pensó que quizá le convenía visitar a su amiga viuda, la señora Sachet, en su acogedora casita cerca de Rolls Passage, en las afueras de Eastcheap.

—¿Por qué me miráis así, señor?

Chirke se disculpó con una sonrisa.

—Os he formulado una pregunta —dijo—. ¿A qué queréis que os ayude?

—A demostrar la inocencia de mi marido.

—¿Qué os hace pensar que es inocente?

—Sé que lo es.

—¿Cómo sabéis que he ido a visitar a vuestro marido a Newgate?

La mujer esbozó una triste sonrisa.

—Me lo dijo uno de los carceleros.

—Y ¿qué os hace pensar que yo puedo ayudaros?

—Sois el único que puede hacerlo.

—¿A quién más se lo habéis pedido?

—Al juez Popham.

Chirke soltó un gruñido. La señora Fromlich había incurrido en una práctica cada vez más habitual, aunque censurada por las autoridades, consistente en mantener una entrevista personal con un juez de la Corona con la esperanza de influir en él. Pero Popham, que tenía que juzgar a Fromlich, era un desgraciado que detestaba a las mujeres. Y le encantaba pronunciar sentencias de muerte, más que a un sacerdote repartir bendiciones.

—Y ¿qué dijo el juez Popham? —preguntó Nicolás.

La mujer se ruborizó.

—Lo vi en su cámara privada. Me ofreció su ayuda, si... —Hizo una pausa.

—Si ¿qué?

—Si antes yo permitía que él me disciplinara. —Se le empañaron los ojos de lágrimas—. Y tuve que acceder.

Chirke se retorció en el asiento. Popham era un chulo, un juez astuto pero cruel y vengativo. En una ocasión había interrumpido a un pobre abogado cuyo alegato consideraba que se estaba alargando demasiado, y lo condenó a caminar alrededor de Westminster Hall con sus documentos colgados del cuello.

—A Popham le gusta humillar a la gente —comentó Nicolás—. Os aconsejo, señora Fromlich, que os alejéis de él. Creo que vuestro marido es inocente. —Se alegró de ver que el alivio suavizaba la expresión de la mujer—. Sin embargo —se apresuró a añadir—, han pasado muchas cosas, y su inocencia no tiene nada que ver. Vuestro marido todavía no ha explicado lo que hizo el sábado y el jueves pasados. No puede hacerlo, al menos públicamente, ante el tribunal.

—Decidme —dijo la mujer pestañeando—. ¿Qué hay detrás de todo esto?

Nicolás apartó la copa de vino y se inclinó sobre la mesa.

—Lord Berisford desapareció el pasado sábado. Dejaron su cadáver en Primrose Hill durante la tarde del jueves siguiente. En ambas ocasiones, vuestro marido, señora Fromlich, no puede presentar ningún testigo que aclare sus movimientos. —Nicolás detectó la expresión de preocupación de los ojos de la mujer—. Y no sólo eso. Todo el mundo sabe que vuestro marido amenazó con matar a Berisford. Habrá mucha gente que se presentará para atestiguarlo.

—¡Son unos mentirosos! —exclamó la mujer.

—¿Podéis demostrarlo?

—No —susurró ella—. ¿Qué más tiene mi marido en contra?

—Eso sólo Dios lo sabe —contestó Nicolás con tono despreocupado—. Pero hay ciertas preguntas interesantes que él podría formular para crear dudas al jurado. En primer lugar, tenemos la declaración de dos testigos según los cuales en la ciudad todo el mundo estaba al corriente de la muerte de Berisford. En segundo lugar, ¿cómo habría podido vuestro marido transportar el cadáver del juez hasta Primrose Hill sin ser visto? Tercero, si maese Fromlich mató a lord Berisford, ¿por qué no se limitó a arrojar el cadáver al río? Por último, señora, si vuestro marido planeó la muerte de Berisford, su incapacidad de defenderse podría resultar una bendición.

—Pero ¿creéis que lo ahorcarán?

Nicolás escrutó el hermoso rostro de la mujer.

—Sí —murmuró—. A menos que encontremos otra prueba, y dudo que la encontremos, ahorcarán a vuestro marido.

La mujer exhaló un hondo suspiro y se levantó.

—Haced lo que podáis, maese Chirke. Tendréis mi eterna gratitud. No lo olvidaré nunca.

Nicolás tragó saliva. La señora Fromlich le estrechó la mano y, recogiendo las

faldas, rodeó elegantemente la mesa y se dirigió hacia la puerta de la taberna.

Nicolás se quedó sentado donde estaba. Pidió una vela, porque la taberna estaba casi a oscuras, sacó el informe del juez, ahora grasiento, y volvió a estudiarlo una vez más. Todavía estaba desconcertado por las molestias que se habían tomado para secuestrar a Berisford, torturarlo, matarlo y dejar el cadáver en un lugar impensable. Por lo visto, el asesino había intentado extraerle alguna información a Berisford y luego había intentado incriminar a Fromlich. Nicolás no tenía ninguna duda de que a la cortesana que habían enviado a distraer a Fromlich en su taller la había pagado el asesino de Berisford. Y ¿quién podía permitirse pagar sus servicios? ¿Alguien muy rico además de muy astuto? ¿Algún lord? ¿O el Guardián de las Puertas?

Nicolás se recostó en el banco y se preguntó si Scathelocke habría cumplido los encargos que él le había pedido que hiciera. Lamentó la discusión que habían tenido la noche anterior, y se prometió que dejaría de interrogar a su desgraciado criado. Finalmente, estaban los constantes y silenciosos reproches de Catalina. Nicolás entrecerró los ojos. ¿Debía perdonar a su hermano Roberto por haberse ganado el corazón de Beatriz, el gran amor de Nicolás? ¿Debía regresar a Norwich y hacer las paces con Roberto y con el resto de su familia? ¿Incluso instalarse allí? Desde la pelea con su hermano, Nicolás había dejado que las circunstancias llevaran el timón de su vida. Ahora estaba este asunto. No tenía ninguna duda de que *sir Amyas Petrie* lo estaba utilizando. ¿Conseguiría con eso un ascenso? ¿O caería en desgracia? ¿O algo peor?

Nicolás sacudió la cabeza para salir de aquel ensueño. *Sir Amyas* había mencionado a Blueskin, y quizás había llegado el momento de averiguar si el ladrón de tumbas tenía algo que ver con el asesinato de Berisford. Se sobresaltó cuando una mano le sujetó el brazo.

—¿Me recordáis, maese abogado?

Chirke se volvió y vio a un enano que no medía más de un metro veinte, con el pelo rizado y la cara hecha una pasa y cubierta de pintura. El hombre iba vestido con ropa barata y chillona; el jubón y las calzas eran de tafetán multicolor, y éstas tenían una bragueta enorme. Llevaba los dedos cubiertos de una reluciente masa de piedras baratas. Nicolás miró fijamente al enano y la enorme jarra que llevaba en la mano derecha.

—¡Claro que sí, Bogbean! —Suspiró—. ¿Cómo iba a olvidarte? —Señaló la jarra y añadió—: ¿Qué haces, beber o bañarte?

Bogbean soltó una sonora carcajada, sorprendente en alguien de tan reducida estatura.

—Os he estado observando, abogado —dijo—. ¿Tenéis problemas?

—Eres un hombre muy perspicaz, Bogbean.

—Pues yo sé por qué.

—Ah, ¿sí?

—Hay un hombre que os está espiando. Ahora se ha marchado, y os espera fuera.

—¿Sabes quiénes?

Bogbean negó con la cabeza. Nicolás le puso una moneda en la mano.

—Toma, Bogbean. Te agradezco las molestias. Cuando me marche, asegúrate de que mi misterioso perseguidor no me sigue.

Bogbean sonrió y desapareció. Nicolás se levantó y salió de la taberna. Fuera, el frío aire le golpeó como el soplido de una trompeta. Se estremeció y echó a andar por Holborn. Oyó un estruendo y un grito, y sonrió para sí. Miró hacia atrás disimuladamente; Bogbean danzaba frenéticamente alrededor de una figura envuelta en una capa que yacía en el suelo, delante de la puerta de la taberna. El enano gritaba como un condenado, salpicando sus preguntas con llamativos juramentos y palabras malsonantes, mientras le decía al desafortunado que yacía en el suelo que mirara por dónde iba.

Nicolás apresuró el paso y entró en un callejón que conducía a Dyer Lane. Estaba cansado y tenía frío. Se detuvo, pensando si debería volver a casa de Catalina y tranquilizar a su hermana con respecto a Roberto. Se inclinó hacia un lado para rascarse una pierna, convencido de que había cogido pulgas en la sucia taberna. Sintió una ráfaga de aire rozándole la oreja derecha, y una ancha daga se clavó en la madera de la casa que tenía al lado. Miró alrededor, y el terror sustituyó a la fatiga.

—¡Ante la duda —se dijo—, corre!

Y, recogiéndose la capa, echó a correr por el callejón, apartando a los mendigos con que se cruzaba. Corrió hasta llegar a Dyer Lane, y luego siguió caminando por Bowyers Row hasta llegar a Fleet Street, donde alquiló un carro. No se tranquilizó hasta encontrarse ante una alta casa en Rolls Passage, cerca del Colegio de Abogados de Londres. Se preguntó si su atacante sería un delincuente común o si el asalto estaría relacionado con el asunto que investigaba. ¿Quién lo había perseguido, un espía de la Cancillería o un secuaz del Guardián? En el fondo no le importaba. Estaba cansado y tenía frío. Quería esconderse y dormir. Ya tendría tiempo para pensar y organizarse.

Dio unos golpecitos en la puerta de la casa y, al oír unos pasos en el pasillo, desfundó su daga. La mujer que abrió la puerta era alta, con una melena negra en la que asomaban algunas canas. Unos enormes y oscuros ojos lo contemplaron solemnemente desde una cara blanca con forma de corazón; los sensuales labios, un poco despegados, dejaban entrever unos dientes blancos y regulares. La mujer llevaba un vestido de tafetán oscuro con bordados de hilo en los puños. Por encima de los zapatos, oscuros y de suela gruesa, Nicolás vislumbró una enagua blanca.

—¿Qué queréis, señor? —preguntó ella, un tanto alarmada. Nicolás empujó la puerta y entró en la casa, amenazando a la mujer con la daga. Ella retrocedió.

—¿Qué queréis? —repitió ella—. Sólo tengo un poco de plata.

—Os quiero a vos.

—¡Oh, por favor!

Nicolás acercó la daga al pecho de la mujer.

—No tenéis escapatoria, señora.

La mujer retrocedió, tapándose la boca con las manos.

—Me habéis estado espiando —murmuró—. Mi criada se ha marchado. El criado ha salido a hacer unos recados.

Nicolás oyó un ruido procedente de la habitación que había al fondo del pasillo. Sonrió y sacudió la cabeza.

—Creo que mentís, señora. Subid la escalera, y no hagáis ruido.

La mujer, protestando débilmente, guió a Nicolás hasta un amplio y acogedor dormitorio con hermosos tapices de lana en la pared. El suelo estaba cubierto de pequeñas alfombras, y el fuego que ardía en la chimenea se reflejaba en los muebles de roble. Nicolás empujó a la mujer hacia la gran cama con cuatro columnas, con sus travesaños bordados con oro y su voluminoso dosel verde.

—¿Qué hacéis, señor? —suplicó ella.

Nicolás se sentó en la cama, con la daga en las manos.

—¡Desnudaos! —ordenó.

—¡No, señor, no lo haré!

—¡Desnudaos! —insistió Nicolás.

La mujer se desabrochó lentamente el cinturón y los botones del vestido, y lo dejó caer al suelo.

—¡Del todo! —ordenó Nicolás. No se mostró satisfecho hasta que la mujer quedó de pie en medio de un círculo de tafetán, exhibiendo su marmórea blancura.

—Y ahora —dijo Nicolás—, ¡venid aquí!

La mujer, con las manos cogidas, caminó lentamente hacia él.

—¡Soltaos el pelo!

La mujer se llevó las manos a la cabeza y se quitó la peineta de plata, y su oscura melena cayó como un velo sobre sus hombros. Nicolás se levantó y la abrazó.

—Señora Sachet —murmuró aspirando el perfume de su cabello—. ¡Cómo os he añorado!

La mujer abrazó a Nicolás y esbozó una sonrisa traviesa.

—Nicolás —murmuró—. ¡Yo también te he añorado! —Le acarició la cara—. La última vez habías bebido y te quedaste fuera cantando una canción de amor. —Rió y preguntó—: ¿Qué piensas hacer hoy?

CAPÍTULO IV

Nicolás, tumbado de lado, contemplaba la oscuridad y escuchaba la suave respiración de la mujer que dormía junto a él. Fuera el viento soplaba más fuerte, haciendo temblar las ventanas cubiertas de asta y haciendo crujir las viejas vigas de la casa. Nicolás sonrió pensando en la señora Sachet y en el consuelo que le proporcionaba su cálido y mullido cuerpo. La conocía desde su época de estudiante en Pegasus, cuando intentaba resolver los aspectos más difíciles de las leyes inglesas. Se convirtieron en amantes y amigos íntimos. Él la consideraba la persona más desinteresada que jamás había conocido, pues ella no pedía nada más que compañía. Nicolás siempre bromeaba diciendo que cuando se convirtiera en presidente de la Cámara de los lores, ella sería la dama más admirada de la corte. Se estremeció al oír las campanas de Saint Etheldred tocando a completas, y se levantó de la cama sin hacer ruido. Besó a la mujer, se vistió y bajó sigilosamente por la escalera. Salió a la calle y miró con cautela alrededor. Sabía que estaba en peligro, y en ese momento tomó conciencia de su vulnerabilidad. Como siempre, se negaba a resolver el problema principal: no tenía ninguna teoría que explicara el asesinato de Berisford y, en el fondo, Nicolás seguía negándose a aceptar que su vida también corría peligro.

Al amparo de las sombras, se dirigió hacia su casa por calles silenciosas. Cuando estaba a punto de doblar una esquina, retrocedió, asustado, al ver una figura saliendo de la oscuridad.

—¡Tranquilo, amo! —dijo Scathelocke con voz alegre.

—¡Por el amor de Dios! —gruñó Nicolás—. ¿Qué haces rondando como un ladrón?

Scathelocke sonrió, olvidadas ya las duras palabras de la noche anterior.

—Os he echado de menos, amo.

Nicolás se percató de que al emplear la palabra «amo», Scathelocke estaba siendo un tanto irónico.

—Me llamo Nicolás Chirke —protestó el abogado—. Y acaban de arrojarme un cuchillo.

Scathelocke adoptó una expresión seria y se le acercó. Captó el fragante perfume de la señora Sachet y dejó de bromear. Nicolás estaba pálido y asustado.

—En la casa no se podía estar —dijo Scathelocke señalándola con la cabeza—. La señora Catalina ha declarado la guerra a los gemelos. Hasta maese Juan ha tenido que esconderse.

Juntos echaron a andar hacia una pequeña cervecería.

—¿Y decís que os han atacado? —preguntó el criado mientras dirigía a su amo hacia un taburete y acercaba otro para él—. ¿Ha sido un bandolero, o tiene algo que ver con la muerte de Berisford? Porque yo tengo noticias sobre eso.

Chirke bebió el vino que Scathelocke había pedido, y luego se frotó los ojos.

—Todo está relacionado —dijo—, pero el que lanzó el cuchillo podría ser cualquiera, un asesino enviado por Dios sabe quién. —Esbozó una sonrisa y agregó —: ¿Y bien? ¿Qué noticias son esas?

—Fromlich ha muerto —contestó Scathelocke—, al igual que su parienta.

A Nicolás se le cayó el vaso de la mano. Pensó que iba a desvanecerse, y se sujetó a la mesa.

—¿Cómo puede ser? —preguntó.

—Hace cerca de una hora llegó un mensaje de *sir* Amyas Petrie. Fromlich recibió la visita de un fraile en su celda; un anciano que dijo que vos lo habíais enviado para consolar a Fromlich. Al parecer, sobornó a un carcelero para que les llevara un poco de vino. Habló un rato con el prisionero, y cuando se marchó, Fromlich todavía estaba vivo. Los carceleros le llevaron un poco de comida y hallaron a Fromlich muerto en su celda. El veneno del vaso de vino habría podido matar a un macaco.

—Yo no envié a ningún fraile.

—¡Por supuesto que no!

—¿Cuándo ha sido?

—Sobre las cuatro de la tarde. Una hora más tarde, según un testigo, la señora Fromlich recibió en su casa de Candlewick Street la visita de una anciana que decía llevar un regalo y un mensaje vuestros. Poco después la anciana se marchó. Una vecina subió y vio sangre filtrándose por debajo de la puerta de los aposentos de la señora Fromlich. —Scathelocke suspiró—. Finalmente forzaron la puerta. Encontraron a la señora Fromlich despatarrada en una silla, con el cuello cortado de oreja a oreja. —Cogió un vaso y dio un sorbo de vino—. ¿A quién podía interesarle matar a un pobre prisionero, seguramente inocente de todo crimen salvo el de maldecir a Berisford, y a una solterona de mediana edad, al parecer sólo por estar emparentada por el prisionero?

Nicolás dio un respingo.

—¿Qué pasa, amo? —preguntó Scathelocke, asustado.

—¡La señora Fromlich!

—¿Qué pasa con ella?

—¿La habéis descrito como una solterona de mediana edad?

—Esas fueron las palabras de *sir* Amyas; dijo que era bastante mayor y que estaba muy sorda.

Vio cómo su amo palidecía.

—Esta mañana me abordó a una mujer delante de Newgate —balbuceó Nicolás —, y me aseguró que era la parienta de Fromlich. Era joven y muy hermosa. —Se tapó la cara con las manos y prosiguió—: ¡Que Dios te perdone, Nicolás Chirke! ¡Eres un idiota! —exclamó—. Fromlich me dijo que el día de la desaparición de Berisford, y el jueves siguiente, cuando encontraron el cadáver, él se encontraba en su taller con una joven cortesana. La mujer a la que me encontré delante de Newgate debía de ser la misma persona, pero esta vez se hizo pasar por parienta de Fromlich.

Le dije todo lo que sabía. —Nicolás hizo rechinar los dientes—. Estaba tan convencido —suspiró—. La joven interpretó su papel a la perfección.

Scathelocke se inclinó hacia delante y dio unas palmadas a su amo en el hombro.

—Bueno, al menos eso demuestra algo. La mujer que entretuvo a Fromlich y la mujer que os engañó esta mañana eran la misma astuta cortesana. Sólo el Guardián de las Puertas podría organizar semejante farsa. Por lo tanto, él debe de tener algo que ver con la muerte de Berisford. *Quod est demonstrandum*.

Chirke se quedó mirando su vaso.

—Tenéis razón —gruñó—. A los Fromlich los utilizaron. Cuando dejaron de ser útiles, a Fromlich lo mataron por si, de algún modo, lograba escapar del verdugo. A su pobre parienta la mataron para ocultar el engaño de esta mañana y para avisarme de que el Guardián controla esta ciudad.

—También he descubierto otra cosa —declaró Scathelocke.

—¿De qué se trata?

—Los dos concejales y *sir* Amyas Petrie viven en grandes casas en el Strand. Venner y Cooper están casados. Petrie es viudo; su esposa murió hace varios años de una enfermedad incurable. —Scathelocke suspiró—. Los tres son hombres muy ricos; viven en casas de tres o cuatro plantas con jardines que se prolongan hasta el Támesis. He hablado con sus criados, palafreneros y mozos de cuadra en las tabernas cercanas. —Scathelocke sonrió—. He bebido un poco y he aprendido mucho. Venner y Cooper estuvieron en Saint Albans el sábado en que desapareció Berisford.

—¿Y Petrie?

—Estuvo todo el día en su cancillería. He hablado con su mozo de cuadra y con su secretario.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente.

—¿Y el jueves, el día que descubrieron el cadáver de Berisford?

—Comieron los tres juntos en una taberna, La Gran Espada, en Feltop Lane, cerca del Strand. Bebieron como cosacos. Apenas podían levantar el vaso, así que habrían sido incapaces de cargar con un cadáver por el bosque de Saint John hasta Primrose Hill. Scathelocke clavó la vista en su vaso y prosiguió: —Amo, lamento la discusión que tuvimos anoche.

Nicolás sonrió y se encogió de hombros.

—No, Enrique —dijo—. El que debe disculparse soy yo. Soy curioso por naturaleza. Tus secretos te pertenecen, aunque sigo sintiendo curiosidad. —Vio arder la ira en los ojos de su criado y se apresuró a añadir—: Pero *quieta non moveré* peor es meneallo.

Scathelocke inspiró hondo y preguntó:

—¿Qué hacemos ahora, amo?

Nicolás sonrió.

—No lo sé, pero brindemos por la verdad y por la amistad.

Mucho más tarde de lo que era su intención, Nicolás y Scathelocke salieron tambaleándose de la taberna, olvidados ya todos sus problemas, y se dirigieron a casa intentando cantar al unísono el nuevo madrigal del padre Thompkins. Se habían olvidado de Catalina, pero ella no se había olvidado de ellos. Estaba sentada en la cocina, furiosa, y al verlos entrar abrazados gritó:

—¡Apesta a vino! Te pasas la noche rondando por la ciudad. No sabemos dónde estás. ¡Llegas a casa a altas horas! —Se secó los ojos con una servilleta—. Y yo, tu hermana, estoy enferma de preocupación.

Scathelocke intentó intervenir, pero Catalina descargó toda su ira sobre él.

—¡Cerrad el pico, señor! —bramó.

Scathelocke hizo una mueca y retrocedió rápidamente. Nicolás intentó retirarse a su dormitorio. Aunque estaba borracho y muy alegre, Nicolás conocía a su hermana; normalmente era amable, pero ahora se abatía sobre él como una fiera vengativa. Nicolás se sentó junto al fuego, con Scathelocke a su lado, como una sombra, mientras Catalina le soltaba un violento discurso sobre las buenas maneras.

¿Por qué no había hecho las paces con su hermano Roberto? Ciertamente, Beatriz se había casado con Roberto, pero el mundo no se acababa ahí. ¿Acaso no había más peces en el mar?

—No me interesan los peces —la interrumpió Nicolás, e inmediatamente comprendió que había cometido un error.

Catalina, furiosa, golpeó el suelo con el pie.

—¡Eres desesperante! —gritó—. ¡Absolutamente desesperante!

Y se fue a la cama.

Nicolás le deseó buenas noches con una sonrisa inocente. Miró alrededor y vio que Scathelocke ya se había quedado profundamente dormido.

—Buena idea —dijo Nicolás.

Se puso cómodo en la silla y se durmió, ayudado por el vino.

A la mañana siguiente se despertaron ambos contritos, hambrientos, con dolor de cabeza y con los músculos entumecidos. Sin embargo, Catalina, aparte de unas cuantas miradas severas y algún vago comentario sobre la estupidez de los hombres, los dejó en paz. Nicolás y Scathelocke salieron de la casa como dos chiquillos traviosos. Ni siquiera se atrevieron a mirarse hasta que hubieron doblado la esquina y se encontraron bajo el letrero de un barbero, donde se echaron a reír a carcajadas, mientras el sorprendido barbero les cortaba la barba y el cabello. Después bajaron por Cheapside hasta una taberna de Fleet Street para desayunar.

—Dime —preguntó Chirke recordando la conversación que había tenido con Scathelocke la noche anterior—. ¿Dónde aprendiste la cita *quod est demonstrandum*?

—En la escuela.

—¿Qué escuela?

Scathelocke se dio unos golpecitos en la nariz.

—Ya empezamos otra vez, amo. Vos tenéis vuestros secretos, y yo los míos.

—Ya me quedan muy pocos, gracias a la bronca que mi hermana me soltó anoche.

Scathelocke rió y dijo:

—Así que vuestra amada os dejó por vuestro hermano mayor, ¿no? Y ¿qué tiene eso de secreto? Los hermanos se pelean desde Caín y Abel. Hay secretos más oscuros y misterios mayores, entre ellos —añadió Scathelocke con amargura— la muerte de Berisford. Vuestro amo, el gobernador *sir* Amyas Petrie, querrá que le presentéis un informe.

Nicolás sacó un rollo de pergamino de una bolsa de piel que llevaba bajo la capa y pidió tinta y una pluma al tabernero.

—Vamos, querido Scathelocke, veamos qué tenemos hasta ahora. —Empezó a escribir—. «Uno: un juez muerto, aunque no se sabe quién lo mató ni por qué. También sigue siendo un misterio que encontraran el cadáver de Berisford, completamente seco, en una zanja en las afueras de Londres. Dos: Fromlich y su parienta, también asesinados. Tres: un escudero francés, Vallenge, herido de muerte mientras intentaba huir a bordo de una galera veneciana. Y lo único que dice a las puertas de la muerte es: “¡San Denis! ¡San Denis lo sabe todo!”. Cuatro: Vallenge guardaba algún oscuro secreto que le había confiado la difunta reina Isabel. ¿Cuál era ese secreto? ¿Estaba Berisford interesado en él? Cinco: el rey, a través de *sir* Amyas Petrie, quiere conocer ese secreto. Seis: también lo desea el rey del hampa de Londres, el Guardián de las Puertas. ¿Por qué? ¿Para chantajear a la Corona? ¿Tiene algo que ver el Guardián con el ataque de que fui víctima? Siete: el asesinato de los Fromlich. ¿Envió el Guardián a la mujer que me abordó delante de Newgate? ¿Utilizó al ladrón de tumbas Blueskin para asesinar a Berisford?» Nicolás estudió lo que había escrito y miró fijamente a Scathelocke.

—¿Qué hacemos?

—Podríamos visitar a Mawsby, el escribano del juez muerto.

—Sí, tienes razón —replicó Nicolás—. Pero seguramente ya habrá contado a las autoridades cuanto sabe. No creo que un hombre como Berisford confiara en un simple criado.

—Entonces, ¿adonde vamos? —preguntó Scathelocke.

—Nos encontramos en una encrucijada —concluyó Chirke—. Podemos dejar de lado la muerte de Berisford e intentar descubrir el gran secreto que guardaba Vallenge. O podemos enfrentarnos al Guardián de las Puertas en su propio terreno. Sin embargo, para eso necesitamos a alguien que conozca los callejones y los malolientes arroyos de Londres. —Sonrió antes de añadir—: Y ¿quién mejor que el astuto Crabtree?

—¿Quién? —preguntó Scathelocke.

—Ya lo verás. Bien, Scathelocke, ¿qué camino tomamos?

—¿Qué os parece regresar a Newgate y hacer averiguaciones sobre el asesino de Fromlich o sobre las circunstancias que rodean la muerte de su parienta?

Nicolás sacudió la cabeza.

—No creo que sirviera de nada. Como te dije anoche, los Fromlich murieron a manos de un asesino profesional. En Newgate no averiguaremos nada.

—¿Y si nos fuésemos a Primrose Hill? —propuso Scathelocke.

—¿Para ver la zanja donde dejaron el cadáver? ¿Qué conseguiríamos con eso? ¡No, no! —Nicolás empezó a guardar sus hojas de pergamino—. Lo que tenemos que hacer, Scathelocke, es visitar un lugar que hasta ahora no hemos mencionado en nuestras discusiones: ¡la tumba de la reina Isabel en Greyfriars!

Salieron de la taberna y echaron a andar por Cheapside. Las calles estaban llenas de carros, y los conductores azotaban los caballos. Unos pomposos y gordos comerciantes se contoneaban saludándose con sus agudas voces. Los galanes, recién salidos de las tabernas, con las bolsas tan vacías como los cerebros, se abrían paso entre la multitud.

—¡Apartaos! —le gritó a Nicolás uno de ellos.

Nicolás se quedó mirando al musculoso y bien vestido bruto. El hombre estaba acalorado a causa de la bebida, babeaba y tenía los ojos enrojecidos. Nicolás se encogió de hombros, lo empujó al pasar y le dio una patada en la espinilla antes de desaparecer entre la multitud con Scathelocke. Bajaron por Friday Street, sin separarse de las fachadas de las casas, abriéndose paso entre los aprendices que gritaban: «¡Caballa, caballa! ¡Seis por un penique!».

El olor a pescado podrido les revolvía el estómago, y al doblar una esquina Nicolás vio a los alguaciles empujando a una mujerzuela hacia el poste de flagelación situado en el centro de Fish Street. Le ataron las manos y la desnudaron hasta la cintura. Un alguacil empezó a azotarla con unas tiras de cuero, dejando unas marcas sangrientas en la ancha y blanca espalda de la prostituta. Un grupo de gente se acercó a mirar. Nicolás siguió caminando, pues al fin y al cabo aquello no tenía nada que ver con él. Cuando la prostituta empezó a gemir y a gritar, él apartó la mirada.

—Esa mujer tiene hijos —susurró Scathelocke.

Nicolás se volvió y divisó a los dos niños, esqueléticos y miserables, agarrados el uno al otro como cachorros asustados, con unos grandes y oscuros ojos en las caritas pálidas. Detrás de ellos Nicolás vio a un mendigo harapiento, con la cara llena de mugre. Nicolás vio que el individuo lo estaba mirando con una expresión fría y calculadora en los ojos. Nicolás se estremeció: de nuevo lo seguían.

La prostituta echaba la cabeza hacia atrás mientras el alguacil continuaba azotándola. Finalmente el hombre paró y giró la sudorosa y enrojecida cara hacia la multitud para recibir los aplausos por un trabajo bien hecho. Luego soltó a la prostituta, que se quedó de pie, con la cabeza agachada, con los brazos cruzados sobre el pecho. Nicolás, ignorando las protestas de Scathelocke, se disponía a seguir su camino, cuando el alguacil empujó a la prostituta con desprecio. Nicolás, disgustado, se volvió y se enfrentó al alguacil. Le pisó la punta del pie con el tacón de la bota. El tipo soltó un grito de dolor.

—¡Lo habéis hecho a propósito! —gritó el alguacil.

—En ese caso —dijo Nicolás sonriendo—, os pido disculpas.

El alguacil intentó agarrarlo. Nicolás le dio un empujón, lanzándolo deliberadamente contra el mendigo. El alguacil y el mendigo cayeron al suelo. El resto de la multitud, veleidosa, hizo un corro para pegarles patadas a los dos. Nicolás le guiñó un ojo a la prostituta, le puso una moneda en la mano y echó a andar a buen paso por Fish Street.

—¿Por qué lo habéis hecho? —preguntó Scathelocke, jadeando, cuando alcanzó a su amo.

—En primer lugar, porque no me gustan los alguaciles. En segundo lugar, porque no me gusta ver cómo azotan a una mujer. Y tercero: ¡porque no me gusta que me sigan!

—¿Seguiros? ¿Quién os seguía?

—Un hombre que se hacía pasar por mendigo. Ahora está ocupado peleándose con el alguacil.

Entraron en Cárter Lane, donde se alzaba la gran masa de la catedral de San Pablo. Habían montado una feria en los espacios abiertos que había delante de la catedral, y había casetas, tenderetes, casas de comidas, puestos de barberos y puestos de bebidas. En todos ellos se estaba vendiendo mucho, y los aprendices, que habían terminado su trabajo, jugaban a un violento juego, persiguiendo un hueso pulido por una amplia extensión de hielo. Nicolás y Scathelocke rodearon a la multitud. Se les acercó un borracho, con un perro pegado a las piernas. Una anciana que pedía limosna corrió hacia ellos. La esquivaron y entraron en Greyfriars por un pequeño portillo. Un hermano lego, que los paró y les preguntó qué querían, los acompañó a la iglesia, que se encontraba a la derecha del claustro del monasterio.

—No se está celebrando ningún servicio —dijo—. Al padre prior no le importará.

Nicolás le dio las gracias y abrió la puerta. Scathelocke y él atravesaron el pórtico, impregnado de incienso, y entraron en la iglesia. Se encontraron en una larga y oscura nave con columnas redondas y cortas que la separaban de los pasillos. Recorrieron toda la nave, llegaron a la reja del coro y se arrodillaron ante el altar mayor. A continuación Nicolás condujo a Scathelocke a la capilla de la Virgen, que estaba a la izquierda.

—¿Cómo sabíais dónde estaba enterrada Isabel? —susurró Scathelocke.

Nicolás sonrió y señaló la larga tumba de mármol, laboriosamente esculpida.

—A los príncipes poderosos, Scathelocke, siempre les gusta que los entierren en algún lugar sagrado. Creen que el alma no abandona el cuerpo hasta mucho después de la muerte. Cuando lo hace, se produce una terrible batalla entre los ángeles y los demonios por la posesión del alma del muerto. Si la persona está enterrada en un lugar sagrado, los demonios no pueden invadirlo, y el alma viaja directamente hasta Dios. —Sonrió y añadió—: Bueno, eso es lo que ellos creen.

Mientras Scathelocke se alejaba para seguir explorando, Nicolás se fijó en el

sagrario y en los ornamentados siales donde los hermanos cantarían el oficio divino. Aunque estaba dedicada a la pobreza y a la regla de san Francisco, la iglesia de Greyfriars empezaba a atraer a gente rica. El altar era de mármol puro y la lámpara del Santísimo tenía incrustaciones de oro. En las paredes desnudas habían pintado escenas a todo color. En el ábside, detrás del altar mayor, un fresco azul, verde y rojo representaba a David con una lira cantando salmos; junto a él un dragón dorado, símbolo de san Marcos, giraba la cabeza hacia Cristo. En el techo abovedado una gran pintura de santa Catalina mostraba la rueda en la que fue martirizada haciéndose pedazos, y los trozos volando y golpeando a los paganos que la habían torturado. Las paredes de la capilla de la Virgen también estaban pintadas, con escenas del ciclo de la pasión y la vida de san Cristóbal. Nicolás contempló el sereno rostro de mármol de la Virgen con el niño Jesús en brazos, y luego volvió a fijarse en el enorme cofre erigido sobre la tumba de la reina Isabel.

—En la otra capilla hay varias tumbas reales —susurró Scathelocke al regresar junto a su amo—. Pero yo no veo nada extraño, ¿y vos?

Nicolás examinó la tumba de Isabel. La efigie de mármol que había encima representaba a una mujer ataviada con hábito de monja. Sin embargo, la capucha tenía una corona y entre las manos unidas había un cetro hecho de lirios. El rostro de la reina era apacible, con labios carnosos; los ojos, cerrados y dirigidos hacia arriba, daban un aire árabe a sus facciones.

—¿Qué era? —susurró Chirke—. ¿Qué terrible secreto escondíais?

Escrutó los lados de la tumba. En uno de los lados había unos escudos con las armas de Inglaterra, Francia y Navarra. En el otro, el alma de la difunta reina estaba representada como una pequeña y desnuda figura que unos ángeles llevaban al cielo. En ambos extremos del cofre habían esculpido unas extrañas bestias y unos ángeles que, arrodillados en oración, sostenían unos pequeños escudos heráldicos.

Scathelocke y Nicolás dieron unas cuantas vueltas a la tumba.

—El rey se portó bien con su madre —comentó Scathelocke apoyándose en la tapa de mármol.

—¡Es muy fácil portarse bien con los muertos! —dijo una voz.

Nicolás se volvió, asustado. Scathelocke desenfundó su puñal.

—¡Es muy fácil portarse bien con los muertos! —repitió la voz, y las palabras resonaron por la iglesia vacía.

Nicolás miró hacia la vacilante vela del sagrario y respiró hondo para controlar el pánico. ¿Tenía visiones? ¿Había alguien escondido en la iglesia?

—¿Quién sois? —gritó.

—¡Soy el muerto viviente! —contestó la voz.

—Viene de la pared —susurró Scathelocke, señalando lo que parecía un contrafuerte cerca de la entrada de la capilla de la Virgen.

Chirke fue hacia allí y vio que había una pequeña puerta de madera en el contrafuerte. Miró hacia arriba y vio unos ojos que lo miraban por un agujero.

—¿Quién sois? —preguntó.

—Me llamo Edmundo. Soy un anacoreta condenado a una vida de penitencia. Los buenos hermanos me alimentan mientras yo rezo de cara al altar de Dios y ayuno para expiar mis pecados.

—¿Qué pecados? —preguntó Nicolás con curiosidad.

—Hace muchos años —contestó el anacoreta, con una voz profunda y distante—, maté a mi hermano mientras cazábamos. El ángel del Señor me persiguió; yo llevaba la señal de Caín en la cabeza. Ahora pasaré el resto de mi vida purgando aquel pecado.

Scathelocke se acercó a Chirke y se quedó mirando la pared.

—He oído hablar de estos sitios, pero nunca había visto ninguno —susurró.

—Antes los había en todas las iglesias —dijo Nicolás—. Una pequeña cámara excavada en la pared donde un hombre o una mujer santos podía pasar la vida entera rezando. —Señaló el agujero por donde salía la voz—. Eso lo llaman mirilla de leproso. A través de ella el anacoreta puede ver cómo se celebra la misa en el altar mayor.

—¡Exacto! —dijo la voz del anacoreta.

Nicolás sonrió.

—¡No sonriáis, joven! Puede que sea viejo, pero todavía tengo buena vista y buen oído.

—Y ¿qué visteis y oísteis el día que enterraron a la reina?

—Oh, las exequias de costumbre. La noche antes del réquiem colocaron el ataúd de la reina ante el altar mayor, dentro de un cofre de plomo, rodeado de velas moradas. Yo recé por el alma de esa mujer toda la noche, luchando con el ángel de las tinieblas. ¡Colocaos delante del altar mayor! ¡Veréis la causa de su maldad!

Nicolás obedeció. Atravesó la capilla de la Virgen, se dirigió al sagrario y leyó en voz alta las palabras grabadas en la piedra que había en el suelo, delante del altar mayor:

—Roger Mortimer, conde de March.

—¡Sí! —gritó el anacoreta—. Roger Mortimer, el amante de la reina. Yo estaba aquí, hace casi treinta años, cuando trajeron sus andrajosos y sangrantes restos del Tyburn. Se celebró una misa y sus restos fueron enterrados aquí, a toda prisa, como si el hombre no hubiera vivido. A la reina madre la trataron igual.

Nicolás se acercó de nuevo a la mirilla de leproso.

—¿Qué queréis decir? —preguntó.

—Veréis, el cadáver llegó por la noche —explicó el anacoreta—. Lo colocaron ante Dios y lo rodearon de velas, pero nadie vino a velar a la difunta.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera su hijo, el rey, ni ningún otro miembro de la familia?

—Nadie —contestó aquella voz sepulcral.

—¿Y a la mañana siguiente?

—Celebraron la misa mayor. Sólo asistieron el rey y su familia. Se sentaron en las

sillas del coro, y se les notaba en la cara que estaban deseando marcharse. El rey estaba muy nervioso. Miraba continuamente hacia atrás y le hacía leñas a *sir Amyas Petrie*, el gobernador de Londres; continuamente, incluso durante la homilía del obispo.

—Y ¿qué pasó después?

—*Sir Amyas* se puso a buscar por la iglesia.

—¿Por qué motivo?

El anacoreta chascó la lengua, aunque el ruido que hizo le puso a Nicolás los pelos de punta.

—Veo cosas —contestó—. Yo, Edmundo de Abingdon, veo cosas. Y los hermanos me cuentan el resto.

—¿Qué os cuentan? —preguntó Scathelocke—. Y ¿de qué conocéis a *sir Amyas Petrie*?

—Los hermanos me dijeron quién era cada uno. Me dijeron que después de la misa el rey no quiso quedarse, ni siquiera a desayunar en el refectorio del monasterio. *Sir Amyas* y él se marcharon. Los soldados del rey, caballeros con cota de malla y armadura, estaban buscando a alguien entre los invitados. Como no lo encontraron, se marcharon también. —El anacoreta suspiró—. Pero ¿acaso no ocurre siempre lo mismo? A rey muerto, rey puesto, ¿no? Vinieron los canteros del rey y levantaron esa tumba. Desde entonces no ha vuelto nadie, excepto vos. Ah, sí, y aquel otro.

—¿Quién? —preguntó Nicolás.

—Un individuo alto y delgado que se secaba continuamente la nariz con un pañuelo. Se quedó de pie delante de la tumba, igual que vos. Le pregunté qué buscaba. Dijo que era lord Esteban Berisford, un juez; me preguntó si en la tumba o en la capilla de la Virgen, o en la iglesia, había algo relacionado con san Denís.

—¡San Denís! —exclamó Scathelocke, mirando a Nicolás.

—San Denís —repitió el anacoreta—. Pero yo le dije que no. Conozco esta iglesia como la palma de mi mano. Cada candelero, cada rincón y cada grieta. ¿Por qué iba a rendir homenaje una iglesia inglesa a un francés que perdió la cabeza?

Nicolás recordó las leyendas sobre san Denís y sonrió.

—Y ahora, ¡marchaos! —ordenó el anacoreta—. ¡Dejadme con mis oraciones!

—Una última pregunta.

—¿Tendréis que pagar!

—¿Cómo! —exclamó Nicolás—. ¿Un hombre de Dios pidiendo dinero?

—Sí, soy un hombre de Dios, pero me apasiona el queso, blando y cremoso.

Nicolás colocó una moneda en el saliente de la mirilla. La moneda desapareció inmediatamente.

—¿Conocéis a un hombre llamado Vallence?

—¡Nunca he oído ese nombre!

—¿No visteis a un joven francés asistir al velatorio ni a la misa?

—Ya os he dicho que no vi nada. Y ahora, ¡marchaos!

Nicolás se encogió de hombros. Se arrodilló mirando hacia el sagrario. Scathelocke lo imitó, aunque con cierta torpeza, y ambos echaron a andar hacia la nave.

Nicolás se sentó en un banco y le hizo una seña a Scathelocke para que se sentara a su lado. Se quedó mirando el crucifijo que colgaba ante el altar mayor.

—No lo entiendo —murmuró—. Isabel muere de la peste y la entierran rápidamente. Su hijo, el rey, está muy preocupado durante la misa de cuerpo presente. Debe de ser porque descubrió que Vallence no estaba, y por eso ordenó su búsqueda: de ahí las constantes distracciones durante el oficio.

Se sopló los fríos dedos.

—Pero hay otras dos cosas que me intrigan. En primer lugar, Vallence. Era un leal criado de la reina. Estaba dispuesto a dar la vida por ella. ¿Por qué ni siquiera asistió al velatorio? —Chirke se frotó las manos—. No entiendo que no asistiera a la misa. Debió de aprovechar la ocasión para escabullirse, para bajar a Queenshithe y embarcar en esa galera veneciana. Pero ¿por qué no presentó por última vez sus respetos a la reina?

—Y lo que es más importante —le interrumpió Scathelocke—, ya que no pensaba venir aquí, ¿por qué no intentó escabullirse la noche anterior?

Nicolás se encogió de hombros.

—Quizá la galera veneciana no estuviera lista para zarpar. —Se mordió el labio y añadió—. En segundo lugar, lord Esteban Berisford. Vino aquí buscando a san Denís. Por lo tanto, las últimas palabras de Vallence eran algo más que un delirio; ese santo, o mejor dicho su nombre, podría encerrar la clave de todo este misterio. —Suspiró y se puso en pie—. En fin, dejemos esto ya. Hemos llegado a un callejón sin salida. Vamos a buscar a Crabtree. Él podrá conducirnos hasta Blueskin y quizá guiarnos por este laberinto de mentiras.

Diálogo entre peregrinos

El magistrado hizo una pausa mientras el fraile, congestionado de emoción, se ponía en pie de un brinco.

—¡Lo que estáis contando no es ninguna fábula! —exclamó—. Yo he estado en la iglesia de Greyfriars. Edmundo de Abingdon era el anacoreta que vivía en esa iglesia. Y también es cierto que los huesos de Mortimer yacen ante el altar mayor.

—Eso lo sabe todo el mundo —se burló el monje, mirando con celos a su compañero.

—Lo que no todo el mundo sabe —continuó el fraile con ostentación, mojándose los carnosos labios— es el misterio de la tumba de la reina madre.

—¿A qué os referís? —preguntó la comadre de Bath antes de hundir la cara en un hondo cuenco de clarete.

—¡Lo que digo! —exclamó el fraile. Señaló al abogado y agregó—: La tumba, tal como nos la ha descrito nuestro honorable amigo, está ornadamente esculpida, y se encuentra en la capilla de la Virgen.

—Y ¿dónde está el misterio? —preguntó Harry, el tabernero.

El fraile se sentó.

—Quizá no se trate tanto de un misterio —dijo— como de un gran silencio. Nadie se acerca a esa tumba. Los hijos y los nietos de Isabel no la visitan jamás. No se celebra allí ninguna misa por el reposo de su alma.

—Bueno, eso es porque Isabel fue muy odiada —dijo el vendedor de indulgencias. Miró alrededor, acariciándose el lacio cabello—. Fue muy odiada —repitió en un susurro.

—Pero ¿no se ha celebrado ninguna misa? —preguntó el mercader.

—Ninguna —confirmó el fraile—. La última vez que estuve allí sentí tanta curiosidad que examiné el Libro de los Muertos. —Hizo una pausa para enfatizar sus palabras—. En los diez últimos años no se ha celebrado ni una sola misa.

El mercader se levantó para rellenar su vaso con la jarra que el terrateniente había llevado a la mesa.

—Yo tenía colegas que comerciaban en Norfolk antes de la muerte de Isabel —dijo—. A veces intentaban entrar en el castillo de Rising, pero nunca lo conseguían. El terreno que rodeaba el castillo estaba lleno de arqueros del rey. A muy poca gente se le permitía entrar, y a todos los que salían los registraban a conciencia.

—Lo mismo ocurría con los puertos de Norfolk —terció el marino.

El magistrado dio una palmada.

—Entiendo lo que queréis decir —declaró esbozando una sonrisa—, pero ya hablaré de eso más adelante...

Parte III

CAPÍTULO I

Nicolás Chirke y Scathelocke se dirigieron a los apestosos tugurios del barrio de Alsatia, alrededor del monasterio de Whitefriars. El aire estaba lleno de hollín, los niños mendigaban en las esquinas, las mujeres yacían borrachas en los callejones, junto a los cadáveres de perros y gatos. Los cerdos comían la basura que se amontonaba en el arroyo. Un loco vendía pergamino invisible y una mujer con un bulto en el cuello se ofrecía para beber un galón de agua y vomitarlo por un penique. Hasta las gotas de lluvia que caían de las nubes parecían gotas de azufre. Nicolás, con la mano sobre el puño de la espada, se abría paso entre los picaros y los vagabundos que rondaban por allí, lejos de los agentes de la ley: «pescadores de caña», hombres y mujeres que metían palos por las ventanas para robar objetos de valor; farsantes que fingían haber luchado en las guerras recientes y, disfrazados de mendigos lisiados, se quejaban a gritos de que los soldados tuvieran que mendigar para vivir mientras los jóvenes iban a caballo. Scathelocke les echó un vistazo. Chirke le había hablado de ellos, hombres que se pintaban tremendas llagas y heridas, y hasta fingían haber perdido un pie o una mano, aunque por la noche regresaban eméritos a sus casas para compartir su botín. Metió la mano en su bolsa para coger una moneda y dársela a una de las mendigas que pasaban por la calle, con los niños colgados de sus sucias faldas. Chirke le agarró la muñeca.

—¡No te dejes engañar! —susurró—. Esas mujeres cubren a sus hijos de falsas heridas y los mandan a la calle a mendigar. Y ¡mira eso! —Señaló a un hombre que bailaba desnudo—. Estoy seguro de que está tan cuerdo como tú o como yo, pero fingir locura puede ser una buena forma de ganarse la vida.

Frente a los edificios del monasterio carmelita, Nicolás y Scathelocke anduvieron con tiento por los adoquines, traspasaron un arco en ruinas y bajaron por un callejón hasta una sucia taberna. Las ventanas estaban tapadas, la pintura desconchada y el letrero, que representaba a un obispo borracho montado en un burro, colgaba torcido. Nicolás se metió en la oscura cervecería y buscó entre la multitud de picaros que allí se reunía.

—¡Crabtree! —gritó—. ¡Sé que estás ahí, maldito mentiroso!

Scathelocke estaba perplejo, admirado de que su amo se atreviera a lanzar semejante exabrupto entre aquella colección de maleantes. Pero un hombre apareció de la nada. Iba vestido con un jubón multicolor, pantalones y unas botas llamativas. El individuo era un bribón de pura cepa, pero tenía una cara sana, mirada astuta y sonrisa alegre. El cabello, negro como el azabache, le rodeaba el bronceado rostro y le colgaba hasta los hombros. Sonriendo, el individuo dijo:

—Maese Chirke, mi salvador, bienvenido a mi humilde residencia.

—Crabtree —dijo Nicolás—, ¡eres el granuja más descarado del mundo! Este es mi criado, Enrique Scathelocke.

Los ojos de Crabtree, de un extraño azul pálido, se encontraron con los de Scathelocke. Crabtree le tendió una cálida y vigorosa mano.

—Bienvenido, Enrique —dijo.

Scathelocke le estrechó la mano e, instintivamente, le cayó bien aquel individuo.

—¡Vamos! —dijo Crabtree haciendo señas con la mano—. Tabernero —gritó—, una jarra de vuestro mejor vino y tres vasos. ¡Maese Chirke pagará la cuenta!

Los guió por la cervecería, acallando las muestras de alarma o intranquilidad causadas por la llegada de dos extraños con una brillante sonrisa y amables frases tranquilizadoras. Scathelocke vio que la mesa que Crabtree había elegido estaba en el fondo, muy separada de las demás, y junto a una pequeña puerta trasera. Cuando se sentaron, Nicolás señaló la puerta.

—Nunca cambiarás, Crabtree. ¡Siempre listo para huir!

Crabtree puso cara de inocente y mostró las palmas de las manos.

—Malentendidos, maese Chirke, malentendidos. Me persiguen en mis sueños y plagan mi vida.

Guardaron silencio mientras el tabernero les traía el vino y los vasos. Crabtree sirvió el vino con delicadeza y cortesía, como si estuvieran sentados a la mesa del Colegio de Abogados.

—Permíteme que te presente a maese Crabtree —dijo Nicolás sonriendo a Scathelocke—. Como bien dice él mismo, Crabtree es un hombre incomprendido. No es ningún ladrón; lo que ocurre es que le cuesta distinguir entre lo que le pertenece y lo que pertenece a los demás.

—Cierto, cierto —dijo Crabtree apoyándose en la pared y gozando de aquellas palabras, que consideraba un cumplido—. Estoy a vuestro servicio, maese Chirke. A veces he estado tentado de aceptar vuestra oferta y trabajar para vos, aunque por lo que veo —añadió sonriendo a Scathelocke—, la plaza ya está ocupada.

Nicolás se inclinó bruscamente sobre la mesa y cogió a Crabtree por el brazo.

—He venido a cobrar mi deuda —dijo.

Crabtree forzó una sonrisa y se soltó de la mano de Nicolás.

—Lo que queráis, maese Chirke, lo que queráis.

—¿Sabes algo de la muerte de Berisford?

—No, nada.

—¿Has oído hablar de un canalla llamado Blueskin?

—He oído hablar de él, pero no lo conozco. Yo robo a los vivos, maese Chirke, no a los muertos.

—Entonces, por lo que veo, no puedes ayudarme.

—No, maese Chirke, no puedo.

Crabtree se puso en pie. Se echó la raída capa sobre los hombros y echó a andar hacia la puerta de la taberna; una vez allí se volvió, muy enojado.

—¡Idos al cuerno, Chirke! —gritó—. ¡No volveré a dirigiros la palabra hasta que nos encontremos en el infierno!

Crabtree salió por la puerta antes de que Nicolás tuviera ocasión de responder.

—Si veníais a cobrar vuestra deuda —murmuró Scathelocke—, os marcháis tan pobre como llegasteis, amo.

—Cállate, Scathelocke.

—Por supuesto, amo.

Nicolás se bebió el vino de un sorbo y salió a la calle, que ya estaba en penumbra. Estaba enojado y, en el fondo, dolido por la facilidad con que Crabtree se lo había sacado de encima. Scathelocke iba detrás de él, hablando solo. Nicolás sabía que estaba maldiciendo por lo bajo. Entonces, en la boca de un callejón, cerca de la entrada de Whitefriars, una piedra arrojada desde uno de los estrechos arroyos fue a dar en un charco que Nicolás tenía delante.

—¡No os mováis, maese Chirke! —susurró una voz—. No pretendo haceros daño, pero la farsa que acabáis de presenciar era necesaria. No, no os acerquéis más. Deteneos y fingid que habláis con vuestro criado.

Nicolás se volvió, y estuvo a punto de chocar con su criado, que lo miraba con los ojos como platos. Le guiñó un ojo a Scathelocke.

—Quedémonos ahí, Enrique —susurró—, como si habláramos tranquilamente. — Se volvió y miró hacia el callejón—. Continúa, Crabtree —dijo en voz baja.

—¿Conocéis al Guardián de las Puertas? —preguntó Crabtree con un hilo de voz.

—He oído hablar de él.

—Está implicado en la muerte de Berisford.

—¿Cómo lo sabes?

—No tengo ninguna prueba. Por el amor de Dios, maese Chirke, esto no es ningún tribunal. Lo sé, y basta.

—¿Y Blueskin?

Crabtree chascó la lengua.

—Id a la taberna del Cormorán. Está en un callejón cerca del Temple. Él colecciona objetos curiosos. Pedidle que os enseñe su Morisco.

—¿Qué es eso?

—Ya lo veréis. Haced lo que os digo. Nos veremos pronto.

—Otra cosa, Crabtree.

—¿Qué?

—Averigua todo lo que puedas sobre Berisford. Te pagaré bien.

Nicolás puso una mano sobre el hombro de Scathelocke y juntos siguieron andando. Crabtree los vio marchar y rió por lo bajo. Se apoyó en la pared manchada de orina y alzó la vista hacia el oscuro cielo.

—No me gusta que me amenacen —susurró—. ¡Ni el Guardián de las Puertas, maldito sea!

Nicolás y Scathelocke llegaron a Fleet Street, donde pagaron a un chiquillo para que los llevara hasta el Cormorán, un desvencijado edificio de cuatro plantas. Las plantas superiores sobresalían tanto que en la oscuridad parecía que todo el edificio

fuera a desplomarse sobre la calle. La cervecería estaba llena de prostitutas, chulos, rateros y delincuentes, lo mejorcito del hampa de Londres. Estaban sentados alrededor de las mesas, apostando, discutiendo o comiendo ruidosamente de inmensos cuencos de carne rancia cocinada con grasa barata y aderezada con especias. Apenas se fijaron en Nicolás y Scathelocke. Estaban concentrados en un febril juego de azar que se estaba desarrollando en el centro de la sala, donde había un grupo de jugadores acucillados entre los sucios juncos, con los ojos clavados en los dados que caían de un agrietado vaso de peltre.

—¡Mirad, amo! —susurró Scathelocke.

Nicolás obedeció y soltó un grito de asombro. Las paredes estaban cubiertas de una colección de curiosidades. Había una marsopa disecada con el letrero MONSTRUO MARINO. Una enorme concha era descrita como una torre de marfil de la perdida Isla de los Benditos. Una cabeza embalsamada, oscura y arrugada, era, según declaraba un sucio trozo de pergamino, la CABEZA DE GOLIAT. Una bandera empapada de sangre, de color azul y rojo y desteñida, era la que había llevado Saladino cuando invadió Jerusalén. El orgullo de la colección, sin embargo, era una figura metida en una ajada caja de madera, y descrita como un MORISCO DE LAS MINAS DE ORO DE TREBISONDA. Nicolás se acercó para examinarla. El cuerpo, marrón oscuro, que sólo llevaba un taparrabo, estaba perfectamente momificado. Los ojos estaban entreabiertos, la boca se mantenía cerrada gracias a una delgada barra de metal metida entre la barbilla y el esternón, y un turbante escarlata cubría el negro cabello. Nicolás arrugó la nariz, asqueado. Examinó con atención los hombros, donde el tinte había empezado a desaparecer, y las hundidas mejillas, salpicadas de manchas azul oscuro.

—¿Qué es, amo? ¿Es el Morisco?

Nicolás sacudió la cabeza.

—Nos encontramos ante los restos mortales del ladrón de tumbas Blueskin, colgado o asesinado en alguna riña de taberna. Han llenado su cuerpo de hierbas y lo han pintado, y ahora lo exhiben como una curiosidad.

—¿Puedo ayudaros?

Detrás de ellos, el tabernero, un hombre barrigudo, calvo, con la cabeza con forma de cebolla y los ojos de un azul lechoso de gato viejo, los miraba con desconfianza. Nicolás puso una moneda en la callosa mano del hombre.

—He oído hablar de vuestras curiosidades, y he venido a verlas con mis propios ojos. Este Morisco es muy original. ¿Desde cuándo lo tenéis?

El tabernero se encogió de hombros.

—Desde hace dos o tres semanas. Pero no está a la venta.

—Una sabia decisión. Pero ¿decís que lleva dos o tres semanas aquí?

—Sí. ¿Por qué?

Nicolás deslizó otra moneda en su mano.

—Por nada, tabernero. Pero ahora sé mucho más.

Nicolás, seguido de un enojado Scathelocke, se volvió y salió de la taberna tan deprisa como pudo.

—Bueno —dijo cuando salieron a la calle—, hemos aprendido tres cosas, Enrique. En primer lugar, Fromlich es inocente. Segundo: seguramente el asesino de Berisford es el Guardián de las Puertas. Y por último, Blueskin encontró su merecido destino mucho antes que Berisford.

Diálogo entre peregrinos

El magistrado interrumpió su relato. Echó un vistazo a la taberna, ahora en silencio.

—Creo que ha parado de llover —dijo el capellán. Miró al magistrado y sacudió la cabeza—. ¡Qué tremendas maldades! ¡Qué terribles asesinatos! El predicador tiene razón cuando dice que el poder corrompe.

—El dinero es el origen de todos los males —dijo el vendedor de indulgencias jugando con su lacio cabello.

El caballero, sentado junto al fuego, contemplaba fascinado a la priora, que ahora estaba agachada junto a su perrito faldero. La historia del magistrado había creado un tenso silencio; les había recordado a todos el poder que los grandes señores llevaban en sus bolsas y en sus vainas.

—¡Continuad! —gritó el cocinero. Se rascó la llaga que tenía en la pierna, empeorando su estado.

El magistrado sacudió la cabeza.

—Quizá sea mejor hacer una pausa, ahora que ha parado de llover.

Dejó la frase colgando en el aire y sacudió la cabeza mientras la audiencia le instaba a continuar. Se puso en pie y se ciñó la capa multicolor. Metió los pulgares en los bolsillos forrados de seda de su jubón y salió al jardín que había detrás de la taberna. El intendente lo siguió.

—¿Tenéis que contar esa historia, Nicolás? —preguntó cuando estuvieron solos.

El magistrado no se dio la vuelta.

—Necesito contarla —dijo en voz baja—. El año pasado murieron *sir* Roger Hobbedon y *sir* Amyas Petrie. El viejo rey también ha muerto, y ahora estoy libre de mis cadenas.

El intendente se encogió de hombros y entró en la taberna. El magistrado se quedó de pie esperando a que se acercaran aquellos otros pasos, más ligeros, y cuando lo hicieron ni siquiera se molestó en girar la cabeza.

—Nicolás.

—¡*Madame* Eglantine!

—Para mí siempre serás Nicolás. Pensé que para ti yo siempre sería Beatriz.

El magistrado se volvió, con los ojos, de un extraño color, empañados de lágrimas.

—Para mí, *madame* Eglantine, *lady* Beatriz murió hace muchos años.

La priora dio un paso hacia delante.

—¡Por san Eligio!

El magistrado soltó una carcajada.

—¡Por el amor de Dios, señora, dejaos de simulaciones! Habladme en sencillo inglés, y no en el cortés francés que aprendisteis en algún convento de Stratford. — Dio un paso hacia delante—. Miraos —dijo en voz baja—, alimentáis a vuestro perro

con carne asada y pan blanco mojado en leche. ¡Mirad vuestro plisado griñón! ¡Vuestro broche de oro y vuestro rosario de cuentas de ámbar! —La miró fijamente—. ¡Y pensar que yo y mi hermano Roberto, que Dios lo acoja en su seno, nos peleamos por vos!

La priora le sostuvo la mirada con sus azules ojos.

—Roberto está muerto —dijo.

—Sí, y no me extraña. ¡Vos le partisteis el corazón!

—Te esperé, Nicolás. Estaba convencida de que volverías —dijo la priora—. Pero no regresaste, y mi vida se convirtió en un infierno.

—Es extraño —dijo el magistrado bruscamente—. Yo también estaba allí, pero no os vi.

—¿Qué ocurrió? —preguntó la priora, ignorando el insulto del magistrado. Avanzó un poco más, y cogió al magistrado por la muñeca con sus suaves y blancos dedos—. ¿Qué pasó, Nicolás?

—Escuchad mi relato, señora.

La mujer retrocedió.

—Os habéis vuelto muy insensible —dijo—. Vuestro corazón se ha endurecido.

El magistrado se inclinó y dijo:

—Como dice el proverbio, señora, «Si duermes con lobos, te despiertas aullando». Apartó la mirada y se quedó mirando los vencejos que anidaban bajo los aleros del tejado de la taberna y sobrevolaban el jardín. —No me he vuelto insensible —dijo, —pero el mundo lo es. Los caballeros llevan escudo, y todo hombre debe proteger su alma.

La priora se volvió y regresó lentamente al interior de la taberna. El magistrado la vio marcharse.

—¿Para qué? —susurró—. ¿Para qué cantar, si nadie escucha? ¿Para qué sonreír, si nadie corresponde?

Echó a andar por el camino, deleitándose con el olor de la menta, el tomillo, el romero, el perejil y el hinojo que crecían en el jardín. Entre los frondosos árboles que había detrás de la taberna, un cuco empezó a cantar, y, por un momento, el magistrado cerró los ojos y regresó a su niñez. Estaba jugando con Roberto y Beatriz en un claro lleno de flores, en un bosquecillo cerca del castillo de Bigod.

—¿Señor?

El magistrado, una vez más, no se molestó en volverse.

—¡Sí, señor caballero!

—Os conozco.

—Ah, ¿sí?

—Yo no tuve nada que ver con lo ocurrido —dijo el caballero—. Yo sólo obedecía órdenes. Pasó algo terrible, ¿no es cierto?

—No, *sir* Godfrey. Sólo los pequeños estaban oprimidos, los que no tenían poder ni protección.

El magistrado aplastó unas hojas de menta con los dedos y se llevó la mano a la nariz. No se volvió hasta que oyó que el caballero regresaba por el camino del jardín. Luego vio a Harry, el tabernero, de pie en el umbral de la puerta, haciéndole señas para que regresara.

—¡Va a volver a llover! —le gritó el tabernero señalando el cielo—. ¡Estamos esperando que continuéis vuestro relato!

El magistrado miró las nubes que ahora volvían a unirse para bloquear la débil luz del sol. Miró una vez más alrededor del reverdecido jardín. Regresó lentamente hacia la puerta de la taberna mientras ponía en orden sus pensamientos. Aspiró el limpio aire primaveral y se dio cuenta de que tenía que andarse con cuidado. Si contaba su historia se sentiría como si se hubiera purgado. Sin embargo, era lo bastante astuto para saber que el secreto que él conocía todavía era celosamente guardado por aquellos que estaban en el poder. Oh, el viejo rey había muerto, y estaba enterrado en la abadía de Westminster, pero sus hijos todavía vivían, y eran unos poderosos y jóvenes halcones, tan sanguinarios como su hermano mayor, Eduardo el Príncipe Negro, cuyo cadáver, carcomido por la sífilis, yacía ahora ante el altar mayor de la catedral de Canterbury. El magistrado no peregrinaba únicamente para rendir homenaje a la tumba de Thomas Becket, sino también para rezar por el príncipe y el mal que él había causado. El magistrado hizo una pausa y se quitó la capa, y, al hacerlo, el ujier, con un vaso de vino en su gruesa mano, salió tambaleándose por la puerta. Llevaba una guirnalda en la cabeza, y el clarete que había bebido había inflamado aún más su sonrosado rostro.

El magistrado miró con asco los forúnculos rojos y los granos que le cubrían al hombre la nariz, los lascivos ojos bajo las roñosas cejas y la escuálida barba que le cubría la barbilla.

—Me gusta vuestra historia —balbuceó el ujier. El aliento le apestaba a vino, ajo y cebolla.

El abogado disimuló su asco y se dispuso a pasar. Entonces el ujier se movió hacia un lado para cortarle el paso, y la amabilidad desapareció de su gruesa y fea cara.

—El Guardián de las Puertas os envía sus saludos —susurró—. ¡Cuidado con lo que decís!

Parte IV

CAPÍTULO

Nicolás y Scathelocke se quitaron las botas y se llevaron los vasos de clarete que les había servido Catalina junto al fuego. Ella estaba ahora en el piso de arriba intentando que los niños no se levantaran de la cama, mientras Juan trabajaba en su gabinete. Nicolás reflexionaba sobre lo que habían averiguado hasta el momento. De vez en cuando miraba de reojo a Scathelocke y se preguntaba en qué estaría pensando su criado.

—Scathelocke —dijo sin pensar—, ¿dónde estás?

Scathelocke, molesto, frunció el entrecejo. Cuando iba a contestar oyeron unos fuertes golpes en la puerta. Scathelocke suspiró aliviado, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Está maese Chirke en casa? —preguntó una voz desde la calle.

—¡Pasa, Crabtree! —gritó Nicolás—. ¡Límpiate las botas y no toques nada de valor! —Acercó un taburete con el pie—. Siéntate aquí. Si te comportas, te daré algo de comer y de beber.

—Sois muy generoso, amo, muy generoso —replicó Crabtree sentándose en el taburete entre Nicolás y Scathelocke.

—¡Yo no soy tu amo! —dijo Nicolás.

—Sí, lo sois —dijo Crabtree acercando las manos al fuego—. Por favor, amo, al menos hasta el día de San Miguel. Estoy muerto de hambre.

Nicolás miró a Scathelocke, que se encogió de hombros.

—¿Por qué no querías que te vieran con nosotros en público? —preguntó Nicolás.

Una sonrisa iluminó el pícaro rostro de Crabtree.

—Tenía mis motivos. Pero si me dais un chelín por trimestre, alojamiento y algún dinerillo para mis gastos, seré vuestro.

—¿Por qué iba a contratarte?

Crabtree extendió los dedos de las manos para calentárselos.

—A cambio de un vaso de vino y un mendrugo de pan, amo, puedo contároslo todo (o al menos algo) sobre el misterio que tanto os preocupa.

Nicolás le hizo una seña a Scathelocke, que se puso en pie y se dirigió a la despensa.

—Un poco de vino —gritó Crabtree—, pan, queso y una tira de panceta ahumada. Y una manzana, si las hay.

Scathelocke murmuró algo por lo bajo, pero regresó con todo salvo la panceta. Le puso la bandeja a Crabtree en las manos y colocó un vaso de peltre a su lado.

—No hay panceta —se lamentó Crabtree.

Nicolás estaba sorprendido. Catalina tenía al menos tres jamones curándose, colgados de las vigas. Scathelocke no hizo caso a su mirada, se sentó y se puso a mirar el fuego.

—Cuéntame todo lo que sepas, Crabtree —ordenó Nicolás.

Pero Crabtree estaba ocupado metiéndose comida en la boca. Nicolás esperó hasta que no quedó ni una sola miga en la bandeja. Crabtree eructó, cogió el vaso de vino y sonrió.

—No os contaré ninguna historia —dijo—. Pero contestaré vuestras preguntas.

—¿Quién es el Guardián de las Puertas?

Crabtree dio un sorbo de vino.

—Quién sabe, amo. Todo el mundo le teme, desde las bandas de rateros que hay al sur del río hasta los bandoleros de Hounslow y Clerkenwell. Pero nadie sabe quién es.

—Tenía entendido que era el rey del hampa, el rey de los ladrones.

—No, no —replicó Crabtree—. Es lo que se hace llamar, el Guardián de las Puertas. Ningún ladrón entra en Londres sin su permiso. En la ciudad no se comete ningún crimen sin que él lo sepa. El Guardián es un hombre muy peligroso. Si le ofendes, los alguaciles te cogen y te llevan a Newgate. Es como un granjero: él deja que la cosecha de ladrones crezca y, cuando le interesa, llama a los segadores. Muchos han lamentado haberse enfrentado a él cuando subían al cadalso de Smithfield.

Scathelocke hizo un ruido despectivo.

—Si no me creéis —dijo Crabtree—, salid y hablad con los rateros de Alsatia o con los mendigos que rondan por Whitefriars.

—Pero ¿cómo los controla? —dijo Scathelocke.

—¿Cómo se extienden los rumores? —replicó Crabtree—. El Guardián de las Puertas hace notar su presencia. Sus caminos son inescrutables, como los del Señor. No me gustaría que descargara su ira sobre mí. —Hizo una mueca y añadió—: De hecho ya me ha advertido que no os ayude.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Nicolás.

—Vamos, amo. Todos hemos oído hablar del asesinato del juez Berisford, de la muerte de Vallenge y de la repentina muerte de Fromlich en Newgate.

Nicolás sacó su daga de la vaina y acarició con ella suavemente la mejilla de Crabtree.

—Maese Crabtree, te sugiero que me cuentes todo lo que sabes.

Crabtree dio un sorbo de vino, se pasó la lengua por los sucios labios e inspiró hondo.

—¡Despacio! —le previno Nicolás.

—La reina madre muere —dijo Crabtree—. Está tiesa como un palo en el castillo de Rising, en Norfolk. Todo el mundo llora su muerte y llevan su cadáver por Mile End Road para enterrarlo junto al altar mayor de la iglesia de Greyfriars. —Miró a Nicolás y añadió—: ¿Sabéis dónde está enterrado su amante, Roger Mortimer, conde de March? Se lo cargaron en el Tyburn por fornicar con la reina madre y por ordenar que le metieran un atizador al rojo por el culo al padre del rey, aquel sodomita.

—Sigue, Crabtree.

—Pues bien, un joven escudero llamado Vallence, enviado por la reina, intenta embarcar en una galera veneciana en el Támesis. Vallence es capturado, él se defiende y resulta herido. Lo llevan al hospital de San Bartolomé, en Smithfield, donde lo visitan nuestro querido gobernador, *sir* Amyas Petrie, y dos concejales. Pero Vallence está gravemente herido. No para de escupir sangre, y acaba muriendo. No recibe más que un hueco en la fosa común, bajo los tejos de San Bartolomé.

—¿Qué más? —preguntó Nicolás.

—Los buques de guerra del rey cierran el Támesis. Detienen la galera y la registran, pero después le dejan proseguir su viaje. También registran a fondo el muelle, porque el paquete de Vallence, o lo que fuera que llevara, no ha aparecido. Ahora el juez Esteban Berisford también visita al desafortunado Vallence; el gobernador le ha ordenado que averigüe cuál era el secreto del escudero francés. Unos días más tarde encuentran a Berisford muerto en Primrose Hill, y nadie sabe quién lo ha matado. Su muerte parece un suicidio, pero ¿cómo puede un hombre desnudarse, caer sobre su espada, volver a vestirse y luego tenderse en una zanja de Primrose Hill?

Nicolás recordó el informe del juez y asintió con la cabeza.

—Dime, Crabtree, el juez Berisford fue brutalmente golpeado antes de ser asesinado y el asesino disfrazó su muerte de suicidio. ¿Quién podría hacer una cosa así?

—Amo, se me ocurren cientos de tipos fornidos que ahora holgazanean en las tabernas de Southwark y que por un buen precio les harían eso a sus propias madres.

—No, no. ¿Quién lo haría? —insistió Nicolás—. Alguien disfrutó con ello; hay otras maneras de matar a un hombre, aparte de golpearlo hasta la muerte.

Crabtree se pasó la lengua por los labios.

—Tú lo sabes, ¿verdad? —dijo Scathelocke cogiendo a Crabtree por el hombro.

Crabtree mostró la sucia palma de su mano.

—¿Un chelín, amo?

Nicolás hincó un poco más la punta de la daga en el cuello de Crabtree.

—No te quejes —dijo en voz baja—, porque no es propio de ti. Te he dado de comer y de beber. Ahora cuéntame todo lo que sabes.

—¿Lo prometéis?

—¡Habla!

Crabtree aspiró por la nariz y dijo:

—¡Wormwood!

—¿Quién?

—Wormwood. Un asesino profesional. Uno de los matones del Guardián de las Puertas. Frecuentaba la taberna del El Corazón Cerrado, en Pig Alley, cerca de Chick Lane. Le encantaba torturar. Era astuto como un zorro. Había sido desollador y tenía una pequeña tienda en Aldersgate, hasta que se aficionó a usar el cuchillo con la

gente en lugar de usarlo con el pellejo de los animales.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Nicolás mirando fijamente a aquel astuto individuo, consciente de que lo que le estaba contando podía ser mentira.

Crabtree sonrió y se dio unos golpecitos en un lado de la nariz.

—Crabtree se mueve como el viento, amo. Libre y alegremente. Nadie se fija en mí. Pero yo escucho y recuerdo.

—Quizá deberíamos hablar con Wormwood —les interrumpió Scathelocke.

—Dudo que podáis hablar con él —murmuró Crabtree—. Wormwood acabó igual que Blueskin. Hace unas cuantas noches tuvo la suerte de ganar los favores de una prostituta. Alquilaron una habitación y ella le atravesó el corazón con una daga.

Nicolás enfundó de nuevo su cuchillo y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla. Se quedó mirando las vigas del techo.

—Así que a Wormwood lo mató una mujer. Una encantadora y joven mujer me abordó delante de Newgate y se hizo pasar por parienta de Fromlich.

—Fromlich no tenía ninguna parienta —dijo Crabtree.

—¡Ahora ya lo sé! —dijo Nicolás—. Pero ¿quién es ella?

Crabtree dio una palmada y soltó una carcajada.

—¡Belladona! —susurró—. Bueno, nosotros la llamamos así. Es una fulana, una cortesana de lujo. Si le pagas bien, ella se asegura de que quien se acuesta con ella no despierte nunca. Muchas esposas y amantes celosos han contratado sus servicios. Y ningún agente de la ley ha logrado jamás capturar a nuestra Belladona.

Nicolás se meció suavemente en la silla.

—Sólo una persona, amo —continuó Crabtree—, puede contratar los servicios de gente como Wormwood y Belladona. ¡El Guardián!

—A ver si sacamos algo en claro de todo esto —dijo Nicolás—. *Causa disputandi*, como hipótesis. Vallence es asesinado, o mejor dicho, muere en San Bartolomé. El secreto que guardaba se pierde. Encargan al juez Berisford que lo encuentre. Las autoridades de la ciudad están implicadas en la investigación, a instancias de la corte. El Guardián de las Puertas intuye un provecho, así que ordena a Wormwood que mate a Berisford. Wormwood cumple las órdenes con su crueldad habitual, pero Belladona lo mata para impedir que hable.

—Sí, tiene sentido —le interrumpió Scathelocke—. Pero ¿qué pasó con el cadáver de Berisford? Al parecer llevaba varios días muerto. Debe de pasar mucha gente por esa acequia de Primrose Hill, pero nadie vio el cadáver hasta que los dos jornaleros lo descubrieron.

Nicolás tamborileó con los dedos en el brazo de la silla.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Es un misterio.

—Además —insistió Scathelocke—, está lo de Fromlich, y las extrañas declaraciones de varios testigos que aseguraron haber visto a Berisford con vida en diferentes lugares de la ciudad.

—Eso es sencillo —replicó Nicolás—. El Guardián debió de hacer correr los

rumores deliberadamente, culpando a Fromlich, y revolviendo las aguas para que fuera difícil distinguir entre mentira y verdad. —Se inclinó hacia delante y tiró un tronco al fuego—. Lo que me preocupa es saber por qué Berisford tenía tanto miedo. ¿Por qué decía que lo iban a colgar o quemar? El día que murió debió de ir a reunirse con su asesino, el malvado Wormwood. Pero ¿por qué un recto juez y comerciante de esta ciudad accedería a acercarse siquiera a un hombre de la calaña de Wormwood?

—Y hay otras cuestiones —añadió Crabtree, ansioso por hacer alarde de sus conocimientos.

—¿De qué se trata? —preguntó Scathelocke.

—¿Qué era eso tan importante que llevaba Vallence? Y ¿dónde lo escondió?

—Fuera lo que fuera —dijo Nicolás—, tenía algo que ver con la reina. Quizá se tratara de un mensaje. La galera veneciana en que Vallence buscó pasaje se dirigía a un puerto francés. Pero ¿qué podía tener una anciana reina madre que pudiera ser tan peligroso para los intereses de este reino?

—¿Qué está pasando aquí?

Nicolás se dio la vuelta.

Catalina estaba plantada en el umbral, mirando con los ojos entrecerrados a Crabtree, que se puso en pie de un brinco, rascándose nerviosamente la bragueta mientras cambiaba el peso de pierna. Catalina echó un vistazo a la nariz, ligeramente torcida, del bribón, a sus astutos ojos y a su alegre sonrisa, y se ruborizó.

—No sabía que tenías visita, Nicolás.

—Es un viejo amigo mío. —Nicolás se levantó y caminó hacia su hermana—. ¿Puede quedarse, Catalina? Lo necesito.

Catalina asintió, sin apartar la vista de Crabtree.

—Al final del pasillo hay una habitación —dijo—. ¿Cómo os llamáis?

—Crabtree, señora.

—Ya —dijo Catalina, y su rostro se relajó—, y yo soy la reina de Francia. Os prepararé la habitación, maese Crabtree. —Lo amenazó con el índice y añadió—: Sois el huésped de mi hermano, y mientras no toquéis nada, seréis bienvenido en nuestra casa.

Catalina salió a toda prisa. Crabtree se rascó la cabeza y exhaló un suspiro de alivio. Luego tendió la mano y dijo:

—¿Y mi chelín, amo?

Nicolás buscó en su bolsa y le dio una de sus preciosas monedas.

—No olvides las palabras de mi hermana, Crabtree. Puede que tu información sea valiosa, pero mi hermana también lo es.

—Y recuerda, Crabtree —terció Scathelocke—, que la información puede ser peligrosa.

—Sí, ya lo creo —replicó Crabtree—. Y tú, maese Scathelocke, recuérdalo la próxima vez que te pida una tira de panceta.

Y, sonriente, Crabtree salió corriendo detrás de Catalina mientras Scathelocke,

murmurando por lo bajo, subía al piso de arriba.

Al día siguiente Nicolás despertó temprano a Scathelocke y a Crabtree. Entraron de puntillas en la cocina, desoyendo las protestas de Crabtree, que tenía el estómago vacío. Cogieron un poco de cerveza, pan y queso de la despensa y bajaron a la orilla del río. Había una densa niebla que se arremolinaba por los estrechos callejones, ahogando el estruendo de los carros. Sólo la luz de las velas de alguna ventana y las antorchas de los centinelas perforaban la penumbra. Sin embargo, la ciudad estaba despertando. En el Muelle del Pescado ya había seis rateros en el cepo, y los alguaciles apretaban los maderos alrededor de los dedos de los delincuentes. Habían desnudado a dos borrachos y les habían obligado a beber agua del río antes de encadenarlos dentro de unos barriles llenos de esa misma agua, donde permanecerían hasta el mediodía. Los barcos de pesca volvían de faenar, y en los muelles había mucho movimiento. La captura, todavía plateada, coleaba mientras la apilaban en el muelle, donde unos chiquillos andrajosos, con los brazos manchados de sangre, cortaban la cabeza de los pescados antes de arrojar los cuerpos en cajas de sal. Un barco se preparaba para zarpar aprovechando la marea matutina. Un grupo de hombres de armas con cota de mallas y bacinetes discutía con unos arqueros vestidos de cuero mientras los alguaciles intentaban imponer orden. En una esquina, junto a la puerta de un almacén, unos hombres hacían cola para que un fraile con capa y capucha los confesara. Pasaron dos fulanas contoneándose, con el cabello teñido de rojo.

Los arqueros silbaron y lanzaron vítores. Una de las prostitutas se levantó la falda, mostró las sucias nalgas y echó a correr por un callejón antes de que pudiera intervenir el alguacil.

Chirke y sus acompañantes se abrieron paso entre la multitud, bajaron los húmedos y resbaladizos escalones y alquilaron un bote. El barquero se situó en el centro del río, distanciándose de los otros barcos que también zarpaban con la marea, y empezó a remar hacia Westminster. Nicolás tuvo la impresión de que era el mismísimo Charon llevándoles por el río Styx, pues el barquero iba tapado con la capucha para protegerse del frío. Se deslizaron por el río, a través de la nube de hedor donde el Fleet, el gran albañal de la ciudad, desembocaba en el Támesis; pasaron por el Temple, con su hermosa torre de un blanco deslumbrante, tomaron la curva del río y bajaron a Westminster. Scathelocke y Crabtree permanecían en silencio; la niebla era helada y cuando llegaron a las Escalinatas del Rey, en Westminster, tenían las mejillas azules y les castañeaban los dientes. Tomaron un camino que rodeaba el palacio y entraron en el bosquecillo que había crecido alrededor de la abadía. Un chiquillo que llevaba una antorcha los acompañó a casa de Berisford a cambio de un penique. Nicolás miró hacia arriba, vio luces en las ventanas y exhaló un suspiro de alivio al ver que su viaje no había sido inútil. Un criado calvo y de aspecto cansado les abrió la puerta.

—Me llamo Nicolás Chirke. He venido a ver a Mawsby, el escribano del juez

Berisford.

El anciano se frotó los enrojecidos ojos y los condujo a un pequeño y acogedor salón donde una doncella estaba encendiendo el fuego de la chimenea. Nicolás y sus acompañantes dieron unos golpes con los pies en los juncos del suelo. Crabtree tenía tanto frío que mandó a la criada a otra parte, cogió el fuelle y empezó a avivar las llamas con todas sus fuerzas. Los troncos no tardaron en prender, y los tres se apiñaron junto a la chimenea para calentarse las manos.

—¿Quién de vosotros es maese Chirke?

Nicolás se volvió. El viejo criado había regresado, y lo acompañaba un hombre delgado de nariz aguileña, ojos legañosos y boca de pez. Estaba plantado en el umbral, acariciando, nervioso, el chal de lana que le cubría los hombros.

—Soy Mateo Mawsby.

Entró en la sala y señaló los taburetes que había junto al fuego.

—Sentaos, por favor. —Chascó los dedos y le dijo al criado—: Oswald, trae un poco de vino con especias a nuestros invitados.

El anciano se marchó y los demás tomaron asiento.

—Era el criado de mi amo —exclamó Mawsby—. La criada y él todavía vienen unas horas cada mañana.

Nicolás mostró a Mawsby las autorizaciones que le había entregado *sir Amyas*. Mawsby se inclinó hacia delante para examinarlas detenidamente a la luz del fuego, y luego se las devolvió.

—Yo no puedo arrojar ninguna luz sobre este asunto —dijo chascando la lengua—. ¡Es algo terrible! ¡Terrible! Extendió las temblorosas manos hacia el fuego y miró con lágrimas en los ojos a Nicolás. —Lord Esteban era un buen hombre, un buen hombre que llevaba una vida digna; merecía una muerte más digna.

—Contadnos lo que pasó, desde el principio —le instó Nicolás, y luego, al ver que Oswald regresaba con el vino caliente, hizo una pausa. Todos bebieron el vino, aliviándose con su calor.

El viejo escribano chascó los labios.

—A finales de agosto hubo una gran conmoción en la ciudad —dijo—. Un mensajero de *sir Amyas Petrie*, el gobernador, se presentó en nuestra casa exigiendo ver a mi amo. Un fugitivo había intentado embarcar en una galera veneciana y, cuando se lo impidieron, atacó a los arqueros del rey. Lo habían herido y lo habían llevado al hospital de San Bartolomé, en Smithfield. Mi amo tenía que ir allí y reunirse con *sir Amyas* y dos concejales, *sir Ambrosio Venner* y *sir Oswald Cooper*. —El anciano se encogió de hombros y se arrebujó en el chal de lana que le cubría los hombros—. Parecía bastante sencillo. Lord Esteban era juez, y requerían su presencia para interrogar al prisionero. —Mawsby hizo una pausa y se quedó contemplando el fuego—. Pero cuando regresó, mi amo estaba muy preocupado.

—¿Os dijo el motivo de su preocupación?

—Al principio no. Sólo me dijo que el prisionero, un joven, había muerto a causa

de terribles heridas. Mi amo se metió en su gabinete y se quedó allí varias horas, sentado a su mesa, inclinado sobre un trozo de pergamino. Entré para preguntarle qué pasaba. Él susurró: «¡Que Dios bendiga al pobre Vallence!».

—Entonces, ¿él conocía al muerto?

—Sí, así es —contestó Mawsby—. Y entonces fue cuando me contó lo que había pasado en San Bartolomé. —Mawsby inspiró hondo antes de proseguir—. Los buenos hermanos habían llevado a Vallence a una pequeña habitación y lo habían acostado en un jergón. Era evidente que estaba muriendo de la grave herida que tenía en el estómago. La cama estaba empapada de sangre. Vallence estaba pálido y sangraba por la boca. *Sir Amyas* y los dos concejales estaban de pie a su lado. —El escribano se pasó la lengua por los reseco labios—. Según me contó lord Esteban, estaban todos muy enojados, sobre todo *sir Amyas*. La ropa de Vallence estaba esparcida por la cámara, y no cabía duda de que lo habían registrado.

—¿A qué se debía el enojo de *sir Amyas*?

—La verdad es que no lo sé. Según lord Esteban, le gritaba a Vallence, a veces en francés y a veces en inglés, pero siempre le hacía la misma pregunta: «¿Dónde está? ¿Qué era lo que llevabais? ¿Qué os dio la reina Isabel?».

Nicolás miró a Scathelocke y arqueó las cejas. *Sir Amyas Petrie* y los dos concejales habían sido muy parcos con su relato de los hechos. Nicolás se inclinó hacia delante.

—¿Os dijo lord Esteban qué respuestas dio Vallence a sus interrogadores?

—Lord Esteban no hacía más que sacudir la cabeza y suplicarles que llamaran a un sacerdote. *Sir Amyas* le contestó que Vallence tendría a su sacerdote en cuanto contestara a sus preguntas.

—Y ¿qué respondió vuestro amo?

—Dijo que estaba muy nervioso y se quedó junto a la puerta. Vallence lo vio y lo llamó. Le susurró algo al oído, y luego dobló la cabeza hacia un lado. Todavía tenía los ojos abiertos, pero un hilillo de sangre botaba de la comisura de sus labios. Estaba muerto.

Nicolás estaba fascinado.

—Seguro que los otros interrogaron a vuestro amo.

—Por supuesto. Lord Esteban conocía al joven porque en varias ocasiones le había vendido carbón y madera para la reina. *Sir Amyas* se puso muy pesado. Insistía en saber qué le había dicho el joven. Mi amo contestó que Vallence sólo había murmurado algo sobre san Denís.

—¿Conocía bien vuestro amo a Vallence?

—El joven venía por aquí a menudo, pero sólo para entregar provisiones. —Mawsby se encogió de hombros—. Sólo era uno de tantos. Y, antes de que me lo preguntéis, os diré que no sé por qué mencionó a san Denís, y que mi amo tampoco lo sabía.

El escribano tiró de un hilo suelto de sus gruesas calzas de lana.

—Pasado un tiempo, mucho tiempo, *sir Amyas* ordenó a mi amo que investigara las circunstancias que habían rodeado la muerte de Vallence.

Nicolás dejó su vaso. Regañó a Crabtree, que ahora estaba repantigado en un taburete, medio dormido. Scathelocke había retirado la silla hacia las sombras, y se tapaba la cara con la mano.

«¿Por qué era tan reservado su criado?», se preguntó Nicolás una vez más.

—Y ¿descubrió algo lord Esteban? —preguntó bruscamente.

Mawsby sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Visitó Greyfriars y el muelle donde hirieron a Vallence. Los arqueros reales que estaban de guardia aquel día aseguraron que le habían dado el alto a Vallence antes de que éste alcanzara la galera veneciana. Vallence desenfundó su espada, hubo una pelea, y el joven resultó herido.

Nicolás se revolvió en la silla.

—Entonces, en realidad no pasó nada extraño hasta el viernes anterior a la desaparición de lord Esteban, ¿no es así? *Sir Amyas* dice que un extraño vino a esta casa.

—Sí —contestó Mawsby—. Lord Esteban estaba sentado aquí. Llevaba varios días nervioso, y rechazaba la comida y la bebida. De vez en cuando murmuraba: «Me van a ahorcar». O «Me van a quemar». El caso es que llegó el mensajero. —Mawsby agitó una huesuda mano adelantándose a la pregunta de Nicolás—. No, yo no lo vi; iba encapuchado y se quedó en el umbral de la puerta. Lord Esteban cogió el mensaje, lo trajo aquí, lo leyó y luego lo arrojó al fuego. Después me ordenó que despidiera al mensajero, y gritó: «¡Haré lo que me pide! ¡Haré lo que me pide!».

—Quienquiera que fuera el mensajero —intervino Nicolás—, la carta que entregó a lord Esteban parece que alteró mucho a vuestro amo, ¿no?

—Así es —contestó el escribano—. Aquella misma noche lord Esteban asistió a una reunión del concejo municipal en Saint Martin-in-the-Fields. Estaba triste, y cuando le pregunté por qué, me contestó: «Cualquiera estaría melancólico si supiera que lo iban a quemar». A la mañana siguiente se levantó temprano, abrió su cofre secreto y quemó un montón de pergaminos. Luego se marchó, todavía muy abatido.

Nicolás se pellizcó el labio inferior.

—Y ¿no tenéis idea de quién podía ser el mensajero ni de qué decía su mensaje?

Mawsby abrió y cerró la boca.

—Por favor —insistió Nicolás—. Por estúpido que os pueda parecer. ¡Cualquier cosa!

—Ya lo he pensado —contestó el escribano—, ¡por mi vida que lo he hecho! Cuando abrí la puerta, el hombre se limitó a preguntar por mi amo, que lo recibió en el pasillo. Lord Esteban esperó hasta que creyó que yo no les oíría. Lo único que oí fue una frase. Creo que el mensajero dijo: «No le he hablado a nadie de esto, pero soy amigo de Patricius».

—¿Patricius? —repitió Nicolás.

—Sí, creo que eso fue lo que dijo. Oí el «Pat...» y, a juzgar por cómo acababa la palabra, estoy seguro de que era un nombre en latín.

Nicolás miró a sus dos acompañantes. Le dio una patada a Crabtree para despertarlo.

—No dormía —protestó el individuo frotándose los ojos—. Sólo descansaba.

—¿Quemó *sir* Esteban todos sus manuscritos? —preguntó de pronto Scathelocke.

—Sí, así es. Lo he revisado todo.

—Y ¿no encontrasteis ninguna referencia a nadie llamado Patricio o Patrick? —preguntó Nicolás.

—No, ninguna.

—¿Se había metido lord Esteban en algún lío? ¿Había...? —Nicolás hizo una pausa para elegir bien las palabras.

—¿Qué insinuáis? —preguntó Mawsby.

«Demasiado deprisa», pensó Nicolás. Estaba seguro de que el escribano ocultaba algo, aunque no fueran más que leves sospechas.

—Mi amo era un hombre honrado —declaró Mawsby—, un astuto comerciante, un juez recto, amado y respetado por todos. Le gustaban los libros y los manuscritos y visitaba con regularidad las bibliotecas de Blackfriars y el Temple. Y le gustaba pasear —añadió—. Lord Esteban solía dar largos paseos alrededor de la ciudad. Decía que eso le ayudaba a pensar con claridad.

Nicolás asintió con la cabeza. Estuvo a punto de preguntar si podía registrar el gabinete de lord Esteban, pero sabía que habría sido una pérdida de tiempo. El juez había quemado casi todos sus manuscritos, por el motivo que fuera, y Mawsby, el leal escribano, ya los habría revisado para destruir cualquier documento que pudiera resultar perjudicial o comprometedor.

Se puso en pie y le tendió la mano a Mawsby, que se la estrechó débilmente.

—Os agradezco mucho vuestra amabilidad y vuestra hospitalidad, señor. Espero que los asesinos de vuestro amo sean llevados ante la justicia.

El escribano, ahora más serio, los condujo hasta la puerta. Fuera la niebla empezaba a levantarse, aunque todavía era lo bastante espesa como para esconder a la figura que se escondía en un portal, un poco más allá del callejón, y que había estado vigilando la casa desde su llegada. Crabtree, todavía adormilado, resbaló en los helados adoquines, y de no ser por Scathelocke habría acabado en un albañal. Acababa de recobrar el equilibrio cuando se abrió una ventana y alguien arrojó por ella el humeante contenido de un orinal, que estuvo a punto de darle en la cabeza. Crabtree, dando brincos, agitó un puño y lanzó maldiciones hasta que Nicolás y Scathelocke, riendo a carcajadas, se lo llevaron por el callejón. Pararon en una fonda, junto a la verja del palacio de Westminster. Crabtree comió como si estuviera muerto de hambre. Scathelocke no quiso comer nada. Nicolás sació rápidamente su apetito al encontrar un hueso enorme en su pastel de carne, así que se lo tiró al perro que los había estado siguiendo y condujo a sus acompañantes a la taberna El Obispo y el Aro

para desayunar con cuencos de cerveza y asado de pollo. Como señaló Crabtree, el pollo estaba muy sazonado con hierbas para disimular que tenía más años que él. Con todo, la taberna estaba limpia y olía bien. La cerveza era fuerte, y su intenso sabor y el fuego que ardía en la chimenea compensaban las frías corrientes de aire que se colaban por las grietas de las ventanas.

—¡Vaya, vaya! —dijo Crabtree recostándose en el asiento y lamiendo su cuchara de peltre—. Hay una cosa que nadie puede dudar, amo. A lord Esteban Berisford no lo asesinó su escribano. ¡Mawsby no tiene fuerzas ni para tirarse un pedo!

Nicolás rió, y luego observó con curiosidad a un calderero que había entrado en la taberna y se había sentado delante de ellos.

—Si nos dices una cosa, Crabtree, nosotros te diremos otra. Si logras encontrar a Patricius o como se llame, nosotros averiguaremos por qué estaba Berisford tan asustado.

—¿Por qué metieron a Berisford en este asunto, para empezar? —preguntó Scathelocke—. Lo que quiero decir es que si *sir Amyas* buscaba discreción...

Nicolás hizo una mueca.

—Seguramente fue un error. Quizá pensaron que Vallenge confesaría si lo interrogaba un juez al que conocía. O, más probablemente, *sir Amyas Petrie* quería dar cierto aspecto de legalidad a la muerte de Vallenge. Pensó que sería fácil descubrir el secreto de la reina Isabel, y eso —concluyó Nicolás— resultó ser un costoso y fatal error.

CAPÍTULO II

Salieron de la taberna y pararon un carro para que los llevara por Fleet Street. Hacía frío, pero el camino estaba lleno de carros que se peleaban para salir o entrar en la ciudad. Buhoneros con caballos y mulas, sacerdotes y estudiantes se amontonaban a su alrededor. Mendigos lisiados, empujando carretillas, corrían hacia la ciudad para ocupar sus puestos habituales. En la prisión del Fleet, más allá del apestoso foso de la ciudad, estaban preparando el carro de ejecuciones para llevar a los condenados por Farringdon hasta West Smithfield. Los prisioneros iban atados de pies y manos y algunos (una mujer a la que iban a hervir por haber envenenado a su marido con arañas quemadas; un bandolero acusado de robar un crucifijo de plata de una iglesia de Clerkenwell; un pirata de aguadulce y dos estafadores) llevaban letreros colgados del cuello anunciando sus crímenes. El verdugo, con una máscara roja, intentaba alejar a los curiosos con su látigo, con la ayuda de los hombres del gobernador, que repartían bastonazos a diestro y siniestro. A un gaitero borracho tuvieron que ayudarlo a levantarse para que pudiera dar el acompañamiento musical al carro de la muerte hasta la plaza de ejecuciones. Finalmente, el carro se puso en marcha, seguido de una multitud, y Nicolás y sus acompañantes pudieron cruzar la puerta de la ciudad y entrar en Bowyers Row.

—¿Adonde nos lleváis, amo? —preguntó Crabtree.

—¡Espera y verás! —dijo Nicolás.

Siguieron por Paternóster Row, dejaron atrás el palacio del obispo de Londres y pasaron por debajo de la oscura mole de San Pablo. Nicolás la contempló y sonrió con tristeza. Si no le hubiera surgido aquel asunto que ahora le ocupaba, estaría paseando por el pasillo central de la catedral en busca de clientes. Sonrió sorprendido de su autocompasión.

—¡Pero todavía me estaría quejando —se consoló— de no conseguir una buena suma!

Pasaron por una de las puertas que conducía al cementerio de San Pablo. Nicolás se detuvo y echó un vistazo.

—¿Hay muchos amigos tuyos ahí, Crabtree?

Crabtree asomó la cabeza por la puerta con una sonrisa en la cara. Nicolás y Scathelocke lo siguieron. Se quedaron mirando los pequeños puestos y las casuchas construidos contra el muro del cementerio. Crabtree fue inmediatamente reconocido por muchos de los villanos y ladrones que deambulaban por allí, protegidos de los agentes de la ley de la ciudad por las leyes de inmunidad de la iglesia. Se oyó una lluvia de amables insultos, a la que Crabtree respondió con su original lenguaje. De pronto un individuo con la cara picada de viruela se adelantó. Iba vestido con prendas de piel marrón de la cabeza a los pies, y en la cabeza llevaba un gorro de bufón con cascabeles cosidos.

—Te conozco —gritó el hombre señalando a Scathelocke con un dedo sucio.

—¡Vete al cuerno! —susurró Scathelocke—. ¡Tú no reconocerías ni a tu propia madre!

El tipo puso una mano sobre el afilado cuchillo que llevaba en el cinturón. Sus estrechos y hundidos ojos chispearon.

—Estoy seguro de que te conozco —repitió torciendo la boca como un lobo.

Nicolás se estremeció al ver los dientes amarillos y podridos que salían de las hinchadas encías. Vio la letra «F» grabada en la mejilla del hombre, la marca de los falsificadores.

Pero el hombre se había fijado en el atuendo de Nicolás y se había dado cuenta de que era abogado. Retrocedió, hizo un desagradable gesto con los dedos y se perdió entre la multitud.

Scathelocke salió a la calle. Crabtree se quedó analizando lo que veía y oía.

—Me pregunto —le dijo Nicolás— si alguien sabrá algo del difunto Wormwood.

La descarada sonrisa desapareció del rostro de Crabtree.

—¡No, amo, no lo preguntéis! ¡Por lo más sagrado, os cortarían el cuello! Y ¿cómo sabrías si os estaban diciendo la verdad? Yo sé dónde vivía Wormwood. Os llevaré allí.

Nicolás asintió con la cabeza. Se reunieron con Scathelocke y fueron caminando a Westcheap. El Matadero estaba muy concurrido. Los matarifes, musculosos y con delantales de cuero, abrían con sus cuchillos los cadáveres de ovejas, vacas y cerdos. El aire apestaba y la sangre corría por los adoquines. En la escalera del Colegio de Saint Martin le Grand, un vendedor de reliquias y un vendedor de indulgencias vociferaban ante un corro de curiosos; al pasar Nicolás los dos dejaron de discutir e intentaron resolver sus diferencias con los dados. Frente al Colegio de Orfebres, Crabtree se paró en seco y miró por encima del hombro. Miró hacia el final de la estrecha calle, estudiando a la gente que se agolpaba en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Scathelocke—. ¿Has reconocido a alguien?

—Nos siguen —explicó Crabtree—. Creo que son dos. Se turnan. Uno va delante, y el otro lo sigue. Pero si buscan pelea ya nos enteraremos.

Cruzaron Saint Martin's Lane y entraron en Aldersgate. Un golfillo que vendía pieles de gato les indicó cómo llegar a la casa de Wormwood, una vivienda de dos pisos que parecía haber quedado aplastada entre las dos casas vecinas. La madera se estaba desprendiendo, el yeso estaba sucio y no la habían pintado desde hacía años. Las ventanas estaban cerradas. Scathelocke intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Crabtree le dijo que se apartara y sacó de su bolsillo un trozo de alambre curvado en los extremos.

—Quizá Wormwood no cuidara su casa —dijo mientras se agachaba—, pero estoy seguro de que compró la mejor cerradura, y éstas siempre son las más fáciles de forzar. —Metió el alambre en la cerradura mientras Nicolás y Scathelocke se quedaban de pie entre él y los transeúntes, intentando disimular lo que estaba

haciendo Crabtree.

—¡Deprisa! —murmuró Scathelocke.

—Hago lo que puedo —contestó Crabtree—. Y no puede decirse lo mismo de ti, señor Circunciso.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Nicolás mirando a Scathelocke.

El criado se ruborizó y bajó la cabeza.

—El sabe muy bien lo que quiero decir —replicó Crabtree—. El viejo Crabtree está al tanto de todo. Sí, sí...

Nicolás miró alrededor. Crabtree ya estaba abriendo la puerta.

—No hay cerradura que se me resista —se jactó Crabtree—. Cada día doy gracias a Dios por aquellos tristes años que pasé de aprendiz de un cerrajero.

Recorrieron el pasillo de losas. En el piso de abajo había tres habitaciones: una cocina, una despensa y un pequeño salón. La casa parecía llevar años deshabitada. Las paredes estaban sucias, los juncos secos y podridos, y Nicolás vio excrementos de rata en los grasientos y desvencijados muebles. Subieron la escalera, arrugando la nariz a causa del mal olor, asustando a las ratas que corrían a esconderse en las muchas grietas y agujeros de las paredes. En las cámaras del piso de arriba había varias camas desvencijadas con sábanas manchadas; la grasa de las velas cubría los destartalados muebles. Crabtree examinó lo que debía de haber sido el dormitorio de Wormwood.

—En cuanto se extienda la noticia de la muerte de Wormwood, esta casa, aunque esté llena de porquería, quedará vacía —dijo—. Los ladrones se llevarán todo lo que puedan mover, y destrozarán el resto. ¿Qué esperáis encontrar aquí, amo?

Nicolás se tapó la nariz y se apoyó contra la pared.

—No cabe duda de que Wormwood mató a Berisford, obedeciendo órdenes del Guardián de las Puertas. Varios testigos vieron a Berisford cerca de San Pablo. Estoy seguro de que Wormwood lo mató aquí. Pero semejante acto de violencia habría dejado algún rastro. Berisford quizá fuera viejo, pero iba armado y dudo que se rindiera tan fácilmente. Pero empecemos por abajo. No creo que subieran aquí.

Bajaron a la planta inferior. Nicolás entró en la sucia cocina. Miró alrededor y vio algo en lo que no se había fijado antes, una trampa en un rincón. Al abrirla descubrió unos escalones de madera que conducían a un sótano oscuro. Le dijo a Crabtree que buscara una vela y, cuando la tuvo, Nicolás bajó los escalones. Al llegar al final se detuvo y alzó la vela. El sótano era pequeño y olía a cerrado. Había antorchas en las paredes, y Scathelocke las encendió con la llama de las velas. El sótano se iluminó. Nicolás vio un pequeño jergón, un taburete, un cántaro resquebrajado lleno de agua salobre y un vaso. Había manchas de sangre en la cama, y en la cabecera unas esposas sujetas a la pared.

—Parece ser que tenía razón —dijo Nicolás—. Estoy seguro de que si examináramos cuidadosamente el sótano encontraríamos el rastro del pobre Berisford. —Cogió lo que quedaba de una pequeña vela de cera de abeja y recordó el

informe del juez—. ¡En eso me equivocaba! —murmuró—. Creía que sólo los ricos usaban cera de abeja. —Tiró la vela al suelo—. Por lo visto Wormwood sólo utilizaba lo mejor cuando realizaba sus prácticas asesinas.

Crabtree se agachó y empezó a buscar entre los juncos. Poco después lanzó un grito de satisfacción y levantó una bufanda manchada de sangre.

—¡Mirad! —dijo—. ¡Es tela de calidad!

Nicolás la examinó atentamente.

—Es de Berisford. El informe del juez decía que no la habían encontrado. —Miró alrededor y silbó—. ¡Por el amor de Dios, salgamos de aquí!

Salieron del sótano. Crabtree dijo que había olvidado algo arriba, pero Nicolás sabía que lo que quería era registrar una vez más la casa por si encontraban algún objeto de valor que llevarse. Crabtree se reunió con ellos en la calle. Había empezado a caer una fría lluvia, así que regresaron a Saint Martin's Lane y se pararon en una taberna detrás del Ayuntamiento. Nicolás estuvo un rato callado con aire pensativo. Crabtree, nervioso, murmuró que todavía los seguían; Nicolás le dijo que se callara y luego se recostó en el asiento. Scathelocke se disculpó y, antes de que Nicolás pudiera decir nada, vació su jarra y salió de la taberna para hacer uno de sus misteriosos recados.

—¿Qué sabes de Scathelocke, Crabtree? —preguntó Nicolás.

El astuto bribón se dio unos golpecitos en la nariz.

—Ahora no, amo. Yo no me meto donde no me llaman. El propio Scathelocke os lo contará en su momento.

Nicolás tamborileó con los dedos en la mesa.

—¿Qué hemos averiguado, Crabtree?

El tabernero les llevó a la mesa el tintero, la pluma y el pergamino que Nicolás había pedido.

—¿Y bien?

—No lo sé, amo. Sólo que Wormwood mató a Berisford. Lo torturó en el sótano de su casa, cogió el cadáver y lo arrojó a esa zanja de Primrose Hill.

—Pero ¿cómo y por qué?

Crabtree sacudió la cabeza.

—¡Vos sois el abogado, amo!

Nicolás suspiró, cogió la pluma y empezó a poner por escrito sus pensamientos.

En otra taberna de aquella misma calle, una sencilla y sucia cervecería, dos comerciantes franceses hablaban también de lo que habían averiguado. Iban ambos envueltos en sendas capas y encapuchados, y estaban sentados a una mesa cubierta de grasa.

—¿Creéis —preguntó el mayor de los dos, con barba cana— que nuestro abogado descubrirá algo?

—No es más que un peón —replicó el otro—. Pero ¿quién sabe? Podría descubrir

lo que nosotros queremos saber.

—Ojalá Vallence hubiera embarcado en aquella galera. Ojalá hubiera entregado aquella bolsa.

El más joven se encogió de hombros, resignado.

—Ni siquiera sabemos si llevaba una carta.

El de barba cana se secó la boca con el dorso de la mano.

—Vallence sabía algo terrible. Pero ¿qué?

El más joven se terminó el vino y se puso en pie.

—Quedaos aquí —dijo—. Yo voy a regar el patio.

Echó a andar por el pasillo y salió al patio de las cuadras. Se desabrochó las calzas y orinó en medio de una nube de vapor. Cuando terminó se dio la vuelta, se abrochó las calzas y se dirigió a la bomba para lavarse las manos. Junto a la bomba había una joven con un cubo de piel en la mano. Se dio la vuelta al ver acercarse a aquel individuo. Unos rizos dorados enmarcaban su angelical rostro, y el hombre quedó impresionado por su belleza. Señaló el cubo y dijo:

—¿Podrías darme un poco de agua?

La joven sonrió y le ofreció el cubo. El hombre le dio las gracias con la mirada y lo cogió. La mujer se colocó a su lado. El hombre se volvió.

—No, sólo un poco...

No pudo acabar la frase. La joven se le acercó un poco más y, sin dejar de sonreír, le clavó entre las costillas la larga daga que llevaba escondida en la mano.

El hombre soltó un gemido y se tambaleó hacia atrás, dejando caer el cubo e intentando asir el puño de la daga que sobresalía de su pecho. La mujer se quedó quieta y esbozó una sonrisa cuando el hombre se tambaleó hacia ella, antes de caer sobre los adoquines. Luego la joven se volvió, cruzó el patio sigilosamente y entró de nuevo en la taberna.

En la cervecería, el mayor de los dos hombres se estaba acabando la bebida mientras tamborileaba con los dedos en la mesa. Miró alrededor y recordó el proverbio que advierte al cazador del peligro de convertirse en presa. Su compañero y él habían seguido al abogado desde que éste abandonó su casa, por la mañana temprano. Sin embargo, todo el tiempo habían tenido la sensación de que alguien los seguía a ellos.

El francés miró complacido a la joven rubia que cruzó la cervecería y se paró para hablar con el tabernero. La mujer salió a la calle, y el tabernero se acercó al francés.

—Esa joven me ha pedido que os dé un mensaje, señor —dijo—. Ella se reunirá pronto con vosotros. Mientras tanto, os envía este regalo.

Puso el vaso de clarete, lleno hasta el borde, delante del anciano mercader, que lo olfateó complacido. El mercader lo levantó y empezó a beber a pequeños sorbos, sin saber que Belladonna había envenenado el vino.

Nicolás y Crabtree seguían intentando sacar conclusiones de lo que habían

descubierto en el sótano de Wormwood. Una y otra vez Nicolás anotaba una idea; luego reflexionaba y la tachaba.

—No tiene sentido —gruñó—. Berisford desaparece. Wormwood lo tiene en ese sótano, lo tortura, lo aporrea y finalmente lo mata. Pero luego traslada el cadáver a Primrose Hill. —Levantó la cabeza al ver que Scathelocke entraba de nuevo en la taberna.

—¡Benditos los ojos! —exclamó Crabtree—. Eres como la niebla, Scathelocke, vas a donde quieres.

El criado lo miró airadamente y se sentó. Metió la mano dentro del jubón, sacó un trozo de lona verde manchado y lo dejó sobre la mesa.

—¿Dónde has estado? —preguntó Nicolás.

—He vuelto a casa de Wormwood. Ahora sé cómo trasladaron el cadáver. Wormwood era desollador, ¿no? —Les mostró el trozo de lona—. He cortado esto de un rollo que había escondido en un rincón de ese sótano. Tenía manchas de sangre y apestaba.

Scathelocke estiró el cuello y chascó los dedos para pedir un poco de cerveza. Esperó a que un camarero se la sirviera, y luego continuó.

—Wormwood envolvió el cadáver de Berisford en esa lona, lo llevó a Primrose Hill y lo escondió en el fondo de la zanja. La lona protegió el cadáver de los elementos y de los animales salvajes. El jueves por la tarde, Wormwood volvió a la zanja y desenvolvió el cadáver.

—¿Puede ser? —preguntó Crabtree.

Scathelocke sonrió triunfante.

—En la otra cara de la lona hay barro, hierba y zarzas. Estoy seguro de que si vamos a Primrose Hill comprobaremos que la zanja donde encontraron el cadáver de Berisford es muy profunda.

—Pero, ¿qué sentido tiene tanto subterfugio? —preguntó Crabtree.

—Yo te contestaré —terció Nicolás—. Los verdaderos responsables de la muerte de Berisford querían crear confusión, y por eso hicieron circular rumores por la ciudad, escondieron el cadáver y acusaron al pobre Fromlich. Además, ocultando el cadáver el Guardián ganaba tiempo. Él sabía que las autoridades estarían demasiado ocupadas buscando a Berisford para seguir buscando los secretos de Vallence.

Scathelocke señaló el trozo de pergamino en que Nicolás había estado escribiendo.

—¿Os sirve eso de algo para sacar conclusiones, amo?

Nicolás sonrió.

—Sí. Es una pieza más del rompecabezas. En agosto la reina Isabel muere en el castillo de Rising. Vallence sale de la fortaleza y viene a Londres, seguramente acompañando el cadáver de la reina. Sin embargo, su verdadero destino era la galera veneciana. Vallence era depositario de algún gran secreto codiciado por las autoridades. Lo detienen en el muelle, él se defiende, resulta gravemente herido y lo

llevan al hospital de San Bartolomé. El gobernador y dos concejales lo interrogan. Berisford asiste al interrogatorio. Antes de morir, Vallenge le susurra algo sobre san Denis a Berisford, que al parecer lo conocía. Pasado un tiempo, encargan al juez Berisford la investigación; el juez pasa diez días en un estado de intensa agitación. El viernes anterior a su desaparición recibe a un misterioso visitante, y su aflicción aumenta. Exclama que van a ahorcarlo o quemarlo, pero al parecer accede a reunirse con alguien en la ciudad. Sabemos que ese alguien era Wormwood, que lo mató pero escondió su cuerpo una semana antes de dejar el cadáver en Primrose Hill. —Nicolás se dio unos golpecitos en la mejilla con la pluma—. El rey del hampa de Londres, el Guardián de las Puertas, es el responsable de la muerte de Berisford y de la del asesino a sueldo, Wormwood. Extiende rumores por la ciudad, culpa al pobre Fromlich y luego hace que lo maten. —Nicolás se aclaró la garganta antes de continuar—. Se cometen otros asesinatos. Blueskin desaparece; esperaban que gastáramos más tiempo buscándolo por la ciudad. La parienta de Fromlich es asesinada, para proteger a Belladonna, para avisarme a mí o quizá sencillamente porque Fromlich se lo había contado todo. —Nicolás miró a sus dos acompañantes—. Veamos, ¿qué piezas faltan?

—En primer lugar —replicó Scathelocke—, ¿por qué vino Vallenge a Londres? El castillo de Rising está en la costa de Norfolk. Habría podido embarcarse en Bishop's Lynn o en algún puerto del este.

—Yo puedo contestar —dijo Crabtree—. Seguramente, antes de morir la reina le dijo a Vallenge que no levantara sospechas y que no se precipitara. —Esbozó una pícaro sonrisa—. Estoy seguro de que si examinamos el libro del funeral de la vieja bruja, comprobaremos que Vallenge asistió. En cuanto terminara el réquiem, sólo tenía que escabullirse por las callejas de la ciudad hasta el muelle de Queenshithe.

—Era el secreto de la reina Isabel —dijo Nicolás—. Por eso las autoridades estaban esperando a Vallenge. Sabían que la reina ocultaba un secreto y creyeron que cuando terminara el funeral, su fiel criado intentaría huir al extranjero.

—Estoy de acuerdo —dijo Crabtree inclinándose sobre la mesa—. Estoy seguro de que descubriremos que todos los puertos del este estuvieron vigilados durante los últimos días de la reina, así como después de su muerte. Vallenge esperaba poder huir desde Londres.

Chirke se frotó los ojos.

—¿Qué otras piezas faltan? ¿Por qué reconoció Vallenge a Berisford?

Sus compañeros se limitaron a mirarlo de reojo. Chirke suspiró.

—Y, sobre todo, ¿cuál era el secreto de Vallenge?

Le interrumpieron unos gritos procedentes de la calle. Crabtree se puso en pie y salió a investigar. Regresó unos minutos más tarde.

—¡Han matado a dos hombres! —exclamó—. En una taberna cercana. Uno apuñalado y el otro envenenado.

Nicolás se estremeció y se cruzó de brazos.

—*In media vitae sumus in morte* —murmuró—. En medio de la vida nos asalta la muerte. El asesino nos acecha.

—¿Qué vamos a hacer ahora, amo? —preguntó Crabtree.

Nicolás disimuló una sonrisa al ver cómo Crabtree se había implicado en la misión que le habían encomendado al abogado. Dejó la pluma sobre la mesa.

—No tenemos ninguna garantía de que el Guardián de las Puertas todavía no haya descubierto el secreto que guardaba Vallence. —Miró hacia la puerta de la taberna, donde empezaba a calmarse el alboroto—. ¿Qué cabos sueltos nos quedan? Fromlich está muerto. Berisford está muerto. Vallence se está pudriendo en una fosa común. Las únicas pruebas nuevas que tenemos son las que nos ha proporcionado el escribano de Berisford. ¿Quién es ese tal Patricius? ¿Por qué Berisford le tenía tanto miedo? —Nicolás se levantó—. Mawsby tiene que haber olvidado algo. —Miró a sus acompañantes y añadió—: No es necesario que me acompañéis si no queréis, pero yo voy otra vez a Westminster.

Scathelocke y Crabtree protestaron.

—Yo tengo otros asuntos de que ocuparme —anunció Scathelocke.

—Bueno, yo puedo ir —dijo Crabtree.

Al salir de la taberna tuvieron que esperar en la puerta para dejar pasar al carro mortuario. Llevaba dos cadáveres, cubiertos con una sencilla manta. Chirke vio las botas de los muertos saliendo por debajo de la manta, y se preguntó qué habría pasado.

—La muerte es algo normal —murmuró Crabtree. Miró nervioso alrededor—. Nadie sabe si éste va a ser su último día en este valle de lágrimas.

Nicolás le dijo que no fuera tan siniestro y echaron a andar por un callejón, cruzaron Old Fish Street y llegaron a Vintry, donde contrataron a un barquero para que los llevara a Westminster, que ahora estaba llena de abogados con sus togas rayadas, jueces con sus túnicas escarlatas, pregoneros, demandantes y demandados. También deambulaban por allí innumerables vendedores ambulantes y buhoneros, con la esperanza de obtener algún provecho de los asuntos del Tribunal Supremo, de los tribunales ordinarios, o de los de la Cancillería y el Erario. Nicolás y Crabtree aceleraron el paso hasta llegar a casa de Berisford. Nicolás llamó a la puerta.

—Quizá Mawsby haya salido —dijo Crabtree.

—Los criados deben de haberse marchado —dijo Chirke. Desenfundó la daga y golpeó de nuevo la puerta, pero tampoco obtuvo respuesta.

—Hay una puerta trasera —observó Crabtree.

Bajaron por un estrecho callejón y encontraron la portezuela entreabierta. La empujaron y entraron en un jardín alargado, rodeado por un alto muro. Nicolás vio agua detrás de unos arriates elevados. Subió a uno de los arriates para ver mejor.

—¿Qué hay? —preguntó Crabtree.

Nicolás entrecerró los ojos.

—Parece un vivero de carpas.

Entonces vio algo de color flotando en el estanque; bajó de un salto y corrió tan deprisa como pudo por el estrecho y sinuoso camino. El estanque era amplio, el agua estaba fría, y en medio, flotando boca abajo entre los nenúfares, estaba Mawsby. Nicolás, seguido de Crabtree, se metió en el agua y juntos sacaron el hinchado y pesado cadáver; lo dejaron en el borde del estanque y se quedaron mirando la cara azulada, los ojos saltones y la boca abierta. El anciano todavía tenía la cuerda de un garrote alrededor del cuello, clavada en la blanda piel. Crabtree echó un vistazo a la hinchada lengua, cuya punta había quedado atrapada entre los dientes amarillentos, y se volvió para vomitar en la hierba helada.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó.

Nicolás también estaba mareado. Apartó un poco más el cadáver del borde del estanque y echó un vistazo al jardín. No vio nada extraño, ninguna señal de lucha o violencia. La casa y el jardín estaban en completo silencio. Giró la cabeza de Mawsby para verle mejor la cara.

La piel estaba helada y resbaladiza. Nicolás miró los delgados dedos del escribano, manchados de tinta.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—¡Quién sabe! —Nicolás se miró las calzas por encima de las botas—. El agua está helada. —Se frotó las polainas—. No podemos hacer nada.

Recorrieron de nuevo el jardín y entraron en la casa por la puerta trasera. En la mesa de la cocina había un vaso mediado de vino especiado, todavía tibio. El fuego todavía ardía en la trascocina. Nicolás recorrió las habitaciones con Crabtree. No encontró ninguna señal de violencia; no habían tocado ni los cofres ni los baúles. En el pequeño gabinete había una mesa cubierta de trozos de pergamino antiguo, junto a un tintero y una pluma que Nicolás cogió y examinó meticulosamente. Pidió a Crabtree que encendiera una vela, y luego examinó los trozos de pergamino a la luz de la llama.

—¿Qué es, amo?

Nicolás entrecerró los ojos, lamentando que no hubiera más luz. Mawsby había escrito una palabra en cada trozo de pergamino.

—*Patricius* —leyó Nicolás en voz alta. Cogió otro trozo—. Aquí lo ha cambiado por *Patroclus*. —Dejó los trozos de pergamino y dijo—: Asegurémonos de que no hay nada más.

Registraron la casa, revisando papeles, buscando algún escondite. Se hizo de noche y encendieron más velas, pero al cabo de un rato Nicolás confesó que no encontrarían nada y sugirió que se marcharan. Apagaron las velas, cerraron la puerta y regresaron a la ciudad a pie. Nicolás se paró en el Colegio de Abogados para dejarle un mensaje al juez comunicándole la muerte de Mawsby, y volvieron a casa.

La casa estaba alborotada. Los gemelos gritaban persiguiéndose con espadas de madera. Juan y Catalina estaban sentados con las manos entrelazadas, enfrascados en una conversación, con las cabezas juntas. Nicolás sintió una punzada de celos. Tenía

frío y hambre, se sentía solo y empezaba a lamentar haber aceptado la invitación de *sir Amyas Petrie*. *Crabtree* también estaba harto de dar vueltas por la ciudad, y salió como una flecha por la puerta hacia la taberna más cercana.

—¿Has visto a *Scathelocke*? —preguntó Nicolás a su hermana.

Catalina sonrió y negó con la cabeza.

—¿Quieres comer algo?

—No, sólo un vaso de vino —dijo Nicolás recordando el frío y azulado rostro de *Mawsby*.

Nicolás fue a la despensa, llenó un vaso hasta el borde y subió la escalera, evitando las miradas de complicidad de Juan y los consejos de Catalina de que se cambiara de ropa y comiera algo caliente.

Una vez en su habitación, Nicolás se bebió el vino de un trago, se quitó las botas y se tumbó en la cama, mirando el techo. Las mantas estaban calientes. Nicolás se deleitó con la calidez del calentador de cama lleno de carbón ardiendo que la amable Catalina había deslizado entre las sábanas. Oyó ruidos procedentes de abajo: los gritos de los niños y Catalina y Juan diciéndoles que se callaran. Intentó ordenar los sucesos del día, y la cabeza empezó a darle vueltas. Le pesaban los párpados. Se quedó dormido y tuvo pesadillas.

Estaba de pie en los desiertos brezales de las afueras de *Norwich*, pero la hierba estaba cubierta de una fina arena blanca y el cielo se había vuelto de color morado rojizo. En medio del brezal había una mansión negra y lúgubre que parecía hecha de acero. Las ventanas estaban vacías. Al otro lado del foso lleno de lodo, donde ratas y ratones nadaban entre los negros tallos de los nenúfares, una enorme puerta se abría y se cerraba. En su sueño, Nicolás atravesaba el foso, entraba por la puerta y recorría unos oscuros pasillos hasta llegar a una amplia cámara. Le pareció que las paredes estaban forradas de terciopelo, pero al examinarlas más de cerca vio que el forro de las paredes estaba hecho de ratas vivas colocadas una junto a otra. Se sentó a una mesa tan larga que el extremo opuesto parecía alargarse hasta el infinito. En medio de la mesa había una inmensa jarra de cristal llena de agua, lo bastante grande para meter en ella el cadáver de un hombre. *Mawsby* flotaba en la jarra, con la cara apretada contra el cristal, los ojos abiertos y unos mechones de pelo flotando a su alrededor; los delgados y pálidos labios del escribano muerto se abrían y cerraban como la boca de una carpa. Le gritaba algo a Nicolás, pero Nicolás no le oía. Intentó sacar a *Mawsby* de allí, pero se dio cuenta de que no se podía mover. Ahora *Mawsby* golpeaba el cristal con las manos, y su cara se iba cubriendo de manchas. Nicolás sentía cada jadeo del ahogado como si fueran suyos. Se despertó y se incorporó, empapado de sudor, y se dio cuenta de que había pasado algo por alto.

—¡El vaso de vino caliente! —dijo en voz alta—. ¡El vaso de vino caliente!

Se sentó en el borde de la cama con los brazos cruzados. ¿Estaba bebiendo *Mawsby* aquel vino cuando llegó el asesino? ¿O lo había preparado para su visitante?

Nicolás cerró los ojos e intentó imaginarse la escena. Mawsby estaba escribiendo en aquellos trozos de pergamino. Oyó unos golpes en la puerta, fue a abrir y dejó entrar a su asesino. Le ofreció un vaso de vino con especias. Eso significaba que el visitante debía de ser alguien a quien Mawsby respetaba o por el que sentía suficiente aprecio como para ofrecerle su hospitalidad. Debió de entrar en la despensa para preparar el vino, dando ocasión al visitante para leer los pergaminos. Entonces el asesino entró en la cocina y probó el vino. Pero ¿por qué saldrían al jardín? Quizás el visitante quería enseñarle algo a Mawsby. O hablar de algo sin que ningún curioso o espía pudiera oírles. Fuera cual fuera el motivo, Mawsby salió al jardín, el asesino salió detrás de él, sacó el garrote y asesinó a Mawsby.

CAPÍTULO III

Nicolás se disponía a lavarse las manos y la cara cuando oyó pasos en la escalera y unos golpes en la puerta. Abrió la puerta y encontró a Scathelocke, sonriente. El criado le puso un trozo de pergamino amarillento en las manos.

—Me lo ha dado un chiquillo —explicó Scathelocke—. Me estaba esperando fuera, en el callejón. ¿Qué es, amo? ¿Una carta de amor?

Nicolás entró en la habitación para aprovechar la luz de la vela y desenrolló cuidadosamente el pergamino. La letra, escrita con tinta verde azulada, era extraña. El pergamino, rugoso y bastante grueso, era del tipo que utilizaban los amanuenses de San Pablo. Llevaba su nombre y un breve mensaje: «En la taberna Júbilo de Jerusalén, Southwark, a mediodía. Vallence».

—No es ninguna carta de amor —le dijo a Scathelocke—, sino una invitación para ir al Júbilo de Jerusalén.

Scathelocke dio un silbido.

—Si hubiera un infierno en la tierra, amo, sería esa apestosa taberna. Iré con vos. Nicolás sacudió la cabeza.

—No. Si vinieras, el que me estuviera esperando desaparecería.

Scathelocke quiso protestar, pero Nicolás negó con la cabeza y el criado siguió subiendo la escalera hacia su habitación, murmurando entre dientes. Nicolás se acordó del vino con especias; bajó y le pidió a Catalina que le preparara un vaso.

—Por supuesto. —Catalina se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, porque había estado preparando el pan del día siguiente. Luego miró a su hermano con gesto preocupado. Se le acercó y preguntó—: ¿Qué te pasa, Nicolás? —Le acarició la mejilla y añadió—: Pareces cansado.

Nicolás sonrió y se encogió de hombros.

—Me sentará bien un vaso de vino.

—¡No deberías beber con el estómago vacío! —dijo ella, pero se acercó a la chimenea y avivó las llamas. Vertió un poco de vino en un vaso de peltre, lo colocó sobre una pequeña piedra en la chimenea y a continuación metió dos delgados atizadores en el fuego. Nicolás se sentó y los observó hasta que se pusieron al rojo; luego los apartó del fuego y los metió en el vaso de peltre. Catalina se ofreció a ayudarle, pero Nicolás negó con la cabeza. Esperó hasta que los atizadores se pusieron de nuevo al rojo y volvió a hundirlos en el vino. El vaso se calentó. Nicolás cogió un paño, envolvió con él el vaso y se lo llevó a su habitación. Le guiñó un ojo a Catalina y le pidió que disculpara a su alocado hermano y apagara el fuego.

De nuevo en su habitación, Nicolás colocó el vino caliente sobre la mesa. Cogió un reloj de arena y le dio la vuelta para que la arena empezara a caer. Se sentó a esperar, comprobando de vez en cuando la temperatura del vaso, que se iba enfriando. Cuando el vaso estuvo tibio como el que Mawsby había dejado en casa de Berisford,

Nicolás miró el reloj. Sólo había bajado una cuarta parte de la arena.

—¡Que Dios nos ampare! —murmuró—. ¡Si hubiéramos llegado quince minutos antes, habría podido salvar a Mawsby y atrapar a su asesino!

Recordó al desconfiando escribano. ¿A quién habría dejado entrar en la casa sin pensárselo dos veces? ¿A quién le habría preparado un vaso de vino con especias? ¿Con quién habría salido al jardín, sin sospechar nada? ¿Con *sir* Amyas Petrie, el gobernador? ¿Con alguno de sus ayudantes? Nicolás sacudió la cabeza. No, Mawsby no habría hecho una cosa así. La conversación que había sostenido con él había dejado claro que al escribano no le caían bien las autoridades de la ciudad, cuyas misteriosas misiones habían provocado la muerte de su amo. Entonces, ¿quién? ¿Alguien enviado por el Guardián de las Puertas? ¿Un hombre como Wormwood? Nicolás volvió a sacudir la cabeza. Oyó que Catalina lo llamaba desde abajo. Sonrió, cogió el vaso y dio un sorbo. ¡Una mujer! ¡Por supuesto! Belladona, aquella hermosa mujer con nombre venenoso, la asesina de mirada inocente. Pero ¿qué interés podía tener el Guardián en asesinar a Mawsby?

Nicolás se tumbó en la cama. Al cabo de unos minutos se quedó dormido. Scathelocke entró en su habitación de puntillas, apagó la vela, tapó a su amo con una manta y salió sin hacer ruido.

Nicolás se estremeció. Vio salir a Scathelocke con la capa y las botas puestas, y se preguntó adonde iría ahora su enigmático criado. Recordó la hostilidad de *sir* Amyas hacia Scathelocke y, antes de dormirse otra vez, se le ocurrió una idea espantosa. ¿Sería Scathelocke un empleado del Guardián de las Puertas? ¿Sería en realidad un criminal disfrazado? ¿Era por eso que lo habían reconocido en el cementerio de San Pablo y que había salido de allí tan apresuradamente? ¿Qué sabía Crabtree? Nicolás juró que, cuando hubiera resuelto aquel asunto, hablaría con Scathelocke de una vez por todas; y si no le contaba la verdad, lo despediría.

Al día siguiente Nicolás durmió hasta tarde. Cuando se despertó, descansado y muy hambriento, ya había un gran bullicio en las calles y un débil sol empezaba a disipar la niebla. Recordó su cita en Southwark y se desnudó rápidamente, se lavó, se afeitó y se vistió de nuevo. Cogió algo para comer de la despensa, se bebió una jarra de cerveza y, armado con espada y daga, corrió hacia el Puente de Londres. El paso elevado estaba lleno de carros que iban y venían, así que bajó los escalones que había bajo el puente y una vez en el muelle contrató a un barquero. El tipo cogió sus monedas y, mientras lo llevaba por el Támesis, le regaló con una sarta de historias sobre monjes alegres, frailes fornicadores y monjas traviesas. Nicolás escuchaba sin prestar demasiada atención, sonriendo de vez en cuando por educación. El agua estaba picada, y la fría y espesa niebla se le metía por los pliegues de la ropa. Desembarcó en el Muelle del Pescado de Southward y, pese al frío que hacía, se abrió la capa dejando al descubierto la espada y la daga que llevaba en el cinturón.

Southwark era un verdadero infierno. Sus estrechas callejuelas estaban llenas de toda clase de habitantes del hampa: falsos mendigos, vendedores de reliquias,

bandoleros, prostitutas, rateros, falsificadores, estafadores y asesinos. Muchos eran hombres capaces de matar a otro ser humano por el precio de una jarra de cerveza. Cuando se hubo alejado del muelle, Nicolás se paró y miró alrededor. Estaba intranquilo y convencido de que alguien lo vigilaba. Sin embargo, no vio ningún peligro real, salvo algún granuja o bandolero apostado en la puerta de una taberna. Entró en los estrechos callejones, por donde apenas se podía pasar debido a la cantidad de puestos y casetas pegadas a las paredes, en los que vendían baratijas, comida barata u otros artículos, generalmente robados de las tiendas del otro lado del río. Las prostitutas se congregaban como estorninos sobre un campo recién arado. Cada sucia esquina y cada apestoso callejón tenía su banda de salteadores dispuesta a atacar, incluso a la luz del día, a cualquiera que anduviera desprevenido. Los niños, delgados y harapientos, correteaban como ratones en un almiar, gritando y chillando, entrando y saliendo de las pequeñas casas. El aire apestaba a la mezcla de acres olores de los albañales, combinada con el hedor de los curtidores, desolladores y ladrilleros que ejercían su oficio en pequeñas habitaciones y cobertizos de madera.

Había tabernas a cada paso, y a Nicolás le costó trabajo encontrar el Júbilo de Jerusalén, que estaba en la esquina de un oscuro callejón donde se paseaban unos gatos flacos y sarnosos que se peleaban con fiereza por un poco de basura. Hasta se subieron al cadáver de un mendigo que yacía en un charco helado en la entrada del callejón. Nicolás rezó una oración a san Andrés y entró en la taberna. La cervecería estaba sorprendentemente limpia. Las pequeñas ventanas dejaban entrar poca luz, convirtiendo el local en la guarida ideal para cualquiera que huyera de la ley. Dos hombres jugaban a los dados en un rincón, y ni siquiera se molestaron en levantar la cabeza cuando entró Nicolás. Una mujer gorda, con la cara picada de viruela, pero muy jovial, pese a la cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha, se le acercó gritando:

—¿Qué os pongo? ¿Qué os pongo, señor?

Nicolás se sentó en una banqueta detrás de una mesa y miró alrededor. Unos pollos de cuello delgado dormían en el borde de los barriles de cerveza. No quería beber cerveza con excrementos de pollo, así que pagó por una botella de vino.

—¡Y que sea clarete, el mejor de la casa! —ordenó.

La tabernera dio las gracias a Nicolás, como si éste fuera su hijo pródigo, y volvió rápidamente a la mesa con una botella por abrir y un vaso. Nicolás sirvió el vino con cuidado. Bebió despacio, porque no quería emborracharse. Las campanas de una iglesia cercana tañeron para anunciar el ángelus de mediodía, pero nadie se le acercó. La gente entraba y salía. Una vieja arpía se emborrachó tanto que tuvo que salir a gatas por la puerta. Sólo quedaron los jugadores. La tarde avanzaba. Nicolás se puso nervioso; el vino y el calor de la taberna lo habían amodorrado. Finalmente se levantó, dispuesto a marcharse, convencido de que le habían engañado. En ese momento, los jugadores se levantaron y caminaron lentamente hacia él.

Nicolás llevó una mano a la espada. Pero entonces se dio cuenta de que los jugadores no eran los típicos visitantes de un lugar como aquel. De pronto sonrió.

—¿Nos encontráis graciosos, señor? —preguntó uno de ellos.

Nicolás retrocedió y dejó la capa sobre una banqueta. Cogió la empuñadura de su espada.

—Sí, os encuentro graciosos —contestó el abogado—. Vais muy mal vestidos. Un hombre puede ocultar su rostro, dejarse crecer la barba, despeinarse el cabello y ponerse ropa sucia, pero sus manos siempre lo delatan. —Chasqueó los dedos y añadió—: Las vuestras son limpias y suaves, y lleváis las uñas cuidadosamente cortadas.

Los hombres sonrieron, y uno de ellos le tendió la mano a Nicolás en un gesto de paz.

—No queremos haceros ningún daño, *monsieur* Chirke. —Señaló la mesa que Nicolás tenía detrás—. Compartamos el resto de vuestro vino. —El jugador sonrió de soslayo—. Quizá también podamos compartir un problema.

Nicolás se encogió de hombros y se sentó. Los extraños acercaron unos taburetes y se sentaron delante de él, sonriendo como si fueran viejos amigos. Uno era alto y delgado, y tenía un rostro pálido y demacrado bajo una melena de cabello pelirrojo. El otro era más bajo, gordo y calvo. Parecía tan alegre como el monje Tuck en las historias sobre Robin Hood. Llevaban túnicas andrajosas y remendadas abrochadas en el cuello, pero, al sentarse, ambos se movieron un poco para acomodar las largas dagas que llevaban escondidas debajo. La mujer les llevó dos vasos. El bajo y gordo, sin pensárselo dos veces, llenó los tres vasos hasta el borde. Brindó con Nicolás y bebió un sorbo de vino.

—Espero que os guste mi clarete —dijo Chirke con sarcasmo.

—Es mejor estar vivo y bebiendo vino —comentó el bajito—, que ahogado en un estanque de agua helada como el pobre Mawsby. —Dejó el vaso en la mesa y añadió—: Permitid que nos presentemos. Yo soy Eudo Epingall, y éste —dijo señalando al pelirrojo— es Robard Clerrier.

—¿Fuisteis vos quienes matasteis a Mawsby? —preguntó Nicolás. —¡No! Pero sí somos los que os hemos estado siguiendo por toda la ciudad —dijo Eudo Epingall—. Antes éramos cuatro, pero nuestros dos compañeros han muerto. A uno lo apuñalaron y al otro lo envenenaron. Supongo que oiríais el clamor que causaron sus muertes ayer, mientras cenabais con vuestros compañeros cerca del Ayuntamiento.

Nicolás los miró con la boca abierta.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Mercaderes gascones. Bueno, no exactamente mercaderes, aunque llevamos cartas que certifican que procedemos de Burdeos y que traemos nuestro exquisito vino a vuestro país. En realidad somos criados de Nuestro Amo.

—Y ¿quién es él?

Epingall sonrió. Nicolás se inclinó sobre la mesa.

—¡Sois espías franceses! Habéis venido en busca de información. ¿Qué sabéis sobre Vallenge? —Echó la banqueta hacia atrás y agregó—: Podría estar cometiendo

traición sólo por hablar con vos.

Robard Clerrier tocó suavemente la muñeca de Nicolás.

—*Monsieur* —dijo—, escuchadnos, por favor. No estamos aquí para engañaros ni para amenazaros, sino para contaros una historia que seguramente ya conocéis. El pasado mes de agosto murió la reina Isabel. Ella guardaba un gran secreto. Antes de morir, confió su secreto a Vallence, que se escabulló del funeral celebrado en Greyfriars e intentó embarcar en una galera veneciana. Lo apresaron y lo hirieron, y más tarde murió en San Bartolomé. Desde entonces, el rey y su hijo mayor, el Príncipe Negro, han utilizado a sus influyentes amigos de la ciudad para descubrir qué llevaba Vallence y dónde podría haberlo escondido. También sabemos que el rey del hampa, que se hace llamar el Guardián de las Puertas, está realizando una búsqueda parecida. —Clerrier esbozó una sonrisa—. Nosotros tenemos un personaje parecido en París. Se hace llamar el *Roi des Gueux* «el Rey de los Mendigos». Oh, ya lo sabemos todo sobre la muerte de Berisford, y sobre la de Fromlich. —Hizo una pausa para beber un sorbo de vino—. Supongo que pensaréis, *monsieur* Chirke, que lo que preocupa a los franceses no debería preocuparos a vos. Pero ¿habéis pensado, *monsieur*, qué podría pasaros cuando descubráis el secreto de Vallence?

Nicolás notó que se le ponían los pelos de punta. Maldijo por lo bajo; no había pensado en eso. Si aquel secreto era tan peligroso, tan importante, ¿qué pasaría cuando él lo encontrara, si es que lo encontraba? Cogió su vaso de vino para disimular la preocupación que le causaban las palabras de Clerrier.

—¿Qué me proponéis? —preguntó Nicolás.

—Contadnos todo lo que sabéis. Nosotros os recompensaremos. Jamás volveréis a tener que buscaros el sustento ni necesitaréis vivir de la amabilidad de vuestra hermana.

—¡No soy ningún traidor! —protestó Nicolás.

—Pero puede que seáis un loco —terció Epingall—. Lo único que os pedimos es que nos contéis lo que sabéis, y nosotros os recompensaremos por ello. Volved con vuestros amos. Contadles lo mismo a ellos y decidles que este asunto os resulta desconcertante y que os supera. Así no sólo os haréis rico, sino que además viviréis suficientes años para disfrutar de vuestra riqueza. —Dio una palmada y añadió—: Vamos, *monsieur*, contádnoslo.

Nicolás aspiró hondo. Lamentaba profundamente que ni Scathelocke ni Crabtree estuvieran allí con él.

—Lo que sé es muy poco, salvo que a Berisford lo mató un asesino a sueldo llamado Wormwood. Culparon del asesinato a Fromlich. A Fromlich y a Wormwood los mató una asesina contratada por el Guardián de las Puertas. Seguramente también fue ella quien mató a Mawsby. Antes de que me lo preguntéis, lo único que me contó Mawsby fue que Berisford conocía a Vallence antes de que se vieran en San Bartolomé. También me dijo que la noche antes de su desaparición, Berisford recibió en su casa la visita de un misterioso mensajero que le entregó la carta de un tal

Patricius.

Los dos franceses escuchaban con atención.

—¿Nada más, *monsieur*?

—Nada más. Ah, sí. Vallence dijo algo acerca de san Denis.

Nicolás escrutó los rostros de sus interlocutores, pero los franceses no se habían inmutado. Nicolás se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que sé.

—¿Patricius? —preguntó Epingall exhalando un suspiro.

Nicolás asintió.

—No —dijo Epingall—. Creo que no era Patricius. Creo que era Patroclus.

—¿Quién es Patroclus? —preguntó el abogado.

Clerrier sonrió y dijo:

—Vamos, *monsieur*, ¿no conocéis la historia griega? Patroclus era un amigo de Aquiles, al que Héctor asesinó.

Nicolás los miró perplejo.

Epingall amplió su sonrisa.

—¡No me pongáis acertijos! —dijo Nicolás.

—Aquiles amaba a Patroclus —explicó Epingall—. Era un amor antinatural; eran sodomitas. Patroclus es el nombre que ha adoptado un grupo de homosexuales aquí, en Londres. Berisford formaba parte de ese grupo, al igual que Vallence.

Nicolás se frotó la boca con las manos y sonrió disculpándose.

—Claro —susurró—. Berisford le vendía madera y carbón a Vallence para la reina. Esos hombres tienen sus propios códigos y rituales secretos.

Los franceses asintieron.

—Y el Guardián de las Puertas descubrió el secreto de Berisford y lo chantajeó —explicó Clerrier.

—Eso explica —prosiguió Nicolás— que Berisford hablara de que lo iban a ahorcar o quemar. Los sodomitas cogidos infraganti si se demuestra su culpabilidad, son colgados en Smithfield sobre una hoguera. Seguramente Wormwood envió ese mensaje a casa de Berisford y Berisford no tuvo más remedio que acceder a verse con él, pues si no habrían hecho público su secreto.

Nicolás se quedó mirando al viejo mendigo que había entrado por la puerta y que ahora estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, gritándole a la tabernera que le llevara algo para beber.

—Pero ¿qué motivo tenía el Guardián de las Puertas para chantajear a Berisford? —preguntó—. El juez todavía no había descubierto nada. ¿O sí? ¿Le susurró Vallence algo más antes de morir?

Nicolás apartó el vaso. Epingall quiso volver a llenárselo.

—¡No, ya he bebido bastante! —exclamó Nicolás.

—¿No os dais cuenta de lo que pasará si descubrís el secreto de Vallence? —preguntó Clerrier—. ¿Creéis que los que os contrataron os dejarán vivir en paz? El

Guardián de las Puertas no es menos peligroso; él quiere ese secreto para poder chantajear a otros, asegurarse privilegios, riquezas, aumentar su poder.

Nicolás se encogió de hombros.

—Pero ¿cómo van a amenazarme a mí, un abogado pobre y necesitado?

—Tenéis un hermano que está casado con la mujer a la que amáis —replicó Epingall—. Tenéis una hermana, Catalina, y su alegre y bondadoso marido. Ellos tienen hijos. Y tenéis vuestra vida, *monsieur* Chirke. Si seguís investigando y descubrís ese gran secreto, buscadnos en la taberna La Hoz y la Luna, en Lothbury. —Epingall le cogió una mano a Nicolás y la apretó con fuerza—. Os lo advertimos por vuestro bien, *monsieur*. ¡Si no nos hacéis caso, allá vos!

Nicolás miró fijamente a los franceses, intentando controlar los latidos de su corazón. Admiraba su inteligencia; hiciera lo que hiciera se enfrentaría a algún peligro, y ellos le estaban ofreciendo una forma de escapar. Pero ¿qué significaría eso? ¿El exilio en Francia? ¿Estarían a salvo Juan, Catalina, sus hijos y su hermano?

—¿Quién es vuestro jefe? —preguntó Nicolás.

—Buscadnos en la taberna La Hoz y la Luna y lo sabréis. Decid que queréis participar en un juego de azar.

Nicolás miró hacia la puerta. La noche se acercaba. Miró al mendigo. El tipo era tuerto, tenía la nariz podrida y le colgaba la saliva por la comisura de la boca; pero Nicolás se preguntó si aquel hombre sería un espía, alguien enviado por el Guardián de las Puertas o por algún otro personaje poderoso de la ciudad.

—Tengo que irme —dijo.

—No salgáis por la puerta.

Clerrier se levantó y llamó a la mujer que les había servido. Ella se acercó corriendo. Clerrier le susurró algo al oído y puso una moneda en su callosa mano. La mujer sonrió y les hizo señas, guiándolos hasta un rincón de la taberna, detrás de unos barriles de cerveza. Cogió una llave de su cinturón y abrió una puerta lateral que conducía a un callejón. Epingall y Clerrier salieron seguidos de Nicolás, con la capucha sobre la cabeza y arrebujados en las capas. Clerrier se adelantó. Tenía las manos tendidas para despedirse de Nicolás cuando una flecha de ballesta le dio de lleno en la boca. Nicolás oyó un zumbido, como el de un jabalí abalanzándose sobre su presa, y divisó algo negro que pasaba rozándole los ojos.

El francés no tuvo escapatoria; la flecha de ballesta se le clavó en la cara y el hombre se desplomó sobre los adoquines. Epingall agarró a Chirke por la capa y lo arrastró por el callejón.

—¡Corred! —susurró con voz ronca.

Echelon a correr, y una segunda flecha fue a parar cerca de sus pies. Epingall miró a su paisano, que yacía en el suelo, y luego a Nicolás.

—No puedo abandonarlo —susurró con gesto suplicante.

—¡No! ¡No! —gritó Nicolás—. ¡Está muerto!

Epingall sacudió la cabeza. Desenfundó la daga y, sin despegar el cuerpo de la

pared, retrocedió hasta donde estaba Clerrier, tendido sobre un charco de sangre cada vez más grande. Le dio la vuelta y cortó la bolsa que el muerto llevaba atada al cinturón; luego Epingall echó a correr de nuevo.

Nicolás se pegó a la pared, fuera del alcance del tirador. Epingall casi había llegado a donde estaba Nicolás cuando volvió a oírse aquel zumbido. El francés se inclinó hacia Nicolás como un nadador, con los brazos extendidos, los ojos abiertos, la boca abriéndose y cerrándose intentando coger aire. Cayó contra la pared manchada de orines. Miró con gesto angustiado a Nicolás, susurrando «Jesús, tened piedad», y cayó como un fardo. La flecha de ballesta, con su punta de hierro dentada, se le había clavado firmemente entre los omoplatos.

Nicolás echó a correr, y otra flecha fue a parar contra la pared, por encima de su cabeza. Pese al pánico que sentía, se dio cuenta de que debía de haber dos asesinos, y no uno. Corrió como un poseso, alejándose del peligroso callejón, escondiéndose entre los mendigos, rateros y prostitutas que abarrotaban las calles de Southwark. Desesperado, miró a uno y otro lado, intentando descubrir a sus perseguidores. Ahora estaba a salvo de las ballestas, pero no de la daga de algún sutil asesino, que podía clavársele en las costillas en cualquier momento. Llegó a la orilla del río. Murmurando y maldiciendo, saltó a una barca y le puso una moneda en la mano al barquero.

—¡Rema, barquero! ¡Rema! —gritó.

El barquero se inclinó sobre los remos, y se alejaron de la orilla. Nicolás miró hacia atrás, pero ni la escasa luz del día ni las enormes y chisporroteantes antorchas de la orilla del río le permitieron ver ninguna señal de sus perseguidores. El barquero remaba con fuerza; miró con atención a Nicolás, intrigado por su palidez, el sudor que cubría su rostro y su expresión de terror.

—No deberíais ir por esos barrios —murmuró.

—¡Calla! —gritó Chirke—. ¡Y rema!

El barquero dejó a Nicolás entre Dowgate y el Puente de Londres. Nicolás recorrió las calles, ansioso por llegar a lugar seguro. Llevaba la mano en la empuñadura de la daga, y de vez en cuando se paraba en la boca de algún appestoso callejón y miraba por encima del hombro. Cuando llegó a casa, Juan y Catalina estaban ocupados, y los niños jugaban fuera, en el helado jardín. Nicolás subió a su habitación, y una vez allí se tumbó en la cama, con los brazos cruzados, y se quedó mirando el techo.

—¿Qué es lo que ha causado tantas muertes? —murmuró—. ¿Qué era eso tan importante que sabía Vallenge?

Contó las personas que habían muerto. Vallenge, por el secreto de que era depositario. Berisford, torturado hasta la muerte para que revelara lo que sabía. Wormwood. Los Fromlich. Y ahora, cuatro espías franceses. ¿Era el Guardián de las Puertas el responsable de todas aquellas muertes? ¿Debía ir a ver a *sir* Amyas Petrie y a *sir* Roger Hobbeldon y decirles que la misión que le habían encomendado era

demasiado peligrosa, y que él no tenía fuerzas ni medios para cumplirla?

Oyó unos golpes en la puerta, pero no les dio importancia creyendo que se trataba de los niños. Mas los golpes se repitieron.

—¡Pasad! —gritó.

Scathelocke y Crabtree entraron en la habitación.

—Os hemos estado buscando, amo.

Scathelocke se acercó a la cama y escrutó el pálido rostro de su amo.

—Os hemos estado buscando —repitió.

—¡Ojalá me hubierais encontrado! —dijo Nicolás.

Sin esperar a que ellos se lo pidieran, les contó lo que había pasado. Vio el miedo en los ojos de Scathelocke. Crabtree, sentado en una banqueta, gimoteaba y se sujetaba el estómago.

—Dos espías —susurró el bribón—. Muertos como perros.

—Ni se os ocurra ir a la taberna La Hoz y la Luna —dijo Scathelocke—. Si vais, podrían apresaros por traición. Inglaterra está en guerra con Francia. Podrían asesinaros o ejecutaros, sólo por hablar con esos individuos.

Nicolás se incorporó en la cama.

—Podría ir a ver a *sir* Amyas.

—Oh, no —se lamentó Crabtree—, a ese desgraciado no. Además, él podría creer que hemos descubierto el secreto de Vallence.

—Y ¿qué secreto era ese?

—Yo también estuve reflexionando sobre el secreto —dijo Scathelocke—. Y decidí ir a ver a unos amigos míos de Lombard Street.

—No sabía que tuvieras amigos —se burló Crabtree.

—¡Calla, desgraciado! —dijo Scathelocke—. Éste no es momento para bromas ni agudezas. Los tres estamos unidos por este secreto. —Se rascó la barba y añadió—: Como os he dicho, fui a ver a unos amigos míos que conocían a la reina. Bueno, todo el mundo sabe que Isabel hizo que mataran a su marido, Eduardo II, en el castillo de Berkeley, y que cohabitó con su amante Roger Mortimer hasta que ambos cayeron del poder al alcanzar nuestro rey actual la mayoría de edad. Después confinaron a Isabel en el castillo de Rising; de vez en cuando la sacaban para llevarla a algún banquete o alguna fiesta importante, pero en realidad vivía como una reclusa.

—¿Y? —le interrumpió Nicolás.

—Fuera cual fuera el secreto, no se originó en los últimos años de Isabel. Venía del tiempo en que ella reinaba con Mortimer, o incluso de antes. Pues bien, les pregunté a mis amigos cómo le iban las cosas a la reina antes de huir de su marido. Me dijeron que Eduardo II, su marido, era un sodomita que se enamoró locamente de uno de sus nobles, Hugo de Spencer. Fue este amor antinatural lo que condujo a Isabel al exilio. Hasta entonces ella había sido una noble reina y una esposa abnegada, y nunca había dado pie al menor escándalo.

Scathelocke hizo una pausa para ordenar sus ideas.

—Cuando Isabel y Mortimer perdieron el poder, los apresaron en el castillo de Nottingham. Mortimer estaba en el dormitorio de la reina en ese momento. También estaban su confidente, Enrique Burghersh, obispo de Norwich. El hijo de Isabel, Eduardo, entró en la cámara por un pasillo secreto. Irrumpió con un grupo de caballeros y ordenó que apresaran a Mortimer. Isabel se arrodilló ante él gritando: «*Ayez pitie! Ayez pitie a gentil Mortimer!*».

—¿Qué pasó después? —le interrumpió Crabtree.

Scathelocke se encogió de hombros.

—Bueno, mis amigos sólo saben esto porque es lo que se rumoreaba. Mortimer insultó al joven Eduardo antes de que lo sacaran de allí a rastras. Lo enviaron a Westminster para ser juzgado. Durante el juicio no le permitieron hablar, ni siquiera para declararse inocente. Incluso lo amordazaron. Dictaron sentencia contra él, lo llevaron cerca del Tyburn, lo colgaron y lo descuartizaron. Sus restos están enterrados en Greyfriars.

—¿Y? —insistió Nicolás, malhumorado.

Scathelocke sonrió.

—Al parecer, esa zorra quería lo mejor de ambos mundos, tanto en vida como después de muerta. La enterraron junto al altar mayor, al lado de su amante, con un cofre de plata que contenía el corazón de su marido.

Nicolás miró por la rendija de los postigos. Había oscurecido.

—Jamás había oído que amordazaran a un hombre durante su juicio —murmuró—. ¿Qué era lo que Mortimer sabía y que no podían permitir que revelara?

—¿Podría ser —sugirió Crabtree— que nuestro rey actual, Eduardo III, no fuera el verdadero rey de Inglaterra, sino el hijo ilegítimo de Mortimer e Isabel?

Scathelocke se quedó pensativo.

—Todo son rumores, escándalos, cuchicheos que no demuestran nada. Sin embargo, quizá tengas razón, maese Crabtree. Desde luego, parece ser que la reina Isabel tuvo algo que ver en el ascenso y la protección de Mortimer antes de huir de su marido. Pero eso no significa que Mortimer tuviera hijos con ella.

—El marido de la reina era un sodomita —dijo Crabtree.

Nicolás sacudió la cabeza.

—Era bisexual. Muchos hombres lo son. —Se encogió de hombros y añadió—: ¡Aunque eso no puede decirse de ninguno de nosotros, por supuesto!

—Yo no estoy tan seguro —gruñó Scathelocke mirando de reojo a Crabtree, que hizo un gesto grosero con el dedo corazón.

—De todos modos, Scathelocke, te doy las gracias —dijo Nicolás—. Los rumores que has recogido apoyan nuestra teoría de que la reina Isabel poseía un secreto que intentó transmitir a sus amigos franceses. Sin embargo, su hijo, nuestro actual rey, vigiló de cerca a su madre para impedir que ella hiciera algún disparate. —Nicolás bajó las piernas de la cama, se levantó y se desperezó.

—La venganza es un plato que se sirve frío —dijo—. Isabel guardó su secreto

durante toda su vida, pero dispuso que se revelara después de su muerte. Vaya legado ¿no?

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Crabtree.

—Iremos de Londres —contestó Nicolás—; aunque tenemos muy poco dinero. Iremos a Norwich; el viejo Burghersh todavía vive. Y luego al castillo de Rising, para ver qué podemos sonsacarles a los criados. —Se frotó la cara y añadió—: ¿Quién sabe? Cuando regresemos quizá ya se haya descubierto el secreto de Varence. Entonces tendremos que volver a los pasillos de San Pablo a buscar clientes.

—¿A quién se lo diremos? —preguntó Scathelocke.

—¡A nadie! —exclamó Nicolás—. Ni siquiera a Catalina ni a Juan.

Se acercó a la ventana y escudriñó la oscuridad.

—Aunque supongo —murmuró— que eso no cambiará mucho las cosas.

Miró la puerta de enfrente, donde brillaba un farolillo. Vio una sombra que se movía y se dio cuenta de que todavía los estaban vigilando.

CAPÍTULO IV

Partieron a la mañana siguiente, cuando las campanas de la ciudad llamaban a misa hendiendo con su tañido el frío aire invernal. Crabtree había estado muy atareado alquilando, con el dinero de Nicolás, dos caballos y una lamentable mula. La «bestia», como Crabtree la llamaba, era tozuda como ella sola y mordía y soltaba coces a cualquiera que se le acercara desprevenido. Nicolás no le explicó gran cosa a su hermana, salvo que quizá se ausentaran varios días. Catalina, con semblante de preocupación, lo besó en las dos mejillas y lo miró con tristeza.

—¿Vas a Norwich, Nicolás? ¿Irás a ver a tu hermano? Roberto estaría tan contento de verte. —Nicolás prometió intentarlo.

—Cuídate, hermana. —La abrazó con fuerza—. Cuida a Juan y vigila a los niños.

—¿Por qué? —preguntó Catalina apartándose de su hermano—. ¿Qué pasa, Nicolás?

Su hermano esquivó su mirada. Le apretó la mano y salió a la calle, donde Scathelocke y Crabtree sujetaban los caballos. Juan salió de su tienda para desearles buen viaje; se acercó furtivamente a Nicolás con una amplia sonrisa y le puso una pequeña bolsa llena de monedas en la mano. Nicolás no quiso aceptarla.

—No, hermano, acéptala —insistió Juan—. Come bien. —Alzó la vista hacia el cielo, gris y plomizo—. Dicen que va a nevar. Abrígate, y que Dios te proteja en tu viaje.

Los niños salieron corriendo para despedirse, igual que su madre. Catalina se negó a dejar marchar a Nicolás hasta que éste le prometió colgarse en la raída capa la medalla de san Cristóbal que ella le había regalado.

Dejaron la calle y subieron por Bishopsgate para cruzar las viejas murallas de la ciudad y el apestoso foso. Nicolás detestaba aquel lugar, que pese al frío todavía apestaba como un albañal; bajo la sucia capa de hielo distinguió varios cadáveres de animales. Dejaron atrás Santa María de Belén y tomaron el camino de Holywell hacia el norte. Por el camino transitaban muchos campesinos que llevaban sus productos a la ciudad, además del clásico torrente de viajeros: estudiantes andrajosos, sacerdotes pobres con sus carretillas, saltimbanquis, hombres sin tierras que confiaban en adquirir riquezas en la ciudad, y soldados que iban a reforzar la guarnición de la Torre. Un mensajero real, ataviado con la librea azul, roja y dorada de la corte, pasó al galope. También vieron pasar a un noble de porte majestuoso, con resplandecientes ropas de seda y los caballos engualdrapados con llamativos emblemas heráldicos.

A medida que avanzaba el día, sin embargo, la carretera que cruzaba los brezales del norte de Londres se fue vaciando. Pasaron la noche en una pequeña fonda, y apenas pudieron dormir; las camas estaban llenas de pulgas y el ruido procedente de la cervecería, donde un grupo de caldereros se estaba corriendo una juerga, se prolongó hasta bien entrada la noche. Tanta incomodidad, sumada al frío, reducía al

mínimo la conversación. El plomizo cielo parecía presionar contra ellos, y el paisaje quedaba a menudo oculto por fuertes vientos que lanzaban una lluvia helada contra sus caras. Pasaron por pequeñas aldeas y se pararon en miserables posadas donde el único tema de conversación era la guerra contra los franceses y las insistentes exigencias de la Corona, que necesitaba provisiones. Los campesinos con los que se cruzaban, que intentaban romper la dura tierra helada, iban vestidos como espantapájaros. Algunos incluso habían desistido de trabajar y buscaban comida entre la basura, como gatos hambrientos.

—Que Dios se apiade de ellos —murmuró Crabtree cuando atravesaron una pequeña aldea—. Su suerte es lamentable. A los jóvenes los obligan a luchar en las guerras del rey. Sólo regresan los lisiados, incapaces de valerse por sí mismos.

Nicolás le dio la razón y dirigió la mirada hacia los extensos y helados campos.

—En tiempos de paz —dijo—, los campesinos tienen que pagar elevados impuestos. Los proveedores reales van como la peste de aldea en aldea recogiendo sus productos. Detrás de ellos llegan los recaudadores de impuestos, seguidos de los alguaciles y los mayordomos de los señores locales.

De vez en cuando encontraban familias enteras que recorrían los caminos. Nicolás distribuía unos peniques, que la gente cogía con manos frías y ásperas sin dar las gracias. Encontraban cadáveres en descomposición en las zanjas, y otros colgados en horcas y cadalsos. En una ocasión los atacaron unos forajidos, un grupo de hombres desesperados cubiertos de harapos de pies a cabeza. Iban muy mal armados y no suponían un peligro real; los arcos que llevaban eran tan precarios que las flechas siempre se quedaban cortas.

Tras una semana de viaje llegaron a las afueras de Norwich. Nicolás decidió que se recuperarían del viaje en una gran taberna que había junto a las murallas de la ciudad, un enorme y ruidoso edificio con las iniciales IHS grabadas sobre la entrada, sujetas por unos ángeles de rostro alegre e inocente. Dentro, el patio adoquinado, rodeado de galerías y escaleras, estaba lleno de viajeros en busca de reposo que iban o venían de los grandes puertos de la costa oriental. Nicolás miró alrededor con una sonrisa en los labios. Recordaba aquel lugar de su juventud; su padre se había alojado allí en varias ocasiones. Mientras recorría los pasillos y la estrecha escalera de caracol de la taberna, recordó retazos de su juventud y se preguntó una vez más si debía intentar hacer las paces con su hermano Roberto. Decidió que eso podía esperar; primero tenía que descansar y pedir audiencia con Enrique Burghersh, obispo de la ciudad.

Tras alquilar una habitación, abrir sus serones y encargarse de que llevaran los caballos a las cuadras, Nicolás escribió una breve carta al obispo. Solicitaba una audiencia «debido a un asunto urgente que interesaba no sólo al gobernador y al alcalde de la ciudad de Londres, sino también al propio rey». A la mañana siguiente le sorprendió recibir una rápida respuesta. El obispo, según palabras de su escribano, recibiría con agrado a maese Nicolás Chirke en sus aposentos del palacio después de

la misa de mediodía.

—Iré —anunció Chirke. Miró a Scathelocke y a Crabtree, que se calentaban las manos ante un brasero de carbón de leña—. Dudo que el obispo hable delante de testigos, así que será mejor que vosotros os quedéis aquí. Averiguad cuáles son las mejores rutas para ir a Bishop's Lynn y al castillo de Rising.

Crabtree, que no había parado de protestar de los rigores del viaje, se lamentó ahora de la perspectiva de seguir viajando. Nicolás, sin embargo, se apresuró a prepararse para su audiencia. Dijo a Scathelocke y a Crabtree que se quedaran en la taberna, que hicieran indagaciones y que tomaran buena nota de cualquier otro viajero que se mostrara interesado en ellos. Después salió a las estrechas y sinuosas calles de Norwich y se dirigió al recinto de la catedral. Un criado lo llevó al palacio episcopal, donde el arrogante canciller del obispo lo condujo por un laberinto de fríos pasillos hasta una gran cámara. Después del paseo por las frías y fétidas calles de Norwich, Nicolás se sorprendió de la grandeza de la habitación del obispo. Unos aromáticos juncos cubrían el suelo, cubiertos a su vez de fragantes hierbas, de modo que, al pisarlos, el aire se impregnaba de un delicioso perfume. Las paredes estaban cubiertas con tapices multicolores de Brujas. Nicolás los miró y tuvo que hacer un esfuerzo para no alterar la expresión de su rostro, pues los temas de los tapices no estaban extraídos precisamente de la Biblia ni de los escritos de los padres de la Iglesia. Por toda la habitación, velas de cera en candeleros de plata y pequeños braseros resplandecientes con ruedas de oro desprendían luz y calor. El fuego de las llamas se reflejaba en los diversos objetos preciosos colocados en los estantes o en las mesas y los armarios repartidos por la habitación.

—¿Pensáis quedaros ahí plantado con la boca abierta hasta Navidad?

La figura que había detrás de la mesa, al fondo de la habitación, se movió. Cuando el canciller del obispo tosió y cerró la puerta tras él, Nicolás recordó el protocolo. Se adelantó e hizo una respetuosa reverencia ante la mesa.

—¡Levantaos! ¡Levantaos! —La voz era ronca e imperiosa.

Nicolás obedeció. Estudió a la frágil figura de aspecto ascético que estaba sentada, envuelta en túnicas de color púrpura y piel de cebellina, en la silla de respaldo alto, detrás del escritorio. Burghersh tenía el rostro de un monje santo y austero, pero cuando se inclinó hacia delante Nicolás vio que sus ojos eran como dos piedras negras y duras que nunca pestañeaban.

—¿Habéis venido obedeciendo una orden expresa de la Corona? —La voz de Burghersh había perdido parte de su dureza. Señaló con la mano, delgada y llena de anillos, la silla que había junto a la mesa—. ¡Sentaos! ¡Sentaos!

—Señor —dijo Nicolás—, traigo cartas y autorizaciones de *sir* Amyas Petrie, gobernador de Londres.

Se las entregó al obispo, que las estudió atentamente antes de devolvérselas.

—Decidme, ¿qué queréis saber? —preguntó.

Nicolás se pasó la lengua por los labios.

—¡Vamos, buen hombre! —gruñó el obispo.

—Su alteza la reina madre Isabel de Inglaterra murió el pasado mes de agosto —dijo Nicolás.

—Que Dios la bendiga y la acoja en su seno. —Burghersh pronunció esas palabras apresuradamente, y Nicolás captó una pizca de temor en su voz.

—Señor, hace muchos años fuisteis canciller de la reina Isabel.

Burghersh sonrió. Cogió un estilete de su mesa y lo balanceó entre los dedos.

—¡Vamos, maese abogado! No os andéis por las ramas. —Soltó el cuchillo y miró airadamente a Nicolás—. ¿Por qué no decís la verdad? En septiembre de 1326, hace treinta y dos años, Isabel, que en paz descansa, ayudada e incitada por su amante, Roger Mortimer, destronó a su marido, el rey Eduardo II, y lo encerró en el castillo de Berkeley, donde murió. Nuestro actual soberano, que Dios lo bendiga, sólo era un chiquillo. Durante unos años, Mortimer e Isabel tuvieron la sartén por el mango. —Al detectar una expresión de sorpresa en el rostro de Nicolás, el obispo agitó una huesuda mano y añadió—: No hago más que decir la verdad. ¿Qué hay de malo en eso? Y ahora, recordad esto, maese abogado: yo era su canciller, pero nunca fui su cómplice. Decidme, ¿a qué habéis venido?

—¿Guardaba la reina algún gran secreto?

—Ninguno, salvo que odiaba a su marido y amaba a Mortimer.

Nicolás se revolvió en la silla, nervioso.

—No; me refiero a algún secreto que, incluso ahora —eligió con cuidado las palabras—, podría ser peligroso si cayera en malas manos.

Burghersh sacudió la cabeza, pero Nicolás tenía suficiente experiencia en interrogatorios para darse cuenta de que el obispo mentía.

—Señor —le recordó—, he venido para resolver un asunto que atañe al rey. Tengo entendido que vos estabais presente cuando Mortimer e Isabel cayeron del poder.

—Sí, estaba en el castillo de Nottingham. Un canciller tiene que estar cerca, siempre está cerca de los que ejercen el poder.

—Precisamente, señor —replicó Nicolás—. El poder es como una rueda; tiene llanta, radios y cubo. Vos estabais en el cubo, y por eso he venido. ¿Por qué era tan importante, tan esencial, que, una vez apresado, Mortimer fuera amordazado y que no le permitieran hablar durante su juicio?

Burghersh se inclinó hacia delante, con la lengua temblando como la de una serpiente, iracundo. Nicolás se acobardó al detectar el veneno de su voz.

—¡Estúpido, estúpido hombrecillo! —susurró el obispo. Miró alrededor como si temiera que alguien los estuviera escuchando—. ¡Miserable charlatán! ¡Desdichado mequetrefe!

Nicolás tiró la silla hacia atrás.

—Señor, cuidad vuestro lenguaje. Vuestro lenguaje no es propio de un caballero, y mucho menos de un hombre del clero, de un obispo.

Burghersh parpadeó, como si hubiera olvidado quién era y dónde estaba. Nicolás detectó el miedo detrás de su ira. El obispo se frotó la cara con las manos; se recostó en la silla y tamborileó con los dedos en la mesa.

Señaló con el dedo a Nicolás y dijo:

—Os voy a dar un consejo, maese abogado. Si eso es lo que buscáis, será mejor que lo dejéis. Regresad a Londres y decid que no comprendéis nada. —Sonrió con tristeza—. Dudo que os hagan caso. O, si lo deseáis, corred hacia el puerto más cercano y embarcaos hacia un país extranjero.

—¿Por qué amordazaron a Mortimer? —repitió Nicolás, esforzándose por dominar su ira.

El obispo arqueó las ralas cejas.

—No lo sé —contestó en voz baja—. Nunca lo supe. No quiero saberlo. Nunca lo sabré.

—¿Era Mortimer el verdadero padre de nuestro rey actual? —dijo Nicolás sin pensárselo dos veces.

Burghersh lo miró sorprendido, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Rió hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—¡No, no, no! —dijo—. ¡Oh, señor, no, salvadnos!

Nicolás esperó hasta que el obispo recobró la compostura.

—¿Cuál era ese gran secreto?

Burghersh hizo una mueca y contestó:

—¡No lo sé!

Chirke estaba harto de los «juegucitos» del obispo.

—En ese caso —dijo—, continuaré mi búsqueda. Y si descubro algo, les diré a mis superiores de Londres que me lo contasteis vos.

Nicolás recogió su capa y caminó hacia la puerta. Tenía la mano en el picaporte cuando Burghersh gritó:

—¡Esperad! ¡Volved, maese abogado!

Nicolás se volvió y caminó de nuevo hacia la silla.

—¡Sentaos! ¡Sentaos! —Burghersh esbozó una sonrisa forzada—. ¿Os apetece un poco de vino?

Nicolás negó con la cabeza. No se fiaba de aquel arrogante y tortuoso prelado que vivía rodeado de lujos y que jugaba con secretos que a otros les habían costado la vida.

El obispo señaló una gran Biblia con lujosa cubierta de oro, encadenada a un atril que había junto a la mesa.

—Quiero que juréis, maese abogado —dijo solemnemente—, que no revelaréis a nadie más lo que voy a deciros. Sólo entonces hablaré. Además, lo que os diga os lo diré de tal modo que nunca se me podrán atribuir esas palabras.

Nicolás mostró su conformidad asintiendo con la cabeza y se acercó al atril. Colocó una mano sobre la Biblia y repitió el juramento que Burghersh le dictó.

Después el obispo le pidió que se sentara de nuevo. Se inclinó hacia delante y redujo la voz a un débil susurro, como si los ratones que correteaban detrás del revestimiento de madera de la pared, o las arañas que tejían sus telas en el rincón de la habitación, pudieran oír su secreto y difundirlo.

—Yo era el canciller de Isabel —empezó diciendo—. Eran tiempos agitados. — Dio un sorbo de vino antes de proseguir—. Mortimer e Isabel gobernaban el reino. Como ya he dicho, el rey actual no era más que un chiquillo cuando ellos subieron al poder. Isabel y Mortimer pasaban largos ratos encerrados, juntos. Yo era partícipe de sus secretos, o mejor dicho, de algunos de ellos, pues de vez en cuando entraba en sus aposentos cuando estaban hablando de algún asunto y al verme llegar se quedaban callados.

—¿Qué era aquel asunto secreto? —preguntó Nicolás.

Burghersh sacudió la cabeza.

—¡Sólo Dios lo sabe! Sé que Mortimer envió a uno de sus hombres de confianza, Juan Travis, a consultar ciertos archivos de la Universidad de Oxford. En otra ocasión Isabel fue personalmente a consultar los archivos del Tribunal Supremo. Mortimer e Isabel los estudiaron cuidadosamente. No sé qué andaban buscando, pero la noche que apresaron a Mortimer, Isabel le gritó algo a su hijo.

—¿Qué fue lo que gritó?

—*¡La paume!*

—¿Qué significa eso? —preguntó Nicolás.

—Es francés normando. Pensé que significaba «palma»; quizás una de esas hojas secas de palma que los peregrinos traen de ultramar.

—Y ¿cómo reaccionó su hijo?

—Hizo amordazar inmediatamente a Mortimer. Y a Travis también. Los llevaron a ambos a Westminster para juzgarlos. A la mañana siguiente la reina madre pidió ver a su hijo. El joven Eduardo, que entonces tenía dieciocho años, accedió a entrevistarse con ella. Se reunieron en la cámara de la reina madre. Ella estaba llorosa y afligida tras la captura de Mortimer, e insistió en hablar con su hijo a solas. — Burghersh sonrió con tristeza—. Yo había caído en desgracia. Cierto, había estado en el bando de Mortimer, pero afortunadamente la Corona no mata a los que se equivocan de amo. En fin, vaciaron la habitación. Yo me quedé esperando fuera, como los demás. Me imaginé que oiría llantos y gritos de súplica, pero la habitación estaba silenciosa como una tumba. Uno de los criados del rey pegó la oreja a la puerta, pero lo único que consiguió oír fue un murmullo de voces. —Burghersh se recostó en la silla, haciendo rodar el vaso de vino entre las manos—. Entonces la puerta de la cámara se abrió de par en par. El joven rey salió caminando a grandes zancadas. Yo nunca lo había visto, ni lo he visto después, tan enfadado, y tan asustado. Estaba lívido y tenía la frente y las mejillas cubiertas de sudor. Me enviaron de nuevo a mi diócesis. Mortimer murió en el Tyburn e Isabel fue desterrada al castillo de Rising, en Norfolk.

—¿Salió la reina alguna vez de allí? —preguntó Nicolás.

—De vez en cuando la sacaban, para los grandes eventos de Estado, pero el rey la vigilaba con celo. Colocó a sus mejores hombres de confianza en el castillo; amigos de infancia como Gervase Talbot, comandante del castillo. Durante veintiocho años, entre 1330 y su muerte el pasado mes de agosto, Isabel estuvo atentamente vigilada. ¿Sabíais que una compañía de arqueros, los mejores del reino, acampaba constantemente en los bosques que rodean el castillo de Rising?

—¿Qué ocurre allí ahora? —preguntó Nicolás.

—Ya no hay nada. Los criados de Isabel se han marchado y han retirado a los arqueros. Los espías del rey que estaban en Bishop's Lynn y Great Yarmouth, que informaban de los barcos que llegaban y partían, ya no son necesarios. —Burghersh sonrió con afectación—. Decidme pues, abogado, vos con vuestro astuto y misterioso rostro y vuestros taimados ojos, ¿cuál era el secreto?

—¿Es eso todo cuanto podéis contarme, señor? —preguntó Nicolás con frialdad.

Burghersh le tendió una huesuda mano a Nicolás para que se la besara.

—Sí, eso es todo. ¡Podéis retiraros!

Nicolás salió del palacio del obispo, recogió su caballo de las cuadras y se reunió con sus acompañantes en la taberna. Crabtree y Scathelocke estaban en la cervecería, bebiendo junto al fuego. Nicolás se sentó con ellos después de pedir un cuenco de carne y verdura. Un pinche le llevó la comida, que estaba fuertemente condimentada para disimular su ranciedad, y luego Nicolás les contó a sus acompañantes la reunión con Burghersh.

—Tenemos que ir al castillo de Rising —dijo Scathelocke cuando Nicolás terminó—. Si algo hemos descubierto, amo, es que esa vieja zorra ocultaba un gran secreto que aterraba a su hijo, el...

—¿Por qué la llamáis zorra? —le interrumpió Crabtree.

Nicolás miró con curiosidad a Scathelocke. Crabtree acababa de formular una buena pregunta. Scathelocke echaba chispas por los ojos.

—Tenía mala sangre —contestó el criado—. Su padre, Felipe IV de Francia, era un demonio del infierno. Seguro que volvió allí después de morir.

Crabtree miró a Nicolás y arqueó las cejas.

—Pero ¿qué vamos a averiguar en el castillo de Rising? —preguntó Nicolás entre bocado y bocado.

—Podemos escuchar los rumores que circulan por allí.

Nicolás se apoyó contra la chimenea y bebió de la jarra de espumosa cerveza que le había llevado el mozo.

—Iremos al castillo —decidió—. Y luego regresaremos a Londres. —Echó un vistazo a la taberna, un tanto nervioso.

—No, amo —murmuró Scathelocke—. Antes de que lo preguntéis, no nos sigue nadie. Al menos no aquí; quizá nos esperen fuera de las murallas.

Las palabras de Scathelocke resultaron ser proféticas. Salieron de Norwich a la

mañana siguiente temprano, después de desayunar unas buenas lonchas de panceta y jarras de cerveza. El tiempo pronto les hizo perder el interés por las revelaciones de Burghersh. La escarcha había endurecido el suelo y una densa bruma había entrado del mar, cubriendo los campos y ocultando el camino que se extendía hacia el este, hasta Bishop's Lynn y el castillo de Rising. Cuando se habían alejado unas millas de Norwich llegaron a un estrecho camino que, según aseveró Nicolás, los conduciría hasta una encrucijada donde se tomaba el camino más recto a Bishop's Lynn. Densos bosques flanqueaban el camino, y aunque el silencio y la niebla los entristecían, Nicolás y sus acompañantes no se alarmaron hasta que un tintineo de cota de mallas interrumpió bruscamente el silencio. Nicolás y Scathelocke desenvainaron las espadas. Crabtree, que no era dado a las pependencias, se puso a gimotear, asustado, hasta que Scathelocke le ordenó que se callara.

Nicolás siguió adelante, creyendo que aquel sonido era producto de su imaginación, cuando una fila de figuras encapuchadas apareció en medio de la niebla, cerrándole el paso. Las figuras se cruzaron en el camino como negros fantasmas. Armadas con espadas y lanzas, esperaron a que Nicolás y sus acompañantes se detuvieran y desmontaran. El corazón de Nicolás latía a toda velocidad, y fue el pánico lo que lo salvó. Puso el caballo al galope y se abalanzó sobre sus asaltantes, gritando y agitando la espada como si tuviera una larga experiencia en cargas como aquélla. Scathelocke lo imitó, mientras Crabtree gritaba hasta que estuvieron a punto de estallarle los pulmones. Sus asaltantes, sorprendidos, se quedaron allí plantados sin saber qué hacer, y Nicolás ya estaba entre ellos, asestando golpes a ciegas con la espada. Vio a uno de sus atacantes gritar de dolor y alejarse sujetándose el brazo. Otro se marchó tambaleándose, con la cara ensangrentada. Nicolás y sus acompañantes salieron a galope tendido.

Finalmente se apartaron del camino y se quedaron acariciando los caballos, atentos a los ruidos. Crabtree desmontó del caballo y, mientras recitaba una letanía de maldiciones, se puso a gatas y vomitó el desayuno. Nicolás desmontó también, comprobó que Crabtree no estaba herido y miró a Scathelocke, que seguía sentado en la silla de montar, como una roca.

—¿Quiénes eran? —susurró el abogado.

Scathelocke sacudió la cabeza.

—Nos siguieron. Esos cerdos debían de estar esperando que saliéramos de Norwich.

—¿Quién los habrá enviado? —preguntó Nicolás—. ¿El Guardián de las Puertas?

—¡No seáis estúpido! —Crabtree se levantó, secándose la boca con el dorso de la mano—. He pasado por entre esos cerdos con los ojos cerrados, pero con los oídos atentos. Uno de los heridos gritó algo en francés.

Nicolás notó que el corazón se le encogía. Cogió las riendas de su caballo y apoyó la cabeza contra el frescor del cuero de la silla de montar.

—¡Que Dios nos bendiga! —murmuró—. *Sir Amyas Petrie* y los poderes que él

representa nos persiguen. El Guardián de las Puertas también nos persigue. Y ahora los franceses.

Maldijo con tanta elocuencia que Crabtree se exclamó, admirado, ante aquel torrente de llamativos juramentos e insultos. Finalmente, Nicolás volvió a montar.

—¿Por qué nos han atacado los franceses? —preguntó Crabtree.

Nicolás se cubrió la cabeza con la capucha.

—No nos han atacado —dijo pensativo—. Hemos logrado escapar porque ellos creían que desmontaríamos. Querían hacernos prisioneros y averiguar lo que sabíamos. Después quizá nos habrían matado.

—Pero ¿por qué? —preguntó lastimeramente Crabtree.

—Se supone que eres un tipo astuto —dijo Scathelocke—, pero no distingues el codo del trasero. Hace diez días, dos franceses nos siguieron por toda la ciudad. A uno lo apuñalaron y al otro lo envenenaron. Al día siguiente, otros dos franceses se reúnen con maese Chirke en un alarde de amistad. Después los matan en un callejón. Seguramente los franceses nos consideran responsables de todas esas muertes.

—Sigamos cabalgando —les conminó Nicolás.

Salieron del bosque y volvieron al camino. Aquella noche la pasaron en un pequeño priorato donde unos benedictinos vestidos de negro les ofrecieron una hospitalaria recepción, comida sencilla pero sabrosa, y camas cómodas en unas celdas encaladas. Al día siguiente llegaron a Bishop's Lynn y se alojaron en el Rugido del Mar, una bulliciosa taberna donde marinos y pescadores del puerto de Hunstanton se codeaban con mercaderes y granjeros de las fértiles llanuras de Norfolk. El primer día lo dedicaron al descanso. Nicolás se quedó solo, reflexionando sobre lo que Burghersh le había contado y preguntándose qué secreto podía ocultar la palabra *paume*. ¿Por qué había encargado Mortimer una investigación especial en Oxford? Y ¿por qué Mortimer y su amante, Isabel, buscaban en los archivos del Tribunal Supremo?

Después de instalarse, se propusieron ganarse a los lugareños. Pese al constante flujo de viajeros, en sitios como el Rugido del Mar no se fiaban de los forasteros. Nicolás ordenó a Scathelocke y a Crabtree que no se dirigieran a los lugareños, que los observaban con desconfianza en la cervecería, y que esperaran a que fueran los lugareños los que se dirigieran a ellos. Finalmente, una noche, se mezclaron con un grupo de granjeros del lugar que estaban hablando de la reina Isabel. Al cabo de un rato, uno de ellos golpeó la mesa con el puño y soltó una diatriba brutal.

—¡Me alegro de que esa vieja zorra esté muerta! —exclamó—. Era avariciosa. Todo cuanto quería lo cogía. Cuando presentábamos nuestras facturas, nos decían que fuéramos al Tesoro de Londres. Y ¿quién de nosotros tiene tiempo para eso? —Miró a sus compañeros, que asintieron con la cabeza—. Y había otras *cosa* —añadió misteriosamente—. Los hombres de armas y los arqueros del rey que patrullaban por los caminos. Eran torpes como sólo pueden serlo los soldados, paraban nuestros carros y coqueteaban con nuestras mujeres.

—Y los oficiales del puerto —intervino otro—. Los aduaneros, los alguaciles revisándolo todo continuamente, desde los barcos de aprovisionamiento hasta los barcos de pesca.

—Y luego estaban los franceses —murmuró otro.

—¿Los franceses? —preguntó Nicolás.

—Es uno de los grandes secretos de Norfolk —contestó el granjero—. Muy pocos lo saben.

—Saber ¿qué?

El hombre dejó la jarra sobre la mesa y se acercó más a Nicolás. El abogado soportó con estoicismo la ráfaga de rancio olor a cebolla, queso y cerveza del aliento del granjero.

—Veréis; hace unos veinte años, tras la gran victoria marítima de nuestro rey en Sluys, una galera francesa se acercó a la costa por la noche y de ella desembarcaron unos soldados que atacaron el castillo. ¡Qué asesinatos tan espantosos! Las llamas iluminaban el cielo y los campos quedaron cubiertos de sangre. Los franceses fueron repelidos, pero a un coste muy alto. Había tantos cadáveres que tuvimos que cavar una zanja de seis pies de hondo, doce pies de ancho y más de un cuarto de milla de largo para enterrarlos. La veréis a la derecha del camino del castillo. Los cadáveres de los franceses y los de unos cuantos ingleses fueron arrojados a la zanja como si se tratara de una montaña de troncos.

—¿Por qué atacaron los franceses el castillo? —preguntó Nicolás.

—No lo sabemos, pero más tarde un arquero le dijo a mi primo que habían venido a buscar a la reina. Por mí, se la podían haber llevado, pero fueron repelidos.

—¿Fueron repelidos?

—Sí, y así acabó la historia.

—Y ¿qué ha sido del castillo? —preguntó Scathelocke.

—Está vacío como un cementerio, señor. Vacío como un cementerio. Podéis subir si así lo deseáis. Sólo quedan unos cuantos soldados y hombres de armas.

—¿Y los criados de la reina?

—Se han marchado. En cuanto enterraron a la reina, se acabó todo.

Nicolás les dio las gracias y pidió más jarras de cerveza. Cuando él y sus compañeros volvieron a su pequeña buhardilla, se prepararon para partir hacia el castillo de Rising a la mañana siguiente.

—¿Por qué creéis que vinieron los franceses? —preguntó Crabtree, adormilado, mientras se tumbaba en el jergón, tirando de unas pajas del delgado colchón.

—¿Quién sabe! —dijo Nicolás—. Pero sabían que la reina ocultaba algún secreto, y estaban dispuestos a derramar sangre por él. Por cierto, ¿qué significa la palabra *paume*? —Yo también lo he estado pensando —terció Scathelocke—. ¿Cómo podía utilizar Isabel esa palabra para amenazar a su hijo? —Sonrió tímidamente—. En Londres, cuando fui a hablar con mis amigos, me dijeron una cosa que me extrañó. El marido de Isabel, Eduardo II, está enterrado en la catedral de Gloucester bajo una

hermosa tumba de mármol de Purbeck. Sin embargo, su hijo, el rey actual, no aportó ni un solo penique para el santuario de su padre asesinado. Lo construyeron los monjes de Gloucester. Además, la mayoría de los reyes están enterrados en Westminster, pero Isabel y Mortimer no permitieron que llevaran el cadáver del rey allí.

—Qué lástima —dijo Crabtree—. Los funerales reales son un motivo de fiesta en la capital. Corre vino por las fuentes y, si te das prisa, puedes bajar a Westminster y recoger las sobras de los banquetes reales.

—¿Por qué no llevaron el cadáver del rey a Westminster? —preguntó Nicolás. Scathelocke se encogió de hombros.

—Es una vieja historia, pero algunos dicen que Eduardo logró huir del castillo de Berkeley y que se fue a un país mediterráneo.

—¡Que Dios nos asista! —susurró Crabtree—. ¿Insinúas que el rey no murió?

—Es posible —murmuró Scathelocke.

Nicolás cogió a su criado por el brazo.

—¿Dónde has oído eso?

Scathelocke se dio unos golpecitos en la nariz.

—¡Vamos, amo! Vos tenéis vuestros secretos, y yo tengo los míos.

Diálogo entre peregrinos

El magistrado hizo una pausa en su relato y fue a llenar de nuevo su vaso de vino. El resto de sus compañeros se quedaron mirándolo boquiabiertos. Hasta el discreto y alegre Chaucer lo contemplaba ahora con el entrecejo fruncido.

—¿Es eso cierto? —preguntó el vendedor de indulgencias—. Yo he estado en Gloucester y he rezado ante la tumba de mármol de Eduardo II.

—He oído esos rumores —intervino el fraile, interrumpiendo al bulero—. Al parecer, un miembro de nuestra orden dominica, Tomás Dunheved, junto con su hermano Esteban, lanzó un ataque contra el castillo de Berkeley a finales del verano de 1327.

—¿Qué sucedió? —susurró, emocionada, la priora.

—Según las historias, o al menos según cuenta una de ellas, los Dunheved consiguieron entrar en el castillo de Berkeley y liberar al rey. —Encogió los corpulentos hombros—. Pero podría tratarse de una leyenda.

—¿Qué fue de los Dunheved? —preguntó con agudeza el intendente.

El fraile se desperezó y dijo:

—Bueno, cuentan una historia. Los metieron en una cárcel, a ellos y a toda la banda.

—Y ¿los colgaron? —preguntó el administrador.

—Oh, no, murieron de una fiebre.

—¿Todos ellos? —preguntó el estudiante de Oxford.

—Sí, ya lo creo —contestó el fraile. Se ciñó el cordón alrededor de la gruesa barriga—. Ya lo creo.

—Es extraño —comentó el terrateniente— que murieran todos de una fiebre.

—Sí, y podría contaros más cosas.

Ahora el fraile se encontraba en su elemento. Miró fijamente al magistrado, pero este estaba enfrascado en sus propios pensamientos.

El fraile bajó la voz para decir:

—Tomás Dunheved, el dominico, era el confesor del viejo rey. Él estaba fuera del país cuando Isabel destronó a su marido. El viejo rey había enviado a Dunheved a Roma —bajó un poco más la voz— para obtener el divorcio de la reina Isabel.

—¡Tonterías! —terció el intendente—. La Santa Madre Iglesia no acepta el divorcio.

El fraile agitó los dedos con enojo.

—No me deis lecciones, señor. Conozco las leyes canónicas. El rey quería que anularan su matrimonio. Y ¿por qué sería, eh?

—Pero si el rey logró escapar —preguntó el bulero—, ¿quién es el que yace enterrado en la catedral de Gloucester?

—Yo estuve allí —dijo la viuda de Bath, con las mejillas ruborizadas y los ojos

brillantes a causa del aguamiel que había bebido—. No era más que una niña cuando mi padre me llevó. Habíamos oído los rumores sobre el asesinato de Eduardo II. No olvidéis que Bath está muy cerca de allí. —Se cruzó de brazos, encantada con aquellos cotilleos—. Todos habíamos oído decir que habían obligado al rey a ponerse boca abajo en el suelo, y que dos asesinos le metieron un atizador al rojo en las entrañas para matarlo sin dejar rastro de violencia en su cuerpo.

—Seguro que, por la expresión de su cara, se podía adivinar que no había muerto mientras dormía —la interrumpió el ujier.

La comadre de Bath intentó golpearle, pero el ujier esquivó ágilmente el golpe.

—¡No habléis mal de los muertos! —le reprendió la mujer—. Dicen que los espantosos gritos del pobre rey se oían a una milla de distancia. Pues bien, como iba diciendo, el cadáver fue colocado delante de la catedral de Gloucester en un ataúd abierto, con un griñón alrededor de la cara. Es posible —continuó la comadre de Bath— que la gente fuera y viera lo que esperaba ver, sin fijarse demasiado. Quizá no era Eduardo II. Y por eso —concluyó triunfante— la malvada Isabel no quiso que llevaran el cadáver hasta Westminster.

—Pero si el viejo rey huyó —insistió el bulero—, ¿por qué no lo hizo saber?

—Ah, yo puedo contestar esa pregunta —dijo la comadre de Bath con seguridad—. Dicen que intentó comunicarse con su hermanastro Edmundo de Kent. Mortimer se enteró y envió a Kent al tajo, y así terminó todo.

—¿Es ése el secreto? —preguntó Chaucer, o *sir* Topacio, como le gustaba hacerse llamar, desde su asiento junto a la chimenea, enfrente del caballero—. ¿Es ese el secreto, maese magistrado?

El saturnino magistrado sacudió la cabeza y sonrió.

—Entonces, ¿de qué se trata? —preguntó Chaucer.

El magistrado guiñó un ojo y bebió un sorbo de vino. Ahora el caballero se volvió hacia él con el semblante serio.

—¡Lo que estáis diciendo, señor, es traición!

—¿Traición? —preguntó el magistrado—. ¡Vamos, señor! Yo no conspiro contra nuestro noble rey ni comercio con sus enemigos. Lo único que hago es contar una historia y comentar ciertos rumores. —Se levantó y eructó—. Si así lo deseáis, puedo interrumpir aquí mi relato, porque no puedo contároslo todo.

Sus palabras fueron recibidas con un coro de desaprobación.

—Cierto, cierto —murmuró el caballero—. Al fin y al cabo, esto no es más que una historia, ¿no es así?

—Por supuesto —contestó el magistrado mirando a la priora.

La priora se revolvió, incómoda, en la silla y empezó a acariciar su perrito faldero.

—Quisiera haceros una pregunta —dijo en voz baja.

—Preguntadme lo que queráis, señora.

—¿Por qué no fue el abogado a visitar a la mujer que amaba? —La priora se

encogió de hombros con elegancia—. Ciertamente, ella se había casado con su hermano. — Levantó la cabeza, y el magistrado vio que tenía los ojos empañados de lágrimas—. Pero ambos se habrían alegrado de verlo.

El magistrado realizó una leve inclinación de cabeza.

—Señora, una pregunta pertinente y elocuentemente formulada, pero hay cosas que es mejor dejar ocultas, estanques de nuestra alma que es mejor no remover. — Esbozó una sonrisa y añadió—: Quizás el héroe de mi relato estuviera demasiado dolido. Después de todo, como vos bien sabéis, señora, el corazón sólo soporta una determinada cantidad de penas.

El poeta Chaucer, al ver todo aquello, entrecerró los ojos y se volvió discretamente hacia el caballero.

—¿Creéis que esta historia es verídica? —susurró.

El caballero dio unos golpecitos en la empuñadura de su daga y levantó la cabeza.

—Maese Chaucer, ¿no os habéis dado cuenta de que la mentira no existe, y que sólo existe la verdad ligeramente alterada?

Chaucer sonrió, se levantó y se acercó al magistrado.

—Señor, Harry el tabernero os llenará el vaso una vez más. Continúad, os lo ruego, vuestro intrigante relato.

Parte V

CAPÍTULO I

A la mañana siguiente, Nicolás y sus acompañantes partieron hacia el castillo de Rising, situado sobre una colina, rodeado por una alta loma y un profundo foso. Cruzaron el puente levadizo y entraron en el palenque. Ante ellos se alzaban la torre de entrada y la muralla del patio del castillo, protegida por otro profundo foso. La enorme torre del homenaje cuadrada se alzaba amenazadora ante ellos.

—Inexpugnable —murmuró Scathelocke—. No me extraña que los franceses fracasaran. Hemos pasado junto a la zanja donde enterraron a los soldados —añadió—. Ahora está cubierta de hierba.

Nicolás echó un vistazo al palenque. Estaba desierto, salvo por algún perro mestizo que revolvía en busca de comida y algún pollo flacucho. Los cobertizos y dependencias estaban vacíos y descuidados. Las herrerías estaban en silencio, las cuadras abiertas y la paja que había dentro podrida. Tras cruzar el segundo foso, y atravesar la gran torre de entrada para entrar en el patio, Nicolás se dio cuenta de lo que había pasado. Aquí había más movimiento; había soldados apoyados contra el muro, niños persiguiendo gansos y patos cuyos gritos quedaban ahogados por los golpes de martillo del herrero.

—Han reducido la guarnición del castillo —dijo Nicolás—. Ahora viven dentro del patio.

Desmontaron y le arrojaron las riendas a un mozo de cuadra. Un criado, sucio y sin afeitar, los condujo, apartando a patadas a niños y perros, por la ancha escalera de piedra al interior de la torre del homenaje.

—¿Quién manda aquí? —preguntó Chirke.

—Ralph Aston —contestó el criado con un acento que a Nicolás le costaba entender—. Ahora que ha muerto la reina, queda muy poca gente.

Los acompañó a la gran sala de la primera planta. La habitación era lúgubre, desprovista de muebles y tapices, fría y deprimente. La única fuente de calor era un débil fuego que intentaba prender los troncos, verdes y llenos de savia, que había en la chimenea.

Encontraron a Aston en su estudio, más allá de la gran sala. Era un hombre alto y colérico, con el cráneo, calvo y cubierto de verrugas, salpicado de mechones de grasiento cabello. Apenas levantó la cabeza cuando ellos entraron, y siguió escribiendo con la pluma sin hacerles demasiado caso.

—¿Maese Aston?

El individuo levantó la cabeza y se secó la nariz con un sucio puño.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—No queremos nada —respondió Nicolás con enojo—. ¡Hemos venido por orden del rey! —Se presentó y presentó a sus acompañantes.

El rostro de Aston palideció. Soltó la pluma y se puso en pie.

—Disculpadme —murmuró—. Pero tenemos visitas de gente que viene a curiosear el lugar donde vivía la reina. ¿Queréis un poco de vino? Los cocineros todavía tienen que encender los hornos, pero...

Nicolás negó con la cabeza.

—¡Sentaos! ¡Sentaos! —murmuró Aston. Recorrió la habitación acercando banquetas—. ¿A qué habéis venido? —preguntó.

Nicolás estaba deseando que Aston se sonara la nariz. Intentó no mirar los mocos que se le estaban acumulando en el labio superior.

—Para ver las cosas de la reina —dijo Nicolás.

Aston mostró las palmas de las manos.

—No queda nada, maese —se lamentó—. Podría llevaros a ver las cámaras y los aposentos privados, pero no queda nada, nada. —Inspiró hondo y añadió—: La reina vivía aquí con gran lujo, pero una semana después de su muerte el rey envió carros desde Norwich. Cargaron en ellos todas sus posesiones: tapices, colgaduras, alfombras, muebles, cofres y arcas, libros, documentos y manuscritos. Desapareció todo en un solo día.

—¿Estabais vos aquí cuando vivía la reina? —preguntó Nicolás.

—Yo era mayordomo —contestó Aston—. Éramos muchos; la reina tenía un gran séquito. Ahora se han marchado todos. Algunos fueron a Gascuña, otros a Francia, y unos cuantos entraron en monasterios y conventos de monjas. A los funcionarios reales les asignaron puestos por todo el país, en ciudades tan lejanas como Dover y Carlisle.

—Decidme —dijo Nicolás haciendo un esfuerzo para mirar a Aston—, ¿cómo era la reina?

—Yo no la veía mucho. Era alta, de semblante serio, e iba vestida como una monja, aunque sus ropajes eran caros. Los criados la llamaban «la Emperatriz». Era autoritaria y gobernaba el castillo de Rising con la misma severidad con que cualquier barón gobernaría su feudo. Todo tenía que ser de la mejor calidad.

—¿Estabais aquí cuando los franceses asaltaron el castillo? —preguntó Scathelocke.

—Oh, sí —dijo Aston con tono burlón—. Pero los mataron a todos antes de que llegaran a la torre de entrada. Uno no se da cuenta de lo fuerte que es el castillo de Rising hasta que está dentro.

Nicolás frunció el entrecejo y preguntó:

—Y ¿por qué lo atacaron?

Aston se mostró sorprendido.

—Buena pregunta, maese abogado. ¿Podéis contestarla?

Nicolás sonrió y se encogió de hombros.

—Sólo puede haber una respuesta. Los franceses debían de estar enterados de las altas murallas y torres, de los profundos fosos, de la fortificada puerta de entrada y de la numerosa guarnición.

—¿Y? —dijo Aston inclinándose hacia delante.

—Los castillos se pueden tomar por la fuerza o furtivamente —dijo Nicolás siguiendo con su argumento—. ¿Hay poternas en el castillo?

Aston asintió con la cabeza.

—Sí, hay una en el sudeste, y otra en el sudoeste.

—En ese caso —prosiguió Chirke—, los franceses debían de esperar recibir ayuda desde el interior del castillo. Como no recibieron esa ayuda, su ataque fue repelido.

—¿Queréis decir ayuda de la reina?

—De la reina o de alguno de sus criados.

—¡Que Dios nos asista! —susurró Aston—. Pero por otra parte, ella estaba deseando regresar a Francia.

—¿Vos lo oísteis personalmente? —preguntó Crabtree, cruzándose de brazos, pues la habitación se estaba enfriando.

—Oh, sí, eso era lo que se rumoreaba abajo. Dicen que hace diez años el rey francés pidió que enviaran a Isabel a Francia para trabajar por la paz entre Inglaterra y Francia. —Aston se frotó las manos—. Pero nuestro rey era demasiado testarudo. Nunca dejó marchar a su madre.

—¿Tan evidente era? —preguntó Scathelocke.

—Sí, por supuesto. El rey solía venir aquí de visita. Se mostraba muy generoso con su madre, pero Isabel nunca salía del castillo de Rising. —Aston frunció los labios—. De vez en cuando le permitían peregrinar a Walsingham, pero siempre con escolta militar: arqueros y hombres de armas a caballo.

Chirke escuchaba sin prestar demasiada atención, intentando no ver la nariz de Aston. Se quedó mirando el trozo de manuscrito que había bajo el pergamino en el que Aston había estado escribiendo. Le recordó la casa de Berisford y la muerte de Mawsby. Sintió un escalofrío de miedo. Berisford, un homosexual que ocultaba bien sus secretos, era juez. Mawsby, cuyas tendencias sexuales quizá fueran parecidas, sólo era un escribano.

—¿Maese Chirke?

Nicolás levantó la cabeza.

—Maese Chirke —repitió Aston—, ¿qué queréis saber?

—¿Cómo murió la reina? —se apresuró a preguntar Chirke.

—Murió de la peste. Llevaba varios días acostada en su cámara, y un día no despertó. Vistieron su cadáver con las túnicas de las monjas clarisas. Lo colocaron en un ataúd y empezaron los funerales.

—¿Y Vallenge?

Aston sonrió amargamente.

—¡Oh, el muchachito! Era el favorito de la reina, y se empeñó en preparar el cadáver de su dueña. —Aston aspiró por la nariz—. Nadie puso objeciones. La reina había muerto de la peste, y el escudero era su favorito. «Vallenge esto, Vallenge lo

otro»; lo enviaba continuamente a Londres, Windsor, Sheen y Nottingham, siempre vestido como un petimetre.

—Y ¿cuándo se marchó Vallenge?

—Se fue con el ataúd. Lo acompañó hasta Londres. ¿Por qué lo preguntáis?

Chirke se limitó a sacudir la cabeza y volvió a mirar el manuscrito, evitando las miradas de curiosidad de Scathelocke y Crabtree.

—¿Ocurrió algo extraño —preguntó Nicolás— durante la estancia de la reina en el castillo?

—Veréis, yo sólo estuve aquí un tiempo. La rutina del castillo estaba bien establecida. —Aston miró hacia la puerta como si estuviera deseando que sus visitantes desaparecieran—. No, no ocurrió nada extraño. Nada en absoluto. —Tamborileó con los dedos en la mesa para manifestar su impaciencia—. ¿Deseáis ver algo, caballeros? —Los miró y añadió—: ¡Oh! —Se llevó los dedos a los labios—. Maese Chirke, antes preguntabais por la reina. Sí, le gustaba jugar.

—¿Jugar a qué?

—Veréis, el castillo estaba gobernado por una sucesión de caballeros, hombres de confianza elegidos por el rey. Los cambiaban con regularidad, cada tres o cuatro años, por si alguno trababa demasiada amistad con la reina. Al fin y al cabo, ella era una mujer muy persuasiva.

—¿No hablabais de juegos? —insistió Nicolás.

—Sí, bien; al parecer la reina odiaba a esos candidatos reales y le encantaba hostigarlos. De vez en cuando se escondía.

—¿Se escondía? —exclamó Nicolás.

—Sí, de pronto desaparecía de sus aposentos; lo hacía con cierta frecuencia en los meses anteriores a su muerte. Se armaba un gran revuelo en el castillo, soldados y criados correteaban de un lado para otro y enviaban angustiados mensajeros al campo. Y, cuando menos lo esperaban todos, la reina reaparecía. Había estado paseando tranquilamente por alguna galería o algún pasillo, disfrutando del caos y la confusión que había creado.

Afortunadamente, Aston dejó de hablar para secarse la nariz con la manga del jubón.

—Oh, «la Emperatriz» sabía lo que hacía.

—¿Cuánto duraban esos juegos? —preguntó Crabtree.

—Una mañana o una tarde. En una o dos ocasiones la reina no apareció hasta entrada la noche, tras haber desaparecido la noche anterior. Le encantaba fastidiar a sus vigilantes.

—Pero ¿dónde podía esconderse? —preguntó Nicolás.

—El castillo de Rising es como una conejera, maese Chirke —dijo Aston mostrando las palmas de las manos—. Está lleno de escondrijos y rincones. Creedme, si os perdierais, sobre todo ahora que está tan desierto, podría costarme un día y medio encontraros.

Nicolás asintió con la cabeza y se frotó los brazos.

—Dios mío, Aston —murmuró—, qué frío hace.

Aston se levantó y acercó un brasero de carbón. Crabtree adelantó su banqueta, casi derribando a Nicolás, para acercar las manos al calor del brasero.

—Sí, la reina era toda una señora —continuó Aston—. Y en cambio, otras veces la encontrabas en la capilla, arrodillada en su reclinatorio, piadosa como una monja. En fin, ahora ya ha terminado todo. ¿Os gustaría que os enseñara el castillo?

Nicolás negó con la cabeza.

—No, no os molestéis. Mis compañeros y yo podemos dar una vuelta solos.

Aston asintió con vigor. Nicolás, aliviado de deshacerse de Aston y de sus sucios modales, volvió a la lúgubre sala contigua.

—¿Qué os ha parecido? —murmuró a sus criados.

Crabtree examinó la sala vacía. Se fijó en las telarañas y en los vacíos que habían quedado en las paredes después de que retiraran los tapices y las colgaduras.

—¡Que Dios nos ampare, amo! Este castillo debía de ser un verdadero infierno.

—Vamos a verlo con nuestros propios ojos —sugirió Scathelocke—. Aston puede lamentarse de que ya no queda nada, pero nunca se sabe.

—¿Y si no encontramos nada? —protestó Crabtree—. Tengo frío, amo, y hambre, y me duele el trasero de tanto cabalgar. Estoy harto del campo. Hace un frío del demonio y estos campesinos son como espantapájaros. Quiero volver a Londres.

Nicolás sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—La virtud es en sí una recompensa, maese Crabtree, y éste es tu período de virtud más largo desde que saliste del vientre de tu madre.

—Ah, pero ¿tenías madre? —preguntó Scathelocke con sarcasmo.

—¡Y padre! —dijo Crabtree con enojo—. ¡Cosa que no todo el mundo puede decir!

Se enzarzaron ambos en una inocente discusión, hasta que Nicolás les dijo que se callaran e iniciaron la visita a la fortaleza. Aston tenía razón: el castillo de Rising era como una tumba. Las cámaras estaban vacías y oscuras; en las galerías y pasillos reinaba un ambiente frío y lúgubre. De vez en cuando, en los aposentos privados de la reina, captaban resquicios de una antigua grandeza: había cornisas doradas y, en algunas paredes, imponentes cuadros que representaban a todo color escenas de la Biblia. Sin embargo, el castillo estaba vacío, pues los proveedores reales se lo habían llevado todo.

—No se dejaron nada —murmuró Nicolás—. Si hubieran podido levantar las paredes, también se las habrían llevado.

Subieron y bajaron escaleras y entraron en diferentes habitaciones. De vez en cuando se encontraban con algún criado o soldado, pero cuando les pedían que les indicaran el camino, ellos contestaban sin mostrar demasiado interés.

—No me extraña que la reina jugara al escondite —comentó Crabtree curioseando en una oscura alcoba—. Buscarla aquí debía de ser como buscar una

aguja en un pajar. Este castillo está lleno de trampas, escondrijos y rincones.

Nicolás asintió con la cabeza.

—Es como el gran secreto de la reina —dijo. Se detuvo ante la capilla del castillo—. Y os diré una cosa, queridos compañeros. He tomado una decisión. Cuando regresemos a Londres, iré a ver a *sir* Amyas Petrie. Le contaré lo que sé, le diré que la tarea que me encomendó supera mis capacidades y, si no le gusta, que se fastidie.

Crabtree esbozó una amplia sonrisa, pero a Scathelocke pareció no agradarle la noticia. Nicolás no le prestó atención. ¿Para qué seguir con aquella investigación?, pensó mientras abría la puerta de la capilla. Tomaran el camino que tomaran siempre llegaban a un callejón sin salida. Entró en la capilla y echó un vistazo al oscuro lugar. Todas las ventanas estaban cerradas.

—Por lo visto, Aston no es un hombre de oración —observó, y sus palabras resonaron en la hueca estancia—. Enciende esas antorchas, Crabtree.

El astuto bribón obedeció, y la capilla se iluminó, cobrando vida. Crabtree miró alrededor.

—Qué grande —murmuró.

Intentó recordar las vueltas que habían dado por el castillo y llegó a la conclusión de que la capilla debía de estar en la planta baja, al fondo de la gran torre del homenaje. Una sencilla reja de madera labrada separaba el presbiterio de la nave. A través de ella Nicolás divisó unos escalones y un altar elevado. El viento movía los postigos de las ventanas, y agitaba las llamas de las antorchas, que proyectaban temblorosas sombras en las paredes y en el suelo. Era un lugar austero y desnudo, sin muebles, con la excepción de una silla de respaldo alto con un banco a cada lado, colocada delante de la reja.

—Debía de sentarse allí —murmuró Nicolás. Sonrió. Oía a Crabtree en el presbiterio; seguramente andaba buscando algo valioso que robar. Nicolás miró con curiosidad a Scathelocke, que se había quedado de pie, apoyado en la puerta.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Es fantasmal —murmuró Scathelocke—. Es misterioso. Aquí hay una presencia maléfica.

En ese instante se oyeron unos golpes en la puerta, y a Nicolás le dio un vuelco el corazón. Scathelocke se volvió y abrió la puerta. Una anciana entró en la capilla. Llevaba una túnica gris y polvorienta; su arrugado y amarillento rostro lucía una sonrisa desdentada que parecía extenderse de oreja a oreja; tenía el cabello gris, lacio y grasiento. A la luz de las antorchas, Nicolás vio la mirada frenética de sus ojos. Le caía saliva de la boca, y la mujer intentaba recogerla con la lengua.

—¡Bueno, bueno! —dijo la mujer con voz aguda. Miró a Nicolás, que intentó no estremecerse a causa del rancio olor que desprendía la anciana—. ¡Bueno, bueno! —repitió la arpía—. Hombres del rey, ¿no? ¿Qué hacéis aquí? —Se rascó la mejilla con las sucias uñas mientras miraba alrededor—. ¡Fantasmas! —dijo, repitiendo las palabras de Scathelocke—. ¡Por aquí hay fantasmas!

—¿Fantasmas, madre? —preguntó Nicolás.

La vieja bruja lo miró de reojo, con una astuta sonrisa en el rostro.

—Sí, sí, fantasmas. Nunca veréis a ningún soldado por aquí. Al menos, no desde que murió la reina. Dicen que han visto su fantasma paseándose por esta capilla.

La arpía empezó a imitar a la reina, paseando arriba y abajo, con los hombros hacia atrás, girando la cabeza a derecha e izquierda mientras se retorció las manos.

—Así solía hacer ella —cacareó la mujer regresando junto a Nicolás—. Arriba y abajo, arriba y abajo, por las galerías o aquí, en la iglesia. —Bajó la voz y añadió—: Le encantaba esta capilla. ¡Dios sabe por qué! ¡Dios sabe por qué! Ahora está muerta, como todos los grandes. Sólo queda la pobre Inés, que lava la ropa y friega la trascocina. Sí, todos los grandes se han ido.

Y, sin decir más, la anciana dio media vuelta y salió por la puerta.

Crabtree, que había estado observando la pantomima desde el presbiterio, se acercó y sonrió a Scathelocke.

—¿Es una de tus amantes?

Scathelocke hizo un gesto grosero con el dedo corazón.

—¡Coged las antorchas! —ordenó Nicolás.

Cogió una él mismo, bajándola del herrumbroso candelabro. Se adentró en la capilla, en la que sólo había un enorme crucifijo con la angustiada figura de Cristo. Luego volvió a la oscura nave. Entonces se dio cuenta de que la capilla estaba más decorada de lo que le había parecido al principio. Algún hábil artista, probablemente un pintor de corte contratado por la reina, había cubierto las paredes de la nave con llamativas escenas de la Biblia y de las vidas de los santos. Muchos santos eran franceses. La reina, recordando su infancia en Francia y los orígenes de su familia, había pedido al pintor que se concentrara en su santo antepasado, Luis IX. Muchas de aquellas escenas se referían a la vida de ese rey santo. De vez en cuando Nicolás se paraba y las examinaba. Comprobó que la mayoría eran copias de cuadros de Le Sainte Chapelle de París, que él había visitado muchos años atrás. Crabtree se le acercó. Se detuvieron ambos ante el cuadro de un hombre decapitado que llevaba su cabeza en una bandeja de plata.

—¿Quién es ese, amo?

—San Juan Bautista —dijo Nicolás distraídamente—. ¡Vamos, Scathelocke! Aquí no hay nada interesante.

Salieron de la capilla, recogieron sus caballos de las cuadras y regresaron al pueblo.

Crabtree y Scathelocke todavía se tiraban pullas, intentando asegurarse una ventaja. Crabtree seguía insistiendo en que la vieja arpía que habían conocido en el castillo haría buena pareja con Scathelocke. Nicolás escuchaba sus chanzas sin prestar demasiada atención, mientras los tres se sentaban en la cervecería y pedían una cena a base de potaje de buey y verdura, pollo hervido relleno de uvas y una botella de vino. En la cervecería se estaba caliente; en la chimenea había un buen

montón de troncos y las llamas ardían con fuerza. Iban llegando viajeros. Crabtree se puso a coquetear con una joven priora ataviada con una costosa túnica gris de lana, y la hermosa cara enmarcada por un griñón almidonado de un blanco brillante. Nicolás también observó a la mujer. La capucha y el griñón casi le ocultaban las facciones, pero alcanzó a ver unos ojos de paloma y unos labios carnosos y rojos como una rosa. Se preguntó qué motivos podía tener una mujer así para entrar en una orden religiosa. A juzgar por los preciosos anillos que llevaba en los dedos y su delicada forma de comer, dedujo que era alguna joven noble que se ocultaba del mundo. La priora hablaba discretamente con su acompañante, una mujer delgada y austera que llevaba la misma túnica, seguramente su protectora o una de las dignatarias del priorato que la joven dirigía. Parecía cautivada por la alegre sonrisa de Crabtree, y no puso objeciones cuando éste cruzó la cervecería y se sentó a su lado, iniciando al poco rato una conversación con ella.

—¿Os apetece un poco de vino? —preguntó Crabtree—. ¿Una servilleta limpia? ¿Cómo habéis encontrado los caminos? ¿Adonde os dirigís?

—Al priorato de Saint Austen, en las afueras de Kenilworth.

—Ah, sí —dijo Crabtree—. Un lugar hermoso; la piedra es de color miel y sus praderas las mejores del condado.

Nicolás lo observaba divertido. Scathelocke, en cambio, no disimulaba su desagrado.

—Es un idiota, amo —susurró—. Seguramente la priora le hará pagar su comida y luego se lo sacará de encima.

Dicho esto, el criado se levantó y golpeó el suelo con los pies, gruñendo algo sobre los caballos y sobre la necesidad de acostarse temprano. Nicolás pidió otro vaso de vino, salió de la cervecería y regresó a su habitación. Se quedó un rato junto a la ventana, contemplando desde allí el patio de las cuadras, donde empezaba a reunirse una densa bruma arrastrada hacia el interior por la fría brisa nocturna. La niebla amortiguaba los sonidos y convertía las antorchas de los mozos de cuadra y los criados en pequeños puntos de luz.

Más allá se extendían los caminos que cruzaban los páramos hacia Norwich. ¿Debía regresar?, se preguntaba Nicolás. ¿Debía visitar la mansión de sus padres? Quizá Roberto y Beatriz se alegraran de verlo. Quizá su hermano, astuto y sagaz, pudiera darle algún sabio consejo referente a su misión. ¿O debía regresar a Londres, ir a ver a *sir* Amyas Petrie y confesarle que la misión lo superaba?

Suspiró, dejó el vaso de vino en la mesa y se tumbó en la cama. Se quedó escuchando los ruidos procedentes de la cervecería: el ruido de platos, los gritos de los pinches, los murmullos de la gente, alguna carcajada. Dejó que su mente vagara hasta aquel solitario y sombrío castillo, sus galerías desnudas de piedra gris y su vacía y triste capilla. ¿Qué sabía la reina que tanto asustaba a su hijo? ¿Por qué estaba Vallenge tan decidido a huir del reino y regresar a Francia?

Nicolás se frotó la cara.

—Una galera veneciana —murmuró—. Una galera veneciana lo iba a llevar a un puerto francés. ¿Por qué una galera? ¿Por qué una galera?

—¿Habláis solo, amo?

Nicolás se sobresaltó. Scathelocke estaba plantado en el umbral.

—He ido a ver los caballos. Están almohazados y han comido. Nuestras sillas de montar están guardadas y el granuja de Crabtree sigue coqueteando con la priora. — Scathelocke acercó una banqueta y se sentó junto a su amo, que seguía tendido en la cama—. ¿Qué pasa con la galera veneciana?

—Me preguntaba por qué quería Vallence huir del reino en una galera.

Scathelocke se encogió de hombros.

—¿Es un barco rápido?

—Sí, pero una *kogge* real podría hundir una galera, suponiendo que un buen viento inflara sus velas.

—¿Qué queréis decir, amo?

Nicolás se frotó los ojos.

—No lo sé —admitió—. Y hay otra cosa. En el estudio de Aston vi algo que me recordó a Mawsby, el escribano que se ahogó en un estanque de carpas. Mawsby había estado escribiendo algo. Seguramente lo mató esa mujer, Belladona, pero es posible que Mawsby ya hubiera escrito la carta. Quizá Mawsby había escrito precisamente a la persona que envió a Belladona a matarlo. Y ¿quién podría ser?

Scathelocke sacudió la cabeza y empezó a desabrochar los cordones de su jubón de piel. Nicolás contempló el sencillo crucifijo que colgaba en la pared de la cámara. Recordó los cuadros que había visto en la capilla del castillo de Rising.

—Qué raro —murmuró—. He visto cuadros de San Juan Bautista, o mejor dicho de su cabeza en una bandeja, llevada por Salomé, pero nunca había visto uno del santo decapitado llevando su propia cabeza. —De pronto abrió la boca—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Oh, Scathelocke! —Bajó las piernas de la cama.

—¿Qué pasa, amo?

—No era san Juan Bautista —dijo Nicolás—. Era san Denis. ¿Conoces esa leyenda? Verás —continuó sin esperar a que su criado contestara—, san Denis es el patrón de París, un mártir que, tras ser decapitado por los paganos, recogió su propia cabeza y fue andando a Montmartre, donde ahora se alza la gran abadía construida en su honor. —Nicolás se levantó—. Scathelocke, san Denis es el santo patrón de la monarquía francesa. Vallence dijo que san Denis guardaba un gran secreto. ¿No lo entiendes? —continuó, emocionado, mientras Scathelocke lo miraba con gesto inexpresivo—. Nosotros creíamos que Vallence iba a huir a Francia en una galera veneciana, llevándose el secreto con él. ¡Pero estábamos equivocados! El secreto sigue en el castillo de Rising, en algún rincón de esa capilla, y el cuadro de san Denis tiene la clave.

Scathelocke se rascó la barba.

—Sí, por eso necesitaba una galera —dijo con aire pensativo—. Porque sólo una

galera podría entrar en las pequeñas calas de la costa de Norfolk.

—¡Exacto! —gritó Nicolás—. Ese era el plan de Vallence. No iba a Francia, sino que volvía al castillo de Rising para recoger el secreto escondido en esa capilla.

—Pero ¿por qué le diría a Berisford lo que le dijo? —preguntó Scathelocke.

Nicolás se rascó la cabeza.

—No lo sé, pero mañana por la mañana, id al pueblo y comprad picos y palas y un saco de piel para meterlos. ¡Volveremos al castillo de Rising!

Estaba entusiasmado.

—Nadie nos molestará —dijo mirando por la ventana—. Esa torre no es más que un mausoleo vacío. Las historias sobre el fantasma de la reina ahuyentan a la gente.

Volvió a tumbarse en la cama y se quedó mirando las vigas, reflexionando sobre lo que había descubierto y jurándose que, si la búsqueda del día siguiente resultaba infructuosa, abandonaría definitivamente aquella misión. Empezaron a pesarle los párpados y se quedó dormido. Cuando se despertó, unas horas más tarde, Scathelocke estaba acostado en su jergón, murmurando en sueños. Crabtree, que al parecer estaba borracho como una cuba, estaba repantigado en la única silla que había en la habitación, con la cabeza hacia atrás, la boca abierta, roncando como un cerdo. Nicolás se levantó y lo trasladó, pese a sus protestas, de la silla al jergón. Crabtree entreabrió los ojos.

—¡Hermosa! —murmuró—. ¡Hermosa como el amanecer!

Nicolás sonrió y lo tapó con una manta.

—Deberías dejar en paz a la priora. Que duermas bien. Mañana volveremos al castillo de Rising. Scathelocke te dirá lo que tienes que hacer.

Chirke volvió junto a la ventana y miró hacia el patio de las cuadras, cubierto de niebla. Pensó de nuevo en Mawsby escribiendo una carta, la carta que quizá le causó la muerte. Una breve nota, lacrada y sellada. El escribano debió de contratar a un muchacho, pero ¿a dónde habría enviado la carta? «Debió de contratar un mensajero —razonó Chirke—, y luego esperó una respuesta. ¡Y la tuvo! Belladona, la hermosa cortesana, llamó a su puerta. Mawsby la abrió y dejó entrar a la asesina. Pero ¿a quién iba dirigida la carta?» De pronto Chirke se quedó helado.

—¡Imposible! —murmuró—. ¡Oh, no, no puede ser! —Se incorpora en la cama—. ¡Oh, Dios mío! —susurró—. Pase lo que pase, que Dios me proteja.

En otra cámara de la misma galería, la priora y su acompañante, ahora sin túnica y sin griñón, se calentaban las manos sobre un plato de carbón.

—Todo un cortesano —murmuró la mayor de las dos.

La priora, más conocida como la cortesana Belladona, flexionó los dedos y sonrió.

—Y un gran charlatán —añadió su acompañante.

—Como la mayoría de los hombres —murmuró Belladona—. Mañana, cuando averigüemos a dónde se dirigen, decidiremos.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente volvieron al castillo de Rising, mucho antes de que se levantara la niebla y de que los gallos, ávidos de amanecer, empezaran a cantar. Nadie les prestó atención. En el castillo no quedaban objetos de valor, y los amargos recuerdos que había dejado allí la larga estancia de la reina habían matado toda curiosidad. Aston los recibió sin excesiva cortesía. Ni siquiera se molestó en preguntar qué era el saco en que Crabtree llevaba las palas y los picos que le había prestado el tabernero de El Rugido del Mar.

Se dirigieron los tres a la capilla. Crabtree dejó el saco en el suelo.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Nicolás—. Esas herramientas no son nuestras.

—Debimos comprar unas en el pueblo como sugeristeis —replicó Crabtree.

—Eso nos habría hecho perder tiempo —dijo Nicolás—. Y cuanto antes empecemos, mejor.

Entraron en la desolada capilla y cerraron la puerta tras ellos. Scathelocke sacó un pedernal y encendió las antorchas; y la nave, sobre todo la zona del cuadro de san Denís, quedó iluminada. Nicolás examinó la pared, pero el enladrillado era firme y seguro. Luego se fijaron en el suelo; estaba cubierto de polvo y suciedad, y parecía que no lo hubieran barrido desde hacía años. No encontraron nada, ni una grieta, ni un agujero. Nicolás, desengañado, maldijo en voz alta. Crabtree le recordó con mojigatería que estaban en una iglesia.

—Lo que estamos haciendo ya es una blasfemia —dijo Nicolás.

Se agachó y contempló toda la longitud de la nave. Empezó a examinar el suelo metódicamente, avanzando a cuatro patas. Al cabo de unos minutos se detuvo, sacó su daga y empezó a rascar la argamasa entre dos losas. Pero la argamasa estaba dura como la roca, y Nicolás desistió. Scathelocke y Crabtree se reunieron con él.

—¡Mirad, amo! —exclamó Scathelocke.

Cogió una antorcha y dio unos pasos por la nave. Nicolás lo siguió. Lo que Scathelocke había descubierto era una pequeña reja en la esquina de una losa.

—¡Y aquí hay otra! —exclamó Crabtree.

Chirke miró alrededor del charco de luz que arrojaban las antorchas.

—Aquí debajo hay una especie de sótano —murmuró Nicolás—. Pero ¿cómo entramos?

Los tres se pusieron a gatas, sujetando las antorchas en alto. Nicolás se detuvo al ver una junta de argamasa que parecía más fresca que las otras. Se puso a rascar.

—¡Aquí está la entrada! —exclamó—. ¡Mirad!

Acercó la chisporroteante antorcha de brea al suelo para iluminar una losa que era diferente de las demás. Aunque parecía estar apretada contra las losas vecinas, la argamasa que la rodeaba estaba suelta y arenosa, y la losa, pese a ser muy pesada, podía levantarse, como una trampa. Debajo había una cavidad negra. Nicolás bajó la

antorcha. La débil luz le permitió ver unos escalones de piedra.

—¡Sígueme, Scathelocke! —ordenó—. ¡Crabtree, quédate aquí!

Bajó los escalones. Scathelocke lo siguió con cautela. Al llegar abajo Nicolás levantó la antorcha y contuvo un grito. Nunca olvidaría lo que vio a la vacilante luz de la antorcha. Había una mesa, una silla, un reclinatorio, un pequeño cofre, un cesto de mimbre y una cama. Sobre la cama yacía el esqueleto de una mujer, vestido con lujosas ropas. La carne se había marchitado, la nariz estaba podrida, y del cráneo colgaba una melena de cabello lacio. La boca abierta y sin dientes parecía sonreírles. Scathelocke dejó caer la antorcha, cruzó los brazos sobre el vientre y se agachó apoyándose contra la pared.

—¿Qué es eso, amo? —preguntó.

Nicolás se acercó a la cama, tapándose la nariz, porque el cadáver desprendía un hedor insoportable. Examinó el esqueleto minuciosamente. Tenía joyas en los dedos, un brazo cruzado sobre el pecho, y el otro colgando junto a la cama. Nicolás se agachó. Cogió el vaso y la pequeña jarra que había en el suelo, junto a la cama, y los olió.

—¿Va todo bien? —preguntó Crabtree desde arriba.

—Sí —contestó Nicolás. Miró alrededor y se fijó en los diversos objetos. Sobre el reclinatorio había un libro de horas. El cesto de mimbre debió de contener comida y vino. Abrió el pequeño cofre, pero sólo encontró algunos dijes: un broche y un collar. En un rincón, bajo una de las rejas, había una pequeña letrina que seguramente desaguaba en el foso. Volvió junto a la cama y examinó de nuevo el esqueleto.

—¡Vamos, Scathelocke! —gritó—. No tenemos mucho tiempo.

Scathelocke estaba ahora de pie, y una fina película de sudor le cubría la cara.

—¡No puedo, amo! ¡Eso está prohibido!

Nicolás lo miró con curiosidad.

—¿Qué es lo que está prohibido?

Scathelocke sacudió la cabeza. Nicolás se encogió de hombros, cerró los ojos y cogió en brazos el esqueleto. Tuvo la sensación de que estaba abrazando a la muerte. La ropa del cadáver estaba llena de polvo y ligeramente húmeda, y los flacos miembros parecían tener vida propia. Nicolás dejó los restos en el suelo y empezó a buscar por la cama. Bajo el cabezal encontró una bolsa de piel, y la sacó rápidamente. Estaba atada con una cuerda al cuello del esqueleto, y sellada con cera púrpura. Cortó la cuerda y metió la bolsa en su jubón. Oyó un ruido que procedía de arriba, como si Crabtree, cansado de esperar, se hubiera sentado. Miró una vez más alrededor del sótano.

—¡Vamos! —le dijo a Scathelocke—. Ya hay suficiente. Siempre podemos volver.

Scathelocke no se lo pensó dos veces. Nicolás echó un último vistazo a la siniestra cueva y, satisfecho, subió los escalones. Cuando todavía no había llegado arriba, vio a Crabtree tendido junto a la entrada secreta, parpadeando, con la cara

blanca como la cera y un hilillo de sangre cayéndole de la comisura de la boca. Al principio le costó entender lo que pasaba.

—¡Amo! —balbuceó Crabtree.

Chirke se dio la vuelta. Scathelocke, que había subido los escalones delante de él, estaba de pie, con los brazos cruzados, mirando fijamente a dos figuras envueltas en sendas capas y plantadas en el umbral de la capilla.

—¡Vamos, maese Chirke! ¡Deprisa! ¡Deprisa!

La voz era grave y gutural, y tenía un tono burlón. Nicolás escudriñó en la penumbra de la nave a las dos figuras a medida que éstas se acercaban. La primera se quitó la capucha. Nicolás cerró los ojos, desesperado. Recordó inmediatamente ese hermoso rostro que había visto por última vez en aquella taberna, cerca de Newgate. Maldijo su estupidez. La priora de la noche pasada no era ninguna monja, sino la cortesana asesina, Belladona. Estaba allí de pie, elegante como una dama de la corte, con unos rizos dorados enmarcando su rostro de marfil. Lo miraba como si hubiera disfrutado enormemente con aquel juego y ahora estuviera deseando ponerle un rápido punto final. Nicolás llevó la mano a la daga, pero la otra figura, que se había quedado detrás de Belladona, levantó una pequeña ballesta y disparó una flecha que pasó rozando la cabeza de Nicolás antes de dar contra una columna. Scathelocke se adelantó, pero Belladona lo apuntó con su ballesta mientras su acompañante volvía a cargar la suya.

—¡Deprisa, maese Chirke, fuera de ahí! ¡Poneos detrás de vuestro amigo!

Nicolás, desesperado, miró a Crabtree y la flecha que tenía clavada en el estómago.

—¡Por la sangre de Cristo! —murmuró.

—Está muriendo —dijo Belladona en voz baja—. Así que despedíos. —Hizo un gesto con la mano—. No os preocupéis, porque pronto seguiréis sus pasos.

Nicolás se acercó a Crabtree que, encogido, con las rodillas levantadas y sin ni una pizca de alegría en el lívido rostro, miraba a Chirke con ojos de niño asustado. Nicolás lo giró suavemente. Crabtree tosió y expulsó sangre por la boca.

—Lo siento, amo —murmuró—. Qué final para un hombre ingenioso como yo. Prometedme que no lo contaréis en Londres. Las vi aparecer por la puerta y no tuve tiempo de nada. Decidle a Scathelocke...

Crabtree parpadeó. Por un momento todo su cuerpo se puso rígido, y entonces sus ojos se nublaron; le salió un chorro de sangre por la boca y ladeó la cabeza. Nicolás le buscó el pulso en el cuello, pero ya no lo encontró. Miró por encima del hombro.

—¡Zorra asesina! —gritó con desprecio.

—Levantaos, Chirke. Colocaos junto al idiota de vuestro amigo.

Nicolás miró la ballesta, con su flecha dentada deseando salir despedida de la ranura.

—Supongo que os envía vuestro amo.

—Sí, así es. No fue muy difícil seguiros: primero Norwich y luego el castillo de

Rising. Y ahora habéis encontrado el secreto, ¿verdad? —Belladona sonrió—. Ni en mil años me habría imaginado lo inteligente que era esa bruja, Isabel. —Señaló con la cabeza la entrada del sótano—. Debió de encontrar la vieja cripta, o al menos parte de ella, antes de que los que construyeron esta mole acabaran su trabajo. ¡Y qué plan tan brillante! Morir de la peste. Nadie se atrevería a acercarse al cadáver. Sellaron el ataúd, lo metieron en un cofre de plomo y lo llevaron a Londres para que el rey y todos los grandes del reino lamentaran su muerte. Me pregunto qué habría dentro de ese ataúd. ¿Una estatua? ¿Piedras? —Belladona arrugó la nariz a causa del polvo que empezaba a subir del sótano—. Luego, un rápido entierro en Londres mientras Vallenge buscaba una galera veneciana para que lo llevara a una de las calas de esta costa, desde donde volvería al castillo de Rising, ya vacío, para sacar a su dueña de su escondite. —Belladona ladeó la cabeza. Junto a ella, su silenciosa acompañante apenas se movía.

—¿Quién os ha contado todo esto? —preguntó Nicolás.

Belladona se encogió de hombros, pero sin apartar la vista de Chirke.

—En cuanto entré aquí supe lo que habíais encontrado. Es lógico. Sólo una mujer idearía un plan así. Y sólo un estúpido como Vallenge podría estropearlo. Tuvo que salir a toda prisa de Greyfriars. Si se hubiera quedado en la ciudad un día más, quizás habría logrado escapar. Supongo que la reina tendría provisiones para varias semanas. Siete días después de su presunta muerte, podría haber quedado en libertad.

—¿Por qué no salió del sótano? —preguntó Scathelocke.

—La losa sólo puede levantarse desde fuera. En cualquier caso, sin Vallenge y sin galera, ¿para qué iba a salir? Me pregunto cómo moriría —preguntó Belladona con auténtica curiosidad.

—Tarde o temprano habría muerto de hambre —contestó Nicolás—. Quizá se había ido debilitando y se desmayó. Pero en realidad lo hizo al estilo romano.

—¿Insinuáis que se suicidó?

—Sí. ¿No queréis verlo con vuestros propios ojos?

Belladona esbozó una amarga sonrisa.

—Vamos, maese Chirke. No soy tan estúpida como pensáis. Sé lo que habéis encontrado. He visto la expresión de triunfo que iluminaba vuestra horrible cara cuando salíais de la cueva. Y ahora, ¿por qué no me lo entregáis?

—¿De qué estáis hablando?

Belladona extendió un brazo.

—Vamos, tiradlo al suelo —dijo señalando las losas—. Tirádmelo lo bastante cerca para que pueda cogerlo, pero lo bastante lejos para que no podáis hacer ninguna tontería.

Nicolás miró a Scathelocke, que se limitó a devolverle una mirada vidriosa. Nicolás metió una mano dentro de su jubón, y en ese momento la puerta de la capilla se abrió de golpe.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —la vieja arpía que les había importunado el día

anterior entró arrastrando los pies en la iglesia.

Belladona y su acompañante se volvieron. La anciana retrocedió cuando una flecha de ballesta se le clavó en el cuello y la empujó contra la puerta entreabierta. Scathelocke salió despedido hacia delante, al tiempo que Nicolás, mientras una flecha pasaba rozándole la cara, se tiró sobre Belladona y ambos fueron a dar contra el suelo. Belladona, cálida y flexible, se retorció como un gato. Nicolás sintió pánico e intentó sujetarle las manos. Le dio una patada, temiendo que ella ya hubiera sacado su daga de entre los voluminosos ropajes, La mujer rodó, ágil como una bailarina, soltó la ballesta y se quedó en cuclillas, con un cuchillo italiano en la mano. Nicolás fue a levantarse, pero se le enredó un pie en la túnica, tropezó, y cayó de nuevo al suelo. Belladona se cernía sobre él como un ángel vengador, asiendo el cuchillo con ambas manos. Entonces Nicolás oyó un zumbido y el hermoso rostro de la cortesana se convirtió en un amasijo sangriento, pues la flecha se le había clavado entre la boca y la nariz. Nicolás se apartó mientras Belladona caía de bruces sobre las losas. Scathelocke estaba de pie junto al cadáver de la acompañante de Belladona, que yacía en él con un corte de oreja a oreja en el cuello. Scathelocke tiró la ballesta al suelo y se agachó, sujetándose el estómago, como si fuera a vomitar. Por un momento Nicolás no pudo hacer otra cosa que quedarse mirándolo, mientras intentaba controlar los temblores de su cuerpo. Tenía el estómago revuelto y las piernas se le doblaban, como si los músculos tuvieran vida propia. Intentó hablar, pero tenía la boca seca. Quiso moverse, pero no pudo. Jamás lograría escapar de aquel maldito lugar. Finalmente, dio un salto hacia delante y corrió hacia la puerta de la capilla. La cerró de un golpe y regresó rápidamente junto a Scathelocke.

—Todo ha terminado —murmuró cogiendo a su criado por el hombro.

Scathelocke, mudo todavía, se quedó mirando los cadáveres esparcidos por el suelo de la capilla.

—Lo sé —dijo Nicolás—. Tenemos que esconderlos. Vamos, Scathelocke, cuanto antes lo hagamos, antes nos marcharemos de aquí.

Echó un vistazo a la capilla y vio el odre que el pobre Crabtree había dejado detrás de una columna. Corrió hacia allí y lo recogió. Bebió un buen trago de vino, salpicándose la cara y la barbilla, y manchándose el jubón. Luego le pasó el odre a Scathelocke.

—¡Bebe, por el amor de Dios! Si viene alguien, jamás saldremos de aquí.

Scathelocke obedeció, y después bajaron los cadáveres a la cueva. Primero a Crabtree. Después a la vieja arpía, que había muerto en el acto; la flecha le había entrado por un lado del cuello y le había salido por el otro, destrozándolo. Por último bajaron a las dos asesinas. Sudando y maldiciendo, colocaron de nuevo la losa e intentaron limpiar con las botas los pequeños charcos de sangre que había en el suelo. Salieron de la capilla, recogieron los caballos, incluido el de Crabtree, y salieron al galope por el puente levadizo. Una vez fuera del castillo, Nicolás detuvo su caballo y miró a su pálido acompañante.

—¡Que Dios nos proteja, Scathelocke, y que bendiga el alma del pobre Crabtree!

—¡Amén! —balbuceó Scathelocke. Se rascó la cara y se protegió del frío viento con la capucha—. Tenemos que huir, amo —añadió.

—¿Adonde vamos a ir? —preguntó Nicolás—. ¿A Francia, para que nos interroguen? Scathelocke, tú quizá no tengas familia, pero yo sí la tengo. No olvides a Catalina, a Juan y a los gemelos, y a mi hermano Roberto. —Movié la cabeza—. Tenemos que volver a Londres, pero no por tierra. Iremos a Yarmouth, dejaremos los caballos allí y buscaremos pasaje en algún barco que se dirija al Támesis.

—Nos estarán esperando —dijo Scathelocke en voz baja.

—Sí, ya lo sé —admitió Nicolás dando unos golpecitos en su jubón—. Pero yo tengo el secreto de la reina. Es un peligro, pero también podría protegernos. Y ahora, vamos; cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Cabalaron todo el día y llegaron a Yarmouth entrada la tarde. Consiguieron pasaje en un pequeño *kogge* que llevaba provisiones a East Watergate. El fornido capitán les cobró un precio elevado, y lo único que les dio a cambio fue una cama hecha de sacos viejos. Con todo, la comida estaba sorprendentemente caliente y sabrosa, y las predicciones del tiempo del capitán resultaron ser correctas: el barco navegaba velozmente impulsado por un intenso viento del norte. Nicolás y Scathelocke todavía estaban trastornados por lo sucedido en el castillo de Rising. Nicolás se sentía culpable de la muerte de Crabtree, y le estaba costando más de lo que se imaginaba superar aquel trance.

—¡Que Dios me proteja! —murmuró mientras contemplaba la costa de Essex, cubierta de niebla—. Me he pasado la vida buscando trabajo por los porches de San Pablo, Scathelocke. Y ahora mírame. Los grandes del reino me pagan y confían en mí. —Rió con amargura—. Me han entregado un cáliz envenenado que se me ha pegado a las manos. ¡Sólo Dios sabe lo que pasará en Londres!

—Yo me marcho —anunció Scathelocke. Esbozó una sonrisa al ver la cara de sorpresa de Nicolás—. No, no me interpretéis mal. No tengo miedo. Habéis sido un buen amo. Catalina y Juan han sido como hermanos para mí. Echaré de menos a los gemelos. —Scathelocke se apoyó en una driza y se quedó contemplando la bruma—. Pero soy peligroso. Cuando todo termina, la verdad siempre sale a la luz.

—¿Qué es la verdad?

—Creo que Pilatos formuló la misma pregunta y no obtuvo respuesta. ¿Por qué iba a intentarlo yo? Volveré a vuestra casa porque he dejado cosas allí, pero después me marcharé.

Scathelocke se negó a dar más explicaciones. Chirke bajó a la bodega y pidió que le dejaran una vela de sebo; abrió la bolsa que había encontrado en aquel macabro sótano y extrajo un delgado rollo de pergamino. Lo estudió atentamente, y no le sorprendieron los crípticos signos ni las secretas cifras escritos en él, quizá por la propia reina. La letra era clara pero muy apretada. Nicolás se dio cuenta de que podría llevar meses descifrar el texto. Analizó cuidadosamente cada línea. De vez en

cuando reconocía ciertas palabras: «Palmer», «Universidad», «Oxford». En el estrecho margen había un extraño signo. Volvió a enrollar el pergamino y lo metió en la bolsa, que luego se colgó al cuello. Se quedó un rato escuchando los crujidos del barco. Vio una rata marrón de cola larga correteando por una de las cuadernas, con un trozo de galleta en la boca.

—Así somos todos —murmuró para sí—. Criaturas de la noche, en busca de algo succulento con que consolarnos.

Se apoyó en las cuadernas cubiertas de alquitrán y se quedó dormido. Scathelocke bajó y lo arropó. A la mañana siguiente se despertaron ambos al oír unos pasos ligeros y apresurados en la cubierta y los gritos del capitán. Nicolás se despertó y se desperezó para desentumecer los músculos. Oyó gritar de nuevo al capitán y sacudió al adormilado Scathelocke.

—¡Han divisado el Támesis!

Subieron a cubierta. La bruma se había levantado y un débil sol empezaba a atravesarla, iluminando las fangosas y calmadas aguas del estuario. Nicolás vio al capitán y lo llamó. Scathelocke vio cómo su amo discutía acaloradamente con el marino, que al principio negaba obstinadamente. Nicolás entregó dinero al capitán, que se mostró satisfecho, y el abogado regresó junto a Scathelocke.

—¿Y bien, amo?

—Nos llevarán río arriba hasta Westminster y nos dejarán desembarcar en la Escalinata del Rey. Eso será más seguro. Podría haber oficiales del puerto esperándonos en East Watergate. Quiero ver a un viejo amigo mío sin que nadie se interponga en nuestro camino.

El capitán cumplió su palabra, y dos horas más tarde Nicolás y Scathelocke desembarcaron en el muelle de Westminster. El muelle ya empezaba a cobrar vida, animado por vendedores de anguilas, carboneros, vendedores de agua y el habitual enjambre de astutos mendigos. Las tiendas de las calles que rodeaban el palacio ya estaban abiertas, y sus propietarios, bien abrigados para protegerse del frío, anunciaban a gritos sus mercancías. Nicolás y Scathelocke los ignoraron y siguieron por los caminos adoquinados hasta el interior del gran palacio situado junto a los majestuosos jardines, salas y edificios de la abadía. Nicolás conocía bien aquel barrio pero, como siempre, la impresionante iglesia de la abadía, que parecía hallarse suspendida en la neblina, le cortó la respiración. Sintió un arrebato de nostalgia al recordar los días que había pasado caminando por allí en busca de clientes, y entonces vio a un soldado con la librea real que lo observaba atentamente, así que siguió adelante, guiando a Scathelocke por entre la multitud, hasta una sala abovedada del palacio. Allí, en los numerosos rincones y huecos, estaban instalados los diversos tribunales reales, ya muy ajetreados pese a ser temprano. Todos los tribunales estaban acordonados. Los jueces con sus túnicas rojas los presidían sentados en sillas de respaldo alto, y ante ellos, alrededor de unas largas mesas

ovaladas, se sentaban los escribanos, sobriamente vestidos, y los abogados con sus túnicas negras.

Nicolás cruzó la sala, bajó por un pasillo y salió por una puerta trasera que conducía al patio de piedra gris.

—¿Adonde vamos, amo? —preguntó Scathelocke, suplicante.

—Al Archivo de la Corona —contestó Nicolás con tono enigmático.

Cruzó el patio y llamó a una puerta. Les abrió un monje anciano y calvo que llevaba una larga túnica negra atada a la cintura con un cordón amarillento. El monje miró a Nicolás con sus legañosos ojos.

—¿Qué queréis?

—¿No reconocéis a vuestro viejo amigo, Elías?

El monje estiró el cuello y entrecerró los ojos, frunciendo los labios.

—¡Que Dios bendiga mi alma! ¡Pero si es Nicolás Chirke! ¿Qué se te ofrece?

—Un poco de vuestro tiempo.

El anciano monje sonrió y los hizo entrar en su cámara. Scathelocke miró alrededor, sorprendido. Aparte de una larga mesa en el centro y las banquetas, el resto de la habitación estaba ocupado por estantes que cubrían por completo las paredes. En los estantes había rollos de pergamino, algunos amarillentos, otros blancos y lisos como la nieve. El aire olía a tinta, a cera y a pergamino recién curado.

—¿Qué es esto? —murmuró el criado.

—El Archivo de la Corona —contestó Nicolás sonriendo al anciano monje—. Aquí, además de asuntos secretos, están guardados todos los casos del Tribunal Supremo y de las audiencias de lo criminal.

Elías volvió con una bandeja y vasos.

—Nada de leche con agua —dijo—. Esto es clarete robado de las cocinas de la abadía.

Nicolás y Scathelocke cogieron un vaso cada uno, y el anciano archivero los invitó a sentarse en las banquetas. Scathelocke se desabrochó la capa.

—Hace calor —comentó—. Y sin embargo no hay chimenea, ni braseros de carbón.

—¡Ah! —dijo Elías levantando un huesudo dedo—. Aquí no podemos hacer fuego. —Señaló las velas con capuchón de metal que había dispuestas por la mesa, como una columna de centinelas—. Hasta las velas tienen capuchones metálicos, y sólo se pueden encender cuando yo estoy en la sala. —Señaló la pared opuesta y añadió—: Detrás de esa pared está la panadería del palacio, y en el lado opuesto, las cocinas reales. Eso proporciona suficiente calor. Y ahora decidme, ¿qué queréis?

—¿Podría examinar —preguntó Nicolás— los rollos de la audiencia de lo criminal de la ciudad de Oxford correspondientes al noveno año del reinado del rey Eduardo II?

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto!

El hermano Elías recorrió los estantes, con los dedos sobre los labios. Estuvo un

rato caminando arriba y abajo, hablando solo. Se detuvo, dio una exclamación de sorpresa, colocó una desvencijada escalerilla contra la pared y subió por ella. Movi6 varios rollos de pergamino y de vez en cuando giraba la cabeza para pedirle disculpas a Nicolás.

—Está por aquí. Está por aquí —murmuró—. Todos los rollos están etiquetados. Ah, sí, ya lo tengo, Oxford, 9 Eduardo II, 1316. —Elías examinó la etiqueta—. Los jueces llegaron a Oxford el día de San Juan. Lo podéis comprobar personalmente.

Bajó de la escalerilla y le entregó el rollo de pergamino a Nicolás, que lo colocó sobre la mesa y lo desenrolló. Scathelocke soltó un gruñido al ver lo largo que era.

—Al menos tiene dieciséis pliegos —dijo Nicolás señalando la costura del rollo—. El escribano redactaba la decisión del tribunal; luego cosían los pliegos y los guardaban aquí cuando los jueces reales volvían a Westminster.

—¿Qué buscáis? —preguntó Scathelocke.

Nicolás pasó un dedo por la columna de la izquierda, que daba un índice de los nombres de los demandantes implicados en cada caso.

—Palmer —dijo—. Estoy buscando a Simón Palmer.

Mientras el hermano Elías volvía a sus asuntos, Scathelocke se quedó mirando, impaciente. Nicolás revisó todos los casos que habían sido presentados ante el magistrado en la Universidad de Oxford aquel lejano verano de 1316. Leyó por encima los casos de asesinato, violación, incendio premeditado, robo en el camino real, sacrilegio y perjurio, un triste catálogo de las miserias humanas. Después de describir cada caso el escribano anotaba el castigo, la multa o la pena máxima: *sups per col*, «colgado por el cuello». Sin hacer caso a los gruñidos de Scathelocke y el ir y venir del hermano Elías, Nicolás siguió buscando hasta que...

—¡Dios mío! —susurró—. ¡Hermano Elías!

—¿Qué ocurre, Nicolás?

—Buscad los archivos del Tribunal Supremo, por favor. Buscad un caso en que estuvo implicado un tal Simón Palmer, entre 1316 y 1317. Y necesito la lista de ejecuciones de Smithfield o de cualquier otro lugar de la capital. La encontraréis en la lista de prisioneros entregados.

Elías, dispuesto a ayudar, obedeció. Nicolás, sin hacer caso de las protestas de Scathelocke, siguió leyendo.

—¿De qué se trata? —preguntó Scathelocke cogiendo a su amo por la muñeca—. ¿Qué habéis encontrado, amo?

Nicolás levantó la cabeza y señaló con ella a Elías, que, aunque andaba revolviendo los archivos, también escuchaba lo que los otros dos decían.

—Lo que he encontrado, Scathelocke —susurró—, es la historia de Simón Palmer, Christchurch Meadows y un tejón.

Scathelocke se quedó mirándolo.

—¿Os habéis vuelto loco, amo?

—No, Scathelocke, pero creo que he encontrado la verdad.

Enrolló el pergamino y se quedó mirando cómo Elías buscaba entre los archivos, levantando pequeñas nubes de polvo. Finalmente Elías se detuvo. Se rascó la cabeza y volvió con dos rollos de pergamino en las manos. Ambos tenían el borde cortado.

—No lo entiendo —dijo—. Este es el archivo del Tribunal Supremo de los años 1316 a 1318, pero está cortado. Alguien ha sacado un pliego. ¿Quién puede haber sido?

El anciano archivista frunció los labios y se irguió, echando chispas por los ojos.

—Eso no sólo es robo, sino traición. ¡El que lo hizo debería responder de semejante destrucción ante los tribunales!

—Dudo mucho que encontréis al malhechor, o malhechores —dijo Nicolás—. Seguramente llevan muchos años muertos. —Ignoró la mirada de asombro de Elías y añadió—: ¿Y la lista de ahorcados?

Elías se dirigió a otra zona de su cámara. Esta vez regresó cacareando triunfante.

—Sí, sí, la he encontrado. ¿Habéis dicho Palmer, Simón Palmer? ¿Un estudiante de Oxford?

Nicolás asintió.

—Lo ahorcaron, pero no dice por qué. En Smithfield, en noviembre de 1316. —Miró el manuscrito—. Pero no dice por qué —repitió—. Y no entiendo por qué han estropeado mis archivos. —Levantó la cabeza y luego miró alrededor, sorprendido: la cámara estaba vacía.

Nicolás, arrastrando a Scathelocke por la manga, ya había cruzado a toda prisa el patio del palacio de Westminster y había llegado a la Escalinata del Rey, en la orilla del río. Scathelocke no paraba de protestar, pero Nicolás se negó a contestar su torrente de insistentes preguntas hasta que hubieron alquilado una barcaza e iban río arriba hacia Queenshithe.

—Nunca sois grosero, amo —se lamentó Scathelocke—, pero esta vez ni siquiera os habéis molestado en despediros.

—Elías lo comprenderá —replicó Nicolás tapándose la cabeza con la capucha para protegerse de la pegajosa bruma del río—. Ahora sé qué significa todo esto, o al menos creo que lo sé.

—Entonces, ¿a qué viene tanta prisa?

—Estoy preocupado por Catalina y Juan. Estoy convencido de que pronto echarán de menos a Belladona, y si no nos encuentran a nosotros, los señores que dirigen este juego tomarán rehenes.

—¿Queréis que os apresen, amo?

Nicolás escudriñó la lejana orilla del río.

—Sí, así es. Si me capturan a mí, dejarán en paz a los demás, y cuando me capturen me enteraré de toda la verdad.

CAPÍTULO III

Nicolás no andaba equivocado. Dejaron la barcaza en Queenshithe y se abrieron paso entre la multitud que se apiñaba alrededor de los puestos del mercado, hasta la casa de su hermana. Cuando puso la mano en el picaporte, un caballero con la librea real salió del callejón acompañado de un grupo de arqueros reales. Los arqueros se quedaron allí plantados en silencio mientras el caballero se acercaba a Nicolás y le ponía la mano en el hombro.

—Nicolás Chirke, soy *sir* Godfrey Evesden. ¡Os arresto en nombre del rey!

Dos arqueros sujetaron inmediatamente a Nicolás. Querían atarle las manos, pero el caballero dijo que eso no iba a ser necesario. Luego le puso una mano en el hombro a Scathelocke.

—¡También os arresto a vos, en nombre del rey!

A Nicolás le habría gustado llamar a la puerta y asegurarse de que Catalina estaba bien, pero el joven caballero sacudió la cabeza.

—Yo no haría eso, señor. Será mejor que dejemos las cosas como están. Puedo hacer que os engrillen las manos y los pies. —Señaló a un arquero que se había rezagado—. Pero si intentarais huir, ese hombre tiene órdenes de clavaros una flecha entre los omoplatos.

—¿Por qué nos arrestan? —preguntó Scathelocke—. ¿Qué delito hemos cometido?

—¿Qué delito? —El caballero se volvió, con una torva expresión en la cara—. ¿Qué delito? Pues el peor de todos los delitos: traición. Como la caridad, abarca gran cantidad de cosas. Y ahora, señores, bajemos a la orilla del río.

Nicolás miró a Scathelocke y se encogió de hombros; habría sido una estupidez oponer resistencia. Aquellos capitanes no eran alguaciles de la ciudad ni aprendices con la librea de algún centinela, sino soldados profesionales, expertos arqueros que no dudarían en matarlos si intentaban huir.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—A dar un paseo por el río, hasta la Torre.

El caballero chascó los dedos. Nicolás y Scathelocke, rodeados de su escolta, recorrieron de nuevo los callejones hasta el muelle. Una barcaza real los llevó río arriba hasta la Torre. Pasaron por debajo del Puente de Londres, donde el río espumeaba y burbujeaba. Nicolás apartó la vista, pues no quería ver las cabezas podridas de los traidores clavadas en la verja. Intentó controlar las náuseas y el pánico que le hacía temblar las piernas y le secaba los labios y la boca.

Un denso banco de niebla les tapó la visión. Chirke siempre había considerado que la Torre era un lugar triste y siniestro, pero cuando desembarcaron, con la niebla arremolinándose a su alrededor, todavía le parecieron más lúgubres los enormes muros, las almenas, la impresionante puerta y los estridentes gritos de los cuervos de

pico amarillo, que se alimentaban de los miembros cortados y las cabezas de los traidores clavados en lo alto de los muros o colgados en los cadalsos a lo largo de la orilla del río. En el Lion Gate, un oficial con la librea real interrogó a la escolta. Después levantaron el rastrillo y pudieron pasar por la sombría puerta que controlaba las entradas al anillo concéntrico de torres. Con aquella niebla, Chirke apenas veía. Oía los gritos de los centinelas en lo alto de los muros y el estrépito de los patios de las cuadras. El caballero condujo a los prisioneros por la gran extensión de hierba que había frente a la Torre Blanca pero, en lugar de entrar en ella, torcieron a la izquierda y entraron en los aposentos reales. El caballero los llevó a una sala oscura y abovedada. Habían puesto juncos limpios en el suelo. En las paredes había unas colgaduras rojas, pero la luz era escasa, porque las ventanas estaban cerradas. Había alguien sentado a una gran mesa, de espaldas al fuego. En cada uno de los extremos de la mesa había candelabros de hierro negro que proporcionaban algo de luz, pero dejaban el resto de la sala a oscuras. El hombre que estaba allí sentado levantó la cabeza al verlos entrar, y a Nicolás le dio un vuelco el corazón al reconocer las saturninas facciones de *sir Amyas Petrie*.

—Entra, Nicolás —dijo *sir Amyas* señalando la silla colocada ante la mesa—. Bienvenido a casa.

Hizo una seña al caballero para que se marchara, y éste dio un empujón a Nicolás y salió cerrando la puerta sin hacer ruido. *Sir Amyas* no se molestó en saludar a Scathelocke, y se limitó a echarle una rápida mirada. Con Nicolás, en cambio, se mostró muy solícito.

—¿Estás cómodo?

Nicolás se recostó en el respaldo de la silla y asintió.

—¿Un poco de vino?

—Sí, por favor.

Sir Amyas llenó un vaso hasta el borde y se lo acercó. Nicolás miró por encima del hombro. Scathelocke estaba de pie detrás de él, con los brazos cruzados, contemplando el fuego. *Sir Amyas* se sentó. Nicolás intentó ver lo que había en la oscuridad, detrás de la mesa. Estaba convencido de que allí había alguien más, y le pareció ver un mechón de cabello rubio y una túnica de seda. *Sir Amyas* se sentó delante de él, mirándolo fijamente, y vio cómo Nicolás escudriñaba la oscuridad.

—No, no estamos solos —dijo el gobernador—. Pero eso no te preocupa, ¿verdad? Tú tenías una misión que cumplir, ¿no?

Nicolás sonrió para sí. *Sir Amyas* arqueó las cejas.

—¿La has encontrado divertida?

Nicolás miró a aquel poderoso hombre, con su cuidado cabello negro y sus grandes párpados.

—¿Y bien, pariente? —*Sir Amyas* apoyó los codos en la mesa, jugando con el anillo de amatista que llevaba en la mano izquierda—. Puede que hayas encontrado divertida la misión, pero ¿la has cumplido?

—Mejor de lo que creéis —contesto Nicolás.

La sonrisa se borró del rostro de *sir* Amyas.

—Bien —dijo bruscamente—. Primero Berisford. ¿Qué le pasó?

—Lo mató un asesino profesional llamado Wormwood, que intentó sonsacarle información. Después de asesinar al juez, Wormwood intentó hacer que su muerte pareciera un suicidio. Envolvió el cadáver de Berisford en una lona y lo llevó a Primrose Hill. Pasados unos días regresó y des envolvió el cadáver, dejándolo en una zanja, como si acabaran de dejarlo allí.

—Y ¿por qué hizo Wormwood todo eso?

—Porque se lo había ordenado el Guardián de las Puertas.

—Y ¿qué quería el Guardián?

Nicolás sonrió.

—Eso deberíais saberlo, pariente. El Guardián creía que el juez conocía el gran secreto que Vallence, el escudero de la reina, se había traído con él a Londres.

—Y ¿lo conocía?

Nicolás miró detrás de *sir* Amyas. Oyó la rápida respiración del hombre que se ocultaba en la oscuridad.

—No, Berisford no sabía nada. Lo único que le habían dicho era que el secreto lo tenía san Denis. Desgraciadamente para el juez, el Guardián de las Puertas sabía que era sodomita, y lo chantajearon para que visitara a Wormwood. Los rumores de que lo habían visto a diferentes horas por la ciudad eran, como todo lo demás, un simple ardid para crear dudas y confusión.

Sir Amyas se revolvió en la silla, juntando los dedos de las manos ante su cara.

—¿Y Fromlich?

—Fromlich era un ingenuo. Era tan culpable de la muerte de Berisford como el gran Kan de Tartaria. Cuando hubo cumplido su cometido, lo mató una cortesana, una asesina profesional llamada Belladona, de quien sospecho que liquidó también a Wormwood.

Nicolás no sabía si era debido al calor que hacía en la habitación o al denso clarete, pero se sentía relajado y seguro; o quizás era que ya estaba cansado de aquel sucio juego.

—Ya veo. —*Sir* Amyas se volvió, como si escuchara los ruidos de los centinelas que había fuera. Una campana empezó a tañer en algún rincón de la Torre—. ¿Y todo eso era obra del Guardián de las Puertas?

—Sí. Él había oído hablar del gran secreto, y utilizó a Berisford, Wormwood, Fromlich y Belladona para sus malvados fines. Pero ése no es el motivo de mi presencia aquí, ¿verdad? —continuó Nicolás—. El caballero dijo que me arrestaba por traición.

Sir Amyas esbozó una sonrisa maliciosa.

—Te vieron hablando con espías franceses en una taberna.

—Sí, y a esos franceses los mataron, igual que a sus colegas. ¡Pero no fui yo! —

Nicolás cogió su vaso y bebió de nuevo—. Además, si fuera un traidor, ¿por qué me habrían atacado los franceses cerca del castillo de Rising? Yo soy su enemigo, no su colaborador. No hay ninguna prueba de que haya cometido traición.

Sir Amyas se inclinó hacia delante y llenó el vaso de Nicolás.

—La traición es una flor extraña —murmuró—. Adopta muchas formas.

—Igual que el asesinato —replicó Nicolás—. Pero ¿por qué seguir jugando, *sir Amyas*? ¿Por qué no me preguntáis lo que sé del gran secreto?

Sir Amyas lo miró fijamente.

—¿Lo tienes?

—Sí, lo tengo.

—Entonces, entrégamelo.

—Se lo entregaré al Guardián de las Puertas.

El rostro de *sir Amyas Petrie* se ensombreció. Miró, nervioso, por encima del hombro.

—¿Qué quieres decir?

Nicolás metió la mano en su jubón y dejó la bolsa sobre la mesa.

—He dicho que se lo entregaré al Guardián de las Puertas, y eso es lo que estoy haciendo. *Sir Amyas Petrie*, gobernador de Londres, basta de juegos: vos sois el Guardián de las Puertas.

Sir Amyas se quedó mirándolo con la boca abierta.

—¡Qué estupidez! —balbuceó.

—Sí, ya lo creo, sois el Guardián —insistió Nicolás—. Y seguramente contáis con la bendición de vuestros amos. ¡Qué forma tan maravillosa de controlar el hampa de Londres! Es inevitable que haya ladrones, atracadores, criminales y bandoleros, así que, ya que no podéis deshaceros de ellos, ¿por qué no controlarlos? Y vos lo hacíais a vuestra retorcida manera. Erais a la vez guardián y gobernador. —Chirke contó con los dedos para enfatizar sus palabras—. Estuvisteis presente en la muerte de Vallence en San Bartolomé y oísteis sus últimas palabras. Apresasteis a Fromlich utilizando unos indicios que no eran más que un fárrago de estupideces. Conocíais el punto débil de Berisford. Y sobre todo, conocíais la existencia de *Patroclus*. Mawsby os proporcionó ese nombre, ¿no? Al principio pensé que no lo haría, pero él era un leal escribano, acostumbrado a pasar información a sus superiores. Sin embargo, Mawsby podía irse de la lengua, así que enviasteis a Belladona con un garrote para que liquidara a Mawsby. Vos dirigisteis a Belladona, sabíais adonde enviarla, dónde estaría esperando Wormwood. Y sobre todo, vos la protegíais, permitiéndole moverse por la ciudad sin que ningún agente de la ley obstaculizara sus misiones.

Nicolás se encogió de hombros.

—Es lógico. No seréis el primer gobernador de Londres que controla a los forajidos y criminales de San Pablo. Tampoco seréis el último. De esa forma controláis el crimen. Podéis recuperar los objetos robados y tenéis un ejército de informadores a vuestra disposición. Si algún canalla se sobrepasa, ¡ay!, los agentes de

la ley lo apresan y lo llevan a Newgate, y luego lo cuelgan en el Tyburn antes de que el desgraciado tenga ocasión de enterarse de lo que ha pasado.

Sir Amyas se pasó la lengua por los labios. Nicolás hizo una pausa, animado por el nerviosismo que reflejaban los ojos del gobernador.

—Lo que digo es cierto —insistió Nicolás—. En Lincolnshire había dos bandas, la de los Cotterell y la de los Ashby-Folville, dirigidas por el propio gobernador que en teoría los perseguía. En Londres pasa lo mismo. —Extendió las manos y añadió—: Y en la búsqueda de este gran secreto vos controlabais el juego. Berisford era vuestro instrumento. Igual que yo. Y utilizabais a vuestros asesinos para desenterrar la verdad.

—Y ¿cuál es la verdad? —preguntó *sir Amyas*.

—Empezaré por el principio —dijo Nicolás adoptando una expresión más seria—, para que entendáis el alcance de mis conocimientos y el de vuestra maldad. —Hizo una pausa para ordenar sus ideas—. Vos, *sir Amyas*, sois el gobernador de Londres y el Guardián de las Puertas. Sospecho que otros gobernadores antes que vos han actuado con la misma hipocresía. —Levantó una mano al ver que *sir Amyas* pretendía interrumpirle—. Tras la muerte de Vallence intentasteis, como gobernador y como Guardián de las Puertas, averiguar su secreto. No tuvisteis éxito, pero descubristeis un escándalo sobre Berisford; ya os tenía muy intrigado el hecho de que Vallence lo hubiera reconocido, y los misteriosos susurros del escudero en su lecho de muerte. Así que le encargasteis al juez que investigara el asunto. Berisford no consiguió averiguar nada, de modo que, como Guardián de las Puertas, intentasteis otros métodos. Wormwood empezó a chantajear a Berisford con su homosexualidad y torturó y asesinó al pobre infeliz. Fromlich fue apresado y acusado del asesinato de Berisford, y Blueskin, el ladrón de tumbas, desapareció. Eso distrajo a todo el mundo de los asuntos de que se ocupaba Berisford, pues a cualquiera de los dos podían acusarlo de su muerte. Luego me contratasteis a mí. Para entonces Fromlich había cumplido su misión, por supuesto, y por eso lo mataron, igual que a su parienta.

Nicolás hizo una pausa.

—A ella no sé por qué la mataron. ¿Para avisarme a mí? ¿O la había visitado ya Belladona? ¿Sabía algo la mujer? En fin, el caso es que la enviaron al otro mundo. Vos continuasteis con vuestros juegos. Me permitisteis rondar por toda la ciudad. Vuestros agentes, sobre todo Belladona, observaban los acontecimientos. A Crabtree —Nicolás hizo un esfuerzo para dominar el temblor de su voz— le aconsejaron que se alejara de mí para subrayar el gran abismo que separa la ley y la fraternidad criminal en esta ciudad. —Nicolás sonrió por encima del hombro a Scathelocke—. Pero Crabtree no era ningún cobarde. No soportaba que lo amenazaran, como vos bien sabéis, así que se unió a mí y se convirtió en un útil guía por los tenebrosos y retorcidos caminos del hampa de Londres. —Nicolás se encogió de hombros—. Sin embargo, no esperabais que os presentara ningún informe formal. En cuanto hubiéramos descubierto la verdad, habríamos seguido los pasos de Fromlich. Vos

interveníais una y otra vez. Los franceses intentaron sobornarme, así que los liquidasteis. Mawsby descubrió un sabroso detalle, y lo mataron por si empezaba a sospechar. —Nicolás volvió a mirar a Scathelocke por encima del hombro—. Nosotros éramos vuestros perros de caza —dijo—. Quizá sacáramos algo a la luz, algo que nosotros quizá no valoráramos, pero vos sí. ¿Me equivoco, *sir Amyas*?

Sir Amyas se encogió de hombros.

—No puedo hacer ningún comentario sobre lo que has dicho —se limitó a decir.

Scathelocke tosió, como si intentara disimular la risa. *Sir Amyas* le lanzó una mirada de desprecio, amenazándolo con el dedo.

—¡Tú, cállate, porque sé quién eres! —Se volvió hacia Nicolás y dijo—: ¿Y el secreto, pariente?

—El secreto —contestó Nicolás— es que Isabel de Francia, madre de nuestro rey, descubrió un escándalo horrible, un escándalo que está registrado en el manuscrito que hay dentro de esa bolsa. Durante años intentó huir a Francia para revelar su secreto, pero su hijo mantuvo el castillo de Rising, y los terrenos que lo circundan, bajo una férrea vigilancia.

—¿Por qué no envió una carta? —le interrumpió *sir Amyas*.

—No, no. —Nicolás se frotó la cara. De pronto se dio cuenta de lo cansado que estaba, y se propuso no beber más vino—. Oh, no, ese secreto tenía que ser comunicado en persona, necesitaba estar garantizado por un juramento solemne y por una declaración pública. Pasaron los años. La reina Isabel cada vez estaba más desesperada, hasta que ideó un plan en el que se lo jugaba todo, incluso la vida. Fingió contraer la peste, siendo atendida únicamente por su fiel escudero, Vallenge, y morir. Lo que ocurrió es que, en el dormitorio donde yacía la reina, Vallenge llenó el ataúd con una estatua o con piedras y lo selló en su caja de plomo. Entonces Isabel se escondió. Conocía a la perfección los túneles y pasillos secretos del castillo de Rising. Esa fortaleza es una verdadera conejera, y ella llevaba veintiocho años recorriendo todos sus escondrijos. Había descubierto una cueva secreta, una cripta inacabada, debajo de la capilla. Con la ayuda de Vallenge, se escondió allí. Después Vallenge acompañó el ataúd hasta Londres para que lo enterraran con gran pompa y ceremonia en Greyfriars, cerca de Newgate. Mientras tanto, Vallenge, quizá con la connivencia de los espías franceses en Inglaterra, contrató una galera veneciana que podía adentrarse en las estrechas calas de la costa de Norfolk. Regresaría al castillo de Rising, ahora vacío pues todos creían que la reina estaba muerta, y se llevaría a su dueña al extranjero.

Nicolás hizo una pausa y miró a *sir Amyas*. El gobernador estaba pálido, se lamía continuamente los labios y no paraba de mirar por encima del hombro a la figura que se ocultaba en la oscuridad.

—¿Isabel se escondió en el castillo?

—Sí, pero cometió dos errores: primero, subestimó a su hijo, que estaba al tanto de la estrecha relación de Vallenge con Isabel; y segundo: Vallenge se dio demasiada

prisa, y eso alertó al rey, que creyó que quizá su madre había confiado el escandaloso secreto a su fiel criado. —Nicolás se encogió de hombros—. El resto ya lo conocéis.

—Entonces, ¿Isabel murió de hambre?

—Lo dudo. Se dio cuenta de su error al ver que Vallence no regresaba. Habría podido escapar, pero ¿para qué? Así que se envenenó.

—Y ¿qué pruebas tenéis de todo eso?

—Enviad a vuestros hombres más leales al castillo de Rising. Que levanten el suelo de la capilla. Allí encontrarán el cadáver de la reina, junto al de mi buen amigo Crabtree. También encontrarán los cadáveres de vuestras asesinas, y el de una anciana que me salvó la vida con su inoportunidad. —Nicolás se inclinó sobre la mesa—. Esta es la historia, *sir Amyas*. Ahora ya tenéis el secreto. ¿Qué pensáis hacer con él?

Sir Amyas abrió la bolsa con manos temblorosas.

—¿Lo habéis visto?

Nicolás asintió con la cabeza.

—No lo he entendido —mintió—. Pero lo he hecho copiar. La copia está guardada en un lugar secreto, junto con mi declaración jurada.

Sir Amyas sacó el manuscrito de la bolsa y lo puso en la mesa.

—Esperad fuera —ordenó—. Tú y tu... —señaló a Scathelocke— criatura.

Nicolás obedeció, y Scathelocke lo siguió en silencio. Se quedaron en la galería, atentos al caballero y sus arqueros, que bloqueaban ambos extremos de la escalera. Scathelocke esquivaba la mirada de Nicolás. Sabía que ahora Petrie estaba deliberando con su amo. Pero ¿quién era? ¿El rey, el rubio Eduardo, o su belicoso hijo, el Príncipe Negro? Nicolás sabía que su vida pendía de un hilo, junto con las de Scathelocke, Catalina, Juan, Beatriz y Roberto.

—No creo que volvamos a vernos, amo —dijo Scathelocke con tristeza.

Nicolás lo miró.

—Dímelo ahora —le instó—. Dime quién eres en realidad.

Scathelocke sonrió y meneó la cabeza.

—¿Por qué iba a contároslo? Dentro de unos minutos ambos conoceremos nuestro destino.

La puerta de la cámara se abrió de par en par, y *sir Amyas* les ordenó que entraran. Nicolás escudriñó de nuevo la oscuridad; estaba seguro de que la persona que antes se ocultaba allí había salido por alguna puerta secreta.

—¡Sentaos, sentaos!

Sir Amyas volvía a sonreír, aunque seguía sin mirar a Scathelocke, que se había quedado de pie.

—Bueno, bueno, pariente. —*Sir Amyas* se sentó, y miró radiante a Nicolás—. Te voy a ascender de nuevo.

Nicolás le interrumpió:

—Pero ¿qué pasa con Berisford, pudriéndose en su tumba, brutalmente

asesinado? ¿Qué pasa con ese pobre desgraciado, Fromlich, cuya vida, igual que la de su parienta, se apagó como la llama de una vela? ¿Y los demás? Mawsby, asesinado con el garrote. Esa pobre anciana del castillo de Rising. Y Crabtree. ¿Quién los recompensará a ellos? O a los franceses, asesinados como animales en un callejón. No, *sir Amyas* —dijo Nicolás con desprecio—. Rechazo vuestra oferta. Prefiero seguir recorriendo los pasillos de San Pablo, pobre y hambriento como un lobo. Tengo una declaración jurada.

¡Pongo toda mi confianza en Dios y en la justicia que pueda quedar en esta miserable ciudad!

Sir Amyas se inclinó hacia delante.

—Entonces, escucha esto, Chirke —dijo con voz ronca—: Si rechazas mi oferta, no saldrás con vida de la Torre. Y tu amigo Scathelocke será arrestado.

—¿Por qué? —exclamó Nicolás.

Sir Amyas se recostó en la silla.

—Por traición. Pero también por ser judío, y como sabéis —*sir Amyas* sonrió ante la consternación del rostro de Nicolás—, los judíos fueron expulsados de Inglaterra en 1290. No se les permite regresar al reino, salvo con una licencia especial. Scathelocke, o Cristóbal Ratolier, que es como se llama en realidad, no tiene esa licencia.

Nicolás se volvió y lanzó una mirada airada a Scathelocke.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

Scathelocke asintió.

—¿Qué pasa, amo? ¿No os gustan los judíos?

Nicolás pestañeó y sacudió la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó—. Eso no habría cambiado nada. Es más, yo habría podido protegerte.

Scathelocke le sostuvo la mirada y sonrió.

—Nadie habría podido protegerme, amo. Yo sabía lo que estaba haciendo. Aquí, en la ciudad, hay judíos, y muchos tienen licencia y están dentro de la ley. Yo no, pero soy su espía y mensajero. Viajo secretamente, o eso creía yo, entre ellos y nuestra gente en el extranjero. —Se encogió de hombros—. Sólo era cuestión de tiempo que me descubrieran. Pero no importa, otro ocupará mi puesto.

—Debí imaginármelo —murmuró Nicolás—. Nunca ibas a misa; rezabas tus oraciones en aquella pequeña buhardilla. Y, aunque eres hombre de gran apetito, nunca probabas los alimentos prohibidos. Y, por supuesto, Crabtree lo sabía, ¿verdad?

—Sí —contestó Scathelocke—. Pero él era discreto, y yo se lo agradecía. Nuestro gobernador también lo sabía, pero me dejaba en paz para utilizarme como arma contra vos. Debí marcharme inmediatamente —añadió Scathelocke con amargura—, pero vos necesitabais ayuda, y habríais creído que os abandonaba.

—¿Tienes familia? —preguntó Nicolás.

—A los míos los mataron los cristianos en Bremen. —Scathelocke señaló a Petrie

y añadió—: No le hagáis caso, amo. He conocido a muchos tipos como él en miles de ciudades; hombres retorcidos, encaramados en su propia maldad.

Sir Amyas se habría puesto en pie, pero Nicolás pegó un golpe en la mesa.

—¡Nada de amenazas, *sir Amyas*!

Sir Amyas volvió a sentarse, con la respiración entrecortada.

—No he terminado —dijo con maldad—. Los comisarios del rey están reclutando soldados para la nueva guerra contra Francia. Tu cuñado, Juan Gawdy, puede llevar armas. Igual que tu hermano Roberto, que además tiene tierras en las afueras de Norwich. Estoy seguro de que podríamos convencerlo para que entregue sus tierras al rey.

—¡Sois un canalla! —gritó Nicolás—. ¡Sois un asesino, un ladrón, un malvado!

—¿Lo soy? —dijo *sir Amyas* elevando el tono de voz—. ¿Lo soy, Chirke? No sabes dónde te estás metiendo. El reino necesita un mando firme y un buen príncipe. Si no, como ocurre en otras tierras, la guerra civil lo dividirá. Isabel era una Jezabel. Ella y sus misteriosos secretos suponían una amenaza para la Corona y para las legítimas pretensiones del rey al trono de Francia.

—¡Qué importa! —dijo Nicolás con fastidio.

—¿Qué importa? —gritó *sir Amyas*—. La vida seguirá como siempre. Pero tú no seguirás. A Scathelocke lo quemarán en Smithfield y Juan morirá en alguna zanja de Francia, no por culpa mía, sino por culpa de tu orgullo. ¡Acepta!

—Aceptad, amo —murmuró Scathelocke—. ¡Maese Chirke, por lo más sagrado, aceptad su oferta!

Nicolás cerró los ojos. Varias imágenes pasaron por su mente: Catalina, pálida y agotada; los gemelos llamando a su padre a gritos; el buen Juan desangrándose en alguna sucia zanja de Normandía; Roberto y Beatriz perseguidos y agobiados por los comisarios y recaudadores de impuestos del rey. Abrió los ojos.

—Acepto, lo juro, acepto. Pero con ciertas condiciones. En primer lugar, que Scathelocke reciba un salvoconducto para salir de Inglaterra, además de una indemnización económica. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo *sir Amyas*—. Pero debe marcharse antes de veinticuatro horas. Y si regresa, morirá. ¿Qué más?

—Una carta firmada por el rey asegurando a Juan Gawdy el favor del monarca, un ascenso en su gremio, una exención vitalicia del pago de todo tipo de impuestos, y exención del servicio militar, para él y para sus herederos.

Sir Amyas se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—Todo eso debe cumplirse en el plazo de una semana. Y mi hermano recibirá otra carta idéntica.

—De acuerdo.

Nicolás se recostó en el respaldo de la silla.

—Quiero que se celebren misas por el reposo de las almas de Berisford, Mawsby

y Crabtree. No sé qué hacéis vos con vuestras criaturas, pero Crabtree debe recibir un entierro digno en el cementerio de Saint Mary atte Bowe. —Echó la silla hacia atrás, se levantó y se dirigió a la puerta.

—¡Chirke!

Nicolás se volvió.

—Debéis aceptar vuestro ascenso —dijo *sir Amyas*—. ¡El rey asilo exige!

—Sí, y ya sé por qué. Como magistrado del rey, tengo que jurar sobre el Santo Sacramento, el juramento más solemne que se puede pronunciar, que nunca revelaré los secretos del rey.

Sir Amyas asintió.

—Entonces puedes irte, y también maese Scathelocke. En cuanto salga de la Torre se alojará en la taberna Las Tres Grullas, en el Vintry. —Levantó una mano y añadió—: No os preocupéis, allí estará a salvo. Mañana por la mañana, al amanecer, un hombre del gobernador le llevará un salvoconducto y dinero y lo embarcará en un *kogg* que se dirige a Dordrecht, en Hainault. Si Scathelocke sale de la taberna antes de que llegue el mensajero, si lo encuentran rondando por las calles de Londres, si se niega a salir del país, será ejecutado. Y ahora ¡marchaos!

Scathelocke y Nicolás salieron de la cámara. El caballero los escoltó de nuevo hasta la orilla del río. Cuando se encontraron a solas, Scathelocke se volvió hacia su amo.

—No teníais alternativa, maese Chirke. Nadie lo habría hecho mejor que vos.

Nicolás sonrió para ocultar las lágrimas y levantó la vista hacia el cielo nublado.

—¿Sabes una cosa? —susurró—. Acabo de recibir lo que toda la vida anduve buscando, y ahora no lo quiero. —Le dio la espalda a Scathelocke y caminó por la orilla del río. Se quedó mirando un banco de niebla que se acercaba—. Debiste decírmelo —dijo por encima del hombro—. Para mí nada habría cambiado. Cristóbal Ratolier o Enrique Scathelocke, te llames como te llames, eras mi criado, y siempre serás mi amigo.

Oyó el crujido de la grava. Cuando se dio la vuelta, Scathelocke había desaparecido.

—¡Scathelocke! —gritó—. ¡Scathelocke!

Sólo le contestaron los graznidos de los cuervos. La niebla lo rodeó.

—¡Por el amor de Dios! —gritó.

—Adiós, Nicolás —contestó una voz fantasmal que salía de la niebla—. Adiós, y que tu Dios te vigile. Jamás te olvidaré. No me busques en la taberna Las Tres Grullas. Estás a salvo, pero no me fío de *sir Amyas Petrie*. ¡Me marcharé antes del anochecer!

Nicolás miró alrededor, pero no supo determinar de dónde procedía la voz. Suspiró y caminó hacia el bote que lo esperaba en los escalones del muelle. Echó un último vistazo a la Torre, cuyas almenas sobresalían por entre la niebla.

—¡Que Dios os maldiga a todos! —masculló—. ¡Que Dios os maldiga a vosotros

y vuestros secretos!

Epílogo

El magistrado se quedó callado. Se frotó suavemente los ojos y hundió la cara en una jarra de cerveza.

—¿Erais vos? —preguntó la comadre de Bath—. ¿Sois vos Nicolás Chirke?

El magistrado siguió escondiendo la cara en la jarra, aunque observaba a su amigo el intendente con el rabillo del ojo.

—Bueno —intervino Harry el tabernero—, ¿sois o no sois maese Chirke?

El magistrado bajó la jarra y sonrió a la priora. Ella lo miraba fijamente, con los hermosos ojos empañados. El magistrado sacudió levemente la cabeza y miró al ujier, que le guiñó un ojo.

—Vamos, vamos —terció el fraile—. ¿Por qué no nos decís la verdad?

—Ya he contado la historia que debía contar —respondió el magistrado.

—Sí, pero ¿qué hay del secreto? —preguntó el fraile.

—Si os lo revelara —dijo el abogado—, dejaría de ser un secreto, ¿no?

Sus palabras fueron recibidas con un coro de protestas.

—¡No podéis hacernos esto! —exclamó Harry el tabernero.

—Sí, señor, puedo y lo haré.

El magistrado echó la silla hacia atrás y cruzó la cervecería. La priora fue a levantarse, pero el magistrado negó con la cabeza y salió al jardín. Había parado de llover. El aire estaba impregnado del olor de la hierba y las flores silvestres. Se alejó de la taberna hasta llegar a un banco oculto por un seto. Se sentó, se tapó la cara con las manos y se puso a sollozar.

—Scathelocke, Scathelocke —murmuró—. Cómo me gustaría que estuvieras aquí. He estado a punto de hacerlo.

Levantó la cabeza, sobresaltado al oír unos pasos. Al principio, como tenía el sol de cara, no logró ver quién era. Luego reconoció la túnica marrón del cura rural.

—Si lo preferís, me iré —murmuró el párroco—. Pero parecíais tan abatido, tan dolido, que me pareció oportuno seguiros.

El magistrado sonrió y preguntó:

—¿Tan evidente es, padre?

—Sí, lo es. —El párroco estiró las piernas y se arregló la polvorienta sotana—. Sentíais aprecio por Scathelocke, y por lo que nos habéis contado, yo también. Ya me imaginé que era judío.

—¿Cómo?

—Por cómo odiaba al padre de Isabel, Felipe de Francia, que persiguió cruelmente a su gente.

—¿Queréis confesarme?

—Sólo si vos lo deseáis.

El magistrado se santiguó.

—Entonces, bendecidme, padre, porque he pecado. Hace muchos, muchos años que no me confieso. Me llamo Nicolás Chirke. Soy magistrado, un hombre sensato, respetado en Westminster y en el Colegio de Abogados; un hombre que lo tiene todo pero que podría haber perdido su alma. Me he acostado con prostitutas. He bebido. He aceptado falsos testimonios contra mi vecino. He favorecido a los orgullosos y despreciado a los débiles. Pero mi peor pecado es la cobardía. Escondo un secreto.

El sacerdote levantó una mano.

—¿Queréis contarme ese secreto?

—Ése es el motivo de que realizara la peregrinación a Canterbury —replicó el magistrado con voz ronca—. Para arrodillarme ante la tumba del santo mártir Thomas. Quiero apoyar la cara en su tumba de mármol y contarle todos mis secretos y así encontrar remedio para mi alma.

El sacerdote asintió.

—En ese caso, contádmelo.

Chirke señaló con la cabeza hacia la taberna.

—Antes he mentido. Yo conocía el secreto. No guardé ninguna copia de aquel manuscrito; eso no fue más que un ardid para protegerme. Veréis, cuando estudié el manuscrito que le cogí a la difunta reina, encontré una referencia a los archivos del Tribunal Supremo. Pues bien, cuando fui allí, como he contado en mi relato, el archivo había desaparecido, pero el manuscrito que encontré en la cripta llenaba las lagunas.

—¿De qué se trataba? —preguntó el sacerdote.

—No debéis hablar de esto con nadie, padre.

El párroco sonrió.

—No puedo violar el secreto de confesión.

Chirke se levantó y echó un vistazo al jardín. Cuando se convenció de que estaba desierto, se sentó y empezó a susurrar al oído del sacerdote.

—Escuchad esto, padre: he investigado este asunto por mi cuenta. El rey Eduardo III era un rey noble y poderoso, ¿no?

El sacerdote asintió.

—Luchó contra los escoceses y capturó a su rey, y como su madre era francesa, reclamó el trono de Francia. Sus ejércitos arrasaron el país desde Calais hasta los Pirineos, ¿verdad?

—¡Que Dios lo perdone! —le interrumpió el sacerdote.

—Sí, pero la guerra continúa. Su padre —continuó Chirke— era Eduardo II, y estaba casado con Isabel, princesa de Francia. Isabel y Eduardo II no eran felices en su matrimonio. Todo el mundo sabe cómo suspiraba Eduardo por sus favoritos, y cómo detestaba sus obligaciones reales. En cambio le encantaban las tareas rústicas: le gustaba cubrir los tejados con paja, arar y cavar zanjas, y por eso los nobles le llamaban campesino.

El magistrado hizo una pausa y observó una mariposa de color claro que se

alejaba como un pedazo de gasa por la hierba del jardín.

—En 1316 —prosiguió—, un joven estudiante de la universidad de Oxford, un tal Simón Palmer, se presentó un buen día diciendo que era el hijo legítimo de Eduardo I y que Eduardo de Carnarvon, el marido de Isabel, era un impostor. Sus alegaciones fueron investigadas por un tribunal instalado en el refectorio del New Hall College, con la presencia de los jueces reales de Oyer y Terminen Palmer aseguraba que era el primogénito del rey y que un día, cuando jugaba en el patio del palacio de Woodstock del rey Eduardo I, le atacó un tejón que le arrancó la oreja izquierda. La anciana niñera que lo cuidaba temía tanto la ira del viejo rey que cambió al niño por el hijo de un campesino. —El magistrado se pasó la lengua por los labios—. Palmer presentó pruebas: hasta los comisarios admitieron que tenía cierto parecido con el viejo rey. Palmer mostró al tribunal la cicatriz que tenía en lugar de la oreja izquierda, que le había arrancado el tejón. Su historia explicaba por qué al rey, que en efecto era un campesino, le interesaban tanto las ocupaciones rurales. —El magistrado contempló las nubes, que empezaban a abrirse—. Según el memorándum que encontré en el castillo de Rising, Palmer presentó ciertos documentos, la audiencia se interrumpió bruscamente y el caso fue remitido al Tribunal Supremo.

—Pero cuando fuisteis allí, los archivos habían desaparecido, ¿no es así?

—Precisamente —contestó el magistrado.

—¿Qué insinuáis? —preguntó el párroco.

—Creo que Palmer tenía razón. Más tarde lo colgaron. La mayor parte de la documentación ha desaparecido, pero Simón Palmer pudo ser el legítimo rey de Inglaterra. Por eso Mortimer ordenó aquella investigación en la universidad, y por eso Isabel visitó en secreto los archivos del Tribunal Supremo en Westminster. —El magistrado enfatizó los puntos contando con los dedos—: También explica por qué mencionaron la palabra «Palmer» la noche que arrestaron a Mortimer, y por qué enviaron a Mortimer rápidamente a Londres y no le permitieron hablar durante su juicio.

El magistrado hizo una pausa al oír una puerta que se abría y se cerraba. Se levantó, pero sólo era el caballero, que salía para comprobar si los caballos estaban bien. El magistrado miró el pálido rostro del párroco.

—Por eso la reina quería huir a Francia —continuó—. Ésa era su venganza, no sólo contra los Plantagenet de Inglaterra, sino también contra su marido muerto y el hijo que había matado a su amante y la había encerrado a ella en un frío y siniestro castillo. —El magistrado rió con amargura—. Y si hubiera logrado escapar, ¡qué alboroto se habría organizado! El gran Eduardo III, el hijo de un campesino, reclamando los tronos de Francia y Escocia, sumergiendo toda Europa en una sangrienta guerra cuando ni siquiera tenía derecho a llevar la corona.

El párroco se tapó la cara con las manos.

—¡Que Dios nos ayude! —susurró—. Y ¿cómo fue que os dejaron vivir, sabiendo lo que sabíais?

—Ah, sí. Temen que yo haya escondido algunos documentos. Tal vez una copia del manuscrito que le quité al cadáver de la reina Isabel. Estoy convencido de que ni siquiera *sir* Amyas Petrie conocía todo el secreto, pero el viejo rey sí, igual que su hijo, el Príncipe Negro. Me cuidaron bien. Tengo un puesto seguro, soy magistrado, un buen sueldo, propiedades aquí y allá. —Se sentó junto al párroco—. Pero ¿qué provecho obtiene un hombre, padre, si gana el mundo entero y sufre la pérdida de su alma inmortal? Crabtree murió por mi culpa, y Scathelocke fue desterrado.

—¿Y Catalina y Juan?

—Juan murió de unas fiebres. Catalina tomó el velo en Sempringham.

—¿Y los gemelos?

—Uno es un poderoso mercader. El otro estudia para abogado.

Nicolás Chirke parpadeó para ocultar las lágrimas.

—Mi hermano Roberto murió sin que yo pudiera hacer las paces con él. Beatriz se hizo priora, para así poder disfrutar del poder y la riqueza a que siempre había estado acostumbrada. Pero a veces —dijo reduciendo la voz a un susurro—, cuando estoy en una taberna, cierro los ojos y me parece que Scathelocke está sentado a mi lado, riendo y bromeando con Crabtree. —Se mordió el labio y añadió—: Debí decir la verdad. Oh, y todavía me vigilan, incluso cuando hago esta peregrinación. La hago cada año para reparar la muerte de Crabtree. Me arrodillo junto a la tumba del santo mártir Tomás y rezo por él, por Scathelocke, por mi hermano Roberto, por Catalina y por Juan.

—¿Quién os vigila? —preguntó el párroco.

—Mi amigo el intendente. Tiene una casa junto a la mía cerca del Temple. Siempre me sigue a todas partes. Al principio pensé que yo le caía bien, y después empecé a calarle. Es un espía.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó el párroco—. En el castillo de Rising.

—Volví allí. A la asesina Belladona, su cómplice y la vieja arpía las enterraron en el cementerio del castillo. Pusieron una sencilla cruz de madera sobre los tres túmulos. Pero a Crabtree me lo llevé a Londres.

—¿Y la reina?

—Rellenaron la cripta. Volví allí hace tres años, por curiosidad. Creo que dejaron el cadáver de la reina dentro de la cripta. En una losa alguien grabó las palabras: ISABELLA REGINA. Y quizás el secreto ya se haya descubierto. El rey no hizo nada para embellecer la tumba de su madre en Greyfriars. Y ¿por qué iba a hacerlo? Dentro no hay nada. —Se levantó—. Ya habéis oído mi confesión, padre.

El párroco dio unas palmadas en el banco y dijo:

—Sentaos.

El magistrado obedeció, y el sacerdote susurró la fórmula de la absolución.

—¿Y mi penitencia, padre?

El párroco esbozó una sonrisa.

—Olvidad el pasado —dijo—. Sed feliz. Emplead vuestras riquezas para hacer el

bien. Rezad por los que partieron antes que vos.

—¿Nada más, padre?

—No. Cuando volváis a Londres, id a San Pablo y pasead por los pasillos, pero buscad a la viuda, al pobre, al huérfano y al necesitado. Defended sus causas y los espíritus de Scathelocke y de Crabtree os acompañarán, igual que Cristo y sus ángeles.

El magistrado sonrió y el párroco le dio un suave codazo.

—Y ahora, prosigamos nuestro viaje. Tengo entendido que la comadre de Bath nos va a contar un excelente relato.

FIN

Nota del autor

El argumento de esta novela refleja, al menos en parte, una verdad histórica. La usurpación de la reina Isabel es un hecho real. Eduardo II fue encarcelado en el castillo de Berkeley, y finalmente Isabel y Mortimer fueron destronados por un golpe imprevisto realizado en Nottingham por la noche. A Mortimer lo enviaron al sur, y durante el juicio lo amordazaron; fue de los primeros condenados que colgaron en el Tyburn. Isabel fue desterrada al castillo de Rising y, a finales de 1340, su hijo Eduardo III se negó a permitir que su madre viajara a Francia. Isabel fue enterrada apresuradamente en Greyfriars (cuyas ruinas yacen ahora delante de la estación de metro de San Pablo). Curiosamente, antes de la destrucción de la iglesia, la tumba de la reina fue ignorada, mientras que los restos mortales de Mortimer fueron exhumados y trasladados a Gales. Las ruinas del castillo de Rising todavía existen, presuntamente habitadas por el fantasma de Isabel. En el castillo hay un sencillo monumento conmemorativo a «Isabella Regina».

Notas

[1] Véase La llegada del vampiro. <<